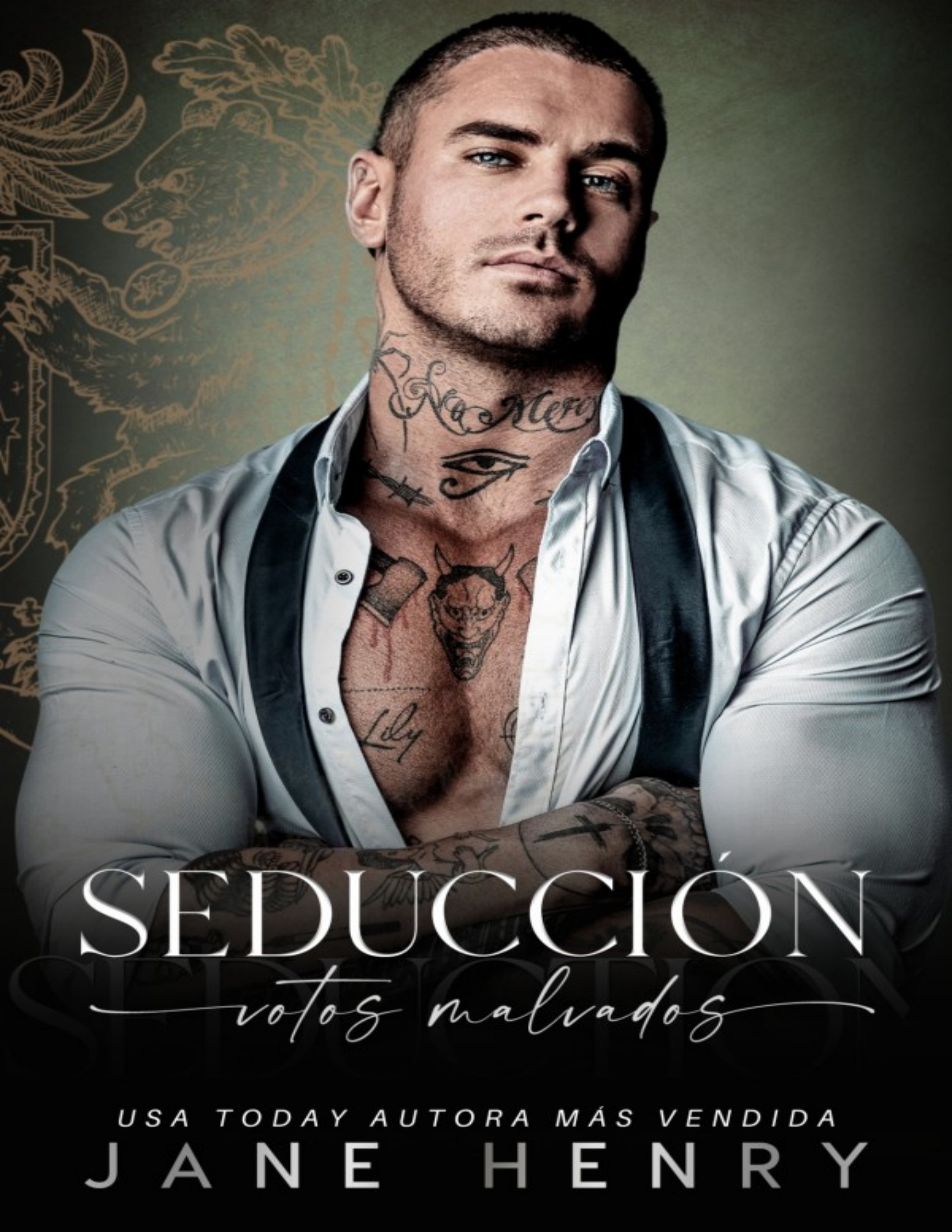

SEDUCCIÓN
votos malvados
USA TODAY AUTORA MÁS VENDIDA
JANE HENRY

SEDUCCIÓN

UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA Y MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

VOTOS MALVADOS

LIBRO TRES

JANE HENRY

Traducido por

JASON O'BANNON



Seducción: Un romance oscuro de la Bratva y matrimonio de conveniencia

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Popkitty

Fotografía de portada de *Michelle Lancaster* (https://www.michellelancaster.com/)

ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Preestreno
Meet Jane

SINOPSIS

Mi misión es sencilla pero letal: hacerme pasar por el guardaespaldas recién contratado de Vera Ivanova y asesinar a su padre.

Pero Vera, lista y desafiante, no quiere un guardaespaldas. En su lugar, me propone un juego peligroso: que sea su falso marido en público.

Vera no se parece a nadie que haya conocido: es inteligente, preciosa, indómita e intacta. Es todo lo que deseo y nada que pueda tener.

La destrucción y la ruina de mi plan definitivo.

Consumido por el deseo, elijo una nueva táctica: la seducción.

Juro mostrarle un mundo de placer y dolor, un mundo que solo ha imaginado en sus fantasías más oscuras y en las páginas de sus libros. Sin embargo, Vera demuestra ser más que una rival para mí, atrapándome en su propio juego de tentación y convirtiéndome en un hombre obsesionado.

Ahora, atrapado en una guerra entre el deber y la pasión… estoy dividido entre la lealtad a mi familia y mi seductor amor por la enemiga.

CAPÍTULO 1

NIKKO

Mis pisadas retumban en el asfalto como el redoble incesante de un tambor. Siento que los pulmones me van a estallar y me duelen las piernas. Apenas me percato del torbellino de cerezos en flor a mi paso ni de los peatones junto al parque; estoy tan cegado por el sudor que me entra en los ojos. Me exijo más, más rápido, *más lejos.* Es un juego mental, una jodienda mental.

Todo lo es.

Giro en la esquina izquierda entre las calles Maple y Tower y veo mi destino frente a mí. Estoy tan lejos que es apenas un borrón, pero mientras pueda ver con claridad lo que tengo delante, puedo seguir adelante.

Mi mentor, Kolya, me dijo que cualquier entrenamiento —*todo* entrenamiento— debía afrontarse como si te jugaras la vida. Nada es en vano. No corres por tener un corazón sano o unos pulmones más fuertes; corres huyendo de un enemigo que te va a rebanar el pescuezo cuando te atrape.

Así que, cuando por fin llego a casa de Mikhail y Aria, me detengo, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, jadeando en un esfuerzo por recuperar el aliento. Apenas siento la caricia del viento, una promesa del calor bochornoso del verano que se sentirá más tarde.

Veo coches fuera. Aleks y Harper están aquí, probablemente con su pequeña tropa de niños. El coche de mamá está aquí, pero no el de Polina. Viktor. Lev.

Frunzo el ceño, saco el móvil y miro la pantalla. Nunca se me pasa una llamada o un mensaje, y hoy no es diferente. No tengo nada pendiente. Entonces, ¿por qué está todo el mundo aquí?

Me paso el brazo por la frente sudorosa para despejar la vista y subo las escaleras al trote.

—Ahí está —dice Mikhail a modo de saludo con un gesto de cabeza mientras pasa por el umbral de la puerta, con su hijo de un año, Sasha, en brazos. Como *pakhan* de la familia Romanov y hermano mayor de todos, era apropiado que Mikhail tuviera el primer hijo. Ya era hora.

Mi hermano Aleksandr sostiene a su hijo recién nacido junto a su mujer, Harper, que tiene en brazos al segundo gemelo. Ambos bebés tienen los ojos azul brillante de su padre y el pelo rubio miel de su madre. Me giro al oír la risa de una niña y veo a mi madre caminando hacia el comedor de la mano de la hija pequeña de Harper, Ivy.

Nuestra familia ha crecido a pasos agigantados desde que el bebé de Mikhail y Aria ha cumplido un año y Aleksandr y su mujer acaban de tener gemelos. Con la pequeña de Harper completando el conjunto, mi madre no cabe en sí de gozo con cuatro nietos. Hacía años que no la veía tan feliz.

Tenía que ocurrir. Si vamos a establecernos como el principal grupo de la Bratva en la Ensenada, la zona de Nueva York enclavada entre

Coney Island y Manhattan y el territorio que poseemos y controlamos, necesitábamos echar raíces. Reclutar y expandirse solo sirven hasta cierto punto.

—¿Dónde te habías metido? —espeta Mikhail.

Señalo mi camiseta de tirantes de entrenamiento, empapada de sudor y pegada al cuerpo, mis pantalones cortos y mis zapatillas de correr. —Pensaba probarme el traje para la gala. Prepararme para los paparazzi y todo eso.

—Está chorreando de sudor de la cabeza a los pies —responde Harper—. Puedo olerlo desde aquí. O acaba de volver de correr o nadie nos ha dicho que el apocalipsis zombi ya ha llegado.

Aleksandr se ríe, negando con la cabeza. —Nikko *siempre* sale a correr los domingos a mediodía, Mikhail. Lo sabes. De lunes a viernes puedes poner el reloj en hora con sus entrenamientos de las cinco de la mañana, pero el domingo se toma un descanso y solo sale a correr.

—Por eso te pago para que lleves la cuenta de estas m… cosas —dice Mikhail, frunciendo el ceño. La presencia de los niños le frena. Apostaría a que echa de menos los días en que podía soltar tacos a su antojo.

Paso por delante de ambos y me dirijo a la cocina. —¿Me he perdido algo? ¿Por qué está todo el mundo aquí?

Los dos intercambian una mirada mientras cojo una botella de agua. Mikhail asiente. —Sí. Tenemos un asunto urgente que tratar, pero queríamos esperar a hacerlo en persona. Solo nosotros.

En otras palabras, esperaron a que viniera mi madre para que pudiera cuidar de los niños. Ninguna de las niñeras trabaja los domingos.

Interesante.

Tiro la botella de agua vacía, meto la mano en la nevera, cojo un batido de proteínas, le quito el tapón y me bebo la mitad de un par de tragos. —¿Qué pasa?

Mikhail frunce el ceño. —Hemos descubierto una conexión entre el intento de envenenamiento de Harper y el ataque a Lev.

Me enderezo, alerta al instante. El tipo de represalia que exige esta situación recaerá de lleno sobre mis hombros.

Cuando alguien tiene que morir, me llaman a mí.

Siete minutos después, estoy recién duchado y vestido, sentado en el balcón de Mikhail que da al mar. Aleks se sienta a mi izquierda y mi hermano pequeño, Viktor, a mi derecha, sorbiendo una taza de café. Mikhail está de camino porque ha tenido que consultar con su mujer, Aria, nuestra principal hacker y experta en ciberseguridad.

—Aleks, ¿qué está pasando? —pregunto.

Aleksandr, que trabaja junto a Aria, medita, contemplando el horizonte de Manhattan, visible desde el balcón de Mikhail.

Niega con la cabeza. —Espera a Mikhail. Tenemos que estar todos presentes.

Viktor, silencioso e imponente, está sentado meditando. La mera presencia de nuestro matón —enorme, tatuado y normalmente vestido de cuero— puede bastar para ahuyentar a los enemigos. Y si no, está dispuesto y es capaz de hacer el trabajo sucio.

Lev, sin embargo, se levanta y empieza a pasearse. Nuestro hermano menor por varios años, Lev es un luchador entrenado y el estratega de nuestro equipo. Con su complexión atlética, es a quien enviamos a maniobrar en situaciones complicadas y a defenderse si es necesario. Confiado, con una personalidad magnética que hace suspirar a las mujeres, Lev nunca se involucra sentimentalmente. Está demasiado ocupado con otras cosas.

—¿Se nos une Ollie? —pregunta Lev, con la mandíbula tensa.

—En remoto.

Joder. Ha pasado más de un año desde que Mikhail y Aria tuvieron a su hijo Sasha, y nuestro hermano Ollie ha estado trabajando en Moscú. Volvió a casa para el bautizo de Sasha y luego regresó directamente a Moscú.

—¿Cuándo vuelve a casa?

Aleks niega con la cabeza, un músculo se contrae en su mandíbula. —No lo sé.

—Somos más fuertes cuando estamos juntos —digo, negando con la cabeza.

—Aunque eso pueda ser cierto —dice Mikhail desde la puerta del balcón mientras sale a nuestro encuentro—, en este caso, puede que no.

¿Qué quiere decir con eso?

Mikhail se une a nosotros y cierra la puerta tras de sí. Lo observo con curiosidad. Conozco esa expresión en su cara. Sea lo que sea que tenga que decirnos, es gordo.

—Aria y Aleks han obtenido información de primera —dice Mikhail, pasando junto a las sillas hacia el borde del balcón. Se apoya en la barandilla de hierro forjado y se cruza de brazos. Sus ojos castaños oscuros y hundidos bajo unas cejas pobladas, su piel dorada y bronceada y su pelo castaño oscuro con reflejos dorados le dan un aspecto casi divino. Y aunque Mikhail pueda parecer un poco más civilizado que el resto de nosotros, por algo le llaman el tigre siberiano.

—Sabéis que llevamos tiempo tras la pista de quienes nos atacaron. Lo hemos reducido a la Bratva rival y a algunos grupos subsidiarios. En las últimas semanas, Aria ha descubierto que los subsidiarios no estaban realmente detrás de ninguno de los ataques, sino que estaban financiados por los grupos más grandes. —Su tono se

vuelve serio mientras su mirada se endurece. A Mikhail se le conoce como el tigre siberiano por algo.

—Tenemos nombres.

A diferencia de otros grupos rivales de Nueva York, el nuestro es de los pocos que no se mantiene unido por la sangre. Al igual que otras facciones rusas anteriores a nosotros, nuestro padre decidió que se aseguraría la lealtad a nuestra familia adoptándonos a todos. Pero no es la sangre lo que nos une.

Lealtad. Honor. Confianza. Los lazos familiares son profundos, a pesar de la forma en que entramos en la familia.

Cuando Mikhail nos llama por nuestro nombre, es como una llamada a las armas. Una convocatoria. Una bengala que ilumina el cielo nocturno, llamándonos a todos a la acción. Cualquiera de nosotros daría la vida por el otro, algo que algunos de nuestros rivales nunca podrían afirmar.

—Nombres —dice Lev, con la mandíbula tensa. Los últimos años han endurecido los rasgos más suaves de su rostro juvenil. Sufrió durante un ataque total, que resultó en una paliza que lo dejó hospitalizado poco después de que Mikhail fuera nombrado *pakhan* tras la muerte de nuestro padre. Le superaban en número y lo dieron por muerto a las puertas de una discoteca.

Mikhail se endereza. Si bien Lev fue atacado personalmente, la mujer de Mikhail casi fue envenenada hasta la muerte. —Ivanov. Petr Ivanov.

—Hijo de puta —dice Lev en voz baja, negando con la cabeza—. Después de todo lo que hicimos por él.

—Ya.

Cuando mi padre todavía estaba aquí y éramos un grupo incipiente, vigilamos para Ivanov, asumiendo nosotros el riesgo, por lo que resultó ser una miseria en retrospectiva.

—Le da igual. Sabe que somos los dueños de The Cove y quiere su parte. —Mikhail niega con la cabeza; no hace falta explicar más. Todos quieren su parte.

Tras la muerte de mi padre, acabamos con nuestro mayor rival, Fyodor Volkov. Pero después de su muerte, otros grupos compitieron por el poder y la atención en la codiciada Cove.

Ivanov.

Un escalofrío me recorre al saber que tenemos un objetivo. Aquí es donde entra en juego *mi* especialidad. Me pongo de pie y enderezo los hombros. —Contádmelo todo.

Mikhail niega con la cabeza.

—El problema con los Ivanov es que Petr es intocable. Ha invertido más tiempo y dinero en su propia protección que la mayoría en toda su familia. El clásico narcisista de manual. Así que está rodeado por un ejército de monstruos que no se detendrán ante nada para mantenerlo a salvo.

Resoplo. —¿Como si me importara una mierda? Dame un rifle de francotirador y una mira y me lo cargaré sin importar la protección que haya puesto a su alrededor. Sabes que lo haré.

Mikhail asiente. —Sé que lo harás, pero no merece la pena el riesgo. Kolya y yo lo hemos consultado y tenemos lo que creemos que es un plan mejor.

El fuego me corre por las venas. Han atacado a mi familia. Quiero hacer lo que mejor se me da.

—Mikhail. ¿Un plan mejor? ¿Mejor que enviarme a mí a eliminarlo de una vez por todas?

—Siéntate, Nikko —dice Mikhail con calma—. Me jugaría la puta vida a que te vengarás. ¿Pero y luego qué? Es más complicado que eso. ¿Y si esto fuera solo el principio de un plan mucho más grande para acabar con nosotros? ¿Y si está actuando en nombre de otro hombre

en una posición de poder? ¿Y si el asesinato de Petr Ivanov es la primera ficha de dominó que tiramos, solo para empezar algo demasiado grande para que podamos manejarlo? Tenemos que eliminar a Ivanov, sí, pero tenemos que tener una estrategia muy clara antes de hacerlo.

Tiene razón. Me cruzo de brazos mientras escucho y finalmente asiento con desgana. —Sigue.

—Tengo más detalles que nos ayudarán a dar forma a nuestro plan. —La voz de Kolya llega desde detrás de mí. Me giro para verlo entrar en el balcón. Diez años mayor que Mikhail, fue uno de los mejores amigos de mi padre en el ejército. Se convirtió en un hermano mayor para nosotros, un mentor que nos entrenó en el combate cuerpo a cuerpo y mucho más. Aunque Mikhail se ha convertido en el patriarca de nuestra familia, Kolya siempre será nuestro consejero.

Somos todo oídos.

Kolya entra en el balcón, acariciándose la barbilla. Nos mira a cada uno de nosotros, una tormenta se gesta en sus ojos cuando su mirada se encuentra con la mía. Esto es personal. —Ivanov tiene dos hijas. Una está prometida con un capitán de alto rango de la *Ledyanoye Bratstvo*.

Una sombra cruza los rasgos de Viktor, pero pasa tan rápido que me pregunto si me lo he imaginado. Siempre con cara de póquer, no es propio de él delatar ninguna emoción. Un músculo le palpita en la mandíbula. ¿Sabe más de ellos de lo que aparenta?

—Pero su hija menor, Vera Ivanova, está soltera. Es brillante. Y despampanante.

Los ojos de Mikhail están fijos en mí mientras continúa donde lo dejó Kolya.

—Vera Ivanova ha sido seleccionada para unirse a un prestigioso programa de posgrado para estudiantes de medicina superdotados en Moscú. Gracias a la impecable investigación de mi mujer, sé de

buena tinta que a él le importa más su reputación que su propia familia. No ha compartido cama con su mujer en veinte años y tiene una amante diferente en cada ciudad importante de Rusia. No tiene nada que ver con sus hijas. Quería un hijo.

Un clásico. Pongo los ojos en blanco, pero asiento.

—Su mujer, Zofia Ivanova, ha insistido en que su hija lleve un guardaespaldas a Moscú. También desprecia la patria de su marido y le prohibió a su hija aprender el idioma, lo que la pone en desventaja.

—Ah —dice Viktor, su voz profunda y retumbante acapara toda nuestra atención, ya que rara vez habla durante las reuniones. O, sinceramente, en general—. Ya veo por dónde vas.

Creo que yo también lo veo, pero quiero oír a Mikhail decir explícitamente lo que está pensando. Soy lento para tomar decisiones y nunca saco conclusiones precipitadas.

Mikhail asiente. —Nadie ha visto nunca a este nuevo guardaespaldas. Vera no tiene ni idea de su aspecto, y el padre de Vera no estará cerca de ella..., al menos al principio. Y solo necesitamos unas pocas semanas.

—Yo podría ir —dice Viktor—. Podría fingir ser su guardaespaldas...

Mikhail asiente. —Irás tú, Viktor. Te encargarás del guardaespaldas actual. —La mirada de Mikhail se vuelve gélida—. Sabemos a ciencia cierta que a ese hombre solo lo contrataron como un favor a su amante de Moscú, ya que es su sobrino. Ha sido condenado por abuso de menores y posesión de pornografía infantil, y solo lo pusieron en libertad por su conexión con Ivanov. —Mikhail frunce el ceño—. Quiero que sepas con quién estás tratando antes de acabar con él, Viktor. —Se inclina hacia delante—. Sé sigiloso. Sé decisivo. Nos desharemos de su cuerpo para que no haya pruebas. Pero, por el amor de Dios, haz que duela de cojones.

Viktor es alguien en quien confiamos, pero trabaja mejor cuando tiene un motivo claro. No tiene reparos en quitarle la vida a un enemigo, pero considera un acto de justicia deshacerse de alguien cuyas acciones considera atroces y reprobables.

Joder. Ha elegido a Viktor en lugar de a mí por la razón que sea. Si él...

Mikhail se vuelve hacia mí. —Nikko. Tú irás con él.

Tardo un segundo en asimilar lo que acaba de decir. —¿Yo?

Mikhail asiente. —Tú eres el que más se ajusta al perfil del hombre contratado para protegerla. Con unos pequeños retoques, darías el pego a distancia. Los demás llamaríais demasiado la atención. —Mikhail me sostiene la mirada—. Escucha con atención. Tu trabajo es hacerte pasar por su guardaespaldas. Acércate a ella, Nikko. Averigua todo lo que puedas sobre su padre y su negocio. Y cuando llegue el momento —hace una pausa y sus palabras pesan mientras me expone mi objetivo—, acabarás con él.

Asiento. Aceptaré esta responsabilidad. Es la única opción que tengo. E incluso si tuviera otra, esta es la que elegiría. Me he consagrado a proteger a mi familia, cueste lo que cueste.

—Dijiste que no habla ruso —digo pensativo, dándome golpecitos en la barbilla—. Eso hará las cosas interesantes, ya que yo no hablo nada de inglés.

Lev resopla, Aleks me sonríe y hasta Kolya esboza una sonrisa reticente. —Desde luego, eso te facilitará la recopilación de información —admite Kolya, encogiéndose de hombros—. Hasta cierto punto.

—¿Cuándo me voy?

Aleks saca un iPad y muestra un itinerario. —Este es el horario de Vera Ivanova. Aria ha colocado un dron para seguirla durante unos días y que así te puedas hacer una idea de sus costumbres, de cómo

se mueve, adónde va y qué hace. También le he pinchado el móvil y he accedido a su historial de navegación. —Niega con la cabeza—. Te lo digo en serio, Mikhail, el hecho de que Aria y yo nos encarguemos de la ciberseguridad os pone a años luz de todos los demás. Ni siquiera tienen sensores biométricos o rastreadores GPS de encriptación cuántica. —Niega con la cabeza y maldice en ruso, claramente asqueado.

No tengo ni puta idea de lo que es un rastreador GPS de encriptación cuántica, y solo una vaga idea de que los sensores biométricos monitorizan nuestra salud y ubicación a distancia, pero me fío de su palabra de que es importante y quizá incluso necesario.

—Su padre ha organizado que su nuevo guardaespaldas la acompañe desde Estados Unidos a Moscú. Tienen programado reunirse en tres días en el aeropuerto, desde donde ella volará a Moscú. Y tú, como guardaespaldas de Vera, irás con ella. No importa si alguien te ve, ya que nadie más ha conocido al verdadero guardaespaldas. La única persona que no puede verte es la amante de su padre, pero las posibilidades de que eso ocurra son prácticamente nulas. —Señala a Viktor con la barbilla—. Y gracias a Viktor, nadie notará que ha desaparecido.

Nunca antes me habían encomendado una tarea tan colosal. Un asesinato es una instrucción clara, algo fácil de llevar a cabo con las herramientas adecuadas. Esto es algo completamente diferente: un asesinato con trampa.

—Perfecto. —Me encantan los desafíos.

—Ten —dice Aleks, sacando una carpeta de la bolsa de su portátil y entregándomela—. Aquí está todo lo que hemos recopilado sobre Vera Ivanova para que te familiarices antes de empezar.

Abro la carpeta e inmediatamente controlo mis facciones para no delatar la conmoción que siento al verla. Unos rasgos delicados enmarcados por un largo cabello castaño que cae en suaves ondas sobre sus hombros. Unos ojos verde esmeralda, resaltados por unas

pestañas largas y espesas, que muestran inteligencia y curiosidad, pero la ligera curva ascendente de su pequeña nariz insinúa un punto de picardía. Unas cuantas pecas se suman a su atractivo candoroso. A pesar de su figura esbelta, hay una fuerza tranquila en su postura y sus movimientos, que delata una reserva oculta de determinación.

Me quedo mirando el retrato de la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Una mujer que no puedo tener.

Kolya mira por encima de mi hombro mientras sigo leyendo los detalles. —Te han entrenado para esto, Nikko. Finge que es veneno. Repítete que si la tocas, te conviertes en piedra.

El semblante de Mikhail se vuelve frío. —Repítete que si la tocas, morirás.Asiento. Mantener la distancia. Ser de piedra. Impermeable.

Mantenerme centrado en mi trabajo porque tengo la obligación de matar a su padre.



CAPÍTULO 2

VERA

Una, dos, tres, cuatro y cinco. Vuelvo a contar las maletas que me llevo en el vuelo.

¿Es demasiado? Suelo pasarme con el equipaje porque quiero estar preparada para todo, pero lo último que quiero es llamar la atención. ¿De verdad necesita tantas maletas una estudiante de posgrado que se va a un programa de estudios internacional? Por suerte, he logrado meter todos los libros que necesito en una única y pesada maleta, y todo lo demás cabe en el equipaje ligero que compré especialmente para este viaje.

Toc, toc, toc.

—¡Pasa! —Echo los hombros hacia atrás y me muerdo el labio mientras miro el reloj. Tengo que salir en una hora si quiero llegar dos horas y veinte minutos antes de la salida programada de mi vuelo. Nunca he volado desde un aeropuerto normal, siempre he usado los jets privados de mi padre, pero ya es hora, y según he investigado, llegar con dos horas y veinte minutos de antelación es un plan perfecto.

—Ay, cariño. *Vera*. —La voz de mi madre tiembla desde el umbral de la puerta. Su pelo corto, antes de un negro intenso y brillante, está salpicado de canas, pero las arrugas que rodean sus ojos insinúan que es una persona a la que le encanta reír y que lo hace a menudo. Ahora, sin embargo, tiene los ojos llenos de lágrimas.

Siento un nudo en la garganta y trago saliva.

—¿Esto está pasando de verdad? —Se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos, separándome un poco para mirarme a los ojos—. Pareces toda una mujer.

Oh, no. No, no, no. Como *ella* empiece a llorar, *yo* voy a llorar también, y no puedo hacerlo. No. Ahora no.

Pero mi madre es una mujer fuerte y me crio para que yo también lo fuera. Respiro hondo para calmarme y me dispongo a decirle que la llamaré todas las noches y que haremos FaceTime todos los domingos porque es el mejor momento que puedo sacar con mi riguroso horario. Pero, cuando abro la boca, lo único que me sale es:
—Ay, mamá. Te voy a echar tantísimo de menos.

Y entonces las dos estamos llorando y abrazándonos. Menos mal que no llevo maquillaje, porque seguro que con estos lagrimones se me habría corrido todo por la cara. Me despido de mi mejor amiga.

—Ojalá pudiera ir contigo —susurra—. ¿Estás *segura* de que no puedo? Podría alquilar un piso en el centro o una casa un poco apartada. Podría...

—Mamá —le digo con delicadeza—. Se te necesita aquí. Estás planeando la boda de Lydia, y yo ni siquiera tendría tiempo para verte si *vinieras*. Mi horario es una locura. Hace que mis días de carrera parezcan un juego de niños. Pero te prometo que estaré en contacto, y solo son seis meses.

Solo seis meses. Suena como una eternidad en una tierra extraña, lejos de casa. Adoro mi hogar. Aunque nuestra infancia ha sido poco

convencional, por no decir más, mi madre hizo todo lo posible para que fuera normal.

Miro el reloj. Queda media hora.

—Está bien —dice ella con un suspiro—. Me haré la adulta y me aguantaré. Lloré cuando te llevé al jardín de infancia, ¿sabes?

Sonrío.

—Lo sé. —Me ha contado esa historia cientos de veces. Mi padre estaba de viaje de negocios y era mi primer día. Al parecer, yo «aguanté el tipo con valentía» a pesar de ser sobre todo callada e introvertida, mientras que mi madre se quedó atrás y llamó a *su* madre, y ambas se pusieron a llorar juntas por teléfono.

—Tu abuela ha venido a verte antes de que te vayas. Está abajo. Venga, vamos a tomar una taza de té juntas y le cuentas todo lo que vas a hacer allí.

Escondo una sonrisa porque me parece bastante tierno. Mi madre quiere que se lo explique a mi abuela porque ella misma no lo entiende del todo. No importa, la verdad. Me sorprendería que mi padre siquiera supiera a dónde voy.

—Lo único que lamento ahora es no haberte enseñado nunca ruso —dice, mordiéndose el labio.

Le resto importancia con un gesto.

—Mamá, la mayoría de la gente con la que voy a pasar el tiempo es estadounidense de todas formas. Aprenderé lo que necesite. Y, en cualquier caso, dicen que la mejor manera de aprender un idioma es la inmersión total, así que eso lo tengo cubierto. —Fuerzo una risa. Se me da bien la medicina y soy especialmente buena en todo lo relacionado con la ciencia, pero la lingüística no es lo mío. Lydia se quedó con todos esos genes.

He de admitir que estoy un poco nerviosa por no hablar el idioma, pero me enteré hace solo dos semanas de que me habían aceptado

en el programa gracias a una beca adicional. No hubo tiempo para aprenderlo.

Mi madre nunca me enseñó ruso porque odia a mi padre. Eso no es ningún secreto. Así que hizo todo lo posible para asegurarse de que me criara como una estadounidense en todos los sentidos. Como descendiente de inmigrantes polacos, mi madre no le veía ninguna utilidad al ruso, y mi padre es demasiado egocéntrico y ausente como para que alguna vez le importara de verdad.

Mamá intenta coger la maleta.

—Ay, mamá, esa no. Tiene mis libros y pesa muchísimo.

Se esfuerza bajo el peso, pero me guiña un ojo.

—No pasa nada. Venga, vamos. Vamos a ver a tu abuela.

—Mamá, en serio. Coge la más ligera.

Consigo quitarle la pesada maleta de las manos y la convenzo para que coja la mochila en su lugar.

—Vale, vale —dice—. Bajemos esto. Tengo algo que decirte antes de que te vayas. —Como no me mira a los ojos, me pica la curiosidad.

Llevo dos de mis maletas al pie de la escalera y luego subo a por las dos que quedan. Cuando mi padre está aquí, prefiere que el personal contratado le ayude con cosas como esta, pero cuando se va, mamá despide a todo el servicio. A mí me gusta ser lo más normal posible y no quiero atraer una atención no deseada.

—¿Qué tenías que decirme? —le pregunto mientras nos dirigimos al salón, desde donde podré ver llegar el Uber y estar con mi abuela antes de irme.

—Tu padre ha llamado esta mañana —dice, caminando a mi lado y sin mirarme a los ojos.

—¿Sí? ¿Quiere quedar conmigo en el aeropuerto? ¿Salir a cenar cuando llegue? —Pongo los ojos en blanco. Le gusta fingir que es un

padre cariñoso, pero tanto ella como yo sabemos que no es verdad. No hará ninguna de las dos cosas.

—No —dice ella con cautela—. Él… insiste en que tengas un guardaespaldas mientras estés de viaje.

Me quedo con la boca abierta y me paralizo en el sitio mientras la miro fijamente.

—¿*Qué*?

Los amables ojos azules de mamá se llenan de preocupación, frunce el ceño y las arrugas de la comisura de sus labios se suavizan.

—He intentado que cambiase de idea porque sé cómo eres, Vera. Sé las ganas que tienes de ser independiente. Pero dice que Moscú no es seguro e *insiste*. —Aparta la mirada y finalmente lo admite en un susurro—. Y tengo que admitir que tiene razón. *No* es seguro. Me sentiré mucho más tranquila sabiendo que estás bajo la protección de alguien cuando no estás conmigo o con tu padre.

La miro fijamente.

—¡Mamá! No puedo tener un guardaespaldas. ¡Soy una estudiante de posgrado! No quiero que nadie sepa de dónde vengo ni quién soy en realidad.

Al oír eso, entrecierra los ojos y se yergue.

—Tienes que estar orgullosa de quién eres, Vera Ivanova. Entraste en este programa por tus propios méritos, sin ninguna interferencia de tu padre. Me aseguré de ello. Nadie tiene por qué saber quién es tu padre.

—¿Así que llego con un *guardaespaldas* y la gente no va a pensar nada raro? ¡Solo somos cinco en el programa! —reprimo un quejido, tentada de gemir en voz alta como una adolescente frustrada. Esta es la peor noticia posible.

—Encontrarás la manera de mantener las distancias. Nadie tiene por qué saber que va contigo. Puede mantenerse alejado y estar ahí solo en caso de emergencia.

Suspiro y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Hay *algo* que pueda decir para que cambie de opinión?

Mamá suspira.

—No, sobre todo porque, en este caso, estoy de acuerdo con él. Venga, cariño, ve a ver a tu abuela antes de que lleguen a buscarte.

Con un suspiro, entro en el salón. La abuela está sentada con la espalda recta como una tabla, con una taza de té en la mano. Sus ojos brillan al mirarme y da una palmadita en el asiento a su lado con una sonrisita pícara.

—Vera —dice con su voz temblorosa, con su marcado acento—. A lo mejor es guapo. Ya me lo contarás todo y le darás a una anciana la oportunidad de vivir a través de ti por una vez. Venga, entra y cuéntamelo todo. —Me amenaza con una uña roja bien cuidada—. Y no discutas con tu madre antes de cruzar el charco.

Le doy un beso en las mejillas a la abuela y me siento a su lado.

—No estoy discutiendo con ella, es que…

—Sé perfectamente a qué suena una discusión —dice la abuela, tomando otro sorbo de té. Su mirada se endurece—. No discutas con tu madre.

Reprimo un gemido. Ellas dos son mi mayor apoyo, así que, si no lo tengo, no tengo nada que hacer. He vivido en una burbuja durante tanto tiempo que esperaba que esta fuera mi primera oportunidad de escapar de los límites de mi estricta educación.

Cierro la boca y no replico, porque ¿qué sentido tiene ahora? Ya vienen a por mí y, cuando llegue al aeropuerto, voy a conocerlo a *él*. A mi nuevo guardaespaldas. Si se parece en algo a los antiguos

guardias de mi padre, sé exactamente qué esperar. Por decirlo suavemente, mi abuela se sentirá profundamente decepcionada con el «guardaespaldas guapo».

—Bueno, cuéntame, Vera. Cuéntame todo lo que vas a hacer.

No puedo evitar sonreír. Esto es lo *mío*.

—Estaré en la Academia Avanzada de Investigación Biomédica e Innovación de Moscú durante los próximos seis meses…

—Es exclusiva —interrumpe mamá—. Han combinado la investigación médica de vanguardia con estudios prácticos de campo. —Oculto una sonrisita. Mamá se estudió el folleto del programa de pe a pa—. Sus estudios de posgrado están totalmente pagados porque es una *genia*, *matka*.

Niego con la cabeza.

—No soy ninguna genia.

—Vera, no te quites mérito —dice mamá con un gesto de la mano—. ¡Vas a entrar en un campo que tiene el potencial de marcar una gran diferencia en las enfermedades de alto riesgo! Tienen un proceso de admisión riguroso y solo aceptan a los candidatos más excepcionales.

Sonrío y me giro hacia mi abuela, que ya parece un poco confusa.

—El plan de estudios está diseñado por algunos de los líderes en el campo de la medicina militar, la respuesta ante desastres y los servicios médicos de emergencia. Por fin podremos combinar la teoría con una amplia formación práctica y simulacros en situaciones reales.

—¿De verdad? —dice la abuela, intrigada—. ¿Como qué?

Se me acelera el corazón. Esta es mi pasión, mi niña bonita. Me encanta hablar de esto.

—Como prestar soporte vital avanzado en traumatología en una situación de combate, realizar procedimientos quirúrgicos de emergencia sin la preparación habitual o cómo manejar un brote masivo de una guerra biológica.

La abuela parpadea.

—Parece una serie de televisión.

No puedo evitar sonreír.

—Tuve un profesor que fue asesor de un estudio de producción en Hollywood. —Sin embargo, tengo el corazón encogido. La echaré de menos a ella y a mi madre. Fueron mi pilar durante toda mi infancia. Y, aunque ambas me sobreprotegieron mucho, eso casi compensaba la falta de una presencia real por parte de mi padre.

Mi madre mira por la ventana mientras un todoterreno blanco se detiene en la puerta. Se le corta la respiración mientras se me llenan los ojos de lágrimas.

¿Cómo le dices adiós a la única persona que te ha querido de verdad?

Tenía que hacerlo en algún momento, pero no esperaba que fuera un golpe tan duro. Le doy un beso en la mejilla a mamá y no intento evitar llorar, ya que no tiene sentido.

—Te echaré de menos —le susurro al oído—. Te echaré tanto de menos.

—No te olvides de llamar —dice la abuela, secándose sus propias lágrimas con un pañuelo.

—¡Por supuesto que no!

—¿Y vendrás en las fiestas?

—Estaré en casa para cuando tengamos alguna fiesta importante —digo con una sonrisa triste. Tengo que ser la valiente aquí. Me

vuelvo hacia la puerta y cojo las maletas, pero me detengo y me quedo mirando cuando la puerta trasera del coche se abre.

—Mamá —digo por encima del hombro—. Dijiste que mi guardaespaldas me esperaba en el aeropuerto. ¿Quién es este?

Me quedo boquiabierta. No es un hombre alto y larguirucho. Es… *enorme*. Mide más de metro ochenta y cinco. Musculoso. Tatuado, probablemente de la cabeza a los pies. Con un ceño amenazador, una mandíbula afilada y unos ojos de acero que me atraviesan, siento que estoy mirando a una versión más oscura y letal de Superman.

Imponente. Rudo. Primitivo.

Cañón.

Lleva el pelo oscuro y corto, lo que acentúa su mandíbula cincelada y su mirada penetrante. A pesar de su aspecto intimidante, hay una sensación de poder controlado en él, evidente en sus movimientos precisos y su conducta calculadora.

¿Acaba mi padre de compensar toda una vida de abandono exagerando con el guardaespaldas?

—Oh, Dios mío —susurra mamá a mi lado—. Sería como si Jason Bourne fuera real… Y estuviera ciclado.

Ese es a quien no era capaz de reconocer. Se parece al asesino de aquellos libros que me encantaban y de las películas que le gustaban a mi madre.

—Se acerca —le susurro a mi madre—. Dios mío, viene hacia aquí.

Estiro la mano como una boba. Se me queda mirando un momento y finalmente envuelve mi mano, mucho más pequeña, con la suya, más grande y áspera. Me estremezco y espero que no se dé cuenta.

—Soy Vera —digo, porque siempre procuro ser educada—. ¿Y usted es?

—Markov. —Su voz es grave; su tono, seco y cortante. Apenas registro el contacto de su palma áspera y cálida contra la mía cuando la retira y se agacha para coger las bolsas.

La abuela me mira fijamente y asiente con complicidad. Me sonrojo.

—Oh, tenga cuidado, que esa bolsa pesa mucho —le digo cuando va a coger la de los libros, pero la levanta como si no pesara absolutamente nada—. Puedo ayudar. —Sigue sin responder; se limita a coger las bolsas y meterlas en el maletero del coche. Ni siquiera el conductor se baja. Sin mediar palabra, me abre la puerta y me indica con un gesto que entre.

—Bueno… —les digo en un susurro a mi madre y a mi abuela—. Supongo que ha llegado el momento. Por suerte, no parece que le guste la cháchara. Odio la cháchara. Quizás no sea tan malo después de todo.

—No lo será —me dice mi madre al oído mientras me da un beso en la mejilla—. Estoy *tan orgullosa* de ti, Vera. Venga, cariño. ¡Ve a coger el vuelo y llámame en cuanto aterrices!

—Cariño, con un hombre así no hace falta hablar —dice mi abuela, con los ojos muy abiertos, pero con un brillo pícaro.

—¡Mamá! —Mi madre parece avergonzada—. Es su *guardaespaldas*.

Mi abuela se encoge de hombros sin más. —Mejor todavía. Deja que una vieja se divierta.

Me río a pesar de las lágrimas que asoman a mis ojos.

Mi nuevo guardaespaldas permanece distante. Esperando. Atractivo, sí, pero bien podría estar tallado en piedra.

La situación parece un poco surrealista, como si estuviera en el rodaje de una película o algo, mientras me siento en el asiento y él cierra la puerta detrás de mí. Aquí dentro hace calor y huele ligeramente a canela. El conductor asiente y me saluda con la mano. —No te molestes en hablar con ese —dice—. Solo habla ruso.

Suspiro y me reclino en el asiento mientras él entra y se sienta a mi lado. Sospecha confirmada.

Supongo que me sentiría un poco más segura con un hombre como él si no me mirara como si *yo* fuera el enemigo.



CAPÍTULO 3

NIKKO

Sabía lo que tenía que hacer y estaba preparado.

He observado cada maldita cosa que ha hecho Vera Ivanova durante los últimos días. He vigilado su historial de internet y he rastreado su móvil. He escuchado sus conversaciones. He examinado su cuenta bancaria para ver dónde se gastaba el dinero. Sé incluso su signo del zodiaco y cómo se toma el café.

Pero ninguna investigación, espionaje o acoso me preparó para conocerla en persona.

Sabía que era guapa. Me dejó sin aliento la primera vez que vi su foto. En persona…, apenas puedo apartar la mirada.

Tengo que hacerlo.

Su ropa es adecuada para un vuelo largo: unas mallas de yoga negras que se ciñen a cada una de sus curvas perfectas y una camiseta de manga larga verde pálido que hace que sus ojos resalten. Tan modesta. Tan absolutamente hipnótica.

Pero en cuanto estoy en su presencia, es obvio que hay mucho más en Vera de lo que parece a simple vista. A pesar de su constitución esbelta y menuda, hay una fuerza silenciosa en su postura y en sus movimientos. Una elegancia decidida en su forma de comportarse y de hablar. Es la elegancia personificada.

Por lo que he leído sobre ella, esta mujer es jodidamente brillante, además; la han aceptado en uno de los programas de posgrado más prestigiosos de Europa. La combinación de picardía y desafío, de elegancia e inteligencia, superaría a un hombre con menos autocontrol que yo. Pero he aprendido a gobernar mis emociones.

Tengo que mantenerme distante. Ajeno. Me creo una coraza en público, siempre lo he hecho, y estoy agradecido por ello, porque nunca la he necesitado tanto.

Vera me dedica una mirada curiosa. —¿Ha volado alguna vez? —No consigo descifrar la mirada que me dedica, pero para mantener la farsa, me limito a encogerme de hombros.

Ella y el conductor intercambian una mirada. Bien, mi plan ha funcionado. Conseguí comunicarle que no hablaba inglés y, en el poco tiempo que he tardado en meter sus maletas en el coche, él debe de habérselo dicho a ella.

Observo cómo hace un pequeño movimiento con el dedo como si fuera un avión y vuelvo a encogerme de hombros como si siguiera sin tener ni idea de lo que está diciendo, porque sus intentos de comunicarse son bastante monos. Agito los dedos en el aire y ella dice, esta vez más claro y más alto: —¿*Avión. ¿Usted?*—

Me encojo de hombros y asiento. Sí, he volado antes, muchas veces.

La señalo con el dedo y hago un gesto de volar.

Se endereza en su asiento y niega con la cabeza. —Eh, no. Nunca he montado en avión.

Mierda. ¿En serio? Su primer vuelo de Nueva York a Moscú durará unas diez horas.

Genial. ¿Tendrá miedo? ¿Sabrá algo del protocolo del aeropuerto? Me he dado cuenta al subir al coche de que tenía los ojos algo llorosos y enrojecidos. ¿Le da miedo volar o hay otra razón por la que parece que ha estado llorando?

Aunque da igual. Mi objetivo es infiltrarme en la seguridad de su familia y llegar hasta su padre. Vera es solo un medio para conseguir un fin.

—He traído algunos libros para leer —dice en voz baja, tamborileando los dedos sobre sus rodillas. Es casi como si hablara para sí misma en lugar de para mí, lo cual tiene sentido, ya que piensa que no hablo su idioma. Elige las palabras con cuidado, pero se nota que está más ansiosa de lo que aparenta.

El lenguaje corporal transmite más de lo que la gente cree. Me fijo en que no me mira cuando habla. En cómo su mirada está fija en la ventanilla y su pie no para de moverse.

Sin embargo, el ligero aleteo de las yemas de sus dedos en la clavícula significa algo más que nerviosismo.

¿Ha estado alguna vez tan cerca de un hombre como yo? ¿Hasta qué punto la han protegido?

Continúa, con la voz un poco temblorosa. —Tengo algunos libros de pasatiempos. El móvil, por supuesto, pero se me cansan los ojos de mirar pantallas después de estudiar, y estoy tan harta de mirar el móvil… Espero que haya wifi. A lo mejor me echo una siesta, pero no me gusta la idea de dormir en público porque bajaré la guardia, y yo… —me mira de reojo—. Vaya. Supongo que nadie me va a molestar si estoy sentada cerca de usted. A lo mejor *sí* que me echo una siesta.

Me alegro de que no crea que hablo inglés, porque le aseguraría que no le pasaría absolutamente nada por dormir a mi lado. Le

prometería total seguridad y protección, pero no puedo arriesgarme a acercarme demasiado a ella.

—Mi madre era muy sobreprotectora —explica—. En cierto modo, me alegro de que no hablemos el mismo idioma, porque eso significa que puedo decir cosas que quizá normalmente no diría.

El conductor la mira por el espejo retrovisor.

—Quizá esté mintiendo.

Miro al frente y finjo no haber oído nada. El gilipollas debería meterse en sus asuntos. Ni siquiera tengo el lujo de poder lanzarle una mirada asesina, o podría delatarme.

—¿Cree que está mintiendo? —le dedica una mirada inquisitiva al conductor—. Interesante.

—No he dicho que lo esté. Solo digo que es una posibilidad.

Finjo no sentir el foco certero de su mirada evaluadora.

—Bueno, pues entonces… —dice Vera, acercándose a mí. Baja la voz para que el conductor no la oiga—. ¿Y si dijera cosas que le hicieran sonrojar? Si no hablara inglés, no reaccionaría, ¿verdad?

¿Pero qué coño está haciendo?

Le lanzo una mirada displicente, como si fuera una hermanita pequeña y pesada que necesita irse, y luego saco el móvil y finjo que lo estoy mirando.

—Bueno —dice en un susurro mientras se mordisquea las cutículas con despreocupación—. No me gusta dormir con pijama. Solo digo.

Joder.

Miro fijamente el móvil y no la miro a ella. Apenas me muevo.

—No me gusta el tacto de la ropa entre las sábanas y yo —continúa en un susurro—. Me pregunto si a usted sí.

Como no respondo, suelta un gran suspiro.

Quizá Vera Ivanova no sea tan inocente como parece. Las apariencias engañan.

Con un suspiro, vuelve a hablar con el conductor. —Creo que se equivoca. Creo que en realidad es verdad. —Baja la voz—. O eso, o no tengo el efecto en él que esperaba.

Oh, pero vaya si lo tiene.

—De acuerdo, guardaespaldas —repite ella con su voz clara y directa —. Le he contado uno de mis mayores secretos. Ahora voy a contarle otro más, porque no tiene ni idea de lo que estoy diciendo.

Mantengo la vista estoicamente fija en el móvil mientras reviso varias notificaciones. Le lanzo una mirada ligeramente curiosa.

—Nadie sabe que me he leído todos los libros de Bourne. Y estoy total y *perdidamente* enamorada de Jason Bourne. —Se inclina hacia mí—. Y usted es *igualito* a él. I-gua-li-to.

Interesante. Jason Bourne era un asesino y a ella le vuelve loca.

Pero es tan tentador responder. Tan tentador.

No reacciones. No reacciones.

Guardo el móvil en el bolsillo y miro al frente mientras Vera saca el suyo con un suspiro. Se pone los auriculares y musita algo para sí misma. Podría comprobar lo que está haciendo con la aplicación que tengo para duplicar la pantalla, pero está sentada justo a mi lado. No quiero correr riesgos.

Mi tarea más importante en este momento es meterla en ese avión. Una vez estemos en el aire, las posibilidades de que me descubran disminuirán.

La segunda tarea más importante es relacionarme con la Bratva Ivanov y hacerles creer que soy quien digo ser.

Compruebo el GPS del conductor en el salpicadero y veo que solo estamos a dos minutos. Tengo que prepararme.

La mayoría de la gente cree que los aeropuertos son lugares de aventura, a menos que viajen mucho por trabajo, en cuyo caso pueden parecerles pesados y tediosos. Algunos, sin embargo, sabemos lo que son en realidad: zonas peligrosas para criminales, enemigos y cualquiera en quien no confíes. Los fugitivos se escapan con identidades falsas, la gente es robada y secuestrada. No me fío de nadie, y menos en un aeropuerto.

Es noche cerrada cuando llegamos a la zona de llegadas. Hace años que no vuelo con civiles. Su padre es un imbécil por permitirlo. Si mi hermana Polina fuera de viaje a Moscú, no solo tendría un *equipo* de guardaespaldas con ella, sino que estarían en contacto constante con nosotros y volaría en un avión privado. Nunca he entendido por qué algunos miembros de la Bratva no cuidan de sus mujeres.

Pero eso no es asunto mío. Ella no es nada para mí.

Salgo del coche y voy a la puerta de Vera para abrírsela. Puede que no sea su verdadero guardaespaldas, pero interpretaré el papel. Es joven e inocente. Guapa y vulnerable. Necesita un guardaespaldas, y que me aspen si voy a dejar que alguien le haga daño.

No pensaré en lo que tengo que hacer.

Cuando le abro la puerta, me mira con sus ojos grandes e inteligentes.

—*Spasibo* —dice con una sonrisita de suficiencia—. *Gracias.*

Ah. Así que eso es lo que estaba haciendo en el móvil. Estudiar ruso.

No puedo evitar sonreírle y asentir. —*Pozhaluysta*.

De nada.

El conductor nos mira a los dos, tamborileando los dedos en el volante, pero no hace ademán de coger nuestro equipaje. Imbécil.

Doy un golpecito en el maletero del coche para que lo abra y poder coger las maletas, y me sorprendo cuando Vera va a coger una. Ni hablar. Mi madre me educó mejor que eso, y que me aspen si va a llevar ella las maletas mientras yo esté de guardia. Niego con la cabeza en silencio y le lanzo una mirada severa. —*Nyet.*

Cuando resopla y coge la maleta pesada para *desafiarme* abiertamente, tomo una decisión. Me vuelvo hacia ella y la levanto, con las manos bajo sus axilas, antes de depositarla en la acera. Cuando ella se agita y suelta la maleta, yo las cojo y le señalo su pequeño bolso. *Hala. Eso sí puedes llevarlo.*

—Soy una mujer moderna, ¿sabe? —dice con un pequeño bufido, pero el ligero rubor de sus mejillas me dice que está un poco alterada por cómo la he tratado. ¿Ah, sí?

Estoy colocando todas nuestras maletas en un carro para meterlas cuando intenta marcharse. Al parecer, su pequeño tutorial de ruso no le ha enseñado la forma rusa de mandarme a la mierda, lo que me facilita mucho ignorarla.

Instintivamente, cojo el asa del carro con la mano izquierda y la agarro a ella con la derecha. Mis dedos se aprietan en su esbelto brazo, no con la fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí para detenerla.

—¡Suélteme!

No me molesto en intentar comunicarme, sino que le espeto en ruso. —¡*Ne uhodi ot menya v aeroportu!*

No te alejes de mí en el aeropuerto.

Jesús, ¿en qué está pensando?

Por supuesto, no entiende ni una palabra de lo que digo, así que me limito a mantenerla sujeta por el brazo y a repetir lo que he dicho.

—Solo voy a coger una de esas cosas para el equipaje —dice, señalando una pila de carros a unos seis metros. Resoplo, niego con

la cabeza y voy yo mismo a por uno.

—Bueno, esto va a ser divertido —murmura entre dientes—. ¿Un guardaespaldas sobreprotector con el que no puedo hablar?

¿Qué clase de guardaespaldas ha tenido?

Caminamos en un tenso silencio hasta la facturación, donde dejo nuestras maletas junto al quiosco y la miro con dureza.

—¡Está bien! —espeta—. No voy a coger las maletas, ¿vale?

Supongo que he comunicado eso con suficiente claridad. Bien. Tiene mucha suerte de no ser mía con esa actitud.

Niego con la cabeza y escaneo nuestras tarjetas de embarque. Noto que se tensa a mi lado.

—Eh... No puede llevar eso en un avión —susurra.

Levanto la vista sorprendido y veo que está mirándome la espalda. El arma que llevo está asegurada en la cinturilla de mis vaqueros, a la altura de los riñones.

Me encojo de hombros. Ella se acerca más a mí, apoyando la mano en *mi* espalda.

Joder.

Mi piel se calienta por su cercanía, una llamarada de calor por su tacto, y el ligero y persistente olor a caramelo caliente y especias me envuelve. Acerca su boca a mi oído y lo intenta de nuevo, repitiendo lo mismo. —No puede llevar una pistola en un *avión*. —La aprieta contra mi espalda para enfatizar su argumento.

¿Ah, no? *Pues mira cómo lo hago*. Me limito a sonreírle y a negar con la cabeza. No habrá ningún problema.

En el control de seguridad, me dirijo directamente al guardia que me indicó Aleks. He estado en contacto con el equipo de seguridad de

los Ivanov, pero me han dado instrucciones mínimas. ¿Por qué no me sorprende?

El guardia de seguridad me sonríe cuando le doy la vuelta al brazo y le muestro el tatuaje que me identifica como miembro de la Bratva.

—Hola, señor. Por aquí, por favor. —A puerta cerrada, le entrego discretamente el dinero que acordamos, y él nos aparta con rapidez y nos guía por un pasillo VIP para saltarnos el control de seguridad y llegar a nuestra puerta de embarque.

—No puede ser que usted acabe de hacer eso —dice, negando con la cabeza—. Dios mío, ojalá hablara usted inglés. Le diría que eso ha sido… —Su voz se apaga al darse cuenta de que no le respondo—. Excitante —se dice a sí misma—. No, pensándolo bien, no se lo diría.

Una observación interesante.

Hemos llegado pronto para el vuelo, pero estamos cómodos en una sala VIP que hemos reservado con antelación.

—Vale, esto sí que está bien —dice mientras se acerca a una zona de aperitivos con bebidas y comida de cortesía. Señala la comida y luego su estómago—. Me muero de hambre. ¿Y usted?

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a comer, y no tengo ninguna intención de dormir en ese avión, así que me uno a ella. Nos damos un festín de sándwiches, patatas fritas y fruta, y cuando coge una galleta, yo la rechazo.

—Vigilando los macros, ¿eh? Claro que sí. No se puede tener un cuerpo *así* y pasarse el día comiendo carbohidratos. —Suspira—. A mí, en cambio, los macros me dan absolutamente igual.

No se equivoca. Yo no como esa mierda.

Mantengo el rostro deliberadamente impasible, pero ella es peculiar y bastante mona, así que cada vez me cuesta más conseguirlo.

—Macros ni macras —dice, mordisqueando alegremente una segunda galleta—. Yo me dormiré felizmente, seducida por un coma diabético.

Finjo estar ocupado con el móvil, pero en realidad estoy comprobando la aplicación de duplicación de pantalla del suyo. No tengo ni idea de cómo alguien puede funcionar con veinte aplicaciones abiertas a la vez, pero ella pasa de una a otra sin problemas: una aplicación de traducción al ruso, una web con «frases imprescindibles en ruso», un jueguecito de combinar joyas y una aplicación de lectura. Interesante. Tengo que esforzarme el doble para controlar mi expresión cuando veo los títulos. Lo calificaría de… ecléctico y revelador. ¿Qué se puede averiguar de alguien por los títulos que lee?

Dominada por el Sicario Multimillonario

El Futuro de la Biometría Médica

La Bella y el Guardaespaldas

El Dominio de su Dama

Guía de Ruso Para Novatos

—Señoras y señores, el embarque del vuelo 5834 con destino a Rusia comenzará en veinte minutos. Les rogamos que realicen las compras de última hora o vayan al servicio si lo necesitan. En breve comenzaremos con el embarque prioritario.

Vera se levanta y señala un aseo.

—Necesito ir al baño antes de que nos vayamos, ¿de acuerdo?

Cuando asiento y me levanto con ella, sus ojos se abren de par en par, horrorizados, pero yo me limito a negar con la cabeza y a señalar el suelo, frente a la puerta del aseo. No voy a entrar en el baño con ella.

Sin embargo, sí que estaré atento para asegurarme de que nadie la espere para hacerle daño o esté listo para atracarla, y vigilaré cada entrada y salida.

Repaso la lista de perfiles de los demás pasajeros, así como la de los auxiliares de vuelo. Nada parece fuera de lugar. Quizá no sea un objetivo como otros. Quizá la falta de interés de Ivanov por ella ha dado sus frutos. O quizá es que todavía no he visto nada.

El móvil desechable que tengo en el bolsillo trasero vibra con un mensaje. Pertenece a Markov Pashnik, cuyo cuerpo yace ya, con un peso atado, en el fondo del East River.

Markov fue poco original cuando creó su lista de contactos.

Markov
¿La has cogido?

Respondo con una sola palabra*:*

sí

Nada más. Alguien está marcando una casilla para asegurarse de que está aquí, pero le importa una mierda lo demás.

Por mí, perfecto.

Saco mi propio móvil mientras ella está dentro y le envío rápidamente un mensaje a Aleks.

Todo despejado. ¿Has visto algo?

Aleks
Nadie sospecha nada. Todo bien por aquí. Markov ha desaparecido, y un problema menos. Tenía pocos amigos. Nuestro plan está funcionando. Una vez que estés allí, no tendrás problemas. Ivanov está de viaje y nadie más te conocerá. Te reunirás con la Bratva de Ivanov, pero que sea breve. Ninguno de ellos ha conocido a Markov todavía, pero cuanto menos contacto tengas con ellos, mejor.

Perfecto

Guardo el móvil en el bolsillo justo cuando ella sale y nos vamos a embarcar.

—Debería haberme tomado una copa bien cargada —dice con voz temblorosa. Miro al frente y finjo no darme cuenta de cómo le tiemblan sus delgados hombros.

Vera se acerca un poco más a mí.

Noto que intenta mantener la calma respirando hondo, mientras yergue los hombros y mira al frente. Llevamos nuestro equipaje de mano, pero ella insistió en subir a bordo la maleta que parece estar cargada de ladrillos. Yo llevo esa y camino detrás de ella mientras embarcamos.

Definitivamente, no estoy acostumbrado al tamaño de estos asientos. Quienquiera que reservara estos billetes solo pensó en ella y no en un posible acompañante. Apenas quepo. De nuevo, maldigo mentalmente a su capullo de padre por escatimar con ella. Debería volar en primera clase, a cuerpo de rey, no apiñada a mi lado en turista en un vuelo de diez horas.

—Vaya —dice en un susurro—. Uf, qué estrechez.

Me mira y niega con la cabeza.

—Markov, eso no puede ser cómodo para usted.

Por mucho que lo intento, la mitad de mi cuerpo está prácticamente en su asiento. Me echo hacia atrás, me cruzo de brazos y niego con la cabeza. Tengo un trabajo y voy a hacerlo.

Cuando lleguemos a Moscú, tendré acceso al paradero de su padre, así como a su círculo íntimo de conocidos. Pero, por ahora, tengo un único trabajo que hacer, y pretendo hacerlo bien.

Una hora después, me duelen los músculos de tanto mantenerme alejado de ella. Me recoloco en vano, y un niño pequeño sentado delante de nosotros con su madre empieza a llorar a gritos.

Te entiendo, colega.

—Oh, pobrecito —dice Vera—. Seguramente sean los oídos.

La madre intenta de todo con él, pero no hay forma de calmar al pequeño. Reprimo un gruñido. Como tenga que seguir metido en este asiento diminuto y escuchar a un niño gritando durante nueve horas más…

Vera mira por el hueco que hay entre los dos asientos y le hace cosquillas en el pie al niño. Él para. Le lanzo una mirada severa. No es el método más seguro, iniciar el contacto con desconocidos, pero a ella parece importarle un bledo. Excelente.

Me pongo recto en el asiento e intento ignorar al pequeño, que ahora mete cositas con entusiasmo por el hueco que hay entre los asientos.

—A mí tampoco me gusta volar —le susurra—. Tengo miedo. ¿Usted tiene miedo?

El niño mira por el hueco, primero a mí y luego a ella, para después volver a mirarme. —Miedo —susurra. Con unos grandes ojos marrones y el pelo rubio y rizado, aparenta la edad de mi sobrina Ivy, unos tres o cuatro años. El pequeño tiene las mejillas enrojecidas de llorar. Su madre le sonríe a Vera mientras habla con él.

—El hombre que está a mi lado es mi amigo, pero a mí también me da miedo. O sea, mírelo.

¿Qué se supone que significa eso?

El niño me mira fijamente y el labio inferior le empieza a temblar. *Mierda.*

—¡Oh, no! —dice Vera, rectificando rápidamente—. Solo quería decir que *parece* que da miedo. ¡Es muy majo! No tiene por qué tenerle miedo.

Claro, es más fácil decirlo que hacerlo.

Y ¿cómo sabe que soy majo?

Cuando abre la boca para gritar de nuevo, me cubro rápidamente la cara con la mano. Al cabo de unos segundos, cuando sé que tengo toda su atención, miro entre los dedos y lo veo observándome fijamente. Empezamos un juego rápido de «cucú-tras» que lo hace reír a carcajadas.

Finalmente, la madre le da un aperitivo al pequeño y, pocos minutos después, está medio dormido sobre su hombro.

Vera sonríe, pero no dice nada.

Sin embargo, cuanto más tiempo volamos, menos cómodo me siento.

Joder.

Esto es una mierda. Saco el móvil cuando ella está ocupada leyendo y le escribo a Aleks.

> Estamos en los asientos más pequeños conocidos por el hombre y estoy medio desparramado en su regazo. Ayuda.

Es mitad de la noche, pero, por suerte, Aleks suele tener el sueño ligero y los niños lo mantienen despierto. Responde rápidamente.

Aleks
Mierda, lo siento, tío. Déjame ver qué puedo hacer.

Diles que lo hagan parecer un error. No quiero levantar sospechas.

Cuando la azafata, una joven con el pelo rubio recogido en un moño apretado en la nuca, se acerca a nosotros unos minutos más tarde, Vera se sobresalta. Está muy concentrada en uno de los libros que ha traído en su equipaje de mano.

—¿Vera Ivanova y Markov Pashnik? —pregunta con una sonrisa—. Por favor, acompáñenme.

Aleks lo ha conseguido.

Se vuelve hacia Vera. —Se suponía que tenían que pasar a primera clase. Lamento mucho la confusión. —Me dice lo mismo en ruso.

—Oh, gracias a Dios —dice Vera—. Habla usted ruso e inglés. ¿Podría traducirnos?

La azafata asiente. —Por supuesto. Primero, vamos a acomodarlos en sus nuevos asientos. ¿A no ser que sea un asunto urgente?

Vera niega con la cabeza. —En absoluto.

Cojo mi móvil y nuestros equipajes de mano, y ella coge sus libros de pasatiempos, su móvil, el refresco de jengibre y los auriculares, haciendo equilibrios precarios con todo en los brazos. Me acerco y cojo algunas de sus cosas para añadirlas a mi montón.

—Vaya, gracias.

Asiento en silencio y las sigo hasta donde el avión conecta con la sección de primera clase. Respiro aliviado cuando vemos nuestros nuevos asientos. La amplitud y la comodidad me tranquilizan de inmediato. A diferencia de nuestros asientos anteriores, estos se reclinan por completo hasta convertirse en camas. Nos quedan algo

menos de nueve horas, y no sé si podría haber aguantado mucho más en un asiento hecho para un niño pequeño.

—Ah, esto sí que está mejor —suspira Vera, recostándose en su asiento—. Puede que hasta me eche una siesta aquí. Es como si cada asiento fuera su propio capullo.

—Dice que estos asientos son mejores y que puede que incluso pueda descansar —me repite la azafata en ruso.

Me decepciona un poco que ahora esté tan lejos, pero sé que es mejor así.

—Excelente —respondo en ruso—. Por favor, dígale que será prudente que descanse antes de que lleguemos. Además, dígale que puede descansar tranquila; yo la vigilaré mientras lo hace.

La mirada de la azafata se suaviza un poco, de la forma en que lo hace la de una mujer cuando ve a un hombre hacer algo particularmente tierno. Le transmite el mensaje a Vera.

—Antes de que se vaya —dice Vera—. ¿Puede decirle, por favor, que gracias por todo?

La azafata nos mira, primero a mí y luego a ella, y de nuevo a mí. —Dice que gracias.

En ruso, respondo. —Por favor, dígale que, por supuesto, es mi trabajo.

Mira a Vera y sonríe. —Dice que es un placer para él.

Eso no es exactamente lo que he dicho, pero el sonrojo en las mejillas de Vera cuando lo dice hace que desee haberlo dicho.

Con más espacio entre nosotros, me resulta fácil girar el móvil hacia un lado para ver lo que está haciendo. Está leyendo otra vez. Echo un vistazo. Hay una pluma en la portada y un candado plateado.

DOMINADA POR EL SICARIO MULTIMILLONARIO

> *La autora B.N. Honey lleva a los lectores a un viaje vertiginoso por el lujoso mundo del multimillonario Maxwell Rodino, un hombre de negocios despiadado con una inclinación por el control. Cuando la joven y talentosa artista entra en su mundo, se ve envuelta en un universo de intriga, lujo y poder...*

Vaya, vaya. Qué interesante, señorita Vera.

Veo un enlace para una muestra y hago clic rápidamente.

> *—No, señor —dije, negando con la cabeza mientras él me rodeaba, la corta fusta casi vibrando por la conexión eléctrica que había entre nosotros—. Sé que no debo correrme sin su permiso.*

Mi móvil cae al suelo con estrépito. Vera me mira sorprendida mientras lo cojo rápidamente antes de que pueda ver lo que hay en mi pantalla.

Vera Ivanova está leyendo un libro sobre hombres ricos y poderosos y sobre sumisión y dominación.

Es solo un libro. Ficción. Fantasía. No significa que a ella le vaya… de verdad todo eso.

Y aunque así fuera, no es asunto mío.

En absoluto.

Le echo un vistazo cuando vuelve a enfrascarse en la lectura. Noto que su respiración se ha acelerado y que tiene las mejillas ligeramente sonrojadas. Es arriesgado duplicar la pantalla de su móvil y ver el punto exacto en el que está leyendo, pero ahora que he echado un ojo... tengo que saberlo.

Antes de que pueda cambiar de opinión, toco la aplicación y la pantalla de su móvil aparece delante de mí. Nunca en mi vida he leído algo así, pero en cuestión de minutos, estoy inmerso en la escena de sexo más sórdida que podría haber imaginado.

Vuelvo a mirar la portada.

«Pluma y candado», mis cojones. ¿Quién iba a pensar lo que se escondía tras una portada como esa?

Me sobresalto cuando la cabeza de Vera cae hacia un lado.

Está durmiendo. Solo durmiendo.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Aquí, en primera clase, tenemos espacio de sobra, libertad para movernos y el lujo de tener sitio para dormir. Sin embargo, si alguien se revuelve..., que es exactamente lo que hace Vera..., uno puede acabar muy cerca del otro.

Su pelo me hace cosquillas en el brazo. Su fragancia me envuelve y, mientras la observo, su mano descansa suavemente sobre su pecho.

¿Con qué estará soñando? ¿Con una escena en la que la domina un poderoso macho alfa? ¿Con perder el control por completo...?

Ha vivido entre algodones, eso lo sé. Se esconde tras sus libros y sus palabras rebuscadas, y si algo he aprendido es que le falta experiencia en la vida. No tiene novio y, por lo que he investigado, no ha tenido ninguna relación seria.

Sí. Apostaría mi dinero a que Vera Ivanova es virgen.

Durante un segundo de más, me permito fantasear. ¿Cómo sería mostrarle el mundo sobre el que solo lee? Dominarla, someterla, ver sus dulces labios entreabrirse de éxtasis y oír su gemido seductor...

Le cierro la puerta a esos pensamientos con una ferocidad que no permite nada que no sea una abstinencia perfecta. No he hecho más que proteger mis emociones, y, sin embargo, me encuentro en sintonía con sus reacciones.

Recuerdo lo suave que era su mano cuando se la estreché. Lo menudo que era su cuerpo cuando la aparté del equipaje.

Sería el mayor honor para un hombre dominar a una mujer como ella. Ese nivel de *confianza*... Un reto, sí, pero uno que disfrutaría.

Pero sé que no puedo dejarme influenciar ni mostrar debilidad de ninguna manera, por muy tentadora que sea.

Me reclino en mi asiento y planeo mi siguiente movimiento.



CAPÍTULO 4

VERA

Me despierto de un sobresalto con el avión temblando con tanta violencia que al principio creo que debo de estar soñando. Cuando me doy cuenta de que no es un sueño, ahogo un grito e intento ponerme de pie, pero unas manos grandes y fuertes tiran de mí rápidamente hacia abajo.

—*Nyet*. —Markov me sujeta con fuerza contra él, con sus brazos apresándome como un torno. El altavoz de cabina crepita.

—Señoras y señores, hemos entrado en una zona de turbulencias. No hay nada que temer. Por favor, permanezcan sentados y asegúrense de que tienen los cinturones de seguridad abrochados. Deberíamos poder salir de esta bolsa de aire en bre...

Sus palabras se cortan cuando el avión cae de repente en picado. Los gritos ahogan cualquier otro pensamiento, los míos junto con los de todos los demás. El pánico se apodera de mí. Cierro los ojos con fuerza y siento cómo las lágrimas se escapan entre mis párpados.

Una voz tranquila y serena a mi lado me ancla a la seguridad. —*Vsyo budet khorosho.*

Su tono, por primera vez, es suave y tranquilizador. No tengo ni idea de lo que está diciendo, pero, de alguna manera, me tranquiliza. Inspiro por la nariz y espiro por la boca cuando una mano grande y cálida se posa en mi muslo.

Abro los ojos y lo veo mirando al frente, la viva imagen del estoicismo. Aprieta la mandíbula, pero no muestra ningún miedo. Mi mente se arremolina en una tempestad de pánico: ¿y si nos estrellamos?, ¿sobreviviríamos? Mi mente científica calcula inmediatamente a qué altura estamos, nuestra ubicación, las probabilidades de supervivencia. Apenas puedo hilar un pensamiento coherente. Y si nosotros..., y si yo...

Tan repentinamente como empezó, la turbulencia cesa. El avión vuela ahora con calma en la oscuridad tinta del cielo nocturno.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente. Mi respiración se regula.

—*Spasibo.*

Me alegro de haber repasado un poco en el móvil.

Markov me dedica un silencioso asentimiento.

Bajo la mirada hacia su mano, que descansa sobre mi muslo. Nos damos cuenta al mismo tiempo de que me está tocando de una forma en que mi guardaespaldas no tiene ningún derecho a tocarme. Solo estaba tranquilizándome, sí, pero la continua intimidad de su mano en mi muslo ha cruzado una línea que nunca deberíamos cruzar.

Siento que me arden las mejillas y un cálido cosquilleo de excitación revolotea entre mis muslos.

Quizá no debería haber pasado la última hora antes de quedarme dormida leyendo sobre multimillonarios dominantes, perfectos y

sexis de cojones, sobre todo estando tan cerca del ruso más sexi que he visto en mi vida.

Pongo mi mano sobre la suya y, con gran reticencia, se la aparto.

Siento sus ojos sobre mí, pero no le devuelvo la mirada mientras la azafata se acerca a nosotros.

—Siento mucho lo ocurrido.

Niego con la cabeza. —A menos que usted sea personalmente responsable del comportamiento del cielo, no creo que sea culpa suya. Pero gracias.

Markov le dice algo en un ruso rápido que la hace reír. Ella le responde y él le dedica un atisbo de sonrisa.

Una inesperada punzada de celos me golpea directamente en el plexo solar. Quiero saber lo que le ha dicho. Ni siquiera sabía que ese hombre fuera capaz de tener sentido del humor.

Quiero ser yo la que le haga sonreír. O casi sonreír, al menos.

Siguen parloteando y yo cojo mi libro. De acuerdo, tened una conversación que no me incluya. Yo me limitaré a leer mi libro y a consumirme con expectativas poco realistas, no pasa nada.

—Dice que le diga que solo intentaba consolarla y que le pide disculpas si ha sido impropio.

Parpadeo y levanto la vista hacia la azafata. —¿Perdone?

Lo repite. Me giro y lo veo mirándome fijamente, tan serio como siempre.

Me aclaro la garganta.

—Por favor, dígale que gracias. —Quiero decir mucho más, pero, por una vez, agradezco la barrera del idioma.

Echo un vistazo a la hora, sorprendida de ver que he dormido durante la mayor parte del vuelo. Aterrizamos en una hora.

—¿Le apetece un aperitivo? —La azafata nos ofrece una cesta a los dos. Reconozco paquetitos de frutos secos y algunos caramelos, pero hay otros aperitivos que no he visto nunca. *Русское Поле***,** una especie de crujiente de centeno, y una variedad de chocolates con nombres como *Коркунов***.**

—Esos están excelentes —dice—. ¿Le gusta el chocolate?

—Mmm. Por supuesto.

—Tome —dice con una sonrisa—. Coja unos cuantos de cada.

No me sorprende que Markov rechace un aperitivo y una bebida, teniendo en cuenta que probablemente se alimenta de tortillas de claras de huevo y batidos de proteínas. Un hombre no esculpe un cuerpo como ese a base de patatas fritas y chocolate.

Me como mis aperitivos y comento sobre ellos, fingiendo que puede entenderme, solo porque el silencio entre nosotros se siente pesado y cargado. —Mmm. Me gusta el delicado sabor del chocolate —digo, como si estuviera haciendo una especie de reseña—. Aunque el sutil toque de frutos secos tostados es bastante agradable. No es exactamente un M&M, pero servirá.

Él simplemente sigue mirando al frente. ¿Qué hace que alguien sea tan serio?

Vuelvo a mi libro y me pierdo en un mundo falso con promesas falsas que nunca ocurrirán en la vida real.

Ojalá mi padre no hubiera insistido en que llevara un guardaespaldas conmigo.

A pesar del silencio y el semblante pétreo de Markov, se pone en acción en cuanto aterrizamos. Ni siquiera me molesto en pelear con él cuando se trata de llevar mis maletas. A estas alturas, supongo que más vale que disfrute de los mimos, o como quiera que se llame

esto. No sé muy bien cómo se las arregla, pero carga con nuestro equipaje, me acompaña fuera del avión y me guía sin problemas hacia la salida.

Aunque fue un vuelo de diez horas hasta Moscú, debido a la diferencia horaria, llegamos a mediodía. Se siente extraño, la verdad, como si nos hubiéramos saltado un día entero. El sol brilla en lo alto del cielo azul y despejado, en contraste con la noche tinta que dejamos atrás. Al salir del avión, nos recibe el aire fresco de Moscú, un cambio bienvenido después del viciado aire de la cabina que hemos soportado. El ajetreo del aeropuerto de Sheremetyevo nos saluda con viajeros y lugareños por igual, que se mueven por las terminales con una soltura experta. La diversa mezcla de acentos e idiomas que nos rodean crea un animado murmullo. Siento el cuerpo pesado por el desfase horario, pero hay una corriente subyacente de emoción. Nunca he salido de mi país. Este es un nuevo capítulo de mi vida lleno de promesas.

Recogemos nuestro equipaje y nos dirigimos a la zona de recogida. —Me dijeron que habría un coche esperándonos… bueno, esperándome a mí —rectifico. No estoy segura de cómo voy a explicar su presencia a la gente con la que voy a trabajar. Suspiro cuando me mira fijamente y saco el móvil para abrir la aplicación de traducción, pero entonces veo a un conductor de pie junto a un gran SUV con un cartel que dice *Vera Ivanova* en negrita.

Lo señalo. —Ahí, ese es para nosotros.

Markov le lanza al hombre una mirada de acero y asiente, llevando nuestras maletas. Una mujer alta que me resulta vagamente familiar me saluda con entusiasmo. Cuando nos acercamos, me doy cuenta de que es la profesora Irina Kuznetsova, con sus ojos agudos e inteligentes, su figura esbelta y su pelo corto y plateado. Es la mujer con la que tuve una videoconferencia hace unas semanas, la responsable del programa. Vaya. No tenía ni idea de que hubiera venido hasta aquí solo para verme.

—¡Vera! ¡Bienvenida! —dice en un inglés perfecto. Le dedica a Markov una mirada curiosa.

—¿Profesora Kuznetsova? —pregunto, tendiéndole la mano con timidez—. ¿Ha venido hasta el aeropuerto a recogerme? Es un honor, de verdad.

—Por favor, llámeme Irina —dice ella con cierta vergüenza—. Usted y otro de sus compañeros, Jake Thomas, han cogido el mismo vuelo. No he tenido tiempo de presentarlos o me habría asegurado de que se conocieran mucho antes del viaje.

Markov permanece a un lado, estoico.

—¿Ha traído a un invitado? —pregunta ella con el ceño fruncido.

Dios. Allá vamos.

—A mí me parece más un guardaespaldas —dice una voz retumbante en inglés a mi espalda. Me giro para ver a un hombre que podría ser el prototipo de chico americano de pie detrás de mí: pelo castaño claro, dientes perfectos, ojos azul pálido y complexión atlética.

Al lado de Markov, parece un niño.

—Jake Thomas —dice, tendiéndome la mano—. Estábamos en el mismo vuelo, pero no a todos nos pasaron misteriosamente a primera clase. —Se masajea el cuello como si le doliera de haber dormido en clase turista y me guiña un ojo.

Me doy la vuelta, con las mejillas sonrojadas. Markov entrecierra los ojos.

—¿Un guardaespaldas? —pregunta Irina. Oh, Dios. No soporto la idea de que alguien piense que he traído un guardaespaldas. Nadie sabe quién soy ni de dónde vengo.

¿Y si me envía de vuelta a casa? Después de todo lo que he hecho y por todo lo que he pasado para entrar en este programa...

Las mejillas me arden mientras niego con la cabeza y recuerdo que Markov no sabe inglés. —No, no —digo con una risa forzada, intentando no entrar en pánico. Se suponía que no debía traer a nadie. Debería estar aquí sola. Maldito sea mi padre por no pensar en los detalles. Es tan típico de él tomar una decisión que va a tener un impacto directo en mi vida sin importarle las repercusiones que tenga para *mí*.

Digo lo primero que se me pasa por la cabeza. —Este es… este es mi marido. —Por suerte, Markov no reacciona porque no tiene ni idea de que acabo de soltar una mentira tan descarada.

Irina se me queda mirando, pero se recompone rápidamente.

—¡Oh! ¡Claro! —dice Irina—. Si me disculpan un momento.

Saca el móvil y hace una llamada rápida. No entiendo lo que dice, pero parece que le está suplicando a alguien. Markov escucha atentamente, con el rostro ensombrecido.

Mierda.

Vuelve un minuto después, con una amplia sonrisa. —Todo arreglado —dice—. Pueden venir conmigo. He organizado un coche para volver a la universidad y solo tendré que hacer un pequeño ajuste con el tema de la habitación.

Oh, Dios mío.

El tema de la habitación.

—¿Se han conocido por el camino? —pregunta Irina, con una amplia sonrisa—. El señor Thomas no venía de muy lejos, señora Ivanova —dice—. Usted es del Medio Oeste, ¿verdad?

—Así es —responde él, metiendo las manos en los bolsillos como si estuviera siendo modesto—. Aunque los últimos años estudié en Harvard.

Oh, genial, presumiendo de su universidad de la Ivy League. Encantador.

El ajetreo del aeropuerto que nos rodea hace que me sienta más agotada que nunca. Reprimo un bostezo.

—Deben de estar agotados después de ese vuelo. Vengan, los instalaremos en sus habitaciones y les daremos tiempo para descansar antes de la cena formal de esta noche para que se conozcan todos.

Los instalaremos en sus habitaciones.

¿Qué he hecho?

—Gracias.

Tengo que decírselo a Markov. Como se entere por otra persona de lo que ha pasado… ¿Y si les dice que he mentido? ¿Que en realidad es mi guardaespaldas?

¿Cómo se lo voy a decir?Markov coloca el equipaje en una baca en el techo del coche, lo cual es ciertamente práctico. Jake se sube primero y yo voy a seguirlo, pero Markov me coge del brazo y niega con la cabeza. —*Nyet*.Hace un gesto con la cabeza hacia atrás y me hace a un lado para poder sentarse él junto a Jake.

—Je —dice Jake—. Supongo que si fuera mi mujer, yo tampoco querría que estuviera metida entre nosotros. —Me sonríe. Me alegro de que *alguien* se tome las cosas con deportividad.

Sin embargo, una parte de mí se lo agradece, tengo que admitir. No conozco bien a Markov, pero lo conozco mejor que a Jake, y si voy a estar sentada al lado de un hombre, tan apretados que parecemos sardinas en lata, prefiero estar junto a Markov que junto a un desconocido en el que no confío.

No caigo en la cuenta de que, a todos los efectos, *Markov* es un desconocido en el que no confío.

Vamos apretujados durante el trayecto a la universidad mientras Jake e Irina parlotean en ruso y yo lucho por mantener los ojos abiertos. ¿Por qué he dicho que era mi marido? He tenido todo el vuelo para idear un plan, pero siento que estoy dando palos de ciego. ¿Qué harán con una pareja casada en el programa? *Uf.*

Markov se sienta erguido, escudriñando constantemente nuestro entorno como si buscara una posible amenaza mientras mantiene su fachada. Supongo que ese es su trabajo. ¿Está siempre tan alerta?

Me pesan los párpados, pero intento mantenerlos abiertos. No quiero perderme nada. A medida que nos acercamos al campus en Moscú, la vibrante energía de la ciudad me entusiasma. Las calles están llenas de vida con una mezcla de gente: estudiantes que van deprisa con maletines para portátiles y mochilas, vendedores ambulantes de comida y profesionales en traje y falda que se apresuran de un lugar a otro. Veo los famosos autobuses y tranvías del metro de Moscú serpenteando entre la multitud.

Por primera vez, me alegro de tener a Markov conmigo. Resulta abrumador pensar en estar completamente sola.

Reprimo un bostezo. Me encanta dormir y anoche apenas pegué ojo. En el coche hace calor y Markov es como una estufa eléctrica a mi lado. Lucho por mantenerme despierta, pero aun así, al llegar, Markov me sacude suavemente el hombro.

—Tenemos alojamiento junto a las residencias para nuestros estudiantes de posgrado en campos especializados. No es nada del otro mundo y, en realidad, son poco más que residencias con ínfulas, pero al menos son semiprivadas.

Miro a Markov, pero no responde. Saco el móvil con disimulo y escribo un mensaje en la aplicación de traducción que me he descargado. Tengo que contarle lo que le he dicho a ella. Tiene que ser capaz de seguirme el juego.

«Lo siento, pero ha habido un malentendido. Por ahora, solo por ahora, tiene que fingir que es mi marido. ¿De acuerdo?».

Miro fijamente las palabras en otro idioma que tengo delante, incapaz de leerlas. ¿Es eso de verdad lo que quiero decir? ¿Acaso tengo otra opción? Traduzco las palabras una y otra vez hasta que estoy satisfecha y ya no me queda tiempo. Estamos a punto de llegar.

Le doy un toquecito a Markov en el hombro y le enseño la traducción antes de que se me esfume el valor.

Observo cómo la lee. ¿Qué hará? ¿Y si insiste en decir la verdad? En cuestión de segundos, entrecierra los ojos y luego me pide el móvil con un gesto. Asiento y se lo entrego. Cambia a la opción del teclado ruso. Lo observo con la boca seca. Las mejillas me arden de la vergüenza.

Miro fijamente cuando me enseña el móvil con su respuesta. Comunicarme con él de esta manera resulta extrañamente íntimo.

¿Por qué no ha dicho la verdad?

Casi puedo oír la amonestación en su voz áspera y profunda, su tono duro.

Tecleo una respuesta y pulso de nuevo el botón de traducir. Es una forma torpe de comunicarnos, pero es lo único que tenemos.

¡No quiero que sepan que es mi guardaespaldas!

Espero que quiera escribir otro mensaje, pero me devuelve el móvil, me despacha con un gesto brusco de la mano y mira por la ventanilla.

Me doy la vuelta y pongo los ojos en blanco mientras nos detenemos frente a la universidad.

Nunca viví en una residencia universitaria debido a mi estricta educación, por lo que el ambiente universitario es bastante nuevo

para mí. La universidad está flanqueada a ambos lados por imponentes edificios, cuya arquitectura es a la vez intrincada y moderna. El corazón me da un vuelco. *De verdad estoy aquí. Lo he conseguido.*

—Oh, qué bonito es.

—¿Dónde se crio usted? —me pregunta Jake.

—En Nueva York.

—Ah, es usted una chica de ciudad. Imagino que Moscú y Nueva York siguen siendo lugares muy diferentes.

—Sí, pero no todo Nueva York es ciudad. Pasé un tiempo en el norte del estado de Nueva York y, más recientemente, en un barrio residencial a las afueras de la propia ciudad. Aun así, desde luego no es Moscú.

Me encojo de hombros y siento una mano pesada en mi muslo. Las puertas del coche se abren y todo el mundo empieza a salir, pero yo me tomo un minuto para mirar a Markov.

—¿Qué? —susurro.

Con el ceño fruncido, me pide de nuevo el móvil y teclea algo en el teclado ruso antes de devolvérmelo. Le doy a traducir.

No se fíe.

Ah, por supuesto que mi guardaespaldas me dice que no me fíe de otro hombre. Le pongo los ojos en blanco y me guardo el móvil en el bolsillo. Salgo por la puerta opuesta a la suya.

Como era de esperar, coge nuestro equipaje, unas cuantas maletas cada vez, y las alinea en la acera. Irina dice algo en ruso. Habla con entusiasmo y lo elogia, pero él se limita a encogerse de hombros y a hacerle una pregunta a cambio.

—Es todo un caballero —dice ella en inglés—. ¡Será un soplo de aire fresco tener una pareja casada tan agradable aquí con nosotros!

Vengan, les enseñaré su habitación. Deben de estar agotados.

Mientras caminamos, Jake se pone a mi lado.

—He leído su trabajo —dice en voz baja. Me regala una sonrisa ladeada y empiezo a preguntarme si fingir que Markov es mi marido fue una buena idea. ¿Y si conozco a alguien aquí? Después de haber estado tan protegida, nunca antes había tenido una oportunidad como esta.

—¿Ah, sí?

—Sí —dice Jake. Me doy cuenta de que cuando sonríe, se le forma un hoyuelo en la mejilla—. Su análisis revisado por pares sobre técnicas de torniquete improvisado en la atención de traumatismos sobre el terreno estuvo excepcionalmente bien hecho. Me impresionaron los riesgos que asumió al aplicar métodos poco ortodoxos y los resultados que obtuvo. Un trabajo realmente impresionante.

Se me hincha el pecho de orgullo.

—Gracias. Yo dirigí el estudio, pero no podría haberlo hecho sin la ayuda de los demás con los que estudié.

Jake sonríe, y sus ojos me miran con calidez.

—Humilde, además. Más le vale tener algún defecto en alguna parte, señorita Ivanov —dice con un guiño antes de reunirse con Irina.

Markov, como de costumbre, camina a mi lado con una expresión pétrea en el rostro.

En serio, ¿por qué he fingido que estábamos casados? Gimo para mis adentros.

Tengo que asegurarme de que nadie aquí sepa quién soy realmente, o quién es él. Esta es mi oportunidad.

Creo que Markov y yo estamos empezando a tener algunos problemas maritales.



CAPÍTULO 5

NIKKO

Observo cada detalle mientras entramos en el campus.

He comenzado a darme cuenta de que mi estrategia inicial —mantenerme como el guardaespaldas distante y ganarme la confianza de su familia— no funcionará ahora debido a la mentira de Vera. Tendré que cambiar de táctica.

Quizás... tan solo quizás, no sea una maldición de los dioses que compartamos habitación. Quizás no tenga que ser estoico y distante. Mientras la observo con el guaperas americano, con los ojos bien abiertos y las mejillas sonrojadas, me doy cuenta de algo: Vera Ivanova está hambrienta de atención.

Escondida del mundo, sobreprotegida, se ha sumergido en sus estudios y ha conseguido destacar. Apenas la conozco, y hasta yo estoy tremendamente orgulloso.

Pero ella anhela algo más que reconocimiento.

Lo he notado.

—El alojamiento es mejor de lo que encontrarías en una residencia universitaria típica —explica Irina—, pero somos utilitarios con el espacio que usamos y la forma en que hemos organizado las cosas aquí. —Se acerca un poco más a Vera—. Hice una llamada, y tendrás la única habitación con baño privado. Quizás Markov pueda unirse a nosotros para más de los eventos sociales que tendremos.

Vera palidece pero rápidamente lo disimula y asiente.

—Gracias.

Sí. Si hay algo que he aprendido como asesino, es a mantener la calma bajo presión. Prepararme para un cambio de planes. Ser implacable en la ejecución del Plan B.

—Aquí —dice Irina, entregándole a Vera un juego de llaves y señalando un conjunto de edificios situados en el campus pero ligeramente apartados—. Por favor, descansa y acomódate. Encontrarás un mapa del campus y un itinerario en tu habitación. Nos reuniremos en el comedor para cenar dentro de tres horas.

Me dedica una sonrisa y se marcha. El americano ya ha encontrado su habitación.

Vera mira la puerta como si fuera una serpiente enroscada esperando, lista para atacar. ¿Por qué ese pánico repentino? Ella tomó su decisión.

Recuerdo mi plan y dejo las maletas. Ella abre la puerta con manos temblorosas y gime cuando la empuja.

Es un típico dormitorio ruso que encontrarías en un campus universitario. La cama doble de tamaño modesto es el punto focal de la habitación, por lo demás utilitaria, y está preparada con cuatro almohadas y un edredón ligero con estampado tradicional. Un armario empotrado nos da un espacio mínimo para almacenaje, pero será suficiente, y hay un pequeño escritorio con una silla de respaldo duro. Todo es moderno, pragmático y compacto.

—No hay ni siquiera un sofá donde pueda dormir —gime—. ¿Cómo va a funcionar esto? No puedo decirle ahora que mentí; perderé toda credibilidad, y *acabamos* de llegar.

Conozco esa sensación.

Después de meter el equipaje, cierro la puerta con llave. Compruebo todas las cerraduras de puertas y ventanas. No hay cerrojo, solo una cerradura de mierda que se tambalea. Un adolescente con un destornillador podría abrir la maldita cosa.

Me ocuparé de eso.

Señalo la cama con la cabeza y le hago un gesto para que me dé su teléfono.

Abro la aplicación.

Tú dormirás en la cama. Yo dormiré en el suelo.

Sus ojos se abren más mientras lee el mensaje. Observo cómo su labio inferior sobresale y frunce el ceño, escribiendo otro mensaje.

Ni hablar.

Es hora de poner mi plan en acción.

Escribo otro mensaje en el teléfono. Vi cómo respondió al americano. Escuché lo que él le dijo.

Tú eres la que ha trabajado duro para llegar aquí. Yo solo estoy aquí para protegerte. Es importante que duermas bien. Tú usarás la cama.

Le entrego el teléfono y me alejo. Esa conversación ha terminado.

La oigo suspirar mientras voy a inspeccionar el resto de la habitación. Afortunadamente, las cerraduras son la única parte de la habitación que no es segura. Señalo los cuatro cajones de la cómoda y saco el inferior, donde guardaré mi poca ropa y armas. Abro mi

mochila y rápidamente organizo todo lo que he traído, luego toco el resto de los cajones y señalo hacia ella.

Tuyos.

—Gracias —dice, con voz un poco más suave esta vez. Tal vez le ha conmovido mi gesto. Tal vez se siente honrada de que me tome en serio su trabajo aquí. En cualquier caso, ignora el hecho de que estoy aquí para hacer justicia a mi familia a través de la muerte de su padre, y vamos a mantenerlo así.

Compruebo mis teléfonos mientras ella usa el baño. Luego miro por la ventana, no lejos de las calles de Moscú, donde quedé huérfano. Recuerdo quién era. Recuerdo quién soy ahora. La familia Romanov me acogió cuando no tenía a nadie. Cuando no tenía nada.

Vera Ivanova es la hija de mi enemigo.

Un plan comienza a formarse en mi mente, cobrando vida propia. Sospecho que sé exactamente cómo trabajar este ángulo...

—Estoy cansada, Markov —dice Vera. Miro por encima del hombro y la veo sentada en el borde de la cama, con el teléfono en la mano. Se ha quitado los zapatos y se ha cambiado, ahora lleva un chándal y una camiseta diminuta.

No sabía que un chándal y una camiseta podían ser tan condenadamente sexys. Intencionadamente dejo que mi mirada vague un poco más de lo que sería respetable. Lo justo para hacerle saber que la veo y que me gusta lo que veo antes de poder contenerme.

—¿Estás cansado? —pregunta, haciendo un gesto de dormir y dando palmaditas en el borde de la cama—. Eres un tipo grande, y yo no me muevo mientras duermo. No puedes dormir en el suelo. Descansa aquí, y yo dormiré en el borde de la cama.

Niego con la cabeza como si estuviera luchando contra ello. Resistiéndome. Estaré en esa cama esta noche, y estaré muy cerca.

Después de que instalemos una cerradura mejor.

—Está bien, entonces —dice con un bostezo—. Tú haz lo que sea que hacen los guardaespaldas, y yo voy a echar una siesta.

Me doy la vuelta mientras ella se acuesta y abre la aplicación de libros en su teléfono, pero poco después, oigo su teléfono caer sobre la cama con un pequeño golpe. Está profundamente dormida.

Aprovecho la oportunidad para ponerme en contacto con los de casa.

Aleks
¿Cómo van las cosas? Te he localizado en el campus

Hemos llegado. Todo bien hasta ahora. Estoy trabajando en ganarme su confianza para poder acercarme a donde necesito estar. ¿Has encontrado la ubicación donde se reúne el resto en Moscú?

El plan es que yo encuentre dónde se reúnen el resto de los hombres de la Bratva Ivanov en Moscú. Según los breves mensajes que he recibido, están desorganizados en el mejor de los casos. Tenemos una pequeña ventana de tiempo, pero es suficiente para que yo averigüe lo que necesito sobre Petr Ivanov.

Si alguien sospecha quién soy, desaparecerán convenientemente, como el verdadero Markov. Muchas cosas podrían salir mal, pero estoy preparado para adaptarme.

Termino mi conversación con Aleks y saco la aplicación de duplicación de pantalla.

Lo primero que noto es que ella no ha avanzado mucho más en su libro. Para una mujer tan inteligente como ella, es un poco interesante.

Es entonces cuando me doy cuenta de los subrayados.

Vera ha resaltado ciertas secciones del libro. ¿Quizás las ha estado releyendo?

Quizás *yo* necesito leerlas.

Mis ojos se abren de par en par mientras observo las partes subrayadas del libro, y siento que mis labios se curvan en una sonrisa.

> *Su mano se cierra en la parte posterior de mi cuello.*
>
> *Su mano cálida descansa en la parte superior de mi muslo, un toque posesivo...*
>
> *—Suplica para correrte, niña. No te corras nunca sin el permiso de Papi.*
>
> *—Desobedece a Papi otra vez, y te pondré sobre mis rodillas, señorita.*

Vera Ivanova es una niñita pervertida, y pretendo usar eso para mi total ventaja. Estoy duro como una piedra solo de saber lo que le gusta, imaginando lo que podría hacerle. La diversión que podríamos tener.

¿Cuánto de lo que lee es ficción y cuánto le gustaría realmente?

Para seguir adelante con este tipo de cosas, necesito ganarme su confianza.

Kolya nos enseñó hace años que una de las formas de obtener la confianza de un enemigo era usar una pizca de verdad para colorear una mentira. Usa tu verdadero nombre. Di algo desde el corazón. Revela un poco de tu debilidad y la naturaleza humana hará que la gente crea que eres digno de confianza. Parecerá que has expuesto todas tus cartas cuando, en realidad, solo has mostrado algunas. Solo una sombra de la verdad.

Poco a poco, revelaré justo lo suficiente para que baje la guardia.

Voy a romperle el corazón a esta mujer, pero es el único camino a seguir.

Haré lo que sea necesario para hacer justicia a mi familia.

Sin importar el coste.



CAPÍTULO 6

VERA

ALGUIEN ME ESTÁ ZARANDEANDO el hombro. Estoy profundamente dormida, calentita y a gusto en la cama. ¡Qué bien se duerme! ¿Por qué me despierta alguien en mitad de la noche?

Abro los ojos, con la vista borrosa, y veo a un hombre alto de pie junto a mí. La envergadura de su cuerpo me eclipsa por completo. Me echo hacia atrás de un respingo y ahogo un grito.

¿Pero qué coño?

Atrapada entre el sueño y la vigilia, me sobresalto y me agito. Enredada en las sábanas, casi me caigo de la cama. Justo a tiempo, se inclina y me sujeta. Al instante soy consciente de su aroma limpio y amaderado y de la calidez y seguridad de su contacto.

Espera.

Reconozco esa mandíbula marcada y esos ojos penetrantes.

Y el familiar ceño fruncido de siempre. —Soy yo. Tranquila.

Parpadeo, intentando aclararme la mente.

¿Acaba de hablar en inglés?

¿Todavía me está… sujetando?

Sus cálidos brazos a mi alrededor son agradables. Es fuerte y robusto, y siempre he fantaseado con cómo sería que me abrazara un hombre fuerte… como él.

Es mejor que en mis fantasías más alocadas.

Le sostengo la mirada a la profundidad de esos ojos verdes.

Ha hablado en inglés, *sin ninguna duda*. Este hombre esconde mucho más de lo que aparenta.

—Suéltame —susurro, aunque una parte de mí quiere pedirle que me abrace más fuerte. Aunque una parte de mí quiere alargar la mano y recorrer con los dedos la barba de su fuerte y masculina mandíbula. Estamos solos, los dos. Lo que pasa en Rusia se queda en Rusia, ¿no?

Casi espero que me deje caer en la cama como un saco de patatas, pero en su lugar me suelta con delicadeza.

—Tienes que prepararte para irnos.

Me siento erguida en la cama y me le quedo mirando. —¿Has aprendido otro idioma por arte de magia mientras dormía la siesta? ¿O me has estado mintiendo, Markov?

Se sienta en el borde de la cama, que se hunde bajo su peso.

—He tomado una decisión mientras dormías. —Habla con un marcado acento ruso, pero su inglés es perfecto—. Debemos comunicarnos con más claridad si quiero mantenerte a salvo. Nunca te dije que no hablara inglés.

Me le quedo mirando. Sí, claro. —Ah, no juegues a eso conmigo. Sabes muy bien que me hiciste creer que no hablabas inglés. Y ahora estás aquí… —Gesticulo con las manos, confusa.

Se encoge de hombros. —Sabía que íbamos a compartir alojamiento, aunque no sabía que sería… —hace un gesto hacia la cama— tan íntimo. Pensé que sería mejor para ti y para mí que mantuviéramos las distancias. Si no podíamos comunicarnos, podíamos seguir siendo profesionales. Pero ahora me he dado cuenta de que eso pone en riesgo tu seguridad.

Mis mejillas se acaloran al darme cuenta de repente de lo que está insinuando. —¿Crees que solo porque he llevado una vida protegida voy a caer rendida ante el primer tío bueno que vea en cuanto salga de casa de mis padres?

Frunce el ceño. —*Nyet*. —Parece que, incluso cuando intenta hablar en inglés, el ruso sigue haciendo acto de presencia—. No he pensado eso de ti.

Ay, Dios mío. El recuerdo de lo que he dicho antes vuelve de golpe… cómo podría haberse tomado lo que he dicho. He hablado con demasiada libertad. He revelado demasiado.

Le he dicho que no duermo con ropa.

Le he dicho que se parecía a Jason Bourne.

Debería haberme mantenido la boca cerrada.

Además… ¿a quién demonios quiero engañar? No es solo el primer tío bueno que he conocido, sino que está bueno de cojones y desprende por cada poro esa naturaleza dominante que me vuelve loca. Es el protagonista de una novela romántica en la vida real, el clásico héroe byroniano.

Si yo soy Jane Eyre… él es mi señor Rochester.

No puedo pensar así. No me lo permitiré.

Pero tengo que admitir que me encanta oírle hablar.

No puedo permitirme sentir algo por este tipo. Trabaja para mi padre y cualquiera que trabaje para mi padre tiene que ser un gilipollas.

Aunque me está mirando con sinceridad, el corte afilado de su mandíbula y el timbre profundo de su voz me recuerdan que no es un crío. —Mi trabajo es protegerte. Eres una mujer guapa e inteligente. Pero eres la hija de mi jefe. Si se me ocurriera tocarte, me mataría. —Sus ojos, de un llamativo tono azul acero, sostienen los míos con una intensidad que subraya su solemne promesa.

Sigue hablando, esbozando los límites que nunca debe cruzar, las líneas trazadas con tanta rigidez por el deber y el honor. Sin embargo, sigo atrapada en sus palabras anteriores: *mujer guapa e inteligente*. Lo ha dicho con una convicción tan natural, como si afirmara algo tan indiscutible como que el cielo es azul. Sin encanto subyacente, sin sonrisitas juguetonas que suavicen los bordes de su profesionalidad. Simplemente un hecho.

La sangre me ruge en los oídos, un tambor incesante que me dificulta concentrarme en algo que no sea el hombre que tengo delante. Su presencia es imponente, su compromiso palpable, y me provoca un revoloteo de mariposas en el estómago. Trago saliva, intentando estabilizar la voz, parecer tan impasible como disciplinada es él. Pero es un desafío formidable, cuando cada fibra de mi ser reacciona a su proximidad; a la de este hombre que podría verme como algo más que un deber…

Mira su teléfono, la luz le ilumina los rasgos acerados. —Siento que hayamos empezado así. Ya es hora de que te diga la verdad. Hablo inglés tan bien como cualquiera de aquí. Quizá así pueda… comunicarme más eficazmente con el americano. —La forma en que dice *comunicarme más eficazmente* me da escalofríos. La amenaza subyacente en su tono es inconfundible.

Trago saliva. —Markov, tienes que dejarlo en paz. Está en el programa conmigo.

El destello de sus ojos es casi depredador y hace que mi corazón se acelere con una mezcla de miedo y expectación.

—Está coladito por ti y es un gilipollas. Yo me encargaré. Ahora levántate y prepárate para que no lleguemos tarde.

Niego con la cabeza, incrédula, con un torbellino de confusión y alarma en mis pensamientos, cuando miro la hora. —¡Dios mío! ¡Tenemos que estar allí en diez minutos!

—¿Necesitas más tiempo? —Su pregunta suena natural, como si nuestra conversación anterior no hubiera alterado la dinámica de nuestra relación. Es tan extraño que de repente esté hablando en inglés. Apenas puedo asimilar el cambio repentino. Una parte de mí se siente aliviada: ahora, de verdad, tengo un aliado aquí, alguien con quien puedo comunicarme.

¿Pero puedo confiar en él? La duda me corroe, alterando mis pensamientos. Ya estoy otra vez, pensando como si estuviéramos en una novela romántica.

No *tenemos* ninguna relación más allá de la profesional. No existe una base de confianza o afecto. Trabaja para mi padre y es mi guardaespaldas. Y punto. Fin de la historia.

Pero ¿acaso hay algo que sea así de sencillo?

—Vale, escucha. Puedo estar lista en diez minutos, pero para futuras ocasiones, normalmente necesito un poco más de tiempo. —Señalo mi pelo—. Solo en el pelo ya tardo diez minutos.

—¿Por qué? —Parece realmente perplejo.

—Se me encrespa todo cuando duermo. No puedo salir a la calle así.

Niega con la cabeza. Aunque hable inglés, sigo sintiendo que hay una barrera idiomática.

—¿No podrías hacerte una trenza? He oído a mi hermana decir que eso ayuda. —Aparta la vista por un momento, como si no debiera haberlo dicho. Vaya.

—Bueno, no sé cómo hacerme una trenza. No a mí misma, por lo menos. Y eso me haría parecer muy joven. Ya soy básicamente la más joven del programa…

Markov frunce el ceño. —No tenemos tiempo para discutir detalles. Mira, puedo hacértela yo. Y no pareces joven. Das una impresión demasiado serena y madura como para parecer una niña. Ese americano, sin embargo, *sí* que parece un niño. ¿Tienes una goma para el pelo?

Un momento. ¿Me he despertado de verdad o sigo soñando?

Me le quedo mirando antes de responder. —Tengo una goma para el pelo.

No tenemos tiempo que perder y tiene razón… me ayudaría a arreglarme. La trenza lo domará rápidamente, y así podré ponerme un poco de maquillaje y cambiarme a ropa más decente. Al momento siguiente, estoy rebuscando en mi bolso, intentando encontrar un coletero.

—¡Ya estás vestido! ¿Lo has hecho mientras dormía? ¿Has descansado algo?

—Sí, me he cambiado mientras dormías. No, no he dormido, pero no importa. Dame la goma.

¿De verdad voy a dejar que me haga una trenza?

¿Tengo muchas más opciones aparte de hacerme un moño desordenado y raro? Aunque no me consideraría una persona presumida, me gustaría evitar la pinta de científica loca si puedo.

Me hace un gesto para que me siente en la silla del escritorio mientras él se coloca detrás de mí. Resulta extrañamente íntimo cuando me pasa el cepillo por el pelo. Se lo quito rápidamente y niego con la cabeza. —Esta parte la hago yo. —Tengo las mejillas ardiendo otra vez, y el calor me baja por el cuello. Espero que no se dé cuenta.

Me cepillo el pelo, desenredándolo, y sé exactamente qué aspecto tiene ahora. Esta masa de pelo suave y sin enredos me recuerda al algodón de azúcar.

—¿Dónde aprendiste a hacer trenzas?

—Mi hermano tiene una hijastra. Mi sobrina. Tiene tres años y el pelo largo y rubio. Soy uno de sus favoritos, así que aprendí. No es difícil.

Uf, qué adorable. Maldita sea.

Rápidamente me recoge el pelo en la nuca, provocándome un hormigueo por la espalda. Es lo más sexi que un hombre me ha hecho nunca, lo que es bastante patético, si te paras a pensarlo.

Me gusta el tacto de su mano cálida en mi nuca. Separa el pelo en mechones y, con una ternura que contradice su comportamiento hasta ahora, me lo trenza. Cuando termina, me sorprende dándole un tironcito.

—¡Oye! ¿A qué ha venido eso?

—Por contestarme antes. —Se inclina, sin llegar a tocarme, pero tan cerca que el calor de su aliento me hace cosquillas en el cuello—. No vuelvas a hacerlo. Compórtate, Vera. Recuerda, soy tu marido. Deberías mostrarle algo de respeto a tu marido.

Antes de que pueda ordenar mis pensamientos o frenar de alguna manera los rápidos latidos de mi corazón, se ha ido, y yo me quedo preguntándome… ¿Está Markov coqueteando conmigo? ¿O lo decía en serio? No puedo mirarlo porque temo que si ve mis ojos, sabrá de alguna manera que esa pequeña amenaza me ha puesto a mil. Dios mío.

Voy a sacar ropa de mi bolso solo para descubrir que ya la ha deshecho y ha colocado todo en los cajones. —¿Has deshecho mi maleta?

Se encoge de hombros. —Me aburría y sabía que no tendrías mucho tiempo para vestirte. Y tenemos que irnos.

Ha sido un bonito detalle por su parte, pero aun así… ¿qué tenía yo en esas maletas que haya visto?

—Eh, gracias. —Supongo que si es mi guardaespaldas y mi falso marido, tendré que renunciar a un poco de mi privacidad. Pero me estremezco mentalmente al recordar la ropa interior blanca y sencilla y los sujetadores blancos y lisos que metí en la maleta. ¿Por qué iba a ponerme algo sexi? Se suponía que solo iba a estar yo. Ni siquiera tengo nada sexi.

Cojo rápidamente una falda limpia y un top. Algo elegante pero informal. Él lleva una camisa de vestir de botones azul claro y unos pantalones azul marino que le sientan como un guante. Tiene un aspecto informal y arreglado sin esfuerzo.

Markov frunce el ceño. —Cinco minutos para irnos. Sáltate el maquillaje.

Vale, ahora está yendo demasiado lejos.

—No. Tengo la cara llena de rojeces por el viaje. Necesito al menos un poco de brillo de labios. —Le doy la espalda y cojo mi neceser—. Y perdona, pero por muy falso marido que seas, tú a mí no me mandas. —Tengo que hacerme valer con este.

Aprieta los labios y me mira con los ojos entrecerrados. —Soy tu marido. Deberías obedecer a tu marido.

Ah, no, por ahí sí que no pasa. Lo fulmino con la mirada. De repente me acuerdo de cómo me ha dicho que me comportara.

Abro la boca para protestar de una manera efectiva y persuasiva, pero en lugar de eso, me doy la vuelta, corro al baño y cierro la puerta de un portazo.

Buena esa, Vera. Muy elegante.

Me maquillo a toda prisa como si me fuera la vida en ello y vuelvo a la habitación. Me echa un rápido vistazo de evaluación y se da la vuelta.

—Siento no haberte dicho la verdad. Debería haberlo hecho. Me sacaron de otra misión para ponerme en esta y tomé algunas decisiones precipitadas. No volverá a ocurrir.

Es difícil guardarle rencor con una disculpa tan sincera y directa. Me siento tan aliviada de que por fin podamos hablar que lo perdono enseguida.

—Gracias. Entonces, ¿quieres que ese tío americano sepa que hablas inglés?

—Créeme —dice con una sonrisa—. Se va a enterar muy rápido.

—Recuerda que este es mi trabajo, Markov...

—Lo recordaré —sus ojos se oscurecen—. Y él también.

No tenemos más tiempo para charlar. ¿Por qué de repente me siento tan tímida delante de él ahora que podemos comunicarnos más libremente? Esa capa de protección que había entre nosotros ha desaparecido.

Cuando abre la puerta, paso por su lado. Él se inclina y me susurra al oído:

—Sé cuál es mi trabajo, Vera. ¿Sabes tú cuál es el tuyo? Esa actitud que has tenido conmigo hace unos minutos... la recordaré —sonríe y asiente—. Después de ti, *esposa*.

Oh, Dios mío, de verdad que tengo que empezar a leer comedias románticas en lugar de tanta novela erótica. En serio. O quizá *thrillers*.

—He estudiado el mapa mientras dormías —dice—. Es por aquí —me tiende la mano.

—Markov...

—Se supone que eres mi esposa —susurra—. Tú fuiste la que eligió esto, Vera.

Mierda. Tiene razón. Le cojo la mano y prácticamente tengo que ir a trote para seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—Tenemos que afianzar la historia —dice en voz baja, solo para que yo lo oiga.

—¿Qué historia?

—Cómo nos conocimos. Cuándo nos casamos. Todo eso.

Hay algo en oírle decir esas palabras... esos acontecimientos que he anhelado y de los que casi había perdido la esperanza de que ocurrieran... oírselos pronunciar en voz alta hace que mi corazón se acelere en mi pecho.

¿Por qué he hecho esto?

—Vale. Em... De acuerdo, podemos decirles que fuimos novios en el instituto. Que nos separamos después de graduarnos y nos reencontramos en la boda de un amigo.

—¿Novios de instituto? Eso no puede funcionar. Soy mucho mayor que tú.

Ni siquiera había pensado en eso.

—¿En serio? ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y uno. Tú tienes... ¿qué, veintidós, veintitrés? Otra idea.

—Cierto. Em... ¿Estaba de vacaciones, haciendo senderismo por las montañas de Suiza y tú eras mi guía turístico?

Él niega con la cabeza.

—¿De verdad parezco alguien que podría ser guía turístico en Suiza? ¿Y qué pasa si me preguntan sobre el tema? Lo único que puedo decirte de Suiza es que el chocolate está bueno.

Resoplo.

—Vale, entonces, ¿cuál es tu brillante idea?

Él frunce los labios y el ceño.

—Una web de citas. El algoritmo nos emparejó como compatibles, aunque viniéramos de mundos muy diferentes. Tú estabas demasiado ocupada con el posgrado como para tener citas, pero congeniamos al instante. Tras solo tres meses saliendo, nos fugamos para casarnos, para disgusto de nuestros padres. De eso hace un año.

Mi corazón de amante de la novela romántica se acelera. Este es un terreno peligroso, pero ya veo el comedor e a Irina esperándonos. No tenemos más tiempo.

—Trato hecho.

—¡Vera! ¡Markov! Espero que hayan descansado —dice Irina, saludándonos en la puerta—. Todavía estamos esperando a algunos invitados, pero, por favor, entren y preséntense.

Markov abre la puerta y apoya la mano en la parte baja de mi espalda. Se inclina y me susurra al oído:

—Recuerda lo que dije sobre el americano y sobre comportarte. Espero una esposa obediente, Vera.

Discretamente, le saco la lengua y disfruto de la mirada de desafío en sus ojos. Si cree que me va a decir lo que tengo que hacer, lo lleva claro.

Si me porto bien, puede que deje de amenazarme. Pero una chica tiene que vivir un poco. En realidad no puede tocarme, así que me voy a divertir.

Jake está de pie junto a un hombre alto y esbelto de pelo corto y plateado. Cuando me doy cuenta de quién es, me olvido por completo de Markov y reprimo el impulso de ponerme en modo fan.

Quiero pellizcarme. El hombre junto a Jake no es otro que el doctor Antoly Morozov, el académico al que he idealizado desde el colegio. Cuando me ve, sonríe ampliamente a modo de saludo.

—Bienvenidos. Usted debe de ser Vera Ivanova. Y este es...

—Mi marido, Markov —Markov y yo le estrechamos la mano.

—Soy el profesor Morozov —dice el profesor, tendiendo la mano—. Permítanme que les presente al resto. Liam O'Sullivan —señala a otro hombre alto de pelo rojo como el fuego que parece bastante simpático, pero percibo cierta cautela en su postura. Quizá solo sea un irlandés reservado.

—Sophia Lang —una mujer menuda de pelo negro azabache y llamativos ojos azules. A pesar de su delicada apariencia, parece moverse con seguridad—. Encantada de conoceros —dice con un acento cortante.

—Y Maxim Smith.

Un hombre rubio con gafas de montura de alambre me tiende la mano.

—¡Hola! ¿Es usted también estadounidense?

Él niega con la cabeza.

—Mi madre es rusa y mi padre estadounidense, de ahí mi nombre. Pero he pasado la mayor parte de mi vida aquí, en Moscú.

Markov asiente.

—Como yo. ¿De qué parte?

Continúan su conversación en ruso, y me alegro de que Markov al menos haya podido hacer un conocido. Su presencia aquí parece natural, lo que me hace querer soltar un suspiro de alivio.

Jake se acerca a mi lado mientras Irina sirve vino y Markov está ocupado hablando con Maxim.

—¿Pensé que su marido no hablaba inglés?

—Claro que sí. Solo es un hombre de pocas palabras.

Aun así, Jake lo mira con recelo.

—Me alegro de que no esté sola. Esto puede ser solitario sin la compañía de alguien. Sobre todo cuando lleguemos al trabajo de campo —Markov nos mira.

No respondo porque no estoy muy segura de qué decirle, pero, al parecer, Markov sí sabe. Se inclina y apoya un brazo en la mesa junto a mí. El olor a bosque y especias me tranquiliza de algún modo.

—Desde luego que no irá sola al trabajo de campo.

—¿Se permite eso? —pregunta Jake, sin inmutarse. Le da un sorbo al vino y mantiene el rostro impasible.

Markov no responde, pero tiene cara de querer partirle la cara. El profesor Morozov sonríe y levanta su copa de vino para brindar. —¿Que si se permite? Por supuesto. Mi propia esposa también nos acompaña de vez en cuando. Con el clima político actual, creo que haríamos bien en traer a un guardaespaldas con nosotros, ¿no cree?

Mientras todos los demás se ríen, yo casi me atraganto con el vino. Markov, sin embargo, se limita a guiñarme un ojo. Parece que tiene un lado encantador que ha estado ocultando todo este tiempo.

¿Es posible que todos sepan quién es en realidad?

Pero ¿cuánto sé *yo*?



CAPÍTULO 7

NIKKO

Escucho mientras Vera charla con el resto del grupo. Su última investigación publicada y revisada por pares es el tema de conversación, gracias al doctor Morozov. Es increíble observarla. No solo se expresa bien, sino que es inteligente, obviamente resuelta y carismática. Dudo que se dé cuenta siquiera de que es el centro de atención; está tan concentrada y apasionada por lo que cuenta. Aunque es un grupo pequeño, se convierte rápidamente en su epicentro mientras los demás se desvanecen.

Me encanta el entusiasmo con el que habla de su trabajo. Entiendo la mayor parte de lo que dice, pero solo por encima. Cuando se sumerge en los detalles, me pierdo un poco. Al pijo del americano le pasa lo mismo, aunque intenta fingir que no.

La única vez que la confianza de Vera flaquea es cuando alguien vuelve a centrar la atención en ella y no en el tema de la investigación en sí. Parece que hablaría de su campo todo el día, pero no soporta que la atención se centre demasiado en ella. Se muerde el labio y se sonroja un poco.

Quiero sacarla de esta situación. Decirles a todos que le duele la cabeza o lo que sea y que necesita dormir. Agradecerles su hospitalidad, pero decirles que es hora de que mi mujer descanse un poco.

Pero no lo hago, todavía no. No puedo pasarme de la raya. Una cosa que he aprendido en mi trabajo es a pasar desapercibido, lo cual no es tarea fácil cuando mides un metro noventa y tres y estás cachas como yo. Este es su momento de brillar y no puede esconderse.

Así que me dedico a observar a sus compañeros y profesores. Este es mi trabajo. Necesito ver quién podría suponer un riesgo futuro.

—¿Qué le parece el alojamiento, Markov? —pregunta Irina en ruso. Mientras el resto del grupo habla con Vera, ella se ha acercado a mí. Me parece que está demasiado cerca. O sospecha que no soy quien digo ser o está pasando algo más.

Me han dicho que veo peligro en todas partes, pero me pongo en guardia al instante.

—Está bien, gracias. Sin embargo, tengo un problema con las cerraduras e insisto en que deben cambiarse. No son seguras. Puedo instalarlas yo mismo, pero quería comentárselo antes de hacer ningún cambio en nuestro alojamiento.

Irina parece arrepentida. —Por supuesto. Me encanta que se preocupe por Vera y quiera protegerla. No hace falta que se encargue usted. Me aseguraré de que se haga a primera hora de la mañana.

—Gracias. También le pediré que se me permita acompañarla en sus estudios.

—Por supuesto —dice Irina con una sonrisa—. Aunque no es habitual que nuestros estudiantes vengan acompañados de sus cónyuges, vamos a hacer una excepción y a permitirle que participe en tantas actividades como desee. —Me guiña un ojo de forma evidente.

Asiento. O Irina ha recibido la nota sobre quiénes son en realidad los Ivanov y no quiere agitar las aguas, o tiene otros planes. En cualquier caso, quiero estar lo más cerca posible de Vera.

Nos sentamos, con Vera justo a mi lado, mientras traen fuentes de ternera Strogonoff con fideos gruesos, ensaladas y panecillos. Se me hace la boca agua. He echado de menos la comida tradicional de mi patria.

El americano se sienta al lado de Vera, por supuesto. Tendremos que hablar. Discretamente. No puedo joderle esa cara bonita sin consecuencias, pero él sabe que Vera es mi mujer y cree que puede ligar con ella. Para ser un hombre inteligente, necesita que le den unas cuantas lecciones.

Los observo a todos atentamente, pero el resto de la cena transcurre sin contratiempos.

—¿Estuvo en el ejército? —me pregunta la mujer menuda de pelo negro—. Corta la comida y come con mucha precisión.

Se puede saber mucho por el tono y la postura de alguien. No me está juzgando ni buscando las cosquillas, sino que siente una curiosidad genuina. Estoy entre un grupo de gente excepcionalmente brillante, así que no me sorprende.

—Durante un tiempo, sí —le digo—. Cuando era más joven.

El profesor de pelo cano se ríe. —Cuando era más joven —dice con una leve sacudida de cabeza—. Si pudiera embotellar el elixir de la juventud en uno de estos laboratorios, lo haría. Ay, volver a tener *treinta* años.

¿Cómo sabe qué edad tengo? Podría ser una suposición bien fundada, pero aun así no me fío de ninguno de ellos.

Cualquiera de ellos podría haber sido colocado aquí por uno de nuestros enemigos, de ella o míos. Es poco probable que nadie haya

sospechado quién soy y por qué estoy aquí, pero es una posibilidad que no puedo ignorar.

Como era de esperar, el americano monopoliza la conversación, soltando nombres de Harvard. El imbécil. Irina y Morozov escuchan atentamente, pero Vera habla cada vez menos. Sé por cómo reprime los bostezos que está agotada, y el vino no ha ayudado.

Observo a Maxim, que solo se sirve un pequeño plato de verduras y arroz, y luego se retira tras unos minutos de socialización.

Vigilaré a ese. ¿A quién quiero engañar? Los vigilaré a todos. Nadie es más de fiar que el de al lado.

—Vámonos —le digo a Vera al oído—. Necesitas descansar y yo ya he tenido suficiente vida social.

Vera asiente, de acuerdo conmigo por una vez.

Agradezco que Irina dé por terminada la reunión. —Gracias a todos por acompañarnos. Ha sido un placer conoceros. Pero ahora, como todos estáis agotados después de un largo día de viaje, daremos por concluida la noche y nos veremos a primera hora de la mañana. Nuestro primer laboratorio es a las siete.

Vera se inclina y susurra: —¿Eres de madrugar?

Asiento y me acerco más para asegurarme de que nadie nos oiga. —Me gusta salir a correr a las cinco. ¿Te vienes?

—Claro —dice ella—. Me encantaría. —Resulta que sé que le encanta salir a correr. También sé que le gusta hacer la misma ruta una y otra vez, escuchar la misma lista de reproducción y no alterar nunca su rutina. Eso tendrá que cambiar, porque no es seguro.

—Muy bien, entonces saldremos a correr a las cinco menos cuarto —anuncio, poniendo a prueba su resolución. Quiero ver hasta qué punto le gusta que la presionen. Cómo responde cuando hago exactamente lo que ha estado leyendo en esos libros suyos.

Vera arruga la nariz. —¿Mmm? ¿No es un poco pronto?

—Tendremos que ducharnos y desayunar después de correr si queremos estar listos para las siete.

Aunque suelta un suspiro, está de acuerdo. —Es verdad.

Todos se despiden y caminamos una vez más de la mano de vuelta a nuestra residencia.

—¿Qué te ha parecido?

—La comida estaba excelente. Echaba de menos una comida así. ¿Y tú?

—Algo estaba bueno, pero ya sé que voy a echar de menos parte de mi comida americana —dice sonriendo—. Aunque no te preguntaba por la comida, Markov. ¿Qué te ha parecido la *gente?*

Sospechaba que se refería a eso.

—No me fío de nadie, así que soy la persona menos indicada a la que preguntar.

Caminamos en silencio un momento.

—¿Quién te parece especialmente poco fiable? ¿Aparte del americano?

—El tío rubio y callado. Se ha mantenido al margen de todos. Sospecho que o se cree superior a los demás o que no encaja en absoluto. Pero no me fío de la gente que no interactúa cuando se espera que socialice. Yo tampoco soy un tipo muy sociable, pero sé cómo comportarme.

—Ya veo. Interesante. Hablas mucho del comportamiento y de cómo se comporta la gente —dice. Por la forma en que se pasa las yemas de los dedos por el escote, me pregunto lo necesitada que está Vera…

Me encojo de hombros. —Es verdad. Así soy yo. No me van los jueguecitos de mierda, Vera —le guiño un ojo—. En cuanto al resto, el tiempo dirá. El irlandés es un poco arrogante, pero inteligente, y sabe cuál es su lugar. Jake quiere el reconocimiento de todos; el típico niño bonito de la Ivy League criado por padres ricos. Espero que estar en un programa como este le baje los humos un poco. La chica parece bastante maja, aunque tendrás que tener cuidado con su vena competitiva. Morozov e Irina me caen bien. Parecen buenos mentores y espero que te traten bien.

Se le disparan las cejas. —¿Buenas observaciones?

—Es mi trabajo.

Cuando llegamos a la habitación, se me eriza el vello de la nuca. La alcanzo y la detengo antes de que pueda entrar.

—¿Qué?

Joder, casi puedo olerlo en el aire.

—No te muevas.

—¿Qué pasa? —susurra ella.

—Es una sensación que tengo. —Y prefiero equivocarme a meterme de cabeza en una situación peligrosa. Los dos somos de la Bratva. Los dos somos blancos móviles, por diferentes razones.

Abro la puerta de la habitación y la obligo a quedarse justo detrás de mí mientras lo inspecciono todo.

El aire de la habitación se siente diferente, sutilmente cargado por una presencia que persiste como el humo después de un incendio. Todo parece intacto, pero apesta a intrusión. —Alguien ha estado aquí.

Han sido cuidadosos, pero sé que han estado aquí.

—Markov, creo que estás exagerando. Tenía un poco de prisa cuando nos íbamos, ¿recuerdas? Dejé las cosas un poco tiradas por

todas partes.

Niego con la cabeza. —Confía en mí. Alguien ha estado aquí. Revisa tus cosas y dime si te falta algo.

—Está todo bien, Markov —empieza, lanzándome una mirada que me dice que no le hace ninguna gracia mi línea de pensamiento actual—. No hemos estado fuera mucho tiempo.

—*Mira.*

—Si insistes. —Revisa su ropa y no encuentra nada fuera de lugar, luego se dirige al baño—. Te he dicho que todo está… —se detiene a media frase, mirando fijamente al interior del baño—. Espera. No falta nada, pero… yo no pongo las cosas así. Todo ha sido… movido. Mi cepillo de dientes estaba a la izquierda del lavabo, y ahora está a la derecha. Siempre me cepillo a propósito con la mano no dominante. Pongo el champú en el estante de arriba y el acondicionador en el de abajo porque siempre lo hago así, y ahora están cambiados.

Se gira y me mira fijamente. —Tienes razón. Alguien ha estado aquí. ¿Tenemos que mudarnos? ¿Buscar otra habitación? Tenemos que decírselo a alguien…

Niego con la cabeza y doy un paso para acercarme a ella. Noto que está a punto de entrar en pánico.

—Markov, nunca he estado fuera de casa. ¿Y si soy un objetivo? ¿Y si lo eres tú? ¿Y si alguien no quiere que esté en este programa?

Le pongo la mano en el brazo para estabilizarla, para calmarla. —Tú estás bien. Yo estoy bien. Nadie, joder, te va a hacer daño mientras yo esté cerca. No vas a ninguna parte sin mí, Vera. Lo digo en serio. Por supuesto que eres un objetivo. Eres una Ivanov.

Cuando ella niega con la cabeza, decido imponer mis expectativas. Tendrá el doble efecto de asegurarme de que esté a salvo y de tantear el terreno.

Le levanto la barbilla con un dedo para que su mirada se encuentre con la mía. —¿Ha quedado claro?

Ella traga saliva y asiente, con los ojos muy abiertos. —¿Estás seguro de que podemos quedarnos aquí esta noche?

Le sonrío. —Me gustaría ver quién se atreve a volver a esta habitación mientras yo esté aquí. Ya he hablado con Irina. Mañana arreglarán las cerraduras. Estás a salvo. Alguien ha entrado aquí para ponerte nerviosa. Lo ha conseguido. Y cuando descubra quién ha sido, me ocuparé de esa persona personalmente. —Ella se estremece, pero asiente.

La llamo con un dedo. —Ven aquí —le digo suavemente, con la voz teñida de una calma fingida, por su bien.

Vera duda, su cuerpo tiembla, sus ojos están muy abiertos y asustados. Tiembla como una hoja. La rabia hierve dentro de mí, encendida por la invasión de nuestra intimidad y la reacción de ella, pero la aparto.

Esta es una buena oportunidad para dar el siguiente paso con ella.

Doy un paso adelante y la tomo en mis brazos, consciente de su delicado y mucho más pequeño cuerpo contra el mío, más grande. Encaja casi perfectamente, como una pieza de un puzle que no sabía que me faltaba. Le ahueco la nuca con la mano, que es lo bastante grande como para acunarla y envolverla en un abrazo casto. Quiero ser una barrera contra el caos del mundo. —Te lo prometo, Vera, estás a salvo. Nadie te va a hacer daño. ¿Puedes confiar en mí?

Sus ojos, abiertos e inquisitivos, se encuentran con los míos. El rubor rosado de sus mejillas redondas dice mucho de cómo se siente en realidad. —No sé si tengo elección.

—Siempre tienes elección. Pero escucha, estás agotada. Ve a prepararte para dormir y yo me encargo de las cosas aquí. Voy a atrancar la puerta y a hacer algunas llamadas. Todo va a salir bien.

Sus ojos se detienen en los míos un momento más, como buscando consuelo, y luego, lentamente, asiente. —Si tú lo dices. Al fin y al cabo, es tu trabajo.

Lo es. Joder, claro que lo es.

Cuando se va al baño a vestirse, muevo nuestro equipaje y coloco la cómoda delante de la puerta. Las ventanas no me preocupan mucho porque son demasiado pequeñas para que entre nadie.

¿Quién ha sido? ¿Quién ha entrado en esta habitación? Compruebo mis dos teléfonos. Odio esta doble identidad, pero es lo que tengo que hacer por ahora.

Aleks
¿Cómo va todo?

Alguien ha entrado en nuestra habitación mientras estábamos en la cena. Ni idea de quién ha sido.

Aleks
¿Me estás jodiendo?

Necesitamos vigilancia

Aleks
Aria y yo nos encargamos.

¿Está todo bien en casa?

Aleks
Genial. Sasha ha empezado a andar. Los gemelos ya levantan la cabeza. Polina está planeando su graduación y liándola como siempre. Mamá ya está organizando la próxima gala. Tenemos una buena pista para las donaciones.

La punzada que siento en el pecho me pilla por sorpresa.

Echo de menos a todos en casa. ¿Quién me iba a decir que sentiría nostalgia?

Cada año, mi familia organiza una gran recepción a la que invitamos a la gente más distinguida que conocemos. Recaudamos millones de dólares para obras benéficas, consolidando así nuestro lugar como miembros respetables de la sociedad.

Buscaré algunas obras de arte en Rusia mientras esté aquí.

Aleks
A mamá le encantará. ¿Qué tal tu protegida?

Preciosa. Brillante. Jodidamente perfecta.

Está bien. Es una descarada, pero no pienso aguantárselo.

Aleks
Claro que no. Ya sabes que he pasado por eso. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Guardo el móvil y le envío un mensaje al capitán de los Ivanov.

Hay pruebas de que han entrado en nuestra habitación mientras estábamos fuera.

No hay respuesta. Espero. Y espero. Hijos de puta.

Guardo ambos teléfonos justo cuando Vera entra en la habitación.

—Oye, ¿por qué no… olvidas lo que he dicho antes sobre lo que me pongo para dormir?

Ah, es verdad. Dijo unas cuantas cosas cuando no sabía que podía entenderla, ¿no?

Ahora lleva un chándal y una camiseta.

—¿Así que mentiste sobre lo que te pones para dormir? —Me acaricio la barbilla—. No tienes permitido mentirme.

Está de espaldas a mí mientras guarda la ropa, así que no puedo saber si se le han sonrojado las mejillas.

—Vamos a compartir esa cama esta noche, Vera. No me importa dormir en el suelo, pero quiero asegurarme de estar a tu lado por si pasa algo.

—Bien. Me parece bien. Podemos… hacerlo, Markov.

Podemos hacerlo.

¿Podemos dormir uno al lado del otro sin follarnos? Sí, podemos.

Aun así… me recuerdo a mí mismo que seducirla me acercaría a donde necesito estar.

Me recuerdo que su padre trajo la devastación a mi familia con el único propósito de destruirnos.

Me recuerdo que mi lealtad es para con los Romanov… mi familia. Y solo mi familia.

Me recuerdo que si me la follo, me estaré acostando con el enemigo.



CAPÍTULO 8

VERA

—A LA CAMA —espeta Markov, como si el hecho de que no esté profundamente dormida fuese una ofensa personal para él.

—A la cama —convengo, negando con la cabeza—. ¿Quieres relajarte de una vez? Además, si yo me acuesto vestida, tú también.

—Llevo ropa, mujer.

Le aguanto el pulso. —O te pones una camiseta, o me desnudo.

Se me sonrojan las mejillas. Ni hablar, de ninguna manera voy a desnudarme, pero como me pille el farol...

—Me parece justo —refunfuña él. Vuelve hacia la ropa arrugada y se pone la camiseta. *Uf*. Quería que se pusiera una limpia, ya que lo más probable era que... Sí. Lo sabía. En cuanto se acerca, su olor de antes lo impregna.

Me meto corriendo bajo las sábanas cuando me lanza una mirada severa. Contengo la respiración, esperando a que la cama se hunda bajo su peso cuando se una a mí.

—He hecho lo que has dicho. Ahora, duérmete. Se madruga enseguida.

Abro la boca para decirle que voy a dormirme porque estoy cansada y no porque me esté dando órdenes, pero me lo pienso mejor porque está tumbado justo a mi lado. Ya me ha advertido varias veces que me porte bien. No estoy segura de si es mi imaginación, que se ha desbocado por haber leído demasiadas novelas de cierto tipo, pero en cualquier caso, probablemente no sea buena idea replicarle.

Además, estoy agotadísima y no necesito que me lo digan dos veces.

Cierro los ojos y dejo que mi mente divague. Por supuesto, se centra en todas las cositas que han hecho que mi corazón latiera más deprisa esta noche.

La sensación de sus ojos clavados en los míos. La forma en que su dedo me levantó la barbilla. La autoridad en su voz y su promesa de protegerme. La visión de su espalda cincelada y tatuada, mejor que la portada de mis novelas románticas. El sonido de su voz, profunda y ronca, con ese acento. El calor de su cuerpo detrás de mí...

Cierro los ojos y caigo en un sueño profundo.

Me despierto unas horas más tarde, desorientada, y miro un pequeño despertador que hay en el escritorio. Todavía falta un poco para que tenga que levantarme. Esto del *jet lag* no es broma. Doy vueltas en la cama y me quedo mirando al techo, luego voy a coger el móvil y me doy cuenta de que está enchufado en el escritorio. Me planteo levantarme, pero no quiero despertarlo cuando el pesado calor de un brazo me rodea el vientre, por encima de la ropa de cama.

—Duérmete, Vera —dice Markov con una voz sexi y adormilada.

—Estoy completamente despierta.

—Haz lo que hacen en el ejército. Cierra los ojos y obliga a tu mente a detenerse. No permitas más pensamientos y luego descansa.

—No puedo detener mi *mente* —protesto. Menuda tontería.

El sonido de su respiración suave y profunda me dice que él sí ha sido capaz de hacerlo y que ya se ha vuelto a dormir.

Pues vale.

Cierro los ojos. Pienso en *no tener pensamientos*, pero el rostro de cierto ruso grande y musculoso aparece directamente en mi mente. ¿Cómo sería besarlo? ¿Cómo sería que me tocara? ¿Cómo sería si...?

No. No puedo pensar así. De eso nada.

Finalmente caigo en un sueño profundo y sin sueños hasta que el estruendo del despertador me despierta. Me doy la vuelta y me estiro antes de recordar que no estoy sola en esta cama.

Sin embargo, tengo mucho espacio. Él no está aquí.

¿Ha vuelto a entrar alguien en mitad de la noche? Aparto las sábanas y cruzo la habitación para apagar la alarma, buscando a Markov. ¿Ha habido una amenaza y él...?

Oigo el sonido del agua corriendo en el baño. Vale, es evidente que está en el baño y no lo he oído antes por la alarma.

¿Este hombre duerme alguna vez?

No voy a dejar que me gane a la hora de prepararme, no por segunda vez consecutiva. Dejé lista mi ropa de deporte la noche anterior, así que me quito rápidamente la ropa con la que he dormido, de espaldas al baño, y me pongo los pantalones cortos a toda prisa cuando oigo que se abre la puerta.

—¡Para! No salgas, que me estoy vistiendo. —Mis delatoras mejillas me traicionan como siempre, acalorándose tanto esta vez que lo noto desde la raíz del pelo hasta el cuello. Puedo sentir su presencia

justo al otro lado de esta puerta, inmóvil, mientras me pongo rápidamente la ropa de deporte.

—Vale —respiro, dándome la vuelta para que no me vea las mejillas —. Ya estoy.

La puerta del baño se abre con un crujido mientras me agacho para ponerme los calcetines.

—Si no quieres que te vea desnuda, podría ser buena idea no vestirte en la habitación que compartimos —dice con sarcasmo.

—Un poco difícil cuando estás acaparando el maldito baño.

Me levanto para enfrentarme a él y casi pierdo los estribos cuando veo que solo lleva una toalla. Dios santo. Me giro rápidamente para no quedarme mirando el muro de su pecho y casi tropiezo con mis propios pies.

Me agarra del brazo y me mantiene erguida, con el rostro impasible y los labios de nuevo apretados en una línea fina y severa. Me pregunto si me imaginé alguna calidez o indicio de humor el día anterior.

—¿Qué te dije de esa boca?

Antes de que pueda desconcertarme de nuevo, aparto mi brazo del suyo y me dirijo al baño, pero él me agarra de la trenza, toda enredada y despeinada por haber dormido. Me detengo en seco.

—Te he hecho una pregunta, Vera.

—¡Oye!

Definitivamente, me imaginé cualquier calidez.

—Suéltame el pelo. —Odio que ese gesto dominante me descoloque por completo. Ojalá pudiera controlar mi libido desbocada, aunque desatendida, pero el corazón se me acelera y el pecho lo tengo tenso y caliente.

En lugar de soltarme, la sujeta un poco más fuerte y da otro tirón.
—¿Qué dije?

Suspiro. Todavía me está agarrando del pelo y si vamos a ir a correr alguna vez...

—Me dijiste que me portara bien —digo con voz cantarina—. Lo siento. Ahora suéltame para que pueda hacer pis en paz.

De hecho, me suelta, pero solo para darme una palmada de despedida en el culo.

—¡Eh!

—No me digas que no te ha gustado —dice, de espaldas a mí mientras saca ropa para vestirse.

Dios. La *arrogancia* de este *capullo* engreído y petulante.

¿Por qué no habré sido más cuidadosa al dejarle ver lo que leo? Ahora se le ha metido en la cabeza que quiero que me dominen.

Hago el amago de dar un portazo al baño para causar efecto, pero me lo pienso mejor por si considera que no me estoy portando bien... o algo así. Y quizá... me castigue o algo.

¿Acaso quiero que me dominen?

Me miro al espejo. Tengo el pelo hecho un desastre, pero la trenza a medio hacer me recuerda el tacto de sus dedos en mi pelo. Todavía tengo las mejillas sonrosadas y el color me baja hasta el escote de la camiseta de deporte. El corazón me late con tanta fuerza que puedo oírlo en mis oídos, y la presión entre mis piernas después de ese azote en el culo es innegable.

Sí. Sí, definitivamente quiero esto. *A él.*

Joder.

Pongo pasta de dientes en el cepillo y abro el grifo mientras analizo mis protestas, pensamientos y miedos. ¿Y si mi padre se entera?

Mi padre no sabe nada de mí. Nunca se ha interesado por mí, ¿así que por qué iba a empezar ahora?

De todos modos, ¿quién ha dicho que tengamos que ser algo serio? Estamos en la era moderna. Podemos... coquetear.

Quizá incluso tener... ¿cómo lo llaman?... un rollo de follamigos, sin ataduras.

Enjuago el cepillo de dientes, pero el agua fría no basta para aplacar el calor que crece dentro de mí. *Se supone que interpretamos a un matrimonio,* me recuerdo. *Debería haber algo de química..., ¿no?*

—¿Vas a salir o qué? ¿Cuánto se tarda en mear? —Su voz brusca e impaciente invade el silencio.

Argh. Me alegro de que *no* sea mi marido de verdad.

—¡Lo que se tarda! —replico, con un tono más brusco de lo que pretendía—. *Vaya contestación más tonta.*

—Tenemos que ponernos en marcha.

—¡Oh, vete a la *mierda,* Markov! —le suelto antes de poder contenerme.

Mierda.

Quizá podría haberlo manejado mejor. No es precisamente el tipo de persona que se tomará a bien que le conteste de malas.

Cuando abro la puerta con cautela, me lo encuentro esperando en el umbral, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos, clavados en los míos, dejan claro el desafío.

—Te he oído, esposa —Su voz es un ronroneo bajo y amenazador que me provoca un escalofrío por la espalda.

El corazón me ruge en el pecho.

—Ahora no tenemos tiempo para que me ocupe de ti, pero lo recordaré. ¿Necesitas café o algo de comer antes de irnos? —pregunta, mirando su reloj de forma deliberada—. Se nos acaba el tiempo.

—Después. Vámonos.

El aire de la madrugada es fresco, un contraste refrescante con el calor que se enciende entre nosotros cuando nos detenemos fuera. La luz del sol es más intensa de lo que esperaba y proyecta un brillo sobre su piel bronceada.

—Vaya —digo mientras calentamos con un trote suave, intentando deshacerme de la tensión—. Qué luminoso está ya.

—En verano, el sol sale en Moscú sobre las cuatro de la madrugada —dice Markov, con una voz sorprendentemente amable. Me hace un gesto para que lo siga hacia la izquierda cuando llegamos a una bifurcación en el camino—. Ha amanecido hace casi una hora.

—Hala —resoplo—. ¿Sabes adónde vamos?

—Hay parques urbanos adecuados para correr, pero yo prefiero los que rodean el Kremlin. Son más tranquilos a esta hora.

Ah. Así que ha insistido en que saliéramos de madrugada para evitar las multitudes. Puedo aceptarlo.

Empezamos a acelerar el paso. La luz suave y difusa y las calles casi desiertas hacen que el ambiente sea tranquilo y apacible. Me gusta.

Dicho esto, la naturaleza está muy despierta. Los pájaros cantan y pequeños animalillos corretean entre los verdes arbustos, entrando y saliendo. Apenas hay tráfico.

—Es precioso —le digo—. Una maravilla.

—Gracias —contesta, como si acabara de hacerle un cumplido personal—. Más tarde es diferente, pero esta época del año es la

más cálida. También tendremos que visitar algunos de los parques. No correremos por la misma ruta todos los días, Vera.

¿Se estaba metiendo conmigo? ¿Cómo sabe que siempre sigo la misma ruta? ¿Acaso él lo hace?

—¿Por qué?

—Te hace más difícil de predecir si alguien te persigue —dice negando con la cabeza—. Tus guardias en casa deberían haberte dicho estas cosas.

—No tengo *guardias* en casa; tengo un guardia, y es viejo, está casi sordo y hace todo a medias. A mi padre no le importa. Lo único que le importa es el dinero que tiene en la cartera, su imagen pública y su reputación.

Markov no responde, pero un músculo se le contrae en la mandíbula mientras reducimos la velocidad cerca de una intersección con algunas tiendas ya abiertas.

—¿Y ahora tienes hambre? —asiento, con el estómago revuelto a estas alturas.

—Mataría por una taza de café.

Markov sonríe con suficiencia. —Yo mataría por mucho menos.

Suelto un bufido, pero una parte de mí no sabe si está bromeando o no.

Nos dirige a una tienda vacía con unas mesitas en un patio pavimentado en la parte delantera y un menú pequeño. Se me hace la boca agua con el olor a bollería recién hecha y el aroma intenso y cálido del café recién preparado.

—No llevo dinero encima —le digo.

Me lanza una mirada fulminante. —¿Aún no te has dado cuenta de que soy un marido muy chapado a la antigua, Vera? Conmigo no

pagarás nada. Tomemos café y algo de comer para poder volver y prepararnos antes de tu primera sesión.

Estamos los dos cubiertos de sudor y yo tengo el pelo hecho un desastre, pero a nadie parece importarle. Como era de esperar, yo pido un americano y él un clásico café solo, y compramos unos bollos dulces tradicionales.

Al salir, Markov mira a ambos lados, de arriba abajo, prácticamente en cada portal oscuro y detrás de cada arbusto. No sé por qué piensa que alguien nos seguiría hasta aquí, pero si lo han hecho, son invisibles.

—¿Por qué estás todo el rato comprobando si nos sigue alguien?

—Vera —gruñe él.

—Lo sé. Sé que es tu trabajo, pero aquí no hay nadie. No nos ha seguido nadie.

—Cualquiera que sea bueno en lo suyo puede prácticamente camuflarse entre la multitud —dice con brusquedad—. Créeme, a mí se me da muy bien.

Finalmente satisfecho de que no nos van a poner una bomba, disparar o secuestrar en un futuro próximo, volvemos al campus, comiéndonos nuestros bollos y bebiéndonos nuestros cafés. —¿Háblame del trabajo que harás hoy? —dice, sorbiendo su café—. Tendré el tiempo justo para una ducha rápida antes de que nos reunamos.

—Tendré que volver a mirar el itinerario para ver qué es lo siguiente.

—¿Puedes contarme lo esencial?

—Claro. ¿Cuánto entendiste de lo que hablamos anoche?

Frunce el ceño. —Digamos que deduje que erais todos científicos —empieza. Dios, está tan adorable cuando me pone esa cara. Es la única vez que usaría la palabra *adorable* o *mono* para referirme a él.

Se lo explico en términos sencillos lo mejor que puedo. —Así que hoy podría ser cualquiera de esas cosas. Una simulación en la que estamos en medio de una zona de guerra con un soldado al que acaban de traer con heridas mortales. Una amenaza de alto riesgo en la que nuestro entorno simulado ha sido alcanzado por un arma biológica. O la respuesta a un desastre natural en la que tenemos que asignar recursos y establecer zonas de triaje. Formación de soporte vital avanzado en trauma. Nuestra formación abarca todo, desde mantener la calma bajo una presión y un trauma intensos hasta aprender a hacer cosas como lanzarse en paracaídas, construir un refugio para sobrevivir y resiliencia mental.

—Ah —dice, asintiendo—. Así que por eso te lavas los dientes con la mano izquierda.

No estoy segura de por qué me complace tanto que realmente lo haya relacionado o me asusta que no se le escape nada. —Exacto. Hacer pequeñas cosas con la mano no dominante te ayuda a desarrollar la resiliencia. Es parecido a lo de los baños de hielo.

—Entendido —se encoge de hombros—. Bueno, sin duda puedo ayudarte con la respuesta a desastres y el soporte en trauma si necesitas que finja algunos escenarios. Estaré encantado de joder a ese gilipollas americano para que puedas resucitarlo.

—No creo que sea necesario, pero gracias por ser tan servicial —digo mientras volvemos al campus.

—Quédate atrás mientras compruebo todo.

Esta vez, no protesto ni discuto. Sería estúpido no seguirle la corriente y, un momento después, me da luz verde.

Nos preparamos rápidamente, pero somos los últimos en llegar. Me sorprende que entre conmigo.

—Irina dijo que podía.

—¿Ah, sí? —«¿Por qué está siendo tan complaciente?». Entonces se me ocurre una idea—. Markov —susurro—. ¿La has amenazado?

Su mirada se vuelve tormentosa. —¿No. ¿Tengo que hacerlo?

El corazón me da un vuelco y niego con la cabeza. —No, por favor, no lo hagas. —Miro la hora—. No puedo seguir hablando de esto.

Jake sonríe con suficiencia al ver mi pelo húmedo y mi camiseta arrugada, que no ha soportado muy bien el viaje. Al final he ido con un poco de prisa, pero he pensado que no pasaría nada, ya que llevaríamos una bata de laboratorio por encima.

De repente odio su forma de mirarme, esa expresión de suficiencia en su cara, pero me olvido de él en seguida cuando Sophia se acerca a mi lado. —Estoy tan agradecida de que haya otra mujer aquí —susurra—. Hemos avanzado mucho con las mujeres en CTIM, pero ya sabes.

Sí que lo sé. Seguimos siendo una minoría, al menos en algunos sitios.

—Estoy un poco celosa de que estés aquí con tu marido —dice con una sonrisa—. ¿Cómo os conocisteis?

Mierda. He olvidado lo que habíamos decidido. Me la quedo mirando e intento pensar desesperadamente en una forma de cambiar de tema. Dijimos que no diríamos que fue en la universidad, sino que nos conocimos... ¡por internet!

—Ah, nos conocimos en una de esas páginas de citas —digo finalmente—. Las evité durante mucho tiempo, pero ya sabes. Una se siente sola y esos algoritmos pueden dar en el clavo.

Puedo sentir a Markov detrás de mí, escuchando todo lo que digo.

—Ah, me encanta —dice Sophia—. ¡Te ahorra el drama y las dudas! —Dios, si ella supiera. Markov tose, tapándose la boca con la mano. Le doy una patada por debajo de la mesa.

Irina y Morozov entran, así que ambas nos callamos mientras exponen nuestros planes para el día.

—Bien —dice Morozov con un brillo en los ojos. Está totalmente en su salsa y disfrutándolo—. Tras la orientación básica y el resumen de nuestros objetivos aquí, describiremos los módulos que vamos a estudiar. Vamos a saltarnos nuestra introducción estándar, ya que parece que todos vosotros tenéis una gran compenetración. No queremos perder el tiempo con ninguna de las dinámicas para romper el hielo que solemos usar para caldear al equipo e iremos directos al grano.

Por mí, perfecto. Odio esas cosas. Estoy lista para ponerme manos a la obra.

—Vaya compenetración —se burla Jake en voz baja, dirigiéndose a mí—. A algunos los aceptaron porque mami y papi podían pagar, y al resto para cumplir con alguna cuota. No es muy impresionante.

Aprieto los labios y no respondo.

—¿Y usted cuál de los dos es, Vera? —pregunta Jake, con un tono informal pero cargado de provocación mientras se inclina sobre la mesa del laboratorio, observando los viales de agentes biológicos que nos han dado para inspeccionar.

Le lanzo una mirada fulminante y vuelvo a la tarea que tengo entre manos.

Markov, que ha estado observando en silencio desde una corta distancia, entrecierra los ojos, sintiendo la tensión. Niego con la cabeza hacia él. De repente, Jake, quizás para demostrar una idea equivocada o para provocarme aún más, empieza a gesticular animadamente con las manos, peligrosamente cerca de los viales.

—¡Tenga cuidado! —no puedo evitar exclamar cuando su manga roza una configuración particularmente delicada.

Pero antes de que pueda terminar, Markov interviene. Con un movimiento rápido, estabiliza los viales que los descuidados movimientos de Jake casi habían volcado. La sala se queda en silencio, con todas las miradas puestas de repente en ellos.

—Gracias —dice Irina—. Deben tener más cuidado. Este no es un lugar para comportamientos imprudentes y aquellos de ustedes de este calibre deberían saberlo.

Con el ceño fruncido, Jake se levanta de la mesa y se aleja. Markov me mira, con una mirada penetrante y protectora. El corazón me late más deprisa no solo por el mal trago, sino también por la mirada de Markov. Está aquí para garantizar mi seguridad en todos los sentidos.

Sin decir palabra, él también se levanta y sigue a Jake.

Ay, madre.

Abro la boca para protestar, pero no quiero montar una escena. Sin embargo, el corazón me martillea en el pecho al pensar en lo que Markov podría estar haciendo.

El resto del grupo está ocupado con las observaciones, anotando cosas en sus hojas de laboratorio, pero yo estoy totalmente concentrada en Jake y Markov. Markov se inclina y se lava las manos en el lavabo mientras Jake se seca las suyas. Las orejas de Jake están rojas como un tomate y parece un niño aterrorizado.

Dios mío.

Vuelven y Jake se acerca al frente de la sala, le dice algo al oído a Irina y luego se marcha.

—Markov —siseo—. ¿Qué le has dicho?

Los ojos de Markov se oscurecen mientras se encoge de hombros, pero responde en voz baja:

—No te preocupes. No me he extralimitado.

—Markov… —le lanzo una mirada suplicante.

Inclinándose, me susurra al oído:

—Le he dicho sin rodeos lo que le pasaría si le volvía a faltar el respeto a mi mujer. Y luego le he sugerido despreocupadamente que no se encontraba bien y que quizá podría tomarse un descanso de la rotación de esta mañana.

Me quedo boquiabierta mientras una calidez se extiende por mi interior.

Ha dado la cara por mí.

Nunca nadie había hecho eso antes.

Al segundo siguiente, me doy cuenta de que acaba de amenazar a un compañero de trabajo.

—Markov, pero este es un laboratorio crucial. Aquí es donde deciden a quién de nosotros eligen para los puestos de liderazgo del resto del programa.

Markov se limita a encogerse de hombros.

—Lo sé.

—¿Vera? —dice Irina con una sonrisa—. Nos gustaría que dirigiera usted nuestro trabajo de campo.



CAPÍTULO 9

NIKKO

Ha sido un día largo pero productivo para Vera. Descansa un poco mientras yo me pongo al día con lo de casa.

Aleks
Todo bien por aquí. Hemos vuelto a comprobar los antecedentes de todos los participantes del programa como pediste, y no hay nada raro. No parece que haya nadie que quiera haceros daño a ti o a Vera.

Gracias.

Me sorprende encontrar uno del capitán de los Ivanov, Shevchenko.

Shevchenko
Disculpe el retraso en la respuesta. Su mensaje ha tardado en llegar. Por favor, díganos cómo ha avanzado la situación.

Interesante.

Tenemos una cerradura nueva en la puerta y no he notado más interferencias.

Shevchenko
¿Quiere que instalemos videovigilancia alrededor de su habitación?

Mierda.

Si digo que sí, corremos el riesgo de que alguien descubra que estamos compartiendo cama y habitación. Pero si digo que no, limito la protección que puedo ofrecerle. Aleks tiene drones vigilando de vez en cuando, pero no mucho más.

Lo pienso antes de responder y finalmente se me ocurre lo que espero que sea una buena solución intermedia.

Gracias. Me gustaría respetar su privacidad. ¿Hay alguna forma de instalar la vigilancia justo fuera, pero sin que apunte al interior de la habitación?

Shevchenko
Por supuesto. Nos pondremos en contacto.

—¿Vas a contarme qué ha sido todo lo de hoy? —pregunta Vera con las manos en las caderas.

—¿Te refieres a por qué sentí la necesidad de defenderte? Eso es bastante fácil, aunque habría pensado que era obvio.

Sabía que Vera se merecía ese puesto de liderazgo. También sabía que el capullo del americano estaba haciendo todo lo posible para evitar que lo consiguiera.

Puede que a Vera no le gusten mucho mis métodos, pero no pienso disculparme.

Cuando me frunce el ceño, no puedo evitar fijarme en la carnosidad de sus labios. En la forma en que se curvan hacia abajo, en un puchero que es a la vez infantil.

Ahora que hemos vuelto a la habitación, después de una cena que el americano tuvo la decencia de saltarse, quiero besarla tanto que casi puedo saborearlo. Hay algo en Vera Ivanova que apela a mi naturaleza más primitiva.

¿Qué quiere una mujer como ella?

Me doy la vuelta y me desabrocho la camisa sin mirarla.

Me doy cuenta de que no se mueve, como si estuviera paralizada.

Tanto si seguimos siendo castos y vamos a lo seguro como si no, nos pueden joder bien si alguien descubre que compartimos habitación y esa maldita cama.

Solo una de esas opciones me resulta remotamente atractiva.

Solo una de esas opciones me acerca a Vera y a su padre.

Me quito la camisa de vestir, la doblo y la dejo deliberadamente sobre la cómoda que hay junto a la puerta. Aún de espaldas a ella, hago una bola con la camiseta interior y la meto en el cesto de la ropa sucia.

A continuación, busco la hebilla del cinturón. Me giro un poco hacia un lado para que no me vea mirarla mientras me lo desabrocho deliberadamente. Su respiración se entrecorta y se humedece los labios con sutileza.

Ah. Justo lo que pensaba.

Vera se ha sumergido por completo en el mundo del romance erótico. Sabe exactamente lo que podría hacer con este cinturón, y tengo la intención de hacer cada una de esas cosas.

Lo saco lentamente hasta la mitad y luego tiro del resto con un pequeño chasquido.

Vera se atraganta.

Cuando la miro, su mirada desafía la mía.

—Has tenido un día largo. Estás cansada, ¿verdad?

Vera suspira. —Agotada.

—Por desgracia, tenemos que tratar un asunto.

Me mira con curiosidad. —¿El qué?

—Te dije que habría consecuencias, ¿no es así? —Mi voz es ronca mientras mi necesidad por ella crece. Me duele la polla y tengo los huevos pesados.

—Espera, ¿qué? —Sus hermosos ojos se abren de par en par mientras me mira fijamente—. ¿De qué estás hablando?

Ja. Como si una mujer tan brillante como ella lo hubiera olvidado. Buen intento.

Es jodidamente hermosa y pura. Esos grandes ojos verdes me invitan a acercarme y descansar, como un campo de hierba bajo el calor de un día de verano. Llevo décadas sin descansar.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

—¿Así es como vas a jugar, Markov?

Ah, el viejo arte de desviar la atención.

—Tú fuiste la que decidió que yo era tu marido, y tú fuiste la que pensó que era buena idea faltarle al respeto. —Me enrollo el cinturón en el puño y hago un pequeño lazo. Chasqueo.

Ahora no hay forma de negarlo. Veo cómo se le dilatan las pupilas, el sonido entrecortado de su respiración. La forma en que traga saliva. Vera Ivanova está excitada. Voy a darle una pequeña muestra de lo que ha leído y, sin duda, con lo que ha fantaseado.

Niego con la cabeza. —Ya te he dicho lo que espero, Vera.

Abre la boca como si fuera a decir algo, pero no le sale nada.

—Date la vuelta y mira hacia la cama. Inclínate y apoya los brazos. —Hacerlo la expondrá ante mí, y cuento con que la idea probablemente la aterroriza y la excita a partes iguales.

—Markov, ¿qué estás haciendo? —Su voz suena temblorosa.

—Enseñando a mi mujer a obedecer a su marido.

Se me queda mirando, con los ojos como platos. —¿Y si no… lo hago? —susurra.

—Entonces te pondré a la fuerza sobre mi regazo, te inmovilizaré y no te gustará el tipo de azotes que te daré. Y ahora, ¿qué va a ser?

Está sonrojadísima cuando pregunta con voz ahogada: —¿Y si alguien nos oye?

—Entonces aprenderán lo que les pasa a las esposas desobedientes, ¿no crees?

Se cruza de brazos y niega con la cabeza, en un último esfuerzo desesperado. —¿No creo que esto forme parte de nuestro acuerdo.

—Eres una chica lista, Vera. Brillante, en realidad. ¿No pensaste en lo que pasaría si desobedecías a tu marido?

—Tú no eres… —Cierra la boca de golpe. No puede decirlo en voz alta; si alguien la oyera esta noche, sabría que está mintiendo—. Estamos en la época moderna.

—Te quedan tres segundos antes de que vaya a buscarte. —La miro con el ceño fruncido—. Uno.

Su mirada vacila.

—Dos. —Estoy preparado para ir a por ella y hacer exactamente lo que he prometido.

—Está bien —dice, levantando la barbilla como si acabara de tomar una decisión—. Te daré esto, pero bajo mis condiciones.

Con un movimiento rápido, se quita la parte de arriba, revelando nada más que una diminuta camiseta de tirantes que apenas la cubre. Se quita los pantalones de chándal y se queda con unas adorables braguitas blancas, casi transparentes. Sus pechos pequeños se marcan en la camiseta y las castas braguitas apenas le cubren el culo.

Joder.

Y con eso, se contonea hasta la cama y se inclina. Ahora, estoy duro como una roca.

Me lanza una mirada burlona por encima del hombro. —¿Te complace esto, marido?

Mis pasos son lentos y deliberados mientras me acerco a ella.

Cuando llego a su lado, pongo la mano en la parte baja de su espalda y puedo sentir su tensión. Me inclino hacia su oído y le susurro: —Muchísimo. Sí, esto me complace, esposa, aunque lo hayas hecho desde un lugar de desafío. Solo voy a darte el más pequeño de los castigos, esposa. Después de todo, somos nuevos en esto. Pero quiero que recuerdes lo que se siente al tener mi cinturón sobre tu culo. Quiero que recuerdes lo que se siente al ser humillada y castigada por tu marido. ¿Me entiendes? Quiero que recuerdes esto la próxima vez que pienses en desobedecerme.

—Oh, Dios mío —dice con voz ahogada, atropellando las palabras—. P-por supuesto, marido —dice en tono burlón—. Te oigo.

Azoto su trasero cubierto por las bragas con la mano y ella chilla. Una marca roja florece al instante en su culo. Joder, es precioso. Levanto mi cinturón esta vez y azoto su culo de nuevo, no demasiado fuerte, pero tampoco suavemente. Se pone de puntillas, apretando el edredón con los puños. Tiene toda la cara roja, el calor bajándole por el cuello, pero no se mueve. Me tomo un momento para acariciar su culo acalorado con la palma de mi mano. Mi polla se contrae. *Mierda.*

—Buena chica. Lo has aguantado muy bien, esposa. Estoy muy orgulloso de ti. Mira qué mujer tan fuerte y buena eres. —Me inclino y le doy el más suave de los besos en una nalga, luego en la otra, antes de incorporarme—. Uno más, y luego te irás a la cama con el culo dolorido. Un recordatorio de lo que espero de ti por la mañana.

Le doy otro ligero latigazo con el cinturón, lo justo para dejar clara mi postura, y dejo caer el cinturón. Apostaría lo que fuera a que podría aguantar mucho, mucho más de lo que le he dado, probablemente incluso lo anhela, pero quiero dejarla con ganas de más.

La miro fijamente y no puedo evitar imaginar cómo sería tomarla. Estar dentro de ella. Sentir su cuerpo caliente y estrecho a mi alrededor.

Quiero ver su espalda arquearse cuando se corra…

Le froto el culo dolorido con la palma de la mano.

—Buena chica. Lo has aguantado muy bien. ¿Has aprendido la lección, Vera?

Ella asiente. —La he aprendido.

Mierda. Mi polla presiona contra mis pantalones con tanta fuerza que duele.

—Buena chica. Ahora dime. ¿Cómo te sientes después de los azotes?

Hace una pausa, inspirando bruscamente, con la respiración entrecortada. Escondiendo el rostro en las sábanas, no me mira, pero murmura las palabras a través de la tela. —Ha sido lo más excitante que he experimentado en mi vida.

Joder.

Aunque me lo esperaba, oírla admitirlo confirma todo lo que sospechaba. Me está matando no sujetarle las manos a este

cabecero y enseñarle exactamente cómo un macho dominante reclama a una mujer.

Con delicadeza, le recojo el pelo y dejo al descubierto la curva de su cuello. Se lo echo sobre un hombro y le doy un beso en la piel desnuda, susurrándole al oído. —¿Si te tocara ahora mismo, te encontraría mojada, Vera? —Mi necesidad de poseerla se intensifica con cada respiración que toma.

—¿Hay una sumisa acechando en tu interior, Vera? ¿Sueñas alguna vez con ser una de las heroínas de esas novelas que devoras? ¿Con ser completamente dominada? —Alargo cada palabra, mi voz es un susurro ronco—. Imagina entregar el control a un dominante. Es una elección, Vera. Acéptala. Muchas anhelan esta entrega.

—Tengo… sí, tengo curiosidad.

Joder.

—Separa las piernas —gruño.

Sin decir palabra, obedece, cerrando los ojos con fuerza, quizá para negar la realidad de sus propios deseos. Sin embargo, he aprendido lo suficiente sobre ella como para saber que la soledad de Vera no enmascara su espíritu ardiente. Una mujer con su pasión merece una contraparte que adore su ferocidad.

Inclinándome, me apoyo en un brazo y aspiro su aroma: flores de primavera mezcladas con el frescor de la lluvia de otoño. Su pulso late bajo mis labios; su agudo jadeo llena el silencio.

—Dime exactamente cómo te sientes ahora mismo.

—Muy, muy excitada, Markov. Maldito seas —exhala en un susurro ahogado.

Le ahueco el culo con la mano y ella jadea. —Acabo de disciplinarte por ese vocabulario, Vera. ¿No ha quedado claro mi mensaje?

Gime suavemente. —Ha quedado claro. —Su voz está teñida de una protesta fingida y un deseo genuino.

—Ponte boca arriba —ordeno. La urgencia visceral de saborearla es abrumadora, pero me contengo, recordando su inocencia. Mis manos, sin embargo, no pueden resistirse a explorar la plenitud de sus pechos.

—Tócate —murmuro—. Déjame ver.

Con torpeza, se aparta las braguitas y baja la mano hasta sus húmedos pliegues justo cuando le libero un pecho del sujetador y lamo el pezón erecto. Su cuerpo se sacude y un grito escapa de sus labios.

Mía.

—Eres mi esposa, Vera —le susurro, arrastrado por la autenticidad del momento. Por un segundo, olvido nuestra farsa, perdido en la necesidad primal de hacerla mía.

Aparto su mano y la sustituyo por la mía, sintiendo su calor y su excitación. Su voz se quiebra mientras mi dedo la explora.

—Markov —suplica, sin palabras mientras el placer la desborda.

—Mía —gruño con voz ronca—. Tú elegiste este camino. Fuiste tú quien dijo que estábamos casados. Fuiste tú quien confesó su anhelo de ser dominada. No finjas que no ansías esto ahora.

Sus caderas se elevan en respuesta, una afirmación silenciosa y primal de sus deseos. La provoco sin piedad, llevándola al límite para luego detenerme. Saboreo su respiración entrecortada. Hago una pausa, conteniendo mi aliento y el suyo en vilo.

—*Umolai menya.* Suplícame.

Su voz se quiebra en una súplica desesperada. —Oh…, *Dios*. Por favor, no pares, Markov. *Por favor.*

—Suplícamelo con más ganas. Quiero saber que lo dices en serio. Convénceme.

—Por favor, sigue. Haré… haré lo que sea. Hice lo que dijiste. Me dijiste que eras mi marido, ¿no es esto lo que hace un marido? ¿No es esto lo que necesito? ¡Oh, Dios! ¡*Por favor*!

La complazco, una pequeña caricia la hace arquearse sobre la cama. La súplica silenciosa de su cuerpo es ensordecedora.

—¿Te portarás bien ahora?

—¡Sí, sí, sí! ¡Por favor!

—Buena chica —la alabo, y una caricia perezosa recompensa su sumisión—. Eso es lo que quiero ver. Me complaces tanto… Eres una chica tan buena y dulce. —Le beso la mejilla y vuelvo a acariciarla—. Córrete en mis dedos, Vera. Quiero verte.

Tomo su boca con la mía mientras ella detona bajo mi cuerpo. Le doy una caricia más, ayudándola a superar los espasmos de placer. Continúo hasta que su clímax la inunda, crudo e incontrolado. Se aferra al éxtasis, sus gemidos ahogados por mi beso, su placer mezclándose con mi ser.

Se derrumba, agotada. Mis dedos se demoran, saboreando el último contacto.

Con delicadeza, la recuesto sobre las almohadas. Sus ojos están nublados, abrumada por lo que ha experimentado.

—Ha sido precioso —confieso en voz baja—. Tan honesto. Tan libre. —Le doy un beso en la frente.

El silencio se extiende entre nosotros.

—Dime cómo te sientes ahora, Vera.

Me mira, con los ojos serios, y murmura: —Asustada, Markov.

La acuno entre mis brazos, acariciándole el pelo alborotado, instándola a que me abra su corazón. —Habla conmigo, Vera.

Hace una pausa antes de hablar, tomando una bocanada de aire entrecortada. Esconde el rostro entre las sábanas y no me mira, pero consigue decir: —Ha sido lo más excitante que he experimentado en mi vida.

Joder.

La giro para que me mire y me siento en el borde de la cama con ella en mi regazo. He cruzado la línea de lo correcto de tal manera que ya no hay vuelta atrás.

Mi erección presiona contra su culo ardiente. Reprimo un gemido antes de continuar. —¿De qué tienes miedo?

—No sabía lo que se sentiría —susurra—. Tengo miedo de que si seguimos… si yo…

Intenta apartar la mirada, pero le sujeto la barbilla para que vuelva a mirarme. Sus ojos se clavan en los míos.

—Dímelo.

Parece que el pequeño azote que le he dado le ha quitado la capacidad de esconderse de mí, porque abre la boca y la verdad sale a borbotones.

—Si mi padre se entera, te matará.



CAPÍTULO 10

VERA

COMPARTIR habitación con mi falso marido va a matarme.

He venido aquí a estudiar, no a que me seduzca el ruso más jodidamente bueno que he conocido en mi vida.

Pero es la primera vez que tengo la oportunidad de intimar con un hombre —y no con un hombre cualquiera, sino con uno sexi y dominante...—. Quizá, por una vez en mi vida, pueda vivir un poco. He venido aquí para demostrar que soy capaz y digna de las oportunidades que me han dado, decidida a liberarme de los confines de mi educación sobreprotectora. Para forjar mi propio destino. ¿Por qué el romance debería limitarse a las páginas de un libro de ficción?

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no se entere —dice Markov con ese acento ruso que me provoca un vuelco en el estómago—. ¿Por qué no le preocupa en absoluto? Parece que no le teme a mi padre para nada.

Me muerdo el labio, luchando con mi conflicto interno. Elijo mis palabras con cuidado, sopesando cada una antes de pronunciarla.

—Me pediste que confiara en ti. Y de verdad que quiero hacerlo. Pero nunca podré perdonármelo si, por mis decisiones, le hago daño a alguien. No quiero que te hagan daño, Markov.

Cuando me devuelve la mirada, el corazón me da un vuelco. Me acuna la barbilla con su mano fuerte y firme. Después de nuestro primer encuentro, era difícil imaginar que fuera capaz de tanta ternura.

—Deja que me preocupe yo de eso. Por favor. ¿Esos libros que lees? ¿Sobre dominación y sumisión? El sexo, todo lo que pasa en el dormitorio… Eso es solo el principio. Se trata de mucho más que eso. En la vida real, se trata de establecer confianza. Se trata de dejarse llevar. No tienes que preocuparte por tu padre.

No sé si puedo detenerme, pero al segundo siguiente, mi cerebro sufre un cortocircuito porque se está inclinando hacia mí. Y, Dios mío, creo que va a besarme. Nunca antes me había besado de verdad con un hombre de verdad, solo he tenido encuentros torpes que me dejaron con ganas de más en la parte de atrás del auditorio del instituto, en estúpidos bailes.

—Me encanta que te muerdas el labio inferior cuando estás pensativa. Me encanta lo natural, elegante y serena que eres, incluso cuando estás sentada en mi regazo después de recibir unos azotes. —Se me sube el corazón a la garganta. Entonces sus labios rozan los míos y me pierdo por completo en la sensación.

Estoy *flotando.* Los nervios de mi cuerpo bullen de necesidad y excitación. Cuando sus labios se encuentran con los míos, un calor delicioso y una nueva consciencia se extienden por mi cuerpo como miel derretida, un dulce fuego en mis venas. Me estrecha contra él. Un brazo en la espalda, acunándome, y con la otra mano me sujeta la mandíbula. Mis manos descansan sobre sus hombros fuertes y

poderosos. Tardo un segundo en darme cuenta de que el gemido que oigo es mío.

No sé cuánto tiempo nos besamos, pero cuando por fin nos separamos, jadeando, soy tan maleable como caramelo caliente en sus manos. El corazón me retumba en el pecho y se me olvida por qué había protestado al principio. Ese beso era todo lo que quería.

—Vamos a tomárnoslo con calma, Vera —dice, con una levísima curva en la comisura de los labios. No sé si le he visto sonreír todavía, y creo que si alguna vez lo hago, podría enamorarme perdidamente de él. Pero esa pequeña curva es juvenilmente encantadora y me enternece el corazón.

Resoplo.

—Ir con calma —repito—. Apenas nos conocemos y ya me has azotado el culo y me has besado. ¿Eso es normal?

Su voz es ronca.

—¿Para un marido? Sí.

Oh, Jesús.

Siento un vuelco en el estómago.

—Métete en la cama —ordena—. No olvides que la alarma va a sonar a las cuatro y cuarenta y cinco.

—¿Estás seguro? No creo que tengamos que levantarnos a las… — Me da una palmada firme en el culo y luego me guía a la cama.

—A la cama, jovencita —dice con esa voz cálida y autoritaria que me provoca todo tipo de cosas—. ¿Ya has olvidado que tienes que obedecer a tu marido? *Idi v krovat.* A la cama.

Obedientemente, me doy la vuelta y me quedo mirando a la pared, con la adrenalina a flor de piel. Ya no estoy tan cansada.

—No creo que pueda dormirme así como así. Si eres mi marido, al menos necesito mirarte. ¿Puedo mirarte?

Se mete en la cama a mi lado, vestido solo con unos bóxers.

—¿Vas a dormirte fantaseando? —bromea seductoramente—. Lo apruebo.

—Quizá lo haga. ¿Y tú?

—No. Voy a arroparte y a esperar a que te duermas. Luego me daré una ducha rápida y me reuniré contigo. *Entonces* dormiré algo.

La idea de él de pie y desnudo en la ducha hace que me retuerza.

—No puedes sobrevivir sin dormir.

—He llegado hasta aquí.

Una súbita revelación me hace gemir.

—Oíste todo lo que dije en inglés cuando fingías, ¿verdad?

Asiente.

—Llámame Jason Bourne.

—Jason Bourne era un asesino —digo con una risa. Quizá sea imaginación mía, pero una leve sombra cruza su rostro.

—También era un hombre de recursos —dice Markov—. Y me tienes justo delante.

—Eres mucho más grande que Jason Bourne. Y él no es un tipo pequeño. Eres impresionante. Mira qué hombros. ¿Cuánto levantas en press de banca?

Resopla, que es lo más parecido a una risa que le he oído hasta ahora.

—Ahora que has podido mirarme bien, a la cama.

—En realidad no. Llevas tatuajes por todas partes. Quiero verlos.

Me coge, me da la vuelta y me rodea la cintura con la mano.

—Mañana. Duerme un poco.

Miro a la pared como una niña a la que acaban de mandar a dormir cuando todavía hay luz después de haberse atiborrado de chucherías. No es justo.

—Te lo he dicho, no puedo dormirme así como así.

—Vale. ¿Quieres que te cuente un cuento para dormir? —bromea.

—Eh, vale.

Él continúa con su voz grave y su marcado acento:

—Había una vez una niñita que estaba despierta mucho después de la hora de dormir. Su papi le dijo que se fuera a dormir, pero era una niñita mala que no obedecía, así que su papi le dio un azote, la arropó en la cama y lloró hasta quedarse dormida. Fin.

Se me sonrojan las mejillas.

Papi. Mmm.

—Muy gracioso. En realidad, yo *me leo* mis propios cuentos para dormir y son mucho mejores que ese.

—Adelante, pues. Lee tu libro. Con una condición.

—¿Cuál?

—Si llegas a una escena sexy, tienes que leerla en voz alta.

—No tienes ni idea de lo que leo.

—Claro que sí. Eres una mujer inteligente y con estudios. A las mujeres inteligentes y con estudios les gusta leer novela romántica.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—No tienen tiempo para un romance en la vida real.

—¡Oye! Eso es muy presuntuoso.

Estoy de espaldas a él, así que no puedo ver su sonrisita, pero me la imagino.

—Solo te estoy tomando el pelo. A las mujeres inteligentes y fuertes también les gusta darle un respiro al cerebro. Es imposible que pudieras rendir a un nivel tan alto constantemente sin alimentar el cerebro. Algunas juegan a juegos tontos en el móvil. Otras escuchan música sin parar. Otras ven series de televisión absurdas. Tú eres lectora, así que dudo que estés leyendo textos académicos todo el tiempo. Mi apuesta es la novela romántica —me tira de la trenza, que ya está floja y medio deshecha—. Y la verdad es que vi el título de uno de tus libros y lo busqué, así que tengo una idea de qué tipo de historias te gustan.

Oh, Dios.

Cojo el móvil y abro la aplicación de lectura. Sin embargo, esta vez no me cautiva como antes. El protagonista parece demasiado… pasivo. He probado a un verdadero macho alfa y se me antoja más. La protagonista de este libro también es irritantemente tonta, del tipo que te hace querer gritarle: «¡No abras la puerta del sótano!». Yo también prefiero a alguien con un poco más de desparpajo. Y la historia en sí va de… bueno, de sexo. Quiero *más*, algo a lo que pueda hincarle el diente.

Ahora que he probado el de verdad, mis expectativas para mi mundo de fantasía son un poco… más altas.

Ojeo hasta que llego a una parte sexy.

Levanto el dedo en el aire.

—Lo tengo. ¿Ya te has dormido?

—Estoy frito —bromea.

Pongo los ojos en blanco y le leo en voz alta.

—Cuando vuelva a esta habitación, te quiero de rodillas, desnuda. Si te tocas, serás castigada porque esos orgasmos me pertenecen.

—Eso es bastante sexi —susurro.

—Estoy de acuerdo —susurra él a su vez—. Un poco predecible y cliché, sin embargo.

—¿En serio? ¿Sería mejor el sexo convencional y soso entonces?

—Si estuvieran en mitad de un restaurante. Él la obliga a masturbarse hasta el borde del orgasmo debajo del mantel. Eso sería entretenido. O quizás en un partido con asientos de lujo, ambos acurrucados bajo una manta. Él la excita durante todo el partido y le dice que solo puede correrse si hay un *touchdown* para que sus gritos se mezclen con los del público.

—Le has dado vueltas al tema.

—Mmm. No es tan difícil.

Genial. Lo lleva en la sangre, entonces. Bostezo ampliamente. Me pesan los párpados.

—Venga, deja el libro y duérmete —dice, echándome la manta por encima. Tengo que admitir que sienta bien que me cuide así. Cierro los ojos. Por primera vez en mi vida, estoy en un cálido capullo de protección. Finjo que estoy dormida, regulando mi respiración. Quiero ver qué hace cuando me duerma.

Después de un rato, me pregunto si él también se habrá dormido. Pero entonces hay un sutil movimiento de las sábanas y le oigo salir de la cama. Echo un vistazo mientras camina hacia el baño y coge una toalla de la estantería.

Dijo que iba a ducharse.

¿Se… se toca en la ducha?

¿Piensa en mí?

No se me ha pasado por alto la presión de su erección contra mi culo cuando se tumbó detrás de mí en la cama. Le he puesto a mil, y me encanta.

Escucho la ducha. Puede que sea por mi mente demasiado sucia, pero me imagino que le oigo gemir. Poco después, la ducha se cierra y él sale llevando nada más que una toalla colgada a la altura de su estrecha cintura. Aquí está oscuro y él no mira en mi dirección.

Camina hacia la cómoda y saca su teléfono móvil. Lo mira con el ceño fruncido. Luego se sienta en el diminuto escritorio, que su corpulencia hace parecer aún más pequeño, y teclea en el teléfono, con el ceño todavía fruncido.

¿Cómo es su mundo? ¿A qué se dedica realmente cuando no está haciéndome de niñera? No sé nada de este hombre.

Su orden en voz baja me sobresalta.

—Duérmete, Vera.

Cierro los ojos, suspiro y finalmente siento que me invade el sueño.

Me despierto a la mañana siguiente con el sonido de mi móvil y miro la pantalla. Las cuatro y cuarenta y dos de la madrugada. Mi alarma va a sonar en cualquier momento.

Miro al lado de la cama y lo encuentro enchufado. Bueno. Definitivamente, yo no lo he enchufado. Busco a Markov con la mirada, pero no está por ninguna parte.

—¿Markov?

Es una habitación diminuta y el baño está vacío. ¿Dónde está?

El móvil sigue sonando.

—Hola, mamá —siento una punzada de culpabilidad. Le envié un mensaje de texto cuando aterrizamos, pero me vi tan envuelta en el ajetreo de todo que no la llamé. Hago un cálculo rápido: para ella solo son las nueve y cuarenta y dos de la noche del día anterior. Es

tan extraño estar en un *día* diferente a la persona más cercana a mí en todo el mundo.

—¡Vera! Oh, gracias a Dios. He estado llamándote y mandándote mensajes.

Me siento de golpe en la cama.

—¿Está todo bien?

—Sí, claro. Es que no sabía nada de ti y me estaba preocupando.

—Mamá, estoy bien —digo—. Me siento un poco culpable. Quizá debería haberla llamado anoche en lugar de… *distraerme* con Markov.

Dios, cómo la echo de menos, y ni siquiera ha pasado tanto tiempo. Con suerte, se volverá más fácil. —¿Estaba durmiendo. Recuerdas la diferencia horaria? Pronto te estarás preparando para acostarte, ¿verdad?

Suspira al otro lado de la línea. —Lo sé, lo sé, es solo que… Me sentí fatal al enviarte con ese hombre silencioso que ni siquiera habla tu mismo idioma. Fue como echar a mi niña a los leones.

—Pero no soy una niña —digo con suavidad—. Miro de nuevo la habitación—. Y nunca lo adivinarías, pero en realidad *sí* que habla inglés.

—¡Qué!

La pongo al día, pero omito partes importantes de los detalles, como mi falso matrimonio. Le hablo del programa, de haber conocido al doctor Morozov en persona y de las otras personas que se unirán a mí cuando la puerta se abre y entra Markov, vestido con ropa de correr y mirándome con el ceño fruncido.

—Vamos.

Me incorporo y miro la hora. Uf. Ya ha pasado de sobra la hora de levantarse.

—Mamá, tengo que irme. Voy a salir a correr un rato antes de mi primera sesión, ¿vale?

—Eres tan dedicada y disciplinada —dice entre lágrimas—. Sí, sí, por supuesto, cariño. Mándame por mensaje algunos títulos de libros nuevos antes de irte. Necesito algo para entretenerme ahora que no estás.

—Lo haré, te lo prometo. —Mi afición por la novela romántica la he heredado de mi madre, así que intercambiamos títulos todo el tiempo. Aunque no estoy segura de qué pensará de mi última obsesión.

Cuelgo la llamada y me levanto de la cama. —¿Has enchufado mi móvil? Ha sido un detalle muy bonito.

Se encoge de hombros y se acerca a la cama para arreglar las mantas. Levanta las sábanas y las sacude rápidamente para ponerlas en su sitio.

—Sí. Ha sido un acto de responsabilidad, no un detalle bonito. No puedes empezar el día con el móvil sin batería. ¿Vas a vestirte o te vas a quedar ahí parada diciéndome que hacer la cama es un detalle bonito?

—En ciencias aprendemos que dos contradicciones aparentes pueden coexistir —digo por encima del hombro mientras camino hacia la cómoda para coger unos pantalones cortos de correr y una camiseta—. La dualidad es un concepto fundamental en la mecánica cuántica. O tomemos el ejemplo clásico del gato de Schrödinger…

—Vera —gruñe. Oh, cómo me gusta un buen gruñido.

—¿Sí? —pregunto. Me quito el pijama y me visto delante de él. No me molesto en mirar por encima del hombro. Anoche me sedujo de mala manera, así que no tengo ninguna intención de ser recatada. Sonrío para mis adentros al oír su gemido ahogado.

—Iba a decirte que dejaras de parlotear sobre la dualidad o la mierda que fuera esa y te vistieras, pero, por lo visto, puedes hacer las dos cosas a la vez. Impresionante.

Tiene los labios apretados en una fina línea cuando me giro para mirarlo y me pongo el sujetador deportivo. —Lo único que iba a decir es que alguien puede ser gruñón y tener detalles bonitos al mismo tiempo, y tú eres un ejemplo clásico.

—Vuelve a llamarme «detallista» y verás qué tal te va —dice mientras me dirijo al baño a lavarme los dientes—. ¿Y dónde está tu camiseta? No puedes salir vestida con pantalones cortos y sujetador.

Cierro la puerta. —Claro que puedo. Me muero de calor cuando corro.

—Te echaré agua por encima. Ponte una camiseta.

Me miro con el ceño fruncido en el espejo mientras me lavo los dientes. No estoy muy segura de hasta dónde voy a llevar todo este asunto. No soy del tipo de mujer que permite que un hombre le dicte cómo vestir, pero… lo de los azotes de anoche fue *muy* excitante.

No sé si alguna vez sabré realmente cuánto me gusta en términos de dominación y sumisión si no lo intento.

—¡No me voy a poner una camiseta! —grito, solo para ver qué dice. No hay respuesta.

El corazón me da un vuelco.

Cuando abro la puerta del baño, no estoy segura de qué esperar. Markov está de pie, con una de mis camisetas de tirantes de correr en la mano.

—He elegido la más pequeña. Llevaré una botella de agua extra por si te acaloras demasiado y te la echaré por encima. Pero no vas a correr por este campus —bajo mi supervisión— sin una camiseta, al menos no hasta que haya tenido la oportunidad de inspeccionar de

verdad quién está aquí y a quién tenemos que vigilar. —Se inclina hacia delante y me levanta la barbilla con un dedo—. Mi trabajo es mantenerte a salvo, Vera. No me hagas el trabajo más difícil, por favor.

Ahí está otra vez. Por alguna razón, su petición, combinada con ese dedo bajo mi barbilla, me convence mucho más que sus fanfarronadas y amenazas.

Suspiro. —Vale, me pondré la camiseta. —Me la pongo—. ¿Contento?

Markov me observa con los brazos cruzados sobre el pecho. Con la camiseta de tirantes de entrenamiento y los pantalones cortos, sus músculos están a la vista de todos.

Señor.

—Estoy contento de haber conseguido convencerte para que actúes con inteligencia —masculla, señalando la puerta—. Y esa actitud todavía tiene que desaparecer, esposa. —Casi espero que me dé una palmada en el culo cuando paso a su lado, pero, por suerte, está demasiado ocupado consiguiendo botellas de agua.

—¿Dónde estabas? —pregunto mientras abro la puerta.

—Justo al otro lado de la puerta. Estaba atendiendo una llamada del capitán y no quería despertarte.

—¿Ah, sí? —Cojo la botella de agua que me tiende y empezamos a caminar a buen ritmo, calentando—. ¿Algo importante?

—Oh, sí —dice mientras empezamos a acelerar el paso al unísono—. Tú y yo tenemos que estar en un sitio mañana por la noche. —Aprieta los dientes a mi lado.

—¿Por qué? —¿Pero qué demonios?

Markov frunce el ceño mientras mantiene el ritmo a mi lado. —Tu padre ha llegado a Moscú.



CAPÍTULO II

NIKKO

HAN SIDO unas semanas largas y sin incidentes en la clínica. Su padre apenas se ha puesto en contacto.

Vera y su equipo empiezan la jornada a las siete de la mañana y apenas se toman descansos para comer. Juro que Vera sobreviviría solo a base de café y Coca-Cola Light si yo no la obligara de vez en cuando a incluir algo de comida de verdad en su dieta. Normalmente consigo convencerla si la comida incluye un sándwich de queso a la plancha, su comida reconfortante favorita.

Hemos caído en una rutina cómoda, casi como un matrimonio. Empezamos con una carrera matutina juntos al amanecer, seguida de un café y el desayuno. Esta se ha convertido en mi parte favorita del día. Ella cobra vida en esos momentos, hablando animadamente con las manos mientras comparte sus pasiones, esperanzas y sueños con un fervor que es absolutamente contagioso. Intenta que yo también hable, pero prefiero escuchar.

Vive para esto. Es como ver a un maestro en plena faena. Yo me mantengo al margen, a menos que el gilipollas del americano esté

cerca. Tendré que volver a hablar con él pronto.

Esta noche cenamos con su padre. Se ha mantenido distante. Al principio, pensé que tal vez no querría vernos y que tendría que mover algunos hilos. He dependido mucho de la vigilancia y me he convencido de que, por ahora, era más importante ganarme su confianza.

Consideré brevemente mis opciones. Es la oportunidad perfecta para hacer aquello para lo que he venido, pero es demasiado pronto. No podría llevarlo a cabo sin que fuera obvio quién fue el autor.

No. Ivanov vivirá un día más.

Sin embargo, su llegada complica las cosas. Las posibilidades de que me descubran como un impostor aumentan con cada interacción con Ivanov. Pero me han asegurado que la única persona que me conoce es la amante de Ivanov, y estoy igualmente seguro de que no hay forma de que él traiga a su amante cerca de Vera.

Aun así, ando sobre el filo de la navaja. Me recuerdo a mí mismo por qué estoy aquí. Cuál será mi propósito final. Esto es solo un paso más hacia lo que tiene que suceder.

—Markov, no quiero ver a mi padre esta noche. —Vera frunce el ceño mirando el sándwich de pavo que tiene en la mano. La he obligado a apartarse del simulacro de amenaza biológica de hoy para que coma algo. Ya lleva diez horas seguidas trabajando.

—Lo sé. Yo tampoco. Pero tenemos que seguirle el juego, Vera.

Y yo tengo que estar sí o sí en presencia de su padre. Combinadas con la videovigilancia de mis hermanos, mis observaciones personales serán reveladoras.

¿Cuáles son sus hábitos? ¿Sigue algún patrón diario? ¿Vulnerabilidades que podría explotar? También necesito observar su perfil psicológico. ¿Cuál es su estado emocional? ¿Sus niveles de

estrés? ¿Cómo responde bajo presión? ¿Está conectado a algún dispositivo de seguimiento biométrico? ¿Cuál es su estado físico?

—Uf. ¿Pero de verdad tenemos que hacerlo? —pregunta con una vocecita que casi la hace parecer infantil. Casi espero que ponga un puchero.

—Sé que preferirías volver a meterte en ese traje de protección y liderar a tu equipo para encontrar el patógeno y poder montar vuestras estaciones de descontaminación de prueba —digo con una mueca—. Pero recuerda que aquí no hay civiles infectados de verdad y que tuviste tanto éxito con el último simulacro de amenaza que tus profesores casi se tropezaban entre ellos para felicitarte.

Sus ojos brillan al mirarme.

—Markov. Has estado prestando atención.

Me encojo de hombros.

—Es lo que mejor se me da.

No es lo *único* que se me da bien, pero es una habilidad importante que cultivar.

—De todos modos —le digo mientras cojo una bolsa de patatas fritas y la abro antes de dársela—, no tenemos que quedarnos mucho tiempo. Tienes una sesión temprano por la mañana con tu entrenador personal antes de otro largo día de prácticas. —Le guiño un ojo.

—¿Y mi padre no tiene por qué saber que eres mi entrenador personal? —pregunta, cogiéndome las patatas—. Me alegro de que nos traigan algo de comida americana.

—Se te está pidiendo mucho —digo mientras cojo un sándwich para mí—. Lo último que necesitas es intentar tragar a la fuerza comida extraña a tu paladar después de un duro día de trabajo. ¿Qué tal el gilipollas del americano hoy?

Ella gime y pone los ojos en blanco.

—Es tan santurrón que me pone enferma. Cuando Morozov me pidió que explicara por qué había elegido un determinado protocolo, Jake se puso a parlotear sin parar sobre la estúpida investigación que hizo sobre los procedimientos de descontaminación y su experiencia con el equipo de Harvard. Dedicó horas extra a memorizar protocolos. Y cuando Morozov me pidió que seleccionara a los miembros del equipo en función de sus puntos fuertes y débiles, Jake hizo un comentario sarcástico sobre mi falta de fuerza en el tren superior como mujer y que él o Maxim serían más adecuados para cualquier cosa que requiriera esfuerzo físico.

Ella resopla, pero a mí no me hace ni la más mínima gracia.

—¿Ah, sí? —pregunto con curiosidad. Vacío mi botella de agua y la aplasto con el puño, deseando que fuera el cuello flacucho y pelota del americano.

—Markov —dice ella, poniéndose seria—, *no puedes* intervenir. Podría ponerlo todo en peligro.

No todo.

—Por favor —suplica. Reprime un gemido—. Dios, ¿por qué te he contado nada?

—Porque mi trabajo es protegerte, y te he preguntado. —Me inclino y le meto un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Y soy tu marido.

Sé que es solo una farsa. Sé que solo estamos fingiendo, pero mentiría si dijera que no me gusta cómo suena decirlo. Las dos señales reveladoras de Vera —el rubor de sus mejillas y la forma en que se muerde el labio— me dicen que a ella no le pasa nada distinto. A ella también le gusta.

—Recuerda que te pedí que confiaras en mí, Vera. —Le cojo la mano y me la llevo a la boca para poder besarle los nudillos. Ah. Ahí está

ese labio entre sus dientes otra vez. Se me revuelve la polla.

—¿Cuándo tenemos que irnos para ver a mi padre? Tengo que terminar esta demostración antes de que nos vayamos.

Miro el móvil y frunzo el ceño.

—Mierda. Ha adelantado la hora. Tenemos dos horas.

—¡Dos horas! —Salta de la mesa—. ¡No puedo!

Vera necesita un poco de tiempo para cambiar el chip, probablemente por la intensidad con la que se concentra. Le lanzo una mirada. Puede hacerlo y lo hará, aunque no quiera.

—Según tu experiencia, ¿se aviene tu padre a que le digas que no puedes satisfacer sus exigencias? —le pregunto, sabiendo la respuesta antes de que me la diga.

Con un gruñido, niega con la cabeza.

—Entendido. Vale, de acuerdo. Puedo prepararme, pero tengo que terminar lo que estoy haciendo y decirles que me tengo que ir.

Dos horas más tarde, nos estamos preparando para irnos y vamos hacia el coche que su padre ha enviado a recogernos. Mientras ella se arreglaba, he repasado los datos que sé sobre Markov, por si su padre pregunta.

Vera parece un manojo de nervios. No para de morderse el labio, no está quieta y da golpecitos con el pie. Incluso la pillo mordiéndose una uña, algo que no hace nunca.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —pregunto. Abro la puerta del coche y confirmo la dirección del *Zoloty Kupol,* o «Cúpula Dorada», un restaurante de renombre conocido por sus detalles dorados y sus vistas panorámicas del perfil de la ciudad, incluidas las famosas cúpulas, en el corazón de Moscú. Es un lugar solo para la élite, y hay que reservar con meses de antelación.

—Es mi padre —dice ella sin más—. Nuestra relación es complicada.

Cierro la puerta y me aseguro de que lleva el cinturón abrochado. Ni siquiera protesta cuando compruebo los seguros. Bien. Lo está pillando.

—Sí. Es tu padre. Será egoísta y egocéntrico como siempre, solo querrá oír lo que le haga quedar bien y está aquí más por aparentar que para visitarnos de verdad a ninguno de los dos. —Ladeo la cabeza—. ¿A que sí?

—Sí —suspira—. ¿Has buscado este sitio? ¿Has estado alguna vez?

Niego con la cabeza.

—He mirado las especificaciones y los planos para saber dónde están las salidas, pero no, no he estado nunca.

También sé cuál es el mejor sitio para tener cobertura y dónde podemos sentarnos con una iluminación tenue, reduciendo cualquier posibilidad de que alguien me identifique.

—Es… —hace comillas en el aire— «inigualable en opulencia y sofisticación, y muy conocido por su incomparable fusión de cocina tradicional y contemporánea rusa, sus técnicas culinarias y una carta de vinos excepcional que rivaliza con las mejores del mundo». —Poniendo los ojos en blanco, lo resume con sus propias palabras—. Traducido para la gente normal, eso significa que pagaremos diez veces más de lo que pagaríamos en un puesto callejero por algo que es la mitad de grande y más sano, así que no estará ni de lejos tan bueno.

Ya la conozco un poco mejor y resulta que, aunque a Vera le encanta la buena comida, está más centrada en sus libros y estudios que en cualquier otra cosa. Le daría igual comer algo del comedor de la universidad con tal de volver al trabajo. No es la comida pija lo que le preocupa.

—¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

Nuestro conductor acelera, adentrándose en la ciudad. Vera lo mira, luego a mí, y señala mi móvil con la barbilla. No quiere que la oigan.

Vera
Nosotros. Lo que me preocupa somos nosotros. Hay… energía entre nosotros. ¿Y si se da cuenta?.

Qué pronto olvidas que se me da muy bien fingir indiferencia y frialdad.

Como sigue sin parecer convencida, lo intento de nuevo.

Tranquila, Vera. Saldrá bien. Confía en mí. Tu padre está demasiado ensimismado como para preocuparse por nosotros.

Vera
¿Y si eso es exactamente lo que me preocupa?.

Levanto la vista, sorprendido, y la veo secarse una lágrima furtiva de la mejilla.

Maldita sea.

Se ha pasado la vida siendo ignorada por un hombre que entraba y salía de su vida, y se ha acercado a una mujer a la que su padre traicionó y maltrató. Por supuesto que no quiere estar en su presencia más que yo.

Voy a cenar con el hombre responsable de que a mi hermano pequeño, Lev, le dieran una paliza que lo mandó al hospital y de casi causar la muerte de mi cuñada. Es un malnacido.

Dejo el móvil y le cojo la mano.

—Al menos nos queda un consuelo: no tenemos que pagar por la *stroganina* y el vino carísimos.

El móvil me vibra con un mensaje. Le echo un vistazo y se me hiela la sangre.

Aleks
Su amante de Moscú está muy cerca. Si aparece, estás jodido. Tendrás que desaparecer de repente.

¿Y dejar a Vera sola con ese cabrón? Ni hablar.

Miro el móvil con el ceño fruncido, muy consciente de los ojos de Vera clavados en mí. Mi mente va a toda velocidad, sopesando las posibilidades de lo que tengo que hacer. Ni de coña es ese capullo tan egocéntrico como para traer a su amante a conocer a su hija, y menos estando todavía casado con su puta madre.

Mi móvil vuelve a vibrar.

Aleks
Aria ha conseguido una vista aérea. La amante está allí, pero solo porque se aloja en el hotel que está junto al restaurante. Está en un spa haciéndose una especie de peeling facial que, según Aria, tardará lo suficiente como para que no tengas que preocuparte de que aparezca.

Suelto el aire de golpe, casi tan preocupado por que Vera tenga que conocer a esa mujer como por que mi propia identidad quede expuesta. Los mensajes de Aleks continúan.

Aleks
Se rumorea que tiene a tres de sus confidentes más cercanos en los alrededores. Es probable que no cenen con vosotros, pero me preocupa que uno de ellos pueda reconocerte. Ten cuidado.

—Ya hemos llegado —dice Vera. Siento su mano fría en la mía cuando se la cojo. Es la última vez que podré tocarla hasta que todo esto acabe—. Recuerda, no somos nada el uno para el otro.

Hay un eco hueco de tristeza en su tono.

—Solo por un tiempo, Vera. —Veo una cara conocida por la ventanilla—Vamos. Su padre ha llegado.



CAPÍTULO 12

VERA

—Pues vaya, qué nivel —digo con un bufido.

En el momento en que el coche gira por la calle que lleva al restaurante, el aire a nuestro alrededor parece casi brillar. Hay tantos coches de lujo y aparcacoches uniformados haciendo cola frente al restaurante que me siento como si estuviera en una exposición de los coches más caros del mundo. La entrada está flanqueada por más aparcacoches uniformados que parecen más apropiados como cortesanos de la realeza que como personal de un restaurante. La seña de identidad del restaurante es ser *dorado*, así que hay hojas doradas decorativas en el suelo frente a nosotros, en las letras de la puerta y con detalles en los uniformes del personal. Dios. Tenía que ser mi padre, que elige un restaurante que va más de estatus social que de conexión genuina. *Uf.*

Llevo un vestido negro corto y ajustado, el *único* vestido elegane que traje, porque toda chica necesita uno y no sabía cuándo necesitaría algo formal. Lo he combinado con unos aros y unos tacones dorados, e incluso me he maquillado los ojos por una vez.

Después del despliegue de opulencia dorada de este sitio, casi desearía haberme puesto joyas de plata.

Markov está increíblemente sexi con su traje, y me sentará bien entrar a su lado, aunque tengamos que fingir que no somos pareja.

No le he contado mucho a Markov sobre mi padre, pero ya sabe bastante y no tardará en verlo por sí mismo. Mi padre es un hombre que siempre busca impresionar. Solo soy su hija en la medida en que le beneficio, igual que mi madre. Y como soy leal a ella, él no significa nada para mí.

Más alto que yo, pulcro y refinado, si no lo conocieras, pensarías que mi padre es un auténtico encanto. Su pelo y su barba están salpicados de canas plateadas, va impecablemente vestido y, cuando sonríe, el destello de sus dientes perfectamente blancos y rectos casi me ciega. Sin embargo, la sonrisa no le llega a los ojos. Nunca lo ha hecho.

Markov me abre la puerta, saluda a mi padre con un gesto de cabeza y luego se gira rápidamente para ofrecerme la mano y ayudarme a salir del coche. Será la única vez que me toque esta noche, y saboreo los segundos que estamos conectados antes de que me suelte.

Mi padre no reconoce a Markov. Supongo que aún no se han conocido. Pero cuando me ve salir, sonríe de oreja a oreja, con los ojos brillantes. No puedo evitarlo; por un débil instante, desearía que fuera sincero. Ojalá de verdad quisiera verme. Ojalá le importara.

Pero desecho rápidamente ese pensamiento porque sé la verdad.

—Hola, padre —le dedico una sonrisa pequeña y forzada, que ni siquiera ve porque está demasiado ocupado mirando a su alrededor, más preocupado por ser visto por el círculo social en el que se mueva que por prestarle atención a su hija.

—¿Cómo estás? —pregunta, dándome dos besos en las mejillas antes de extender la mano para estrechársela a Markov. Una oleada de colonia empalagosa y cara me consume. Se me revuelve el estómago.

—Y usted es Markov —afirma—. He oído hablar mucho de usted.

Markov le frunce el ceño, aunque le estrecha la mano. —Encantado de conocerle, señor. —Mentalmente, choco el puño con él. Está claro que no piensa interpretar un papel para complacer a mi padre.

—¿Y cómo va todo en su... su programa? —pregunta mi padre.

—Markov, acompáñenos —dice de repente—. Es inusual que un guardaespaldas se una a nosotros para cenar, así que no estoy segura de qué trama mi padre.

—Ah, las cosas van bien. He estado trabajando con el profesor Morozov. Es mundialmente conocido por su investigación de vanguardia sobre los avances contra las amenazas biológicas. De hecho, hoy hemos tenido una simulación.

—Ah, bien, bien —dice mi padre con tono condescendiente. No ha oído ni una palabra de lo que he dicho.

Le guiño un ojo a Markov a espaldas de mi padre mientras este gestiona que nos den una mesa dentro.

—Conseguimos extraer ADN de monos para cruzarlos con el elefante africano con mucho éxito. Podremos comercializar nuestra nueva raza entre los futuros empresarios dentro de tres años. Serán capaces de trepar a árboles altos manteniendo su estatus como el animal terrestre más grande del mundo.

—¿De verdad? —pregunta mi padre, siguiendo a la camarera hacia nuestra mesa, una circular al fondo del todo, claramente reservada solo para clientes VIP—. Fascinante.

Sigue sin escuchar una maldita palabra de lo que digo. *Uf.* Aprieto los dientes y sigo, haciéndolo todo más ridículo.

—Mmm —digo—. Bastante. Subsistirán con una dieta que sería demasiado cara para el consumidor medio, pero quizás parte de la élite encontraría la manera. —Le dedico una enorme sonrisa. Por debajo de la mesa, Markov me pellizca el muslo para recordarme que me comporte. Me giro y lo miro mientras mi padre examina la carta de vinos y niego con la cabeza. Él entrecierra los ojos y hace un sutil gesto de azotar con la palma de la mano. Bien. Espero que me azote esta noche. Quizá me calme después de toda esta tontería.

—Estoy muy orgulloso de usted, Vera. Siempre ha sido excepcionalmente brillante. —Levanta la vista y le guiña un ojo a Markov—. Para ser mujer, ¿verdad? Haga lo que pueda, cariño, antes de que tenga que cogerse la baja por maternidad.

Se ríe a carcajadas de su propio chiste, pero me complace ver que Markov parece realmente horrorizado. Sin embargo, rápidamente recompone sus facciones. —En realidad, señor, no creo que la brillantez esté limitada por el género. En el poco tiempo que he sido testigo de los logros de Vera, he de decir que su capacidad está a un nivel e intensidad que eclipsa a todos sus compañeros. Se ha ganado esa beca. —Sonríe, y su sonrisa me produce una especie de escalofrío. Le dice algo a mi padre en ruso que no entiendo, y luego ignora deliberadamente la mirada furiosa que le lanzo por dejarme fuera de la conversación.

Mi padre sonríe y parece pensativo, luego asiente y responde en ruso. ¿Pero qué demonios? Dejo mi carta sobre la mesa de un golpe.

Otro apretón de advertencia en mi rodilla hace que me humedezca al instante. *Uf.* No puede ponerme cachonda aquí dentro. Es completamente inapropiado.

Mientras mi padre examina el restaurante, le echo un vistazo furtivo a Markov, que está mirando fijamente su móvil, muy concentrado, al parecer.

—No pretendo insultarla, Vera —dice mi padre con lo que parece ser una amabilidad genuina. Pero yo sé que es una farsa—. Simplemente no sé por qué dedica tanto tiempo y esfuerzo a sus estudios cuando sabe que la expectativa de casarse y sentar la cabeza es probablemente su destino en la vida.

Se me tiñen las mejillas de rojo. Odio lo fácil que me delato al sonrojarme, pero nunca he conseguido averiguar cómo evitarlo.

—En la era moderna, las mujeres hacen ambas cosas, padre.

Mi padre resopla, pero Markov interviene. —En mi familia, tenemos dos mujeres que son incomparables en sus habilidades. Una es excepcionalmente brillante en ciberseguridad, mientras que la otra es una tiradora sin igual.

—He oído que usted también es muy hábil con las armas, ¿no? —pregunta mi padre—. Me gustaría verlo alguna vez.

Un camarero aparece de la nada y le trae a mi padre una botella de vino. Él monta un gran espectáculo catándolo y sirviéndolo en las copas. Aun así, acepto la copa agradecida.

Ellos dos continúan su conversación en ruso durante unos instantes hasta que Markov me mira. —Vera todavía no habla ruso —dice—. Deberíamos continuar en inglés.

Mi padre me lanza una mirada de desdén. —Eso es culpa de su madre —dice, con las mejillas ya sonrojadas por el efecto del vino y probablemente por algo más. Se tomó como una ofensa personal que mi madre no quisiera volver con él después de que la hubiera engañado durante toda mi infancia. Ella se quedó a su lado, pero yo sabía que no tenía otra opción. Una mujer no se divorcia de su marido de la Bratva, especialmente de uno cuyo mundo gira en torno a su propia imagen.

En lugar de hablar de mi trabajo, que de todos modos no le interesa, decido desviar la conversación hacia el tema favorito de mi padre: él mismo. —Dígame qué le trae a Moscú esta vez, padre.

Se yergue en la silla y asiente hacia Markov. —Tenía asuntos que tratar con la tía de Markov. Lamentablemente, no ha podido acompañarnos a cenar esta noche debido a un compromiso previo y le envía sus mejores deseos, Vera. Dice que espera conocerla en un futuro próximo.

Miro fijamente a mi padre, sin comprender al principio. ¿Cómo puede ser tan indiferente con su infidelidad?

—¿Quién es ella? —pregunto, con la voz peligrosamente baja—. ¿Una niñata que ha recogido en uno de sus últimos viajes a un país extranjero? ¿Alguien que no sabía que estaba usted casado y con hijos?

Mi padre se ríe demasiado fuerte y chasquea los dedos para llamar a la camarera. Me estremezco ante su evidente mala educación. —Niña —dice, riendo—. Vera, mi amor, mírate. Eres toda una mujer. Una adulta. Yo no tengo hijos. Eres mi hija, sí, pero un hombre de mi talla y edad tiene el privilegio de asociarse con quien le plazca.

Vi cómo la infidelidad consumía a mi madre. Fui testigo de cómo se pavoneaba por el mundo con su amante de turno, pero si ella alguna vez hubiera hecho lo mismo, su castigo habría sido rápido y severo. Existía esa doble moral para la esposa de un miembro de la Bratva: no esperes fidelidad de tu marido, pero de una mujer se esperaba que llevara el anillo y el apellido de un solo hombre de por vida, sin importar lo mujeriego que él fuera.

—Por favor —digo en voz baja, para no llamar la atención—. Haga lo que deba, pero no es necesario que yo conozca a esa mujer, sea quien sea. Le guste o no, yo soy leal a mi madre.

Me bebo de un trago el resto de mi vino. El rostro de mi padre se enrojece y sus dedos se aprietan alrededor de la copa.

—Quiero que recuerdes que eres mi hija, Vera Ivanova —dice con esa voz escalofriante que, incluso ahora, nunca deja de provocarme

un escalofrío indeseado por la nuca. Era la voz que usaba antes de romper cosas o de estallar.

No lo haría aquí, ¿verdad?

—Sé perfectamente quién soy —replico, inclinándome hacia él—. Le pido que usted haga lo mismo.

Mi padre extiende una mano hacia mí, pero Markov lo intercepta.

—Señor, no es ni el momento ni el lugar para una demostración de poder —dice con su habitual tranquilidad. Como ha hablado en inglés, las palabras también eran para mí—. Si nuestra presencia le ha molestado, estaré encantado de acompañar a Vera a su apartamento, y puede darle a mi tía mis mejores deseos.

Mi padre mira fijamente la mano de Markov en su muñeca y parece entrar en razón. Markov es más joven y fuerte que mi padre, pero mi padre tiene un rango superior. Sin embargo, Markov cuenta con un as en la manga. Su tía es la amante de mi padre. Markov tiene la capacidad de mover algunos hilos.

Mi padre sonríe y asiente. —Sí, sí, por supuesto —dice, como si no acabara de estar a punto de hacerme daño o de hacer el más absoluto de los ridículos. Markov suelta a mi padre y, a continuación, posa una mano tranquilizadora en mi muslo. Me retuerzo incómoda porque sé que si mi padre viera su mano bajo la mesa, ningún deseo de guardar las apariencias salvaría a Markov.

Desvío la conversación de nuevo hacia los negocios de mi padre. Habla largo y tendido sobre el tema, sin parar de hablar de infraestructuras, estrategias de inversión rentables y alianzas políticas que beneficiarían las relaciones internacionales, mientras yo quito estratégicamente todas las cebollas de mi ensalada. Aunque me muero de aburrimiento, noto que Markov escucha con atención.

—Fascinante —digo, devolviéndole a mi padre la misma energía de falso interés de mierda que él me dedicó a mí, pero le pasa completamente desapercibido y solo sirve para animarlo a seguir

parloteando. Sin embargo, los ojos de Markov brillan al mirarme, y me dedica esa casi sonrisa. Le voy a dar un buen beso por eso cuando estemos a solas, *después* de que me diga lo que han hablado en ruso.

Agradezco que llegue el resto de la comida y me ocupo felizmente de la especialidad de la casa: una esterlete ahumada, un preciado pescado ruso, servida con crema de caviar, una mezcla de tubérculos asados y patatas, cortadas en finas y crujientes rodajas espolvoreadas con sal marina. Junto a las verduras hay una composición de flores comestibles. Markov se zampa con ganas un filete del tamaño de Manhattan.

Cuanto más se alarga la cena, más bebe mi padre. No recuerdo que bebiera tanto, pero apenas lo he visto en los últimos años. Parece que Moscú saca lo «mejor» de él.

—Si me disculpan —dice mi padre—. Debo atender esta llamada. Vuelvo enseguida.

Se aleja de la mesa y me doy cuenta de los tres hombres trajeados sentados en una mesa contigua a la nuestra, con los ojos clavados en nosotros. Uno de ellos se levanta y se acerca.

—Shevchenko —dice uno, tendiéndole la mano a Markov—. Hemos intercambiado mensajes. No me quedaré mucho tiempo, pero quería conocerle en persona. Gracias por sus informes periódicos y por su dedicación al trabajo. —Inclina la cabeza y se marcha.

Mi corazón se acelera. He estado a punto de tener una conversación privada con Markov. De habernos quitado las máscaras por un momento mientras mi padre estaba lejos de la mesa. ¿Cómo he podido olvidar por completo que mi padre siempre trae consigo a un pequeño grupo de guardaespaldas?

Markov mira su móvil, sus dedos vuelan sobre las teclas. Parece preocupado, pero no estoy segura de por qué. No creo que le guste estar aquí más que a mí.

Finalmente, antes de que mi padre regrese, deja el teléfono sobre la mesa y se inclina hacia mí. —Escúchame, Vera.

Este es el verdadero Markov. El que conozco en la intimidad. El que me abraza cuando nos metemos en la cama por la noche. El que presta atención cuando hablo de mis estudios y experiencias. Y el que hace que mi corazón dé un vuelco en el pecho con una simple mirada.

—¿Mmm? —Bebo un sorbo de vino, con la mano temblando ligeramente.

—Él no es nada para ti —dice con un susurro. Podría estar hablándome de cuándo nos vamos a ir o repasando nuestro horario del día siguiente—. Nunca lo ha sido. Veo lo decepcionada que estás con él, y es natural. No tiene ni idea de quién eres, pero yo siempre te lo diré con seguridad. Él se lo pierde.

No espera una respuesta, sino que vuelve a su móvil, distante de nuevo, justo cuando mi padre se reúne con nosotros.

Trago el nudo que tengo en la garganta y tomo otro sorbo de vino.

—Su tía dice que no se ha puesto en contacto con ella, Markov.

—Lo siento muchísimo —responde Markov—. La agenda de Vera me tiene bastante ocupado mientras la ayudo, y hace poco he cambiado de móvil. Mis contactos todavía se están sincronizando. Por favor, dígale que se ponga en contacto conmigo y le responderé de inmediato. Ah, y exprésele también mi gratitud por esta oportunidad que me ha brindado. —Me dedica una mirada cómplice mientras mi padre está distraído con la camarera, pidiéndole la carta de postres —. Volver a la ciudad ha sido una experiencia profunda.

Su referencia a la ciudad debe de ser por Moscú..., ¿no? Seguro que se refiere a la importancia geográfica y cultural de estar aquí. ¿No sería demasiado atrevido por su parte darle las gracias sutilmente a mi padre por estar metido en algo... conmigo?

Experiencia profunda.

Le lanzo una mirada de advertencia justo cuando mi padre se vuelve hacia nosotros. Mira a Markov con frialdad, lo que me pilla por sorpresa. Durante la mayor parte de la cena, ha estado intentando poner a Markov de su lado, como si fuera parte de una especie de hermandad retorcida.

—La familia es el bien más preciado —dice con seriedad—. Haría usted bien en recordarlo. Su tía es una mujer excepcional, Markov.

Aprieto los labios. No tengo ningún deseo de seguir escuchándolo deshacerse en elogios sobre las muchas virtudes de su amante, aunque sea pariente de Markov. Por mucho que lo intente, por mucho que me distancie mentalmente de mi padre, no puedo evitar la genuina decepción que me inunda el corazón ante su actitud fría y egoísta. Me frustra que todavía, incluso ahora, siga buscando la más mínima pizca de su aprobación. Esperaba haber aprendido la lección a estas alturas.

Me llevo una mano a la cabeza. —Aunque ha sido un placer, parece que me ha empezado a doler la cabeza. Lo siento muchísimo —le miento a mi padre—. Voy a renunciar al postre y a volver al campus.

—Por supuesto —dice mi padre, doblando la carta de postres. Coge el móvil y sonríe, obviamente ensimismado con la conversación que está leyendo—. Su tía le envía saludos, Markov. Quiere saber si ha hablado usted con su madre últimamente.

Markov se levanta y sonríe. —Voy a pedir un coche para Vera. Mi tía siempre está pendiente de mi madre y de mí. Dígale que buen intento.

Con ese críptico mensaje, se ha ido.

Me siento desamparada sin su presencia. Tenía un aliado cuando estaba aquí. Me sacudo mentalmente. Soy una adulta. Hace una semana no necesitaba a Markov, y desde luego no lo necesito ahora.

De repente, mientras mi padre continúa con su conversación por mensajes, ajeno a mi presencia, me doy cuenta de que este es un punto de inflexión para mí.

Me he ido de casa. He emprendido mi propio camino. Mi padre ha dejado sus motivos e intenciones claros como el agua.

No necesito el apoyo de mi padre. No necesito el amor de mi padre.

Yo he elegido mi camino, y él ha elegido el suyo.

Se levanta cuando Markov se reúne de nuevo con nosotros y me da un beso superficial en ambas mejillas.

—Gracias por complacer a un viejo —dice casi con melancolía—. Markov, cuide bien de mi hija.

Le estrecha la mano a Markov con firmeza.

Mantener las apariencias es difícil, viejo.

—Por supuesto, señor. —Me lanza una mirada cómplice que mi padre no percibe—. Cuidar de su hija es precisamente la razón por la que estoy aquí.

Una vez más, me parece ver un destello de arrepentimiento en su rostro, pero cuando vuelvo a mirar, su cara está impasible, como siempre. Tengo la clara sensación de que Markov oculta algo.

Aunque he bebido mucho vino. Lo achaco a mi imaginación.

Alguien le toca el hombro a Markov. —¿Nikko?



CAPÍTULO 13

NIKKO

Joder.

Reconozco vagamente la voz de la mujer que está a mi espalda y podría echarlo todo a perder. Vera me mira fijamente, con los ojos como platos por la sorpresa.

Me giro, con el rostro impasible. —¿Disculpe? —pregunto en ruso—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Es una mujer mayor con el pelo cano recogido en un moño suelto. Sus ojos azules son amables, su rostro, afable.

—Nikko Romanov —dice la mujer—. Estuviste en mi clase en primaria. ¿No te acuerdas de mí?

—Lo siento —le digo, disculpándome—. Me llamo Markov, no Nikko. Me dicen que me parezco a otra persona.

—Ah… —Se le demuda el rostro y me siento como un capullo integral. *Mierda.* Pero si alguien descubre mi verdadera identidad, todo estará perdido.

—Es que te pareces muchísimo a él —dice, lanzándome una mirada curiosa. No se lo traga—. Bueno. Es una pena. Nikko me caía muy bien y me habría encantado ponerme al día con él. Que pase buena noche.

Se da la vuelta y se marcha.

—¿Quién era? —pregunta Vera—. ¿Y por qué te ha llamado Nikko?

Me encojo de hombros mientras caminamos hacia el coche y no respondo. La adrenalina se me dispara y me entran ganas de darle un puñetazo a algo. —Me ha confundido con alguien llamado Nikko. Alguien a quien dio clase. —Le dedico una sonrisa forzada—. Para mí, la primaria fue hace más de veinte años.

Vera resopla al entrar en el coche. —Se me olvida lo viejo que eres.

Oh, me parezco un puto huevo. Cierro la puerta de un portazo. Tengo que cambiar de tema.

Las ventanillas son tintadas y estamos solos. Estamos tan cerca que nuestras rodillas se rozan en el interior cálido y oscuro. Extiendo la mano como para acariciarla, pero en lugar de eso le enredo los dedos en el pelo y tiro de él con fuerza. —¿Me estás llamando viejo?

Sus ojos se abren como platos durante una fracción de segundo antes de que se lama los labios y me sonría con picardía. —No —dice con un deje de burla en el tono—. Nunca… *abuelo*.

Aprieto más fuerte y le acerco la boca a la oreja. —¿Necesito que te ponga sobre mis rodillas?

Mi mirada se detiene en su cuello. Su pulso se acelera cuando traga saliva. —Desde luego —dice en voz baja—. De verdad creo que sí. —Le echo la cabeza ligeramente hacia atrás para dejar al descubierto su cuello y su hombro, donde deposito una mezcla de besos suaves y exigentes. Ella reprime un gemido y yo le recorro la clavícula con los dientes y la muerdo.

Jadea, pero la sujeto en su sitio con la mano en la nuca. —No. Todavía no. —Espero hasta que se somete, hasta que su cuerpo se ablanda hacia mí, antes de soltarle el pelo y acunarle tiernamente la barbilla. Una calidez se extiende por mi pecho junto con el impulso de protegerla, aunque sé que debo seducirla. Pero me quedo reflexionando. ¿Cuándo se convierte el acto de la seducción en verdadero afecto?

—Has bebido demasiado, Vera.

—Y tú nada. Me he dado cuenta de que no has probado ni una gota. —Nuestras palabras susurradas en la parte trasera, oscura y oculta, del coche flotan en el aire.

—Antes sí. Solía fumar porros y beber hasta caerme redondo. Pero ya no.

Pasa la yema del dedo por mi hombro, apenas rozándome. —¿Por qué no?

—Porque he aprendido que me gusta tener el control.

—¿De verdad? —dice con una risita. El verde vibrante de sus ojos parece intensificarse—. *Qué sorpresa.*

Niego con la cabeza y hago un pequeño chasquido con la lengua. —Cuidado, jovencita. Ya te has ganado unos azotes.

Cuando intenta apartar la mirada, la obligo a volver a la mía. —Cuando volvamos a esa habitación, te vas a desnudar para mí. Quiero ver tu precioso cuerpo desnudo. Quiero ver cada centímetro de ti. —Me inclino más y le susurro al oído—. Quiero ponerte el culo rojo antes de saborearte. Serás mi postre esta noche.

—Oh, Dios —dice con un gemido—. No puedes hacer eso.

Apoyo la mano en su muslo y aprieto. —Puedo y lo haré. Sabes que has estado imaginándote esto.

—¿Imaginándome qué? —Apenas acierta a susurrar.

—*Todo.* Cómo sería estar tumbada sobre mi regazo mientras te azoto. Rendirme todo el control. Sentir la mezcla de excitación y dolor antes de recostarte y lamerte el coño. Mi lengua caliente y húmeda comiéndotelo. No me mientas, Vera, o tendré que castigarte.

—¿Y si es así? —susurra mientras deslizo mi pulgar por la parte superior de uno de sus pezones. Lo aprieto y ella inspira con un siseo—. ¿Entonces qué?

—Entonces tendremos que ver dónde la fantasía se encuentra con la realidad. Solo hay una forma de descubrir lo que te gusta de verdad.

—¿Cuál? —Reprime un gemido cuando le levanto el top y deslizo un dedo por la curva de su pecho antes de juguetear con el pezón endurecido.

—Probarlo *todo.*

Cierra los ojos con un aleteo de pestañas. —Markov, ¿por-por qué…, por qué siento que serías un completo experto en eso?

Porque es el único tipo de sexo que me interesa.

El coche se detiene suavemente. Hemos vuelto.

La noche cerrada ha caído sobre el campus. Aunque los universitarios están en plena fiesta, la zona privada donde nos alojamos es más tranquila. Estos estudiantes se juegan demasiado como para andarse con tonterías.

Voy a asegurarme de que es seguro antes de entrar.

Le doy una propina al conductor y se marcha. Vera está de pie detrás de mí. —Yo iré primero. Se suponía que iban a instalar las cerraduras mientras estábamos fuera. He cogido el juego de llaves nuevo. Deja que compruebe.

—¿Y si no lo han hecho?

—Mañana tomaré cartas en el asunto.

Vera me guiña un ojo lascivamente. —Eso está hecho, gallito.

Reprimo un bufido y abro la puerta.

Han cambiado las cerraduras. Definitivamente son más seguras. No hay ninguna prueba de que se haya movido nada ni de que haya entrado nadie. Perfecto.

No pierdo el tiempo en quitarme la corbata, con mis ojos fijos en ella. Me encojo de hombros para quitarme la chaqueta del traje mientras ella me observa, recorriéndome con la mirada sin reparos.

—Eres tan fuerte —susurra, extendiendo la mano para apretarme el bíceps a través de la camisa de vestir—. Tan poderoso. Y la forma en que te has comportado con mi padre… Dios, Markov, ha sido increíble verte.

La cojo y la levanto en brazos. Le sujeto el culo con las manos y sus piernas se enroscan a mi alrededor. Hasta ahora nos hemos abrazado y besado, pero he mantenido las cosas inocentes.

Se acabó. Deseo a esta mujer.

La beso hasta que gime, hasta que está dócil y flexible mientras camino hacia la cama. La deslizo por mi cuerpo. —Quiero que te inclines sobre esa cama. *Ahora.*

Le doy la vuelta y la guío hasta el borde de la cama. La visión de su culo perfecto, con forma de corazón, y su voluntaria sumisión hace que me ponga jodidamente duro. Desabrocho la hebilla de mi cinturón y lo saco de las trabillas. El sonido del cuero al pasar por la tela hace que se retuerza.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta. Como no respondo, se pone un poco nerviosa—. ¿Markov?

—Quieres sentir lo que es la dominación. Empezamos por aquí, Vera. Yo doy las órdenes y tú obedeces.

Un hombre sabio me dijo una vez que, en la cama, las mujeres son un guiso a fuego lento y los hombres, algo frito. Las mujeres suelen necesitar una preparación larga y lenta para llegar a más. Necesitan sentirse seguras. Estables emocionalmente. Necesitan confiar.

—Mira qué guapa eres. Joder, estás despampanante.

—Markov…

Le doy un golpecito en el culo con el cinturón doblado, a modo de preludio. Todo su cuerpo da un respingo, como si esperara mucho más. Vuelvo a darle, una y otra vez, golpecitos suaves sobre la ropa para provocarla y crear expectación. Mi voz es grave y controlada entre los azotes ligeros del cinturón.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Has fantaseado con esto?

Duda un momento antes de asentir. —Definitivamente, he fantaseado con esto.

Le doy otro azote con el cinturón, un poco más fuerte esta vez. Calentándola.

—Quieres perder el control. Quieres que yo lo tome.

—Sí. Joder, *sí.*

Chasqueo el cinturón con un poco más de fuerza. —Cuida ese lenguaje.

Me lanza una mirada de reojo y sé que está a medio camino entre mandarme a la mierda y dejarse llevar. Permitiéndose someterse de una forma en que nunca antes lo ha hecho. Me acerco más y le agarro el pelo. —La respuesta correcta es *sí, señor.*

Vera parpadea con los ojos muy abiertos. Traga saliva. Se lame los labios. Un millar de expresiones cruzan su rostro antes de que asienta y susurre: —¿Y si digo *no, señor?*

Una descarga de adrenalina me recorre. Un desafío. Quiere desafiarme y me apunto de cabeza.

—Entonces tendré que castigarte. Te enseñaré lo que les pasa a las chicas malas que son unas descaradas. —Le doy un fuerte correazo en el culo y se pone de puntillas. La azoto de nuevo, más fuerte esta vez, y ella chilla y se retuerce. Vuelvo a descargar el cinturón. Ahora que ha entrado en calor, podrá aguantar más. Quiero llevarla a un punto de no retorno.

—Dime cuál es tu respuesta, Vera. Vamos a oírla, *Kotyonok.*

—Ooh. ¿Qué significa eso?

—Gatita. Quiero oír ronronear a mi gatita.

Sonríe, cierra los ojos y vuelvo a azotarle el culo con el cinturón. Lo dejo caer al suelo y le levanto la falda hasta la cintura. Tiene el culo de un rosa intenso y está despampanante. Me aprieto contra ella, encantado con la sensación de mi miembro endurecido contra su trasero caliente y castigado.

—¿Has aprendido la lección, Vera? ¿Vas a ser una niña buena ahora?

—Mmmm —dice, retorciéndose contra mí. Le acaricio la nalga con la palma de la mano y toma aliento.

—¿Eso es un *sí, señor* o un *no, señor?*

—Sí, señor —dice con un gemido—. Sí, señor, haré lo que usted diga.

—Buena chica. —Me inclino y le beso el cuello, todavía rojo por mi mordisco de antes. Le lamo la piel enrojecida, le subo el vestido por encima de la cabeza y lo tiro al borde de la cama. Su ropa interior arrugada es lo siguiente, dejando solo su sencillo sujetador blanco.

—Sube a la cama. —Le doy una firme palmada en el culo—. Quiero saborearte.

—Markov —empieza ella, negando con la cabeza—. No sé yo si…

—Has dicho que harías cualquier cosa que yo dijera. No me presiones, gatita, o no tendré más remedio que seguir

disciplinándote.

Se muerde el labio inferior. Me muevo hacia el cabecero y la levanto para que su cuerpo quede a horcajadas sobre el mío. La beso mientras le ahueco un pecho. Me duele la polla por las ganas de estar dentro de ella, pero sé que mi paciencia dará sus frutos. No me aprovecharé de ella.

Tiembla al colocar las rodillas a cada lado de mi cara. Le beso la cara interna del muslo, donde la dulce y cálida prueba de su excitación le cubre la piel. Le lamo perezosamente la cara interna del muslo y gimo. Va a saber mejor de lo que jamás imaginé.



CAPÍTULO 14

VERA

HACE MUCHO que se me han pasado los efectos del vino, así que culpo a su dominio absolutamente perfecto por esta sensación de que voy a salir flotando. Nunca antes había querido complacer a un hombre, pero hay algo en su forma de ser que me hace ser como arcilla en sus manos.

Mi cuerpo se cierne sobre el suyo, con las manos temblando mientras apoyo mi peso en las muñecas. No es tanto que sea una postura difícil de mantener, sino que es absoluta e irrevocablemente *vulnerable.*

Gimo ante la primera pasada de su lengua por mi clítoris. Sonrío al oír su gemido.

—Jodido caramelo —murmura, con la voz ahogada contra mí—. Eres adictiva.

Mientras estoy arrodillada sobre él, me lleva un dedo al pezón y lo aprieta un poco para provocarme. Una oleada de excitación me

recorre y me siento completamente envuelta en llamas. ¿Cómo lo hace?

La sensación de su lengua sobre mi clítoris al mismo tiempo que me pellizca los pezones me debilita. No puedo evitar rendirme por completo a él. Cuanto más me toca, más fuerte me abruma la necesidad de llegar al orgasmo.

—Markov —digo, suplicando, aunque no sé qué estoy suplicando. Apenas puedo articular un pensamiento. Es tan íntimo, tan personal, que me siento desnuda ante él. No hay dónde esconder… *nada.*

—¿Quieres que pare? —pregunta, con la voz ahogada entre mis muslos y la lengua suspendida justo donde necesito desesperadamente que vaya.

—Noooo —gimo—. Por favor. Oh, Dios, oh, Dios mío…

—Suplícamelo. Di *«por favor, papi»*.

Parpadeo, conmocionada, mientras olas de excitación me ahogan. Se me calientan las mejillas y, antes de que pueda pensar, me da una palmada en el culo con su pesada mano.

—Hazlo.

Abro la boca, pero no sale nada. Siento que me ahogo, desesperada, y siento que…

¡Zas!

Otro fuerte azote de su palma me arranca todo pensamiento de la mente, junto con el aliento.

—Por favor, papi. Por favor, déjame correrme. Papi…

Su gruñido de placer y aprobación me llena de una dicha de la cabeza a los pies, justo unos segundos antes de que el resto de mi cuerpo se ponga al día. Succiona mi clítoris entre sus labios y pierdo la *cabeza.*

La euforia explota en mi interior, apoderándose de cada nervio de mi cuerpo. Grito, incapaz de detenerme. No me importa quién me oiga ni lo que piense. Soy incapaz de controlar el éxtasis que se apodera de mi cuerpo como si fuera una mujer poseída.

—Dámelas —gruñe contra mi muslo—. Dame las gracias mientras te corres.

—Gracias —gimo mientras otra ola de éxtasis recorre mis venas—. Gracias. Gracias… *papi* —susurro y sollozo mientras me corro sobre su lengua sin control.

Segundos, minutos, *años* pasan mientras estoy totalmente envuelta en un placer abrasador. Finalmente, me desplomo hacia un lado mientras él guía mis caderas. No puedo moverme. Tengo las extremidades inmóviles. He quedado paralizada de placer.

—Ven aquí —dice.

—No puedo… moverme —consigo susurrar. Ni siquiera puedo abrir los ojos.

—Bien —dice con aprobación—. Entonces he hecho bien mi trabajo. —Con una facilidad pasmosa, levanta mi cuerpo y me desliza sobre su pecho antes de entrelazar sus dedos en mi pelo. Siento la longitud de su polla contra mi vientre.

—Markov… no puedes hacerme esto y tú quedarte así, ¿sabes?

—No lo haré —susurra—. Pero no estamos listos para pasar al siguiente nivel.

¿Acaso no lo estamos? Confío en él.

—No hay vuelta atrás si llegamos a eso, Vera —susurra—. No hay vuelta atrás.

Suena como si estuviera hablando desde la experiencia personal.

—Pero yo… quiero saberlo. Por favor, Markov.

Me sujeta la nuca y su tono es feroz cuando dice: —¿Quieres entregarte a mí? ¿Eres virgen, Vera?

Trago saliva y asiento. Vivía protegida y sola, por supuesto que lo soy.

Emite un sonido ahogado, como un gemido masculino reprimido. —Eso es un regalo que nunca debes dar a la ligera, Vera. Es tuyo para darlo, y solo puedes darlo una vez.

Asiento, con la decisión tomada. —Pero quiero que seas *tú.*

¿Quién más me daría su protección innegable? ¿Quién más me apreciaría? ¿Quién más se aseguraría de que tuviera todo lo que necesito, desde comida en el estómago hasta un móvil con la batería totalmente cargada? ¿Quién sabe con qué he crecido y qué me ha hecho desearlo siendo ya una mujer?

¿Quién más me ha visto, toda yo, y me ha aceptado tal y como soy?

—Venga, Vera —susurra, el murmullo de su voz en mi oído me hace estremecer. Me encanta el sonido de su voz. Me gusta más cuando me llama por mi nombre.

—Estás borracha de sexo —dice—. No puedo quitarte la virginidad cuando estás borracha de sexo.

Ante eso, ya he tenido suficiente. Me apoyo en un codo y lo miro fijamente. —Estás hablando con una mujer que entró en el programa más prestigioso de toda Rusia. Estás hablando con una mujer criada en la bratva, que ha visto y oído cosas terribles y, aun así, aquí estoy. —Lo miro directamente a los ojos—. No estás hablando con una niña, Markov. Estás hablando con una mujer que sabe lo que quiere… y te quiero a *ti.*

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, estoy boca arriba bajo su peso, y es *jodidamente bueno.* Todavía estoy maleable y caliente después de que me hiciera correrme, e incluso ahora, mi cuerpo anhela más.

Con un solo movimiento hábil, me sujeta las muñecas con sus manos.

—Yo no follo de forma casual —advierte.

—Lo sé. —Cualquier otra cosa traicionaría su carácter y su integridad.

Por eso lo quiero. Por eso *lo necesito*.

—Es tu primera vez —dice, como si lo estuviera comprobando.

Asiento y trago saliva. Confirmándolo. Él sabe que lo es, pero es como si necesitara una última comprobación para tener mi consentimiento.

—Es mi primera vez y quiero que sea contigo.

—Dolerá, al menos al principio —dice con delicadeza.

Apoyo la mano en su mejilla. —¿Markov, estás… temblando?

Me sorprende que el hombre más fuerte y valiente que he conocido parezca asustado por lo que estamos a punto de hacer.

Él asiente y se humedece los labios. Traga saliva. Aprieta más mis muñecas. —Es solo que nunca en mi vida he deseado algo tanto —dice con voz ronca.

Le sostengo la mirada. —Coge lo que es tuyo. Te ayudaría a entrar, pero me tienes sujetas las muñecas.

Su rostro serio se transforma en una sonrisa, una auténtica *sonrisa*. En cuestión de segundos, se ha bajado los bóxeres con la mano libre y ha sacado su dura erección. Trago saliva y se me corta la respiración. Estoy tan ansiosa por tenerlo dentro de mí.

—Por favor —susurro. Quiero que sepa cuánto lo deseo.

La cálida punta de su polla roza mi húmeda entrada. Contengo la respiración y él me sostiene la mirada. Lenta y firmemente, sin

vacilar mientras me mira, Markov me penetra.

Me siento tan llena y estirada, pero es tan delicado que apenas lo noto como dolor. Está temblando por el esfuerzo de contenerse.

Pone los ojos en blanco y maldice en voz alta. —Joder, estás tan jodidamente apretada y caliente. *Joder*, Vera, tu coñito caliente es como una jodida obra maestra.

Enlazo las piernas alrededor de su cintura, con el corazón desbocado en el pecho. La necesidad que siento por él martillea en mis venas. Finalmente, embiste.

Contengo el aliento, con el placer mezclado con el dolor mientras se retira casi por completo antes de volver a entrar, su polla llenándome. De nuevo, embiste, esta vez un poco más fuerte. De nuevo, el placer y el dolor me consumen, y mis gemidos se unen a los suyos hasta que establece un ritmo que se apodera de todo pensamiento y lo sustituye por una felicidad absoluta.

Cada embestida me acerca a una nueva oleada de placer, y apenas sé qué esperar.

La presión en mis muñecas se intensifica mientras él embiste de nuevo, esta vez más fuerte que antes. Suelto un gemido.

—¿Te he hecho daño? —pregunta, con la frente arrugada por la preocupación.

—No, Dios, no, no pares —suplico—. Por favor… por favor, papi, cógeme.

—Eres perfecta —me susurra al oído—. Perfecta, Vera. Gracias. Nunca olvidaré lo que me has dado.

Embestida tras embestida, construye un ritmo constante de pura felicidad, transportándome y elevándome cada vez más alto. Quería estar lo más cerca posible de él, y esta, esta forma, es la única.

Maldice en mi oído mientras se corre dentro de mí, y mi propio clímax, este más dulce y pleno y de alguna manera más perfecto, me invade al mismo tiempo. Cabalgamos la ola de éxtasis hasta que él se desploma a mi lado y musita algo en ruso.

Y mientras le paso la mano en silencio por la extensión de su espalda musculosa y tatuada, cubierta de humedad, me doy cuenta de que… es la primera vez en mi vida que me siento una *mujer*.

—Markov —digo en voz baja. Pensativa.

—¿Mmm? —pregunta, con la cabeza enterrada en mi pecho. Le da un aspecto casi infantil.

—¿Qué acaba de pasar?



CAPÍTULO 15

VERA

—Me has dado el regalo más grande que una mujer puede dar.

—¿Mi virginidad?

—Tu confianza. Tu franqueza. Tu vulnerabilidad. Y sí, nena. Tu virginidad.

Me besa en la mejilla.

Me entra la risa al recordar lo que acabo de hacer. —Te he llamado *papi*—. Le doy una palmada en el hombro. —Me has obligado.

—Ya lo creo —dice con una risita de satisfacción—. Y te *ha gustado*. Sabía que te gustaría.

Por supuesto que sí. Era supermorboso y excitante.

—Nunca llamé a mi propio padre *papá*. Apenas lo llamaba de ninguna manera. ¿Por qué esto no me ha parecido mal?

Sonríe de oreja a oreja. —Porque eres pervertida de cojones, cariño. Y te gusta lo que te doy: protección, cuidados, un lugar seguro.

Mmm. Sí. Todo eso.

—Mi mente está entrenada para encontrar el *porqué* de las cosas y yo…, a veces tengo que parar.

Sonríe. —Sí, tienes que hacerlo. A veces no necesitamos saber las razones por las que hacemos lo que hacemos. Por qué amamos lo que amamos. Por qué amamos a *quien* amamos.

Amor.

Lo ha dicho. Se ha atrevido el muy cabrón, pero es obvio que todavía estamos hablando en términos hipotéticos. Aun así…

Estamos tumbados en la cama. Fuera está todo negro como la boca de un lobo y la ventana está entornada lo justo para dejarnos oír el sonido característico de los grillos nocturnos. Me parece una maravilla que, en un lugar donde los humanos no pueden entender las diferencias de idioma, el sonido nocturno de los grillos sea un lenguaje universal.

—Es increíble —susurro. Me siento completamente expuesta. Expuesta, pero de la mejor manera posible. Desnuda. Y el efecto me está volviendo bastante contemplativa.

—¿El qué?

—No entiendo ni una palabra de ruso, y aquí hay gente que no habla inglés. Pero el lenguaje de los grillos no tiene barreras. Todos hablan el mismo. ¿Y si los humanos nunca hubieran tenido esas limitaciones?

—Nos mataríamos unos a otros —bromea—. A veces, la barrera del idioma es lo único que impide que la gente se pelee.

—Cierto —digo con una sonrisita—. Cuando era pequeña, mi hermana y yo inventamos un idioma para hablar entre nosotras. Era divertido.

—Qué monas. Mis hermanos y yo hicimos algo parecido. Teníamos señales con las manos y nos creíamos la leche.

Hunde la cara en mi pelo e inspira.

—¿Te gusta?

—Sí. Hueles de maravilla. Siento como si estuviera en medio de un campo en primavera, rodeado de violetas.

—Supongo que esa mierda tan cara merece la pena, entonces.

Vuelve a inspirar, más profundamente. —Desde luego. Cuando mis hermanos y yo hacíamos nuestras señas, mi padre pensó que nos estábamos burlando de él, así que le puso fin rápidamente.

—Joder. Esos padres rusos tan estrictos. ¿Cuántos hermanos tienes?

Al principio no responde. Es una pregunta bastante sencilla. ¿A qué viene la vacilación?

—Tengo cinco hermanos y una hermana —dice—. ¿Y tú?

—Hala. Una hermana mayor. Así que son muchos hermanos.

—Mmm, sí —dice—. Pero no quiero hablar de mis hermanos en la cama —se inclina y me muerde el lóbulo de la oreja. Chillo.

—Pues no estoy tan cansada. Me gustan estas conversaciones nocturnas. —Saco los dedos de los pies por debajo de la manta porque me estoy asando. Me ayuda a quitar el resto de la manta cuando se me engancha un dedo.

—No he dicho que tengamos que irnos a dormir. Podemos seguir hablando.

Me encanta la sensación de su cuerpo cálido y fuerte bajo el mío. Levanto la pierna y doblo la rodilla para quedarme sentada a horcajadas sobre él. Se está tan a gusto en esta habitación pequeña y funcional como se estaría en una mucho más grande con una chimenea crepitante y el suave brillo de las luces.

—Háblame de ti y de tus hermanos. Quiero oírlo. —Me acurruco contra él. Tener una familia grande y bulliciosa y hacer travesuras con los hermanos es una de mis fantasías.

—No tuve mucha relación con los míos. A mi hermana la enviaron a una especie de internado ruso.

—¿Por qué eras el único en casa?

—Mi madre se plantó. Yo era el bebé, el más pequeño. Le rogó a mi padre que me dejara quedarme en casa con ella y, para entonces, él tenía una amante y solo quería mantener a mi madre contenta.

—Ah.

Me inclino hacia él y entrelazo mis dedos con los suyos. —Me he preguntado cómo sería venir de una familia numerosa. ¿Conociste a tu tía de pequeño?

Niega con la cabeza. —No. Que me consiguiera un trabajo con tu padre fue una forma de volver a congraciarse con mi familia.

—Interesante. ¿Recuperando el tiempo perdido?

—Exacto. Yo pasaba mucho más tiempo con mis hermanos que con cualquier otra persona. Mi padre estaba a menudo fuera por trabajo y mi madre estaba un poco abrumada con tantos de nosotros en casa. Mi hermano mayor y yo nos hacíamos cargo con frecuencia.

—Con razón eres tan mandón —bromeo.

Se limita a encogerse de hombros. —Quizá me salga de forma natural. Mi padre tenía un dicho: «El hermano mayor es la mano derecha del padre». A menudo se espera que los mayores asuman muchas de las responsabilidades y el liderazgo dentro de la familia.

—¿Puedes contarme cómo era eso?

Los ojos de Markov se suavizan, un atisbo de nostalgia parpadea en sus facciones. Se mueve ligeramente, girándose más hacia mí, su voz profunda y reflexiva. —No fue fácil, Vera. Tuve que ser a la vez

un hermano y, a veces, una figura paterna. Significaba mucha responsabilidad, y la disciplina era una parte importante. Mi padre tenía unas expectativas muy rígidas.

Me encanta oír este lado humano suyo. Me encanta cómo habla con tanto amor de su familia. Quiero conocerlos.

—¿Podrías contarme una historia de aquellos días? Algo que realmente te haya marcado.

Se ríe, un sonido grave y resonante, y luego hace una pausa, buscando en sus recuerdos. —Vale, hubo una vez… —empieza, con la mirada perdida mientras relata la historia—. Mi hermana pequeña tenía un espíritu salvaje, siempre se metía en líos. Un día, decidió trepar al árbol más grande de nuestro jardín, el que mi madre le había prohibido tocar. La pillé justo cuando estaba a punto de alcanzar la primera rama enorme que colgaba sobre el suelo sin nada debajo.

Me quedé sin aliento. Podía imaginarme a una niña traviesa desafiando a su madre y esperando demostrarse a sí misma que podía hacerlo.

Sus manos gesticulan vivamente mientras habla, describiéndome la escena. —¿Qué hiciste?

—Podría haberla reñido y obligado a bajar para que se enfrentara a un castigo. Pero ya tuvimos bastante de eso en mi familia. En lugar de eso, me subí allí con ella y me coloqué entre ella y el suelo por si se caía. Aunque no lo hizo. Mi madre la llamaba su monita. Le pregunté por qué había desobedecido a mamá y por qué tenía que hacer algo que la entusiasmaba.

No me pierdo ni una palabra suya. Me encanta oírle compartir estas historias conmigo. —¿Qué dijo? —pregunto en un susurro. Casi puedo verlo con ese mismo aire estricto, aunque quizá con un toque de dulzura juvenil todavía aferrado a él.

Sonríe. —Llegamos a un acuerdo. Prometió acudir a mí si sentía el impulso de vivir una aventura y yo encontraría una forma segura de hacerlo juntos. Fue un momento de entendimiento, de conectar con ella no solo como su hermano mayor a cargo, sino como alguien que se preocupaba por ella.

Caigo en la cuenta de algo. Markov sería un buen padre.

Extiendo la mano y le rozo suavemente el brazo. —Eso es… realmente bonito, Markov. Le mostraste amor y guía, no solo disciplina. No me extraña que seas tan dedicado ahora. Sin duda eres un líder nato… mandón, pero en el buen sentido. —Le beso la parte inferior de la mandíbula, áspera por una incipiente barba.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Para mí tiene sentido que te atraiga un cierto… gusto en la cama.

—Sí. Me gusta tener el control.

—Mmm.

—Y tú, Vera. Dime. Si pudieras tener una cosa en tu futuro, ¿cuál sería? Has vivido una vida protegida. ¿Quieres explorar? ¿Ver mundo? ¿Qué es lo que quieres?

Suspiro. Como amante de las novelas románticas, he pensado en esto. He vivido tantas vidas, atrapada entre las páginas de mis libros, que he pasado más tiempo del que me gustaría admitir pensando en cómo sería mi futuro perfecto.

—No… —digo lentamente—. ¿Sonará tonto? —Realmente quiero… un lugar al que pueda llamar «hogar». Cuatro hijos y dos perros, una casa lo suficientemente cerca de una ciudad para no tener que conducir una eternidad para ir de compras, pero lo bastante lejos como para poder oír los grillos por la noche y ver las estrellas sobre mi cabeza. Uno de esos lugares acogedores, ¿sabes? Con un porche y quizá un columpio y… quiero poder ver la puesta de sol desde mi

porche. —Me sonrojo un poco—. Probablemente suene muy cliché y aburrido, ¿verdad?

—*Nyet* —dice con firmeza—. Suena idílico.

Siento un vuelco en el corazón.

—Ahora, quiero saber más. —Me dedica esa mirada que me hace sentir como si fuera la única persona sobre la faz de la tierra. El superpoder de Markov es su capacidad para concentrarse con una atención inquebrantable.

—¿Mmm? Adelante. Más preguntas.

—¿Por qué anhelas someterte? —pregunta en voz baja, con la mirada respetuosa de siempre, pero inquisitiva. Me encanta que, cuando Markov está conmigo, yo soy el centro absoluto de su atención. Me encanta que escuche, que de verdad me *oiga*, no solo lo que digo, sino también lo que no. Es intenso, y a veces siento que estar cerca de él es como mirar fijamente al sol. Tengo que apartar la vista porque el brillo podría cegarme. Pero también es su intensidad lo que me encanta de él. Su atención me hace sentir valorada.

Hago una pausa antes de responder. ¿Por qué *anhelo* someterme? Es mucho más que el hecho de que me excite, que desde luego lo hace. Pero es más profundo que eso.

—En realidad no anhelo someterme en general. Me gusta leer sobre ello, sí, porque es excitante. Es una fantasía. Pero… no estoy muy segura de dónde se encuentran la fantasía y la realidad.

Me aparta el pelo de la frente y se inclina para besármela. Mis ojos se cierran con un aleteo ante la calidez que me invade. Trago saliva y continúo. —Estás aquí para protegerme. Estoy aprendiendo a confiar en ti.

Esta vez, su beso de respuesta es en la parte alta de mi mejilla. Sonrío con timidez.

—Contigo, yo… no es solo excitante. No es que solo me ponga. Hay mucho más que eso. Es… liberador. —Mi tono se vuelve reflexivo mientras lo pienso—. Me he volcado en mis estudios. He trabajado muy duro durante mucho tiempo. Es un alivio confiar plenamente en otra persona por una vez. —Me encojo de hombros—. Por no mencionar que es increíblemente erótico.

—Mmm —dice—. De acuerdo. Así que se trata de encontrar la fuerza en la vulnerabilidad.

—Sí, eso es. Siento que si puedo confiar en ti… de verdad, confiar ciegamente en ti y permitirme entregarme a ti… puedes llevarme a lugares con los que antes solo había soñado.

—Se puede aprender mucho de algunos juegos de poder, ¿no crees?

Mi siguiente pregunta ruega ser formulada, aunque me estremezco al pensar en oír su respuesta. —¿Has… ha habido alguna otra mujer con la que hayas estado así…, Markov?

Su respuesta inmediata hace que se me seque la boca. —Ninguna, Vera. Nunca ha habido otra mujer como tú y nunca habrá otra después de ti. *Nunca.*

Oh, Dios. Vaya intensidad.

—Si crees que…

El estridente sonido de una alarma en su teléfono hace que ambos nos quedemos helados. Markov salta de la cama primero, coge un par de pantalones de chándal y me lanza los míos. —Vístete.

Lo observo mientras se desliza con facilidad una pistola en la parte baja de la espalda. Es un recordatorio crudo y brutal de que no debo acomodarme demasiado. No puedo olvidar nunca quién es él en realidad.

Mientras nos vestimos a toda prisa, recibe un mensaje de texto en su teléfono. —Joder —gruñe, y sus ojos se oscurecen peligrosamente.

El corazón me da un vuelco. —¿Qué?

Se queda mirando el teléfono un momento y teclea algo rápidamente. —Me ha alertado la seguridad exterior. Pueden enviar drones remotos, pero podría ser demasiado tarde.

—Entonces… ¿qué otra opción hay?

Aún con calma, frunce el ceño hacia el techo y los conductos de la calefacción, recorriendo con la mirada toda la habitación como si tuviera visión de rayos X.

Apenas puedo respirar mientras la tensión en la habitación se vuelve más densa. Ya conozco esa expresión en el rostro de Markov. La mandíbula tensa, su mirada acerada yendo de una esquina a otra de la habitación. Siento el impulso de apartar la vista para no ver ese lado frío y calculador suyo que me inquieta.

—Te arrastras hasta un lugar seguro. Bajo tierra. ¿Tienes miedo a los espacios cerrados?

Niego con la cabeza. A las alturas sí, pero los espacios cerrados no me dan problemas. —Inspeccioné el lugar cuando llegamos y encontré un túnel de mantenimiento debajo del edificio.

—¿Un túnel de *mantenimiento*? ¿Qué?

Asiente, y coge rápidamente algunas cosas de la mesita de noche. —Muévete, Vera. —Se detiene lo suficiente para llevar una mano áspera a mi mandíbula—. ¿Estás bien?

Asiento. —Claro que sí —miento. El corazón amenaza con salírseme del pecho y siento que voy a vomitar.

—El túnel está conectado con la antigua red de servicios públicos. No será cómodo, pero ahí abajo estaremos a salvo.

Suelto un suspiro de alivio y él me lanza una mirada curiosa.

—Temía que me hicieras ir por delante y, no sé, explorar el terreno o algo así. Y no quiero ir sin ti.

Él niega con la cabeza. —Ni hablar. No pienso enviarte por delante sin mí. O vamos juntos o nos quedamos aquí juntos. No hay otra opción.

Me le quedo mirando durante unos largos instantes antes de llevarle las manos a la nuca y atraerlo hacia mí con fiereza. Lo beso, como un juramento silencioso de que estamos juntos en esto.

—Vamos.

Me coge de la mano y corremos hacia el fondo de la habitación justo antes de que una explosión resuene en el túnel.



CAPÍTULO 16

NIKKO

Después de una explosión, todo tarda un minuto en asentarse. Le tiendo la mano a Vera y siento su cálida y tranquilizadora presencia a mi lado. Deslizo la mano por su brazo hasta que encuentro la suya, pero me detengo lo suficiente para comprobar su pulso tranquilizador bajo mis dedos.

—¿Estás bien? —pregunta. ¿Que si *yo* estoy bien? Nadie me pregunta nunca si estoy bien.

—Estoy bien —mis palabras suenan roncas en la oscuridad—. ¿Y tú?

—Bien, sí. A ver, esto es angosto, pero estoy bien —es oscuro y estrecho, pero está construido con el tamaño suficiente para un equipo de mantenimiento, así que estaremos bien—. ¿Sabes adónde lleva esto?

—Sí, el final del túnel llega a la sala común del edificio principal. Solo se puede acceder a un puñado de habitaciones a través del túnel, pero cualquiera que entrara en esa sala podría meterse aquí —compruebo mi pistola—. Cuanto más esperemos aquí, mayor será la

posibilidad de que quienquiera que haya hecho esto nos encuentre. Quédate aquí. Vuelvo enseguida.

Avanzo para pasarla, pero me agarra del brazo. —¡No! Voy contigo.

—Ni hablar —le espeto—. Quédate aquí, donde es…

—¿Seguro? —bufa—. Sí, claro. ¿Y si alguien encuentra la manera de entrar? ¿Y si esa persona te hace daño a *ti*? Puede que tú seas el que sabe disparar, pero yo soy la que sabe cómo evitar que te desangres si te pegan un tiro.

—Sé cuidarme solo —digo entre dientes, pero tiene razón.

—Markov —bufa ella.

No tengo tiempo para discutir con ella, joder. Suelto un bufido de frustración, tiro de ella hacia mí y le agarro un puñado de pelo. —Esto no ha acabado. Luego hablaremos de la importancia de que hagas lo que te digo en una puta emergencia.

La oigo tragar saliva antes de sentir su mano en mi pecho. Apenas distingo el blanco de sus ojos en la oscuridad. —Vale, lo haremos. Y luego podremos hablar de la importancia de tomar decisiones bien fundamentadas bajo presión.

Joder con esta mujer.

—Ahora, ¿vamos a quedarnos aquí discutiendo o vamos a ver qué demonios acaba de pasar?

Maldigo entre dientes, le cojo la mano y avanzo, murmurando para mis adentros a la escasa luz de mi linterna. El final del túnel se ilumina a medida que nos acercamos a la entrada junto a la sala común.

—¿Cuándo tuviste tiempo de encontrar esto?

—La primera tarde que llegamos, cuando estabas durmiendo.

—Vaya, te lanzaste de cabeza, ¿eh?

Lo hice, joder, y en retrospectiva, no estoy tan seguro de que fuera inteligente. La idea de que le hicieran daño… la idea de no ser capaz de protegerla… *Joder.*

Al final del túnel, la empujo detrás de mí. —Quédate ahí mismo, y no me provoques ahora mismo, mujer.

—Vale, vale —dice—. Pero si alguien te hace daño…

—Me dejarás que me encargue yo.

Como no responde, sospecho que ya ha tomado una decisión, pero que no va a discutir conmigo ahora mismo. Con otro gruñido, me doy la vuelta y la sujeto por ambos brazos, como para recordarle a la fuerza que se quede *quieta*.

Saco mi pistola y me dirijo a la sala común.

Está vacía. Avanzo con cautela, registrando cada rincón, pero no hay ningún sitio donde alguien pueda esconderse bajo las brillantes luces del techo. Es la típica sala de oficina que encontrarías en cualquier parte, con mesas plegables, una cafetera y un sofá raído.

Me muevo con rapidez. Cuando estás bajo ataque, lo peor que puedes hacer es esconderte y esperar a que tus atacantes te encuentren. Abro la puerta.

—¡Markov!

Irina está fuera con Morozov. Me guardo rápidamente la pistola, pero si alguno de los dos la ha visto, no dan ninguna señal de ello.

—¿Qué está pasando?

Irina se dirige hacia mí, vestida con ropa de estar por casa, mientras que Morozov lleva una bata.

—Parece que ha habido una explosión en un laboratorio cercano —dice Morozov, mirando su teléfono—. Hemos llamado a emergencias y estamos esperando que lleguen. Pero no tema, todo está bien. Solo tenemos que asegurarnos de que no se ha filtrado ningún

contaminante y de que lo que sea que causó la explosión no vuelva a detonar.

No me lo trago. La he oído *aquí*, no en un laboratorio. ¿O ha habido explosiones en ambos sitios como tapadera?

—He oído una clarísimamente fuera del laboratorio.

—Mmm, ¿de verdad? —pregunta Irina—. Tendremos que investigarlo.

Jake y el hombre rubio y silencioso se unen a nosotros.

—Ah. Qué rapidez mental —dice Irina—. Afortunadamente, parece que nadie ha resultado herido.

—Sí —digo, todavía sin creérmelo—. Ahora vuelvo.

Vuelvo a entrar a por Vera, que está de pie en la entrada de la sala común, con los brazos cruzados sobre el pecho y fulminándome con la mirada.

—Dicen que ha habido una explosión en el laboratorio.

Niega con la cabeza. —Eso es una gilipollez. Estábamos allí. Ha sido demasiado cerca de nuestra habitación como para justificarlo con una explosión en el laboratorio.

—Cierto —algo va decididamente mal.

—¿Se me permite entrar ya? —pregunta con petulancia, poniéndome los ojos en blanco.

Estamos solos aquí dentro, pero puede que no por mucho tiempo. Llego hasta ella en tres largas zancadas y le sujeto la barbilla con la mano. Su mirada de fuego se encuentra con la mía, y no retrocede.

—Pórtate bien, niña.

—Markov —dice, aunque sus ojos se abren de par en par—. Este no es el momento ni el lugar...

Me inclino y le pego la boca a su oído. —¿Para asegurarme de que estás a salvo? Una mierda que no lo es.

—Bueno, no, me refiero a empezar a… a ligar conmigo —dice en un susurro.

Le pellizco la barbilla y hablo con más dureza. —*No* estoy ligando.

La puerta detrás de nosotros se abre y nos separamos.

Odio esto. Odio que me preocupe su seguridad, pero tengo las manos atadas. Odio que tengamos que ocultar quiénes somos y lo que queremos. Odio haber tenido que mentirle. Odio que, por ser quienes somos, nunca pueda haber nada entre nosotros más allá de lo que tenemos aquí.

Entran Morozov e Irina y el americano empieza a largar por esa boca.

—El sistema de seguridad y el de alarma están anticuadísimos…

—Estaba cerca —dice Vera—. Lo he oído.

Él le lanza una mirada fulminante y pone los ojos en blanco antes de darse cuenta de que lo estoy mirando fijamente. Ni siquiera se molesta en ocultar su espanto; las mejillas se le sonrojan y murmura algo sobre que necesita descansar y que los verá a todos por la mañana.

No me fío de este capullo flacucho.

Cuando él sale, yo también. —Ahora vuelvo.

—Markov… —Cierro la puerta antes de que Vera pueda protestar.

—Oiga.

Jake se detiene en seco, con una expresión de terror en los ojos. —No le he dicho nada. No puede echarme la bronca por nada. No he dicho ni una palabra. —Se yergue en toda su estatura, aunque sigue

siéndome una cabeza más bajo—. Y de todas formas, no puede tocarme.

Ah, ¿de verdad?

Doy un paso hacia él. —¿Que no puedo? Le dije que la dejara en paz. Le dije que se asegurara de…

—¿De no irme de la lengua con los demás sobre quiénes son ustedes en realidad? Cierto.

Aunque todavía parece asustado, una expresión de suficiencia se dibuja en su rostro cuando aprieto los labios. ¿Qué sabrá este estúpido gilipollas?

—Lo he oído hablar —dice, su voz temblorosa delatando sus nervios —. ¿Y dónde están sus anillos? No están casados. Nadie se lo cree.

Doy otro paso hacia él. —¿No lo estamos? ¿Así que sabe la verdad, entonces?

Se amilana y no responde. No sabe una mierda.

—¿Cuál es la verdad, Jake? Adelante. ¿Qué es lo que quiere compartir con todo el mundo?

—Usted no es su marido —dice, pero esta vez con menos seguridad.

Doy otro paso hacia él hasta que las puntas de nuestros zapatos se tocan. —Escúcheme. Quiénes seamos o dejemos de ser no le afecta en absoluto, ¿verdad? Usted se ha ganado su puesto aquí y ella también. —Me inclino más hacia él—. Morozov bromeó sobre un guardaespaldas, ¿no? Digamos que no andaba muy lejos de la verdad.

Los ojos de Jake se abren como platos.

—Estoy aquí porque esa mujer vale más de lo que pueda imaginar. Su vida es de gran valor y su familia de gran importancia. —Ladeo la cabeza—. Sabe cuál es el propósito de un guardaespaldas, ¿verdad?

—Por supuesto —tartamudea, y puedo deducir por la mirada en sus ojos que se muere por saber quién es ella.

—Así que eso significa que, en efecto, me tomo su seguridad muy, muy en serio. Pero más que eso, *Jake.* —Extiendo la mano y él se aparta de un respingo. Le quito una mota de polvo de la camisa—. También me tomo su bienestar muy en serio. ¿Ha quedado claro? La quiero feliz, *Jake*. Muy feliz. Así que no vuelva a agitar las aguas.

Parece que no puede reprimir quién es por mucho tiempo. El destello en sus ojos me dice que no solo está celoso.

—¿Quién es ella?

Lo agarro por la camisa justo cuando la puerta a nuestra espalda se abre.

—Markov. —Vera está detrás de nosotros—. Suéltalo —dice en voz baja, como quien trata de convencer con delicadeza a un perro enfadado para que suelte a su presa—. No me ha hecho daño. No le ha hecho daño a nadie.

—*Aún* —gruño, pero aun así suelto al tipo. Se tambalea y cae sobre una rodilla, pero se pone de nuevo en pie de un salto, con la mirada yendo de uno a otro—. Solo intento proteger la integridad de nuestro programa.

—Todos tenemos secretos, *Markov* —dice, y mi nombre es una burla en sus labios, como si supiera que no es mi verdadero nombre—. Tengo pruebas, y si no deja de interferir, las usaré en su contra. —Las agita en el aire y niega con la cabeza—. Sobre usted y esa zorra engreída que compró su plaza…

Mi puño impacta en su mandíbula y, antes de que pueda reaccionar, lo levanto y lo estampo contra la pared. Golpeo la pared a su lado, ensangrentándome los nudillos en un esfuerzo por contenerme y no matarlo. —No se le ocurra insultarla, joder. Y no se le ocurra amenazarla. —Mi voz es un gruñido sordo.

Vera grita mientras me agarra del brazo. —¡Markov! ¡Para! ¡Basta! — Parpadeo como si saliera de una nebulosa y me doy cuenta de que el americano está ensangrentado y tiene la camisa rota. El cabrón ha tenido suerte. Intenta recuperar el aliento cuando lo suelto bruscamente.

La puerta se abre e Irina sale. —Caballeros. ¿Qué está pasando aquí?

Para mi sorpresa, Jake niega con la cabeza y se pasa la mano por la mejilla. —Me he tropezado —dice—. Markov me ha levantado.

Se da la vuelta e Irina no debe de verle la sangre en la mejilla. — Vuelvo a la cama antes del laboratorio de mañana.

Lo veo marcharse furioso, con Vera respirando agitadamente a mi lado, pero Irina se limita a sonreír. —No le habría culpado si hubiera decidido que era hora de enseñarle algo de respeto, Markov. Sinceramente, es un engreído e increíblemente grosero con los demás. —Niega con la cabeza y me guiña un ojo—. No es que apruebe la violencia, pero… —Su voz se apaga cuando Morozov se une a nosotros.

—Bueno, descansemos todos un poco antes del gran día de mañana, ¿de acuerdo?

Se dan la vuelta para marcharse y me les quedo mirando, atónito por la reacción de Irina. No es lo que me esperaba. ¿Sabe más de lo que aparenta? ¿Fue su observación y recomendación otro intento de coquetear conmigo?

—Markov —dice Vera en un susurro apenas audible mientras volvemos a nuestra habitación, uno al lado del otro—. ¿Básicamente… te ha dicho que estaba bien pegarle a Jake?

Frunzo el ceño. —Parece que está harta de sus numeritos.

—Es poco profesional.

—Como lo es su comportamiento hacia ti y los demás del programa.

—A sus ojos no puedes hacer nada malo.

—La verdad es que ha coqueteado conmigo un par de veces.

Vera se queda quieta. Cuando la miro, tiene los ojos desorbitados por la sorpresa. —¿Perdona, *qué*? ¿Has dicho que ha coqueteado contigo?

Asiento.

—Nada especialmente inapropiado. Y no sé si te has fijado en cómo se me arrima cuando estáis trabajando en el laboratorio. No se ha pasado de la raya, pero me siento casi como la favorita de la profesora..., y de mascota no tengo nada.

Vera resopla.

—Desde luego que no lo eres. Escucha, ya sabes lo que pienso de que te entrometas. Te pedí que no le hicieras daño a Jake. Te pedí que no dejaras que nadie supiera quién eres —dice en un susurro—. No puedes ir por ahí pegándole una paliza a cualquier pringado que me mire mal, Markov. *No puedes*.

Me encojo de hombros.

—Le advertí con todas las de la ley. Le di un montón de oportunidades. Se pasó de la raya.

Ella gime y niega con la cabeza.

—¿Qué es lo que sabe?

—Nada. No tiene nada. Sabes que no entraste en este programa comprando tu plaza. Tu padre no intervino. Y si sabe que formas parte de la familia Ivanov, que lo cuente. Tú te vales por tus propios méritos, Vera.

Se produce una breve pausa antes de que me tienda la mano.

—Markov...

—¿Mmm?

—¿Por qué tienes otro móvil?



CAPÍTULO 17

VERA

Markov baja la vista hacia su teléfono, aunque vuelve a tener esa expresión, la misma que puso justo antes de atizarle a Jake. No tengo miedo de que arremeta contra mí; a estas alturas, me gusta pensar que lo conozco demasiado bien para eso. Pero algo..., algo lo ha enfadado.

—Ya tenía este móvil cuando llegué. Tengo dos. Puedes verlos si quieres. Uno es más antiguo, pero los contactos no se sincronizaron bien, así que llevo los dos.

No estoy del todo segura de creerle, pero ¿qué motivo tendría para mentir?

—Ah.

Esta noche me ha vuelto a mostrar la realidad de quiénes somos. La verdad irrumpe en mis pensamientos como un trueno.

No está bien. No es justo. Pero nunca lo fue.

Me he entregado a un hombre que nunca podrá ser quien yo necesito que sea. Me he enamorado de un hombre que siempre se regirá por su propio código ético, al diablo con todo y con todos los demás.

Necesito dormir. Ambos lo necesitamos.

Estoy agotada cuando volvemos y no le pongo pegas a Markov cuando inspecciona la habitación. Comprueba la puerta. Comprueba su móvil y envía un mensaje. Comprueba su arma y se asegura de que está cargada antes de dejarla sobre la cómoda.

—Ven a la cama, Markov —digo con suavidad. Noto los ojos resecos al parpadear, pero cuando se une a mí, se me escapa un jadeo.

—Tus manos —susurro—. Están hechas un desastre.

Frunce el ceño al mirar sus nudillos, magullados y ensangrentados, y se encoge de hombros. —No es nada.

—Al menos podemos lavártelas —digo, levantándome de la cama para coger una toallita del baño. La humedezco con agua tibia y jabón y vuelvo junto a él—. No tengo gran cosa de primeros auxilios conmigo...

—No lo necesito. Solo te sigo la corriente.

Le lanzo una mirada seria. —La protección es tu trabajo y yo te he seguido la corriente. Pero esto es lo *mío*. Medicina, ¿recuerdas? ¿Primeros auxilios? Esto es mi especialidad. No me quites esto.

Gruñe y asiente a regañadientes. —Adelante.

Me arrodillo frente a él para poder ver mejor. Tomo su palma grande y callosa entre mis dos manos y examino los daños. Le vendría bien un antiséptico, pero no tenemos un botiquín bien surtido. En su lugar, le limpio la sangre y el sudor de ambas manos y descubro que las heridas son solo superficiales.

—Te he dicho que no era nada —gruñe.

Asiento, bajo sus manos y voy a apoyar las mías en sus rodillas para levantarme, pero algo me detiene.

Estoy... arrodillada ante él. Es una situación íntima.

Sumisa.

La mirada absolutamente posesiva en sus ojos me dice que él también lo siente.

—Mañana tienes un día importante, Vera —dice de una manera muy... de *papi*.

Asiento.

—Estás a punto de lograr un gran avance, ¿verdad?

Se me hincha el pecho. Lo sabe. Ha estado atento mientras yo parloteaba sin parar sobre los desafíos a los que nos hemos enfrentado. —Sí —digo en voz baja. Hemos estado estudiando específicamente cómo ciertas plantas autóctonas de zonas remotas no se ven afectadas por una amenaza biológica con patógenos de amplia propagación. Si aprendemos a aprovechar este conocimiento, podría cambiar tantas cosas...

—Creo en ti. Sé que puedes hacerlo. —Sus ojos se enardecen, y el tono de su voz me dice que él también siente lo mismo que yo—. Me gusta esta perspectiva. ¿Y a ti, Vera? ¿Te gusta?

Sí me gusta. Vaya si me gusta. Lentamente, asiento porque no me fío de mi voz, y estoy confundida sobre por qué esto sienta tan bien. Soy una mujer fuerte e independiente que saca las cosas adelante. He llegado aquí por mi propia voluntad y por méritos propios. ¿Por qué me derrito como un charco cuando estoy *arrodillada* frente a él?

Lentamente, me ahueca la cara con su gran mano. Trago saliva cuando desliza la yema de su pulgar por mi labio inferior.

—Tendré que recordar esto. Ahora, necesitas descansar para estar lista para mañana.

Quiero hacer un puchero, pero siento que mi cuerpo me pide a gritos un descanso.

—Mañana hablaremos de ese pequeño numerito que has montado en la sala común.

Abro la boca para protestar mientras mi corazón ruge en mis oídos. —Markov…

Una sacudida seca de su cabeza me indica que este no es el momento de hablar de nada. —Ahora necesitas dormir. Los dos lo necesitamos. Mañana tienes que trabajar. Y cuando termines tu trabajo... hablaremos.

No puedo evitar preguntarme si esa charla incluirá ponerme sobre su rodilla. ¿Por qué una pequeña parte de mí espera que así sea mientras el resto se resiste? Esto es mucho más complicado de lo que esperaba.

Sin embargo, meterme en la cama no es complicado. Cierro los ojos y siento la suavidad del colchón y el calor de Markov a mi lado. —Descansa, Vera.

Cierro los ojos, tranquila al saber que él lo tiene todo absolutamente bajo control.



Al día siguiente, Jake no aparece por el laboratorio. No se le echa de menos, la verdad, y ni siquiera a Irina le molesta. No dice mucho, probablemente porque pretende ser profesional, pero al final del día, dice: —Ha estado bien ver que el resto de vosotros teníais más oportunidad de... participar.

Sophia y yo trabajamos duro codo con codo catalogando especímenes mientras Maxim y Liam estudiaban tubos de ensayo. No fue hasta que llevábamos doce horas enteras y el profesor Morozov nos pidió la cena que por fin, *por fin*, logré el avance.

Markov estaba justo al otro lado de la puerta, atendiendo una llamada.

—Markov. Dios mío. Markov —digo, con la voz temblorosa. Tengo los ojos algo llorosos y estoy tan abrumada por la emoción de lo que finalmente hemos conseguido...—. No te lo vas a creer. —Sorbo con fuerza. Se guarda el móvil en el bolsillo y me coge las dos manos, todo oídos.

—¿Sí? ¿Qué pasa, mi amor?

Interpreta el papel de marido devoto increíblemente bien. *Demasiado* bien.

Trago saliva y me humedezco los labios. —Lo he descubierto. Por fin he encontrado la manera. Es absolutamente revolucionario. —Estoy temblando por la magnitud de lo que he descubierto—. ¿Sabes que si plantas caléndulas alrededor de un parterre, sirve como barrera natural para plagas e insectos e incluso para criaturas del bosque como los ciervos?

Él se encoge de hombros y niega con la cabeza. —No, pero continúa.

No puedo evitar soltar una risita. De verdad que está fuera de su campo de conocimiento y no tiene ningún problema en admitirlo. Y eso me encanta. Me *encanta* que no se sienta amenazado ni intimidado por mí.

—Podemos desarrollar cultivos con un enfoque similar. Disuasorios naturales para amenazas biológicas o enfermedades transmitidas por el aire. Es básicamente como crear una *burbuja* alrededor de ciertas zonas que, de otro modo, se verían comprometidas y en peligro. Esto es…, esto es *enorme*. —Trago saliva para deshacer el nudo que se me está formando en la garganta—. Quiero decir, ya lo sabíamos, pero lo que hemos desarrollado hoy en el laboratorio tiene el potencial de multiplicar nuestra velocidad de aplicación por *diez*.

Solo estamos en las fases iniciales, pero…, pero *lo hemos conseguido*.

Suelto un gritito cuando me levanta del suelo y me lanza al aire antes de volver a cogerme y dar vueltas conmigo allí mismo, a la vista de todos. Algunos curiosos se ríen entre dientes.

—Increíble, Vera. Estoy jodidamente orgulloso de ti. Sabía que podías hacerlo. *Sabía* que podías.

Asiento, con los ojos todavía algo llorosos. —Lo sé —digo, secándome las lágrimas—. Sé que lo sabías, y por eso ahora mismo soy un manojo de nervios.

Nadie ha creído nunca en mí como él lo hace. Ni siquiera mi madre, que me adora con locura y siempre es mi mayor fan, a menudo deja que sus propios miedos se interpongan. «Hala, no te embales», diría, o «Vamos paso a paso». Pero he superado esas palabras de cautela y esos miedos. Ahora parecen lejanos, incapaces de retenerme.

Me envuelve en un fuerte abrazo, tan cálido y reconfortante que querría quedarme aquí para siempre. Aspiro su familiar aroma masculino y me dejo hundir en la fuerza de su abrazo. —¿Y apostaría a que no es casualidad que no hayas tenido que lidiar con la arrogancia de cierto estadounidense para llegar hasta aquí, mmm?

Suelto una risita contra su pecho.

—Eh, ¿puedes bajarme ya para que pueda guardar las apariencias?

—Por supuesto —dice, obedeciendo al instante mientras me susurra al oído—. Te lo permitiré aquí fuera. Pero cuando estemos a solas, pequeña…, *serás de papi*.

Uf. ¿Es posible tragarse la propia lengua? Porque me estoy ahogando literalmente con la nada.

—¿Te necesitan de vuelta en el laboratorio?

—Hoy no —le digo—. Morozov nos ha dado el día libre.

—Excelente. ¿Por qué no volvemos y llamas a tu madre para darle la noticia?

—Sí —digo en voz baja—. Me gustaría.

¿Puede este hombre ser más perfecto? Por *supuesto* que sabía que la siguiente persona a la que tenía que contárselo era a mamá.

Perfección. La ciencia nos dice que no existe, que es solo un producto de nuestra imaginación y, sin embargo, mi corazón de amante del romance se atreve a tener esperanza.

De vuelta en la habitación, dejo que Markov lo revise todo para asegurarse de que estamos a salvo y casi espero que encuentre algo. —No hay moros en la costa.

Oigo unos pasos detrás de mí y miro por encima del hombro para ver a Jake pasar a toda prisa a nuestro lado. Tiene las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha; ni siquiera me mira.

Me pregunto si Jake seguirá siendo un problema. Sospecho que no.

—¿Has averiguado algo sobre la foto del frente de la sala? —le pregunto a Markov.

Niega con la cabeza. —No. No hemos podido identificar el origen.

—Ah.

Cierro la puerta detrás de mí y recuerdo lo que me dijo anoche. Recuerdo su promesa.

Trago saliva.

Cuando termines tu trabajo… tendremos una charla.

Mi trabajo ha terminado… ¿En qué consistirá esa charla y por qué mi corazón amenaza con salírseme del pecho?

—Ten —dice Markov, dándome el móvil—. Antes de que tú y yo retomemos lo nuestro, llama a tu madre.

Uf. ¿Por quéééé me ha hecho eso?

—Markov —consigo articular.

—¿Qué?

—¿Por qué has dicho eso justo antes de que llame a mi madre?

Una comisura de sus labios se curva y se encoge de hombros. —Porque sé exactamente cómo vas a reaccionar y quiero que recuerdes a quién perteneces.

—¿Incluso cuando estoy hablando por teléfono con mi *madre*?

—Especialmente cuando estás hablando por teléfono con tu madre. Tu madre te alabará y te dirá la mujer tan brillante que eres. Y aunque esos elogios son bien merecidos, fuiste tú quien me dijo que te gustaba la idea de dejar de lado las responsabilidades por un tiempo. Que no *siempre* quieres ser la mujer fuerte, poderosa y que lleva las riendas.

Trago saliva. —Cierto. —Marco el número de mi madre. Allí será la hora de comer. La nostalgia me golpea en el pecho con una oleada de morriña.

Contesta al primer tono.

—¿Vera?

—¡Mamá! ¿Cómo estás?

—Oh, qué alegría oír tu voz. Sé que estás ocupada, pero te echo mucho de menos. Por suerte, Markov me ha estado manteniendo al día, así no tengo que molestarte demasiado. —Se ríe.

Miro fijamente a Markov. —¿Que Markov te ha estado manteniendo al día?

¿Qué?

—Oh, sí. Me manda un mensaje todos los días para contarme cómo van las cosas. Dijo que estabas a punto de lograr un gran avance. Algo que ver con… Solo pude entender una parte… usar cultivos o algo así para prevenir… algo.

Sonrío y niego con la cabeza, mirándolo. —Sí, exactamente, y, mamá, son grandes noticias. —La voz se me vuelve a quebrar un poco porque esto es algo trascendental para mí—. *Lo hemos conseguido*. Lo hemos descubierto.

Su grito de alegría es tan fuerte en mi oído que tengo que alejar el móvil hasta que se calma. Markov y yo nos sonreímos.

—Oh, Vera, ¡*sabía* que podías hacerlo! ¡Lo *sabía*! Markov también. Dijo que tenía fe ciega en que perseverarías hasta que lo descubrieras.

Trago saliva. —¿Ah, sí…? Ah.

Por primera vez en mi vida… tengo un pequeño círculo de apoyo. No estoy segura de cómo manejar esta oleada de emoción.

—Cuéntamelo todo —dice mamá. Agradezco la oportunidad de aferrarme a los hechos y alejarme de las emociones que amenazan con ahogarme.

Se lo cuento todo y, aunque probablemente solo entienda un veinte por ciento de lo que digo, como siempre, se muestra atenta y curiosa.

—Oh, Vera —dice—. Tu abuela y yo estamos muy, muy orgullosas de ti. Vas a llegar lejos, cariño. Ya lo verás.

Je. Intento no pensar en que el próximo sitio al que voy a ir es probablemente sobre el regazo de Markov.

Uf, por partida doble.

—Ahora, quiero que me hables de *otras* cosas.

Levanto la vista hacia Markov, que está sentado en el borde de la cama, con sus manos fuertes y firmes apoyadas en los muslos. —¿Mmm?

—Tú y Markov. ¿Cómo está nuestro Jason Bourne?

Miro a Markov directamente a los ojos mientras respondo. —Es un mandón de narices. Y un poco chapado a la antigua, también. Se cree que lo sabe todo. Y ni siquiera me deja entrar en nuestra habitación…, quiero decir, en mi habitación…, sin comprobar antes si es segura.

Se me calientan las mejillas. Agradezco que mi madre esté a miles de kilómetros y no pueda ver que estoy roja como un tomate. Si ha pillado el pequeño desliz, no lo demuestra.

—Por supuesto que sí. Los hombres como él son así, ya sabes. Siempre lo han sido.

Ojalá Markov no estuviera aquí ahora mismo. Me gustaría hablar con ella… con sinceridad. De mujer a mujer. Sobre todo.

Mamá, ¿por qué soy capaz e independiente, pero anhelo su dominio?

¿Cómo puedo justificar ser una mujer de hoy en día y aun así permitir que me diga lo que tengo que hacer?

¿Cómo concilio lo que mi cuerpo quiere con lo que mi mente sabe que es correcto?

Y, sobre todo…

¿Cómo puedo amar a un hombre que me está prohibido?

Pero no lo hago. No le pregunto nada de esto y me limito a asegurarle que estoy bien.

Le aseguro que Markov lo está.

Le digo que la quiero y que estoy deseando volver a casa.

—No te separes de él, cariño. Tu padre ha cometido muchos errores en su vida, sabes que lo creo, pero nombrar a Markov tu guardaespaldas fue una de sus mejores decisiones. Y a propósito de eso, Vera…, tú y yo tenemos que hablar.

¿Por qué esas palabras nunca dejan de infundirme miedo?

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Es que ha llamado tu padre. Ha dicho que este fin de semana hay un acto benéfico en Moscú y quiere que asistas. Ya sé lo que piensas de él…

—*No*, mamá. Cenamos con él hace poco y fue un desastre. Uf. Odié estar cerca de él. ¡Es un engreído! Además, no tengo tiempo para ir a ningún acto benéfico.

Me siento culpable al oír su suspiro al otro lado del teléfono.

—Lo sé, Vera. Lo sé, de verdad que sí.

—Entonces, ¿por qué me obligas a ir? —Parezco una adolescente angustiada—. Es demasiado. ¿Por qué insiste en que vaya a estas cosas?

—Porque está intentando tender puentes. Cree que si le ves con sus colegas, le tendrás en más alta estima. Porque eres su *hija*, Vera.

Odio que mi padre ponga a mi madre en esta tesitura. Ella debe de odiarlo más que yo, pero sabe que está atrapada en su matrimonio con un hombre poderoso de la Bratva. Sabe que tiene amantes y que hace mucho que rompió los votos que se hicieron. Ha hecho todo eso y aun así la obliga a cumplir sus órdenes porque puede, el cabrón hambriento de poder. Sin él, ella no tendría ni un céntimo, estaría en la calle y en la lista negra de todos sus conocidos. Es una mierda y no es justo.

—No es solo eso, mamá. También es porque quiere exhibirme y quedar bien. No tiene ningún interés en quién soy como su hija.

¡Ninguno! Mi perspectiva no va a cambiar solo porque él juegue a ser filántropo por una noche.

Markov se remueve en la cama. Cuando lo miro, se da un golpecito en la muñeca como para recordarme que vaya terminando. El pulso se me acelera.

—Tener a Markov contigo podría hacer las cosas un poco más llevaderas, ¿no?

Eso es… discutible.

Finalmente, accedo con un suspiro. No puedo hacerle la vida más difícil a mi madre por protestar por principios. Tengo que pasar por el aro, y este es uno de ellos. —Sí. Puedo ir. Lo haré, mamá.

—Gracias, cariño. Sé que no es fácil para ti.

Hablamos un poco más y tengo que admitir que alargo la conversación un poco porque estoy un poco… nerviosa… por lo que va a pasar después.

Finalmente, cuelgo el teléfono y me giro para mirarlo.

—¿Qué te ha pedido que hagas? Había algo que no te ha hecho gracia. ¿Qué pasa?

Suspiro y niego con la cabeza. —Hay un *acto benéfico* de esos al que mi padre quiere que vaya, y quiere que vaya *contigo*. No quiero ir. Quiero decir… que tu tía es la que está con él en Moscú, ¿verdad? *Uf*. —No puedo ni pensar en que Markov tenga relación con una de las muchas mujeres con las que mi padre engaña a mi madre.

—Ah. ¿Y cuándo es eso? —Vuelve a llevar su cara de póquer, pero no parece precisamente entusiasmado con la idea de lo que tenemos que hacer.

—Ya lo sé, odias socializar. Preferirías quedarte aquí, donde las cosas son, al menos por ahora, predecibles y seguras.

—Mmm. Sí. ¿Y por qué tu padre no te ha dicho a ti que desea que asistas a este… cómo lo has llamado? ¿Acto benéfico?

—Uf, porque es lo que *hace* —reprimo la necesidad de quejarme—. Si sospecha que no voy a querer hacer algo que él *quiere* que haga, consigue que me lo pida mi madre porque a ella no puedo decirle que no.

—Ya veo. ¿Cuándo es?

—Este fin de semana. Y, Markov, si se cree que puede pasear a su amante delante de mí… me da igual que sea tu tía o no. Eso no está bien.

—Desde luego —dice asintiendo con seriedad—. En cualquier caso, ya nos ocuparemos de los detalles del próximo acto benéfico. Pero, mientras tanto, nos ocuparemos del asunto que nos concierne.

Me doy la vuelta y me muerdo el labio. —Sobre eso…

—Mmm —dice con seriedad mientras me coge por las caderas—. Te dije que hablaríamos, ¿no?

—Sí, pero…

—Sin peros. Ven aquí, Vera. Vamos a tener esta conversación ahora. Contigo sobre mi regazo.

—¡Markov! —protesto cuando tira de mí para ponerme sobre su rodilla. No hace nada, solo apoya su enorme mano en mi culo.

—Ahora —continúa—. Hablemos.

La sangre se me sube a la cara mientras mi cuerpo se calienta. Me excito al instante. Siento como si toda la sangre de mi cuerpo se hubiera agolpado entre mis muslos.

—Has desobedecido a papi, ¿verdad, Vera?

¿Por qué me parece tan incorrecto y a la vez tan… por qué me encanta oírle *decir* eso?

—Eh… Puede que sí.

Suelto un jadeo cuando me da una palmada en el culo. Una oleada de excitación me acelera el pulso. Reprimo un gemido.

—No es un «puede que», ¿verdad?

—Bueeeno… Tenía una buena razón —empiezo, y me da una segunda palmada en el culo.

—Escuchemos esa razón —dice—. Aunque te garantizo que *siempre* pagarás por desobedecerme.

—Y-yo… —Siento como si mi cerebro estuviera haciendo cortocircuito.

¿Quiero esto?

Sí, lo quiero.

Pero… ¿papi?

Uf, qué mooorbo.

Apenas puedo pensar con claridad.

¡Soy una mujer adulta!

Una mujer adulta a la que le encanta que él la llame pequeña…

Pero va a azotarme, y está hablando de todo tipo de cosas como… obediencia.

Morboso.

¡Uf!

—Tenía miedo por ti. No quería que te hicieran daño. Y yo… —Vale, aquí viene la brutal honestidad—. No sé qué pensar de que me digas lo que tengo que hacer.

Me preparo para otro azote fuerte y contengo el aliento con un siseo cuando, en su lugar, me ahueca el culo con la mano. —Buenas

respuestas, Vera. Han sido muy sinceras. —Siento el calor de su pecho en mi espalda cuando acerca su boca a mi oído—. A papi le gusta que le digas la verdad.

Oh. Santo. *Dios.*

¿Por qué es eso tan jodidamente *excitante*?

Podría gustarme esto… Con un poco más de persuasión, podría… gustarme totalmente.

—Las niñas buenas que hacen lo que se les dice reciben una recompensa —dice afectuosamente, con un tono de voz que me derrite hasta convertirme en un charco.

Ah, ¿sí?

¿Y cómo… sería eso?

Con dedos ágiles, me desabrocha la falda y la desliza por mi culo caliente. *Uuuh.*

Apenas respiro mientras me separa las piernas y hunde un dedo firme entre mis pliegues.

—Oh, Dios —gimoteo. Estoy tan hinchada, tan húmeda, tan intensamente excitada que siento que ya estoy a punto de correrme —. Eso es tan… Dios mío… ¿cómo lo sabías?

—¿Saber que un azote de papi te ponía cachonda?

No solo eso, quiero decirle. Dios mío, es *todo*. El azote, estar sobre su regazo, todo el rollo de *papi*.

—No lo sabía. Lo supuse. Verás, yo también soy un científico, nena, como tú. Tenía una hipótesis y la he puesto a prueba. Y parece que he logrado mi propio avance.

Rodea mi clítoris con sus dedos cálidos y ásperos, y mis caderas se sacuden por voluntad propia.

—Eres una niña mala a la que le gusta esto. Cobras vida cuando papi te disciplina. Ansías más de esto, más de mí. Probablemente fantaseas con esto cuando te tocas, ¿no es así? Dime la verdad, Vera.

Asiento. He estado fantaseando con las guarradas que Markov podría hacerme desde el segundo en que lo conocí, porque sustituyó con suma facilidad mi colección de fantasías con Jason Bourne.

—Dime qué imaginas cuando te tocas.

—No…

Me azota el culo, con fuerza. *Mierda*, eso duele como el infierno sobre la piel desnuda.

¿Por qué quiero que lo haga otra vez?

—No le mientas a papi, Vera.

¿Cómo sabe que estoy mintiendo?

Me remuevo incómoda en su regazo. —Bueno, sí. Me imagino que me atas. Me imagino… esto. Estar sobre tu regazo. Me imagino que me sermoneas antes de azotarme. Me imagino… como… que quizá… usas cosas conmigo.

—Así me gusta —dice con esa voz que me derrite—. ¿Como qué?— Como… aquella vez que usaste tu cinturón. O quizá… no sé, algo como… para mantenerme las muñecas juntas. Yo… solo he leído sobre estas cosas, y no sé qué me gusta o qué quiero.Exhalo y completo el proceso de derretirme. Ahora estoy literalmente sin huesos.

—¿Pero estás dispuesta a descubrirlo?

CAPÍTULO 18

NIKKO

Nunca imaginé que Vera fuera a soltarse así.

—Sí. Sí, papi —dice. Ni siquiera puede mirarme cuando lo dice, y está haciendo esa cosita adorable en la que se le ponen las mejillas de un rojo intenso. Pero está más excitada que nunca, y apenas la he tocado.

Joder.

—Abre las piernas —digo con un gruñido. Su obediencia es el afrodisíaco más erótico que podría haber imaginado. Se me pone la polla dolorosamente dura cuando obedece al instante.

Pero todavía tiene que aprender la lección.

Le azoto ese culito desnudo, bonito y perfecto. —¿Qué dices, Vera?

—S-sí, papi —dice sin aliento mientras separa las piernas.

La acaricio hasta que arquea la espalda.

—Suplícale a papi por tu orgasmo, nena. Suplícame.

—Por favor —suplica en un susurro ahogado—. Por favor, papi.

Le acaricio el clítoris hasta que se corre, con la espalda arqueada y su voz convertida en un coro desordenado de gemidos y súplicas. Todavía se está corriendo cuando la levanto y la pongo sobre la cama.

—Tócate. Sigue, nena. No dejes de tocarte.

Me desabrocho el cinturón mientras ella me obedece, con los labios entreabiertos mientras se corre con una fuerza del carajo. Lo ato en un lazo alrededor de sus muñecas y se las sujeto antes de reclinarme en la cama y colocarla sobre mi boca. Saboreo cada lametón, su sabor grabado a fuego en mi memoria. Y cuando se corre en mi boca, disfruto del modo en que gime de placer hasta que cae a mi lado, los ojos entrecerrándosele.

—Buena chica —le susurro, inclinándome sobre ella—. Así me gusta. Pero aún no hemos terminado, Vera. Aprenderás a obedecer a papi. Esa ha sido tu recompensa por soportar tu primer castigo como una niña tan buena.

—¿M-mi primero, papi? —Tiene los ojos entornados, mirándome.

Asiento. —Es mi trabajo asegurarme de que sepas que eso no volverá a pasar. Nunca. —Le pongo la mano bajo la barbilla—. ¿Verdad, nena?

—No, papi —susurra.

La acuesto en la cama a mi lado mientras me mira fijamente, la curiosidad mezclada con la excitación en su mirada. Le abro las piernas y le vuelvo a saborear el clítoris.

—¡Papi! —sus caderas se sacuden—. ¡Estoy muy sensible! Es que acabo de…, ¡oh, Dios, Markov!

Le lamo el clítoris otra vez, acariciándolo y saboreándolo perezosamente mientras me desabrocho los pantalones y me saco la polla. Gimo contra su coño húmedo, caliente y dulce. Ella protesta,

pero no intenta detenerme cuando le mordisqueo el botón hinchado antes de volver a acariciarla con la lengua.

—Oh, Dios mío —dice, sin aliento—. Santo *Dios*.

Se me hincha la polla en el puño mientras me la meneo, comiéndome su dulce coño como si fuera el manjar más exquisito del mundo.

Quizá lo sea.

—Por favor —gimotea, negando con la cabeza—. Es demasiado. Demasiado… No puedo soportar esto —susurra.

Aparto mi boca de su coño justo cuando sus caderas se sacuden con el primer espasmo de su orgasmo.

—¿Me obedecerás, Vera? ¿Confiarás en que te proteja?

—Claro que sí —promete, aunque sospecho que ahora mismo prometería casi cualquier cosa. La polla me late y gimo contra sus pliegues.

—Buena chica. Qué buena chica. Córrete en la lengua de papi, Vera.

Grita con su segundo orgasmo. Suelto mi polla hinchada y la pongo boca abajo. Sus muñecas, todavía atadas, se apoyan en la cama frente a ella mientras le separo las piernas y le rozo la entrada del coño con la punta de mi polla.

—Markov —gimotea—. Te quiero dentro de mí.

Apoyo la frente en su espalda aún vestida, húmeda y caliente. Me encanta sentirla a mi alrededor cuando la penetro. Al principio soy lento porque todavía es nueva en esto y no quiero hacerle daño. Pero cuando corresponde a mis embestidas, aumento la intensidad. Le gusta una mezcla de dolor y placer.

Tomo nota.

La embisto, reclamando su cuerpo con el mío. Disfruto del sonido de sus gemidos y de la sensación apretada, muy apretada, de su coño a mi alrededor, como un puto guante. Puta *perfección.*

Me corro, mi semen caliente embistiéndola solo unos segundos antes de que su propia liberación la consuma. Me inclino y le muerdo el cuello, necesitando saborearla, consumirla.

Finalmente, bajamos de nuestro clímax y le beso la marca roja donde le he mordido el cuello. Vera parece estar durmiendo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Mmm —susurra—. No me puedo mover, pero aparte de eso… sí, estoy bien. —Abre un ojo con esfuerzo—. ¿Tú?

—Estoy perfecto, nena. No he sido nada delicado contigo. —Le beso la mejilla—. ¿Te he hecho daño, Vera? ¿Estás herida en alguna parte?

—¿Herida? —pregunta, sonriéndome a medias—. Markov, me has mordido el cuello, me has follado tan fuerte que he sentido que ibas a partirme en dos, me has *azotado*, pero ha sido… —Su voz se apaga—. Soy una mujer con un amplio vocabulario, pero me faltan las palabras. Me *faltan*.

Le aparto el pelo húmedo de la frente y le beso la mejilla. —Eres muy valiente —le digo con sinceridad—. Jodidamente valiente. Confiar en mí de esa manera… —Dejo la frase en el aire porque me sorprende descubrir que se me ha hecho un nudo en la garganta.

Este puto evento benéfico que se avecina podría destruirlo todo. Si aparecen la tía de Markov o cualquiera que lo conociera… mi tapadera saltará por los aires. Tendré que hacer mi jugada.

Será el momento.

Pero hemos tenido tan poco tiempo juntos.

¿Cómo puede alguien prohibido ser tan jodidamente perfecto para mí?



CAPÍTULO 19

VERA

MARKOV ESTÁ TUMBADO A MI LADO. Me pasa los dedos por el pelo, apartándomelo de la cara.

—Estoy muy orgulloso de ti —dice. Acaba de limpiarme con un paño caliente y me está arropando en la cama—. Lo has manejado como si estuvieras hecha para ello.

—¿Hecha para ello? —pregunto. Mis palabras suenan arrastradas—. ¿O hecha para *ti*?

En cuanto lo digo, me arrepiento. Su mirada se endurece y su rostro se vuelve pétreo, casi tan duro como cuando nos conocimos.

—No debería haberlo hecho…, lo siento, yo…

—Ni se te ocurra disculparte —dice con un suspiro, negando con la cabeza—. No estoy enfadado contigo. Ven aquí, nena. Nada más lejos de la realidad.

Me atrae hacia su pecho y me abraza. Escucho los latidos de su corazón y cierro los ojos. Nunca me he sentido tan segura en mi

vida.

He leído sobre cosas así antes. Sobre cómo hombres como él pueden ser dominantes y a la vez afectuosos…

Nunca supe que anhelaba una mezcla así… hasta él. Nunca supe que *necesitaba* algo así… hasta él.

—Necesitas comer, Vera.

—No quiero moverme —le digo sin abrir los ojos.

Espera un instante, sin dejar de abrazarme, antes de continuar. —Es importante que comas algo después de algo tan intenso. Te esfuerzas mucho. Volveremos a salir a correr por la mañana, pero tenemos que comer algo, aunque sea sencillo.

Sonrío en la tenue luz del atardecer cuando abro los ojos de golpe.

—Oh, Dios. Esa ventana está abierta. Oh, Dios *mío*. Pensaba que estaba cerrada.

Se levanta de un salto de la cama y, por un breve instante, Markov parece tan aterrorizado como yo. Me asusta. No sé si alguna vez lo he visto asustado.

—Mierda. ¿Cómo he podido ser tan descuidado? He cerrado las otras persianas y no me he dado cuenta de que esta seguía abierta. *Joder.*

Aunque solo hay una fina rendija de luz en la parte inferior de la persiana, es demasiado arriesgado. Cualquiera podría habernos visto, y si alguien de mi familia se enterara de lo que estábamos haciendo… no puedo ni imaginar lo que pasaría. El castigo para mí sería severo, pero para Markov…

Se me revuelve el estómago de la ansiedad. ¿Qué vamos a hacer?

—Quédate aquí. Voy a investigar. —Me incorporo y me agarro la manta mientras él se da la vuelta y me clava en el sitio con la mirada —. Mi trabajo es protegerte, Vera Ivanova. No salgas de esta habitación.

Se da la vuelta y se va.

Miro fijamente la ventana y veo su gran figura pasar por delante. Mi mente da vueltas ante la posibilidad de lo que podría ocurrir. Incluso si nadie de la bratva Ivanov nos ha visto… incluso si no hubiera pruebas de que estuviéramos juntos… me acaba de dominar. ¿Y si otro estudiante o uno de los profesores se enterara? ¿Podría superarlo alguna vez?

Pero ahora mismo, nuestra seguridad es una preocupación mayor, sobre todo después de todo lo que hemos pasado.

Todavía estoy temblorosa y lánguida por haber hecho el amor.

¿Será normal alguna vez la vida con Markov? ¿Acaso quiere a una mujer como yo? He estado protegida toda mi vida. No sé nada de lo que es ser… *normal.*

¿En qué me he metido?

La puerta se abre y Markov entra, con el rostro impasible y pétreo, como de costumbre.

—Irina ha pasado hace unos momentos, pero estaba al otro lado del campus y solo me ha saludado con la mano. Es imposible que haya visto algo.

Siento que los ojos se me cierran mientras me hundo de nuevo en la almohada.

—Vale, de acuerdo. En la universidad, en una de mis clases de preparación para emergencias, hacíamos una cosa. Teníamos que imaginar el peor de los casos y luego imaginarnos superándolo. —Suelto un suspiro—. Hagamos eso.

Markov niega con la cabeza y se sienta en el borde de la cama. —¿El peor de los casos? El peor de los casos es que alguien nos vea juntos y me obligue a alejarme de tu lado. El peor de los casos es que tu padre sepa que somos pareja y nos separe. —Niega con la

cabeza—. Me importa una mierda lo que me haga a mí, pero si me aleja de ti… si ya no puedo protegerte…

Extiendo una mano para tocarle el brazo. Siento la tensión de sus músculos. —Markov…

—¿Quieres que me imagine superándolo? —continúa—. Sí, puedo hacerlo, Vera. Sería acabar con cualquiera que se interpusiera en mi camino para poder volver contigo. Para asegurarme de que estabas a salvo y de que nadie te hacía daño.

Me trago el nudo que tengo en la garganta. —El peor de los casos para mí sería perderte. Si te hicieran daño, Markov… si te apartaran de mi lado… no sé qué haría.

Se ríe a medias mientras hace una mueca. —Necesitamos un plan, Vera. —¿Nuestro plan puede incluir huir a un lugar donde nadie nos encuentre? ¿Cambiar de identidad y probar el programa de protección de testigos? Lo dejaría todo, Markov.

—*Nyet.* —Niega con la cabeza, su ruso aflorando en toda su plenitud —. *Ty etogo ne sdelayesh*. No harás eso. Has trabajado demasiado tiempo y demasiado duro como para renunciar a todo por *mí*. No lo permitiré, Vera.

—No me importa —digo, sintiéndome como una niña testaruda—. Todo eso me importaba más antes de darme cuenta de lo que me importa *más*, Markov.

—Vera…

—Escúchame —digo, con lágrimas brillando en mis ojos—. Llamaré a mi padre. Se lo explicaré todo. Le diré cómo me has cuidado, lo bueno que eres conmigo. Tiene que entenderlo. Seguro que puedo hacerle entrar en razón…

—*Vera.* —Me coge ambas manos. Son cálidas y ásperas… como él—. En realidad no me conoces. Conoces al hombre que soy aquí. Conoces el papel que desempeño aquí. Pero he hecho cosas

perversas, terribles. —Se inclina hacia delante—. Cosas *imperdonables*, Vera. Si supieras lo que he hecho. Si realmente supieras quién soy… —su voz se apaga en un susurro entrecortado —. Nunca me perdonarías.

Parpadeo, y una lágrima solitaria y gruesa me rueda por la mejilla. —Sé que no eres la definición clásica de un buen hombre, Markov. Lo *sé*. —Sorbo por la nariz—. Soy una chica lista, ¿recuerdas? Y esas fueron tus palabras, no las mías. La vida es complicada. Podemos hacer que esto funcione. *Podemos.*

Me atrae hacia su pecho en un abrazo tan fuerte que apenas puedo respirar antes de soltarme, colocando ambas manos a cada lado de mi cara, con su mirada ardiendo en la mía.

—La vida es complicada. Sí —dice asintiendo.

—Podemos con esto —susurro. Pero incluso mientras lo digo, puedo sentir la futilidad de mis palabras.

Estampa su boca contra la mía y todos mis pensamientos se detienen en seco. Apenas recuerdo sobre qué discutíamos. Apenas recuerdo cómo hemos llegado hasta aquí o adónde vamos a partir de ahora. Cuando su lengua se enreda con la mía, saboreo la esencia salada de mis lágrimas.

Nos separamos, juntamos nuestras frentes y entrelazamos los dedos. Nos abrazamos. Sostenemos este espacio de miedo mezclado con amor, y de fechorías pasadas mezcladas con gracia.

¿Puedo perdonarle las atrocidades que ha cometido? ¿Cuánto lo conozco de verdad, realmente?

—Tienes razón —susurra mientras se lame los labios—. Pase lo que pase…, ocurra lo que ocurra…, corremos grandes riesgos, pero no es nada que no podamos superar.

¿Por qué sus palabras parecen huecas?

¿Por qué dudo de su sinceridad?

¿Adónde, realmente, vamos a partir de ahora?

—Déjame hacer una llamada —susurra—. Voy a ver si los de vigilancia han visto algo. Ahora mismo no tenemos que tomar ninguna otra decisión que no sea si vamos o no a la cena del equipo de esta noche.

—Claro. Sí.

Lo observo mientras saca un móvil de su cajón y teclea, frunciendo el ceño, antes de levantarme de la cama y buscar algo para ponerme. Ahora la ventana está cerrada, como debería haberlo estado desde el principio.

Me meto en unos vaqueros y me pongo un top ajustado. Aunque está hablando por teléfono, me llama con un dedo.

Me acerco a él y me sonríe; una de esas sonrisas amplias y llenas de dientes que le parten la cara en dos, tan rara como un eclipse solar y tan brillante como el sol del mediodía en verano. Le beso la áspera mandíbula.

—Eres jodidamente preciosa —dice—. Vamos a hacer que esto funcione, Vera —el profundo timbre de su voz suena de algún modo premonitorio cuando añade—: Cueste lo que cueste.



CAPÍTULO 20

NIKKO

Aleks, dime si había alguien fuera de nuestra puerta entre las 18:30 y las 19:40. Es de vital importancia.

Aleks

No veo a nadie en las inmediaciones a esa hora, solo a la directora del programa, Irina, que ha pasado a las 19:40. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Se lo cuento todo a mis hermanos. No tenemos secretos entre nosotros. Pero no tengo ni idea de cómo contarle… esto. No puedo traicionar a mi familia, pero tampoco puedo traicionar a la mujer que amo.

Y sí, lo admito, aunque solo sea para mis adentros. Amo a Vera Ivanova. En contra de mi buen juicio y de todo lo que me dice la razón, me he enamorado de esta mujer vehemente, intensa, brillante y hermosa. Así que hago lo que ya se ha convertido en una costumbre: le cuento una verdad a medias.

La ventana estaba abierta y he sospechado que habían invadido nuestra intimidad. Después del último fiasco, me he temido lo peor.

Aleks
Todo despejado, hermano. Nuestras fuentes nos dicen que su padre sigue en la ciudad. ¿Qué piensas sobre el momento elegido?

Cojo aire y lo suelto.

Ha llegado la hora.

Me guardo el móvil en el bolsillo y aflojo el abrazo con el que sujeto a Vera. Ella levanta la cabeza de mi hombro.

—¿Lo he hecho bien, *Daddy*?

Le doy un beso en la frente. —Lo has hecho muy bien, nena. Vamos a cenar.

Aunque Irina ha pasado por allí, nada parecía fuera de lugar. Me ha sonreído ampliamente, como de costumbre, y me ha recordado que se acercaba la hora de la cena. Me ha preguntado si nos uniríamos a ellos y, cuando he dicho que sí, ha respondido que nos vería allí.

Aun así, me siento dividido. Tengo que proteger a Vera, cueste lo que cueste, incluso si eso significa hacerle daño en el proceso.

Tengo que hacerlo.

Vamos de la mano al comedor y el estadounidense se nos une en la puerta. Se limita a saludarnos con un seco asentimiento de cabeza y entra delante de nosotros. Maxim, normalmente silencioso y distante, le sonríe a Vera. —¿Le has contado a Markov tu avance de hoy?

—Sí —digo afectuosamente, rodeándole los hombros con mi brazo—. No podría estar más orgulloso. Para esto estamos aquí.

—Para esto estamos *todos* aquí —dice el profesor Morozov mientras entra y se une a nosotros—. Hoy ha sido un día histórico y merece una celebración.

Saca una botella de vino frío de la bata de laboratorio y la abre.

—Por un momento he pensado que nos lo iba a servir en vasos de precipitados —me susurra Vera al oído. Reprimo una carcajada.

—Qué ocurrencia.

—Ay, cariño. He visto cosas peores en un laboratorio, créeme.

Aquí, en estos pequeños interludios de normalidad, casi parece que podríamos hacer que esto funcionara. Que Vera y yo podríamos ser una pareja normal, sin las ataduras y exigencias de la familia.

Aun así, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que algo va terriblemente mal. Aleks dice que nadie ha visto nada, Irina actúa con normalidad y los compañeros de Vera están animados por los hallazgos de hoy y orgullosos de ella. Incluso Jake, a regañadientes, brinda por ella y admite que está impresionado con el progreso que han hecho.

—En honor al día de hoy, nos tomaremos todo el fin de semana libre —sugiere Morozov al final de la cena—. Habéis trabajado todos muy duro, algunos incluso saliendo a correr antes de que salga el sol.

Nos mira con un brillo en los ojos.

Vera lo mira sorprendida. —¿Nos ha visto?

—Oh, sí —dice él con un guiño—. A un viejo no se le escapa nada.

—Sois muy disciplinados —dice Sophia—. Yo caigo rendida por la noche y ni se me pasa por la cabeza moverme hasta que es prácticamente la hora de nuestra siguiente práctica clínica.

—Ya te digo —dice Liam—. Los días son largos y agotadores. Agradezco tener un fin de semana libre.

—Y yo también —dice Irina—. De hecho, tengo que salir del campus un rato para asistir a un acto benéfico este fin de semana.

A Vera se le da fatal disimular sus expresiones faciales. Parece absolutamente aterrorizada.

—¿Ah, sí? —pregunto, cogiendo la botella de vino para rellenar nuestras copas—. Nosotros también, con la familia de Vera. ¿A cuál va a asistir usted?

—Pues no recuerdo el nombre —dice ella, negando con la cabeza—. En algún lugar cerca del distrito de Ostankinsky…

Suelto un suspiro de alivio y le doy a Vera un apretón tranquilizador en la pierna por debajo de la mesa y niego con la cabeza. El distrito de Ostankinsky está en el extremo norte de Moscú, ni de lejos cerca de donde vamos a ir nosotros.

—¿Necesitarán que les organicemos el transporte? —pregunta Morozov.

Niego con la cabeza. —Gracias, no. Ya me he encargado.

Irina sonríe. —¿No cree que, en el futuro, nuestros estudiantes podrían beneficiarse de tener a sus parejas para apoyarles? —le pregunta a Morozov—. Es una ventaja añadida.

Todos se ríen mientras sirven el postre, pero nada de esto me tranquiliza.

Hoy, le hemos ofrecido el cuello a nuestro enemigo.

Tengo un trabajo que hacer. Una misión que completar. Pero no puedo permitir que Vera salga herida de rebote.

Mi hora ha llegado.



CAPÍTULO 21

VERA

Los días siguientes transcurren sin incidentes. Aunque solo estamos en las primerísimas etapas de lo que hemos descubierto, es monumental.

Sin embargo, he de admitir que todo eso está en un segundo plano. Vine aquí para centrarme en mis estudios, pero las preocupaciones que prevalecen sobre Markov y yo han cobrado prioridad.

—Pareces preocupada.

Es viernes por la noche, la víspera del acto benéfico, y Markov está arrodillado a mi lado, haciendo lo que se ha convertido en una rutina para nosotros: trenzarme el pelo. Lo hace todas las noches antes de que me acueste. Me fastidia admitir que en realidad no *necesito* que me trence el pelo. No se me enreda mucho cuando duermo y es fácil de arreglar por la mañana. Lo que sí necesito, sin embargo, es sentir sus dedos fuertes y masculinos en mi cuero cabelludo. El ligero tirón cuando, inevitablemente, le da un pequeño toque.

No voy a mentir... Estoy hecha un flan por lo de mañana.

—Estás tan asustadiza como una gatita, Vera —dice Markov, inclinándose para besarme el hombro antes de darle un tironcito a mi trenza—. Dios mío, me encanta todo. La intimidad de este momento, la cálida sensación de su boca sobre mi piel desnuda. El muro sólido de su presencia detrás de mí. La forma en que mi nombre suena en sus labios—. Dime qué pasa.

—Oh, ya sabes —digo con un suspiro—. El acto benéfico y todo eso. Estoy nerviosa por mi padre. Incluso si tú y yo no tuviéramos esto… que pasa entre nosotros… seguiría estando nerviosa.

Markov me hace girar para que lo mire y me enmarca la cara con las manos.

Esto. Esto es lo que amo.

Se me aguan los ojos mientras observo su intensa mirada y veo un pozo de amor que ni siquiera me ha expresado con palabras todavía.

—Vera Ivanova —dice con seriedad—. Tú misma dijiste que esto se solucionará. Tenemos que ir paso a paso. Por ahora, necesitas descansar. —Cuando se inclina y me besa, casi puedo creer que será tan simple como eso: confianza, amor y un beso que lo arregla todo.

Con un suspiro, me meto en la cama. —Así es, pequeña —susurra en mi oído mientras me abraza por detrás. Su cuerpo cálido me envuelve—. Despeja la mente y duerme un poco.

Pero no puedo. Pronto, la respiración de Markov se vuelve más profunda detrás de mí mientras mi mente no para de dar vueltas. No consigo quitarme los miedos de la cabeza.

Tomo una decisión. Salgo de la cama y me acerco a donde está enchufado el móvil. Echo un vistazo y Markov sigue dormido.

Llamo a mamá.

—¡Vera! ¿Cómo estás, cariño?

—Estoy bien, mamá. Un poco nerviosa por el estúpido acto benéfico, pero todo irá bien. Hay… —el corazón me late tan deprisa que tiemblo un poco— algo que tengo que preguntarte.

—¿Mmm? ¿Qué es?

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente, reuniendo valor. —¿Sigues queriendo a papá?

Hay un silencio al otro lado de la línea antes de que responda. —¿Por qué lo preguntas, Vera?

—Yo… solo necesito saberlo. Por favor —susurro.

—Cariño, tu padre y yo nunca nos quisimos. Nuestro matrimonio fue de conveniencia, no de amor. Y mientras que otros en esa situación han aprendido a quererse a pesar de las dificultades a las que se enfrentaron… ese nunca fue nuestro caso. No podría amar a un hombre que era egoísta e infiel. Y aunque le daré el mérito que le corresponde —tu padre se ha encargado de nuestro bienestar económico y me ha permitido criarte como he creído conveniente—, no, Vera. No quiero a tu padre y nunca lo he querido.

Asiento. Eso hará que lo que tengo que hacer sea mucho más fácil.

—Gracias, mamá. Te quiero.

—¿Estás bien?

No, no estoy bien. Estoy enamorada de un hombre que me está prohibido y no tengo ni idea de si él siente lo mismo. ¿Cómo voy a manejar esto sin que ambos salgamos destruidos?

—Estoy bien —le digo. No recuerdo haberle mentido nunca a mi madre.

Cuelgo la llamada e inmediatamente hago una segunda. Mi padre contesta al quinto tono.

—¡Vera! Qué agradable sorpresa. No esperaba su llamada. —Por supuesto que no la esperaba. Jamás he llamado a mi padre. Oigo el

sonido de copas que chocan, música y risas detrás de él. Está de fiesta, como siempre.

—Padre, tenemos que hablar antes del evento de mañana.

Siento los ojos de Markov sobre mí. No estoy segura de en qué momento se ha despertado.

—Ah, bien, su madre le ha dicho que solicité su presencia entonces.

—Sí, me lo dijo. Estaré allí. Pero ¿podemos hablar?

—Por supuesto, Vera. Lo que sea por mi hija —dice demasiado alto, probablemente para asegurarse de que quienquiera que esté con él lo oiga.

Qué asco.

—Quiero que sepa que no tiene que esconder… a quien sea que esté viendo. —Me duele decirlo, pero continúo—. He estado pensando en ello. Sé que, oficialmente, usted y mamá siguen casados, y yo… aunque le agradezco que me haya respetado lo suficiente como para mantenerla alejada de mí, no pasa nada si ella está con usted mañana.

Mi padre no habla por un momento. —Este es un gran paso, Vera. Sinceramente, estoy un poco desconcertado por su altruismo.

Bueno, eso duele, pero ha hecho cosas peores. Además, no es altruismo.

—Es solo que… quiero que sepa que sé que a veces las situaciones no son perfectas. A veces, la gente se enamora de quien no debe, y es importante ser comprensivos los unos con los otros. ¿No está de acuerdo?

Tengo las mejillas demasiado calientes, el pulso demasiado acelerado cuando lo digo en un torrente de palabras. Mi padre, sin embargo, se apresura a estar de acuerdo.

—Sí, por supuesto. Muy sabio por su parte, Vera. Muy sabio, ciertamente. Gracias por eso. Ella no asistirá mañana porque tiene un compromiso previo, pero gracias por esto.

Asiento. —Comprendo.

—Ahora debo volver con mis amigos, pero espero verla.

Terminamos la llamada. Enchufo mi móvil y lo vuelvo a colocar en el escritorio antes de levantar la vista hacia Markov. Me mira fijamente en la oscuridad. Inmóvil.

—No te enfades conmigo —empiezo—. Yo… necesitaba dar un paso preventivo.

No hablamos durante unos largos instantes.

—Ha sido muy valiente por tu parte —dice finalmente—. Muy valiente. Gracias, Vera. Me inspiras.

Cruzo la habitación hacia él y me meto bajo las sábanas. Levanta la manta y me invita a acercarme. Me acurruco en su pecho y me permito este placer culpable. Estar segura y a salvo en los brazos del hombre al que amo, pero que nunca podré tener.

Quiero protegerlo. Quiero protegernos *a nosotros.*

—¿Va a venir mi tía? —pregunta. Me sorprende, porque no esperaba que quisiera verla.

—No, por desgracia, no podrá asistir.

No sé si me lo imagino, pero parece relajarse un poco.

—Ah. Ahora que has dejado eso atrás, duerme un poco, nena. —Me ayuda a darme la vuelta y me da un azote firme en el culo.

Cierro los ojos, saboreo este momento y, finalmente, me quedo dormida. Sueño con bosques oscuros, lugares ocultos y largos túneles que nunca, nunca terminan.

El día siguiente pasa rápido con nuestra carrera matutina y un café tranquilo en el centro. Markov parece estar más pendiente del móvil de lo habitual, lo cual es un poco inquietante, pero, cuando le presiono, admite que está repasando la seguridad para esta noche. Me parece justo.

Pronto llega la hora de prepararse. Pensaba ponerme el mismo vestido que llevé a la cena con mi padre, pero Sophia me ha dicho que tiene un vestido que puede prestarme. Ella es más pequeña que yo, así que el vestido rojo me queda tan ajustado que no puedo ponerme sujetador. Se ciñe a cada una de mis curvas y hace que mis pechos parezcan de alguna manera más grandes y, al principio, no estoy segura de que sea decente..., pero la reacción de Markov cuando me ve hace que merezca totalmente la pena.

—¿De dónde coño has sacado eso? —dice con un gruñido mientras avanza hacia mí.

—¿Oh, esta cosita? —pregunto, echándome el pelo hacia atrás. Se me pega al brillo de labios y casi me tropiezo con los tacones. Por esto nunca seré modelo.

—Vera —dice a modo de advertencia—. ¿De dónde coño has sacado esa cosa?

—¡De Sophia! —protesto—. Es *su* vestido, no el mío.

—Pero lo llevas *tú* —dice. Cuando me alcanza, me rodea el cuello con la mano y me empuja suavemente contra la pared. Su cuerpo se presiona contra el mío, enjaulándome.

—Puedes llevar ese vestido, nena —me susurra al oído, apretando los dedos—. Con una condición.

—¿Mmm? ¿Cuál? —pregunto con un susurro ronco, un poco asustada de cuál podría ser esa condición.

Con movimientos firmes, me sube el vestido hasta el vientre y me arranca el tanga. Es una cosita fina de encaje que prácticamente se

arruga en su mano. —Esto —susurra, llevándose mis bragas a la nariz. Inspira.

—¡Markov! —digo con un grito ahogado.

Cierra los ojos mientras inhala el olor de mi excitación.

—Ahora son mías.

Se me encienden las mejillas mientras se guarda mis bragas en el bolsillo. Me parece de lo más inapropiado ir a este acto benéfico sin sujetador ni bragas, con un vestido que se me ciñe a las curvas, pero la mirada posesiva en sus ojos hace que merezca la pena.

—Date la vuelta y pon las manos en esa pared.

Obedientemente, hago lo que me dice. No voy a desobedecerlo, no ahora. No puedo. En este punto, cada fibra de mi ser ronronea a sus órdenes.

Me preparo al oír el tintineo de una hebilla de cinturón detrás de mí. —Recordemos a quién perteneces cuando estés ahí fuera vestida así.

Cierro los ojos y le oigo colocarse la hebilla en la palma de la mano justo antes de descargar el cuero doblado sobre mi culo. Siseo al inspirar mientras el dolor abrasador se convierte en excitación. Un segundo latigazo, seguido de otro, me pone de puntillas mientras él susurra: —Llevarás estas marcas cuando vayas allí. Sentirás las marcas de mi cinturón.

Inclinándose, me muerde la nalga. Chillo, pero el firme azote de su mano en mi culo me hace apretar los labios.

—Y si en algún momento nos separamos, recuerda a quién perteneces, *esposa*.

—Mmm —asiento—. Y si en algún momento nos separamos, *tú* saca esas bragas y recuerda a quién perteneces *tú*.

Sonrío ante el sonido profundo de su risa complacida cuando su móvil pita.

—Nuestro coche está aquí.

Estamos en silencio durante el trayecto. Estoy sentada muy cerca de él, todavía excitadísima después de su demostración.

Espero que podamos manejar esto como manejamos la cena. Llegar, cumplir con nuestro deber, marcharnos. Sin mayores consecuencias.

—Uf —digo, negando con la cabeza cuando el coche se detiene—. Nos metemos directos en la boca del lobo.

Mi padre está de pie en la entrada mientras otras parejas entran, impecablemente vestidas y rodeadas de sus guardias.

La pesada mano de Markov descansa en la parte baja de mi espalda. —Lo harás bien, nena. —Me besa la mejilla. Le aprieto la mano y respiro hondo.

No voy a dejar ir a este hombre.

Pase *lo que* pase.

Mi padre se me queda mirando cuando Markov y yo salimos del vehículo, examinándome con escrutinio. —Vera —dice, besándome la mejilla—. ¿Ha elegido tu madre ese vestido? Markov, me gustaría que se uniera a nosotros. No hay necesidad de que mantenga las distancias.

Me pongo rígida, pero Markov se acerca con paso firme, coge la mano de mi padre y se la estrecha con fuerza. —Le he dicho que está preciosa —dice con una sonrisa—. ¿Ha oído lo que ha hecho esta semana? Su increíble descubrimiento se publicará en todas las revistas médicas desde aquí hasta América. Entremos y Vera podrá contárselo todo.

Le devuelvo una pequeña sonrisa.

Aunque a mi padre le interesa muy poco que yo hable de lo que he hecho esta semana, le impresiona que el trabajo vaya a atraer la atención de gente poderosa.

—Excelente —dice dándome la espalda—. Tomemos una copa. Ah, y tengo una sorpresa para usted, Markov.Markov y yo intercambiamos una mirada. Nada bueno puede salir de empezar una conversación así. Cuando llegamos a la barra, él levanta una botella grande de Beluga Gold Line, un vodka prémium. Hasta el implacable Markov parece impresionado. —Excelente —dice con aprobación—. Gracias.

Hablamos de trivialidades, y Markov me ayuda a desenvolverme con total facilidad. Él se mantiene algo distante, guardando las apariencias como guardaespaldas, mientras intercala elogios cuando mi padre hace comentarios groseros o despectivos. Probablemente mi padre nunca imaginó que el guardia que contrató me protegería de *él.*

—Disculpe —digo en un momento dado, lista para tomarme un descanso de él—. Necesito ir al servicio.

—Por supuesto. —Mi padre señala en la dirección general a la que debo dirigirme. Markov se pone a mi lado—. La acompañaré. ¿Puedo traerle algo a mi vuelta, señor?

—Nada, gracias, Markov.

—Dios mío —le susurro a Markov mientras caminamos hacia los aseos—. Es insufrible. ¿Cómo lo soportas?

Él se encoge de hombros.

—Finjo que la gente como él son niños grandes que necesitan una siesta. —Cuando me río, me devuelve la sonrisa—. Ayuda de verdad.

Resoplo.

—Me lo imagino.

El pasillo oscuro está vacío cuando regreso. Markov está de pie en las sombras. Es arriesgado que estemos los dos solos. Tan cerca como ahora. Se inclina y me susurra al oído:

—¿Aún sientes mis marcas, Vera?

—Mmm —le susurro yo al suyo—. ¿Tú aún sientes mis bragas en tu bolsillo?

Markov ahoga un gemido y me aprieta el culo.

—¡No lo hagas! —siseo—. Por favor.

—De acuerdo. Pero cuando volvamos a nuestra habitación, serás mía, Vera.

—¿Podemos irnos ya?

—Casi.

Mi padre no está donde lo dejamos.

—Qué raro. ¿Adónde ha ido? —le pregunto a Markov. El corazón se me acelera. Si estaba fuera del aseo y no lo he visto... si nos ha seguido...

—Allí —dice Markov—. Junto a la salida.

—¡Markov! ¡Vera!

—Padre, vamos a volver ya. Es que estoy muy cansada.

—Tenéis que quedaros un minuto más —dice—. ¿Recuerdas nuestra conversación de anoche?

—Mmm. Sí que la recuerdo.

—He pensado en lo que dijo, y me-me gustaría que viniera a mi habitación a tomar una copa.

Markov se tensa a mi lado. De repente siento la necesidad de huir, y no estoy segura de por qué.

—Quizá en otro momento —le digo a mi padre, negando con la cabeza.

—Vamos. Venga conmigo a la habitación del hotel. Nos tomaremos una copa —dice mi padre—. Por favor. La suite es lo bastante grande para todos.

¿Todos nosotros? Sin contar a sus guardias, solo somos tres. Y esos guardias estarán apostados fuera.

—Vera ha dicho que prefiere irse a casa —dice Markov—. Pero gracias por la invitación, señor.

La mirada de mi padre se vuelve pétrea.

—Yo le he pagado ese viaje que ha hecho para venir hasta aquí. Su vuelo de avión. —Le hace un gesto a Markov con la barbilla—. *Su* sueldo. Lo mínimo que podría hacer es dar las gracias y venir conmigo. Debería saberlo usted mejor, Markov, que es uno de mis hombres a sueldo.

CAPÍTULO 22

NIKKO

No tengo más remedio que ir con él. Hasta ahora, su padre se ha portado más o menos bien, pero dejará de hacerlo si no lo obedecemos.

Estoy dividido entre la lealtad a mi familia, el juramento que he prestado y el motivo por el que estoy aquí..., y la necesidad de proteger a Vera.

No puedo permitir que le pase nada, pase lo que pase.

—Solo una copa, señor, por favor. Entienda que no pretendemos faltarle al respeto, pero usted me ha pedido que proteja a Vera y ella ha pedido irse a casa. Seguro que lo entiende, después de lo mucho que ha trabajado esta semana.

Ivanov asiente con la mirada vidriosa. Ya está borracho como una cuba.

Eso me facilitará mucho el trabajo.

He estado en contacto con Aleks en casa y me ha dado los detalles y la ubicación de todos sus guardias. Si consigo que se quede a solas con él en su habitación y puedo aislar a Vera…

Podré mantenerla a salvo. Sé que puedo. Pero si mato a su padre..., ¿qué le hará eso a ella?

Su padre parlotea sin parar, presumiendo de la gente que conoce. Vera permanece callada y distante, pero interpreta su papel al responder. No nos ha dado otra opción. Una confrontación con él no acabará bien. Tendremos que obedecer para no darle un motivo para que imponga su autoridad.

Puedo enviarla a casa... antes que yo. No solo soy un asesino a corta distancia, sino también un francotirador experto. Podría matar a su padre y ella nunca tendría por qué saber que he sido yo.

Y entonces decirle adiós a la única mujer a la que he amado.

Khristos.

Llevo la pesada botella de vodka que me ha regalado mientras salimos del ascensor en la última planta, donde ha alquilado su suite. Vera me mira, con los ojos muy abiertos y asustados. No estoy seguro de por qué. Le dedico una diminuta sonrisa a espaldas de su padre.

Te quiero.

Había perdido la esperanza en los finales felices y en el «amor verdadero».

Con Vera, sin embargo, creí haberlo encontrado. Si no fuéramos quienes somos..., si nuestras familias no fueran enemigas juradas...

—Y un artista local de aquí, de Moscú, tuvo la amabilidad de regalarnos su último y aclamado cuadro. —Como ninguno de los dos responde, su padre añade—: Está valorado en más de tres millones de dólares.

—Vaya —dice Vera, enarcando las cejas—. ¿Y se lo ha regalado sin más?

Incluso ahora, me sorprende lo inocente que es. Nadie le «regala» una obra de arte de valor incalculable a un poderoso *pakhan* por pura bondad de corazón.

—Sí —dice su padre, con una sonrisa que me pone la piel de gallina —. La gente siempre me da lo que quiero, Vera.

—Mmm —dice ella con sequedad, aunque educadamente—. Ya me acuerdo.

Un pequeño séquito de guardias está de pie fuera de su habitación, flanqueando ambos lados de la puerta. Me resultan familiares, ya que lo acompañaron a la cena cuando nos conocimos.

—¿Ha llegado?

—Sí, señor —responde uno de los hombres.

Vera y yo intercambiamos una mirada.

¿Quién ha llegado?

—Le dije que tenía una sorpresa para usted, Markov —dice Petr, volviéndose hacia mí con una sonrisa y los ojos empañados—. No iba a regalarle solo una botella de vodka, ¿verdad? Venga. Su tía nos espera.

Abre la puerta.



CAPÍTULO 23

VERA

Su tía. Dios. La idea de conocer a la amante de mi padre me revuelve el estómago y, sin embargo, aquí estoy, después de haber declarado con audacia que «la gente ama a quien no debe», alertando posiblemente a mi padre de mi relación con Markov. Pero, en realidad, ¿qué me esperaba? Mi padre siempre ha seguido sus propias reglas, priorizando siempre sus deseos por encima de las necesidades de los demás. Ni siquiera nos permitiría saltarnos una copa y una visita a su suite, y mucho menos perdonar a su guardaespaldas por enamorarse de su hija.

Al entrar en la suite, la rigidez de Markov a mi lado es palpable. Intento armarme de valor, pero, sinceramente, solo quiero que esta reunión termine de una vez. Podemos conocerla y luego escapar de vuelta a nuestras vidas.

La suite es un testimonio de opulencia, lo que no es de extrañar, dada la inclinación de mi padre a hacer alarde de lujo y poder. La icónica silueta del Kremlin enmarca el fondo de varias habitaciones comunicadas: un despacho privado, un comedor, una sala de estar y

un dormitorio, todo ello dominado por pesados e imponentes muebles de cuero.

—Vamos, vamos, no seáis tímidos —nos anima mi padre. A su llamada, me fijo en una mujer sentada en el borde de un enorme sillón de cuero, de espaldas a nosotros. Al oír su voz, se pone en pie.

Suelto un grito ahogado y me llevo la mano a la boca para cubrirla. A mi lado, Markov se queda helado.

—Vera, Markov, qué alegría veros —nos saluda Irina. Su vestido gris oscuro hace juego con su elegante pelo plateado. Su sonrisa es cálida y encantadora.

Me quedo muda, con la boca abierta. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué significa esto?

La mirada de Markov se endurece y se interpone entre Irina y yo para protegerme. Mi padre se retira hacia el bar, de espaldas a nosotros, ajeno a la tensión. Mientras mi mirada va de Markov a Irina, se hace evidente que uno de los dos miente. O puede que ambos. Está claro que no son parientes; se han conocido por primera vez a nuestra llegada... ¿o no?

La tensión va en aumento. Por suerte, mi padre está ocupado sirviéndose una copa de vino y nos ofrece una a Markov y a mí. Markov me lanza una mirada severa y niega sutilmente con la cabeza: *No bebas.*

Mi padre le da un buen trago a su vino y se dirige a nosotros. —Vera, gracias a la tía de Markov tienes el mejor guardaespaldas que se puede pedir. —Es posiblemente lo único cierto que ha dicho jamás.

—No sabía que su... novia trabajaba con nosotros —consigo decir con una sonrisa forzada—. ¿Por qué no nos informó, Irina?

Mi padre parece confundido. —¿La conocéis?

Su respuesta es interrumpida por un fuerte golpe en la puerta. —¿Sí, sí, quién es?

—Señor, hay un asunto urgente.

—Más le vale serlo para interrumpirme así. —Mi padre frunce el ceño y se acerca a grandes zancadas. Mientras tanto, la sonrisa de Irina permanece inalterable.

Mantiene una apresurada conversación en la puerta, con las voces teñidas de urgencia y preocupación, antes de volverse hacia nosotros. —Disculpadme. Mis disculpas, debo atender un asunto brevemente —dice, con una expresión de preocupación grabada en el rostro.

Irina corre hacia él. —¿Qué ocurre, Petr? ¿Puedo ayudar en algo?

—No, no, quédate con mi hija hasta que vuelva. —Cierra la puerta tras de sí e Irina echa el cerrojo.

El silencio nos envuelve, cargado de preguntas no formuladas. Markov sigue tenso, con los ojos clavados en Irina, que aún luce su enigmática sonrisa.

—Vera —comienza Irina, con un tono ahora más suave, que contrasta bruscamente con su anterior saludo formal—. Hay mucho que no sabes sobre tu padre, sobre mí y sobre la verdadera razón por la que Markov está aquí.

Miro a Markov, buscando en su rostro cualquier señal de negación, pero no encuentro ninguna. Tiene la mandíbula apretada; su mirada no se aparta de Irina, como si intentara resolver un intrincado acertijo.

—Empieza a hablar, Irina —exige Markov, con voz baja y amenazante—. Basta de farsas. ¿Quién eres en realidad y por qué estás aquí?

Irina exhala, y su serena compostura flaquea por un momento mientras señala una acogedora zona de asientos junto a la

chimenea. —Sentémonos. Es hora de aclarar las cosas. Podría preguntarte lo mismo, ¿no crees?

—Para empezar, Vera, tu padre y yo éramos algo más que viejos conocidos, como te han hecho creer —revela, tomando un sorbo de su bebida—. Venga, bebe. Te aseguro que no está envenenado.

Ignoro la bebida, con el corazón martilleándome en el pecho mientras me vuelvo hacia Markov, cuya expresión severa no se ha suavizado. Sus ojos siguen recelosos.

—No te fíes de ella, Vera —dice él.

—Y Markov —continúa Irina, dirigiéndole su atención— no es un simple visitante y, desde luego, no es mi sobrino. Verás, Vera, contraté a un asesino. Fue bastante fácil seducir a tu padre y convencerlo de que tenía un sobrino que necesitaba trabajo. Mi objetivo era eliminarte, ya que eres el único obstáculo entre mis metas y yo.

La palabra «asesino» resuena en mi mente, ahogando todos los demás pensamientos.

Hay cosas que no sabes de mí, Vera. Cosas que, de saberlas, nunca podrías perdonar.

—Irónicamente, no tenía ni idea de quién era Markov en realidad, pero sabía que no era el hombre que yo había contratado. Quería ver hasta dónde llegaba. Quería ver cómo podía manipular la situación para conseguir lo que necesitaba. Así que esperé. No podía matarte sin más; tenía que parecer un accidente.

Miro fijamente a Markov, cuyos ojos entornados permanecen concentrados en Irina. Tiene la mano oculta en el bolsillo. ¿Qué esconde? No puede matar sin más a la amante de mi padre sin que haya consecuencias.

—A Petr lo han llamado porque han encontrado a uno de sus hombres muerto. Eso lo mantendrá ocupado mientras decidimos

nuestro próximo movimiento. Deshazte de ella, Markov —ordena, señalándome con la cabeza—. Luego tú y yo podremos dominar el imperio Ivanov. Es tan simple como... —Chasquea los dedos.

—Jamás —afirma Markov con rotundidad—. ¡No le harás daño!

—Oh, vaya —suspira Irina, fingiendo decepción—. Tendré que pasar a otro plan.

Mi mundo se tambalea. ¿Qué está pasando? ¿Quién es esta gente?

Ambos me han engañado. Todo ha sido una mentira.

—La has utilizado. —Markov agarra a Irina y la desarma rápidamente. La sacude con violencia.

—¡Markov! —grito, aunque dudo que ese sea su verdadero nombre —. ¡Para!

—Acaba de confesar que te quiere muerta —gruñe, levantándola del suelo por el cuello. Ella lucha en vano contra su agarre. De repente, se oyen fuertes golpes en la puerta y oigo la voz de mi padre.

La puerta se abre de golpe y mi padre entra corriendo, flanqueado por sus guardias. —¿Qué significa esto? —ruge.

Markov suelta a Irina y la coloca delante de él con una pistola en la sien. Lo miro, incrédula.

—Petr —suplica—. ¡Petr, ayúdeme!

Mi padre mira fijamente a Markov, mientras la comprensión aflora en su rostro. —¿Sería capaz de matar a su propia tía?

—No tienen ningún parentesco, padre —digo con la voz quebrada.

Mi padre se le queda mirando. —¿Quién es usted?

Markov permanece firme, es la presencia más imponente de la sala. A pesar de tener el corazón roto, no puedo evitar sentir una oleada de orgullo por él.

—Le ha engañado y traicionado —declara él—. Pretendía asesinar a tu hija, pero ahora la verdad debe salir a la luz. —Fija la mirada en mi padre—. Diga a sus hombres que se retiren o la mataré.

Mi padre fulmina a Markov con la mirada, pero da la orden.

Markov continúa: —Mi nombre es Nikko Romanov. Estoy aquí en nombre de la familia Romanov, sus rivales de América. Usted atacó a mi hermano e intentó envenenar a su esposa. He venido a buscar justicia. Diga la verdad, Ivanov, o su amante muere.

El rostro de mi padre pierde todo el color. —Romanov —susurra, con una mezcla de reconocimiento y miedo en la voz.

—¡La verdad! —truena Markov. Me quedo sin aliento.

—Yo nunca ordené tal cosa —protesta mi padre, negando con la cabeza—. Sí, había tensiones, pero nunca autoricé la violencia contra su hermano.

Markov entorna los ojos, su recelo es evidente. —Sin embargo, reconoce el incidente al que me refiero.

La habitación da vueltas, la revelación me abruma. Unas manchas me nublan la vista.

Markov presiona la pistola contra la cabeza de Irina. —Ahora usted. Confiese su papel.

—Yo orquesté el ataque —admite ella—. Fue bastante sencillo. Usé su teléfono para coordinarlo y sus estúpidos hombres obedecieron ciegamente.

—¿Por qué? ¿Por qué haría algo así? —exige mi padre.

—Porque eran una amenaza para usted, y *mi* intención es tomar el control de la familia Ivanov. Es tan poderoso, Petr. Tan, tan poderoso. ¿No ve cómo podríamos gobernar juntos?

Finalmente, intervengo. —Le dijo la misma puñetera cosa a Markov cuando no estabas aquí —digo furiosa.

Mi padre se queda mirando. —Markov. Por favor. Suéltela. Deje que mis hombres y yo nos encarguemos de ella. Envíe mis más sinceras disculpas a su familia por lo que los Ivanov han hecho.

Markov le mira fijamente. Niega con la cabeza. No me creo a mi padre, como tampoco se lo cree él.

Vuelve a mirarme y en sus ojos veo lo que tanto anhelaba: una súplica de perdón y la promesa de que nosotros dos importamos. Reprimo un sollozo.

La voz de Markov resuena en la sala, cada palabra cargada con el peso de años de enemistad. —Su vida está perdida por lo que se ha hecho, por lo que han hecho sus hombres, aunque no fuera directamente en nuestro nombre —dice, erguido e inflexible ante mi padre—. Solo hay una manera de avanzar. Solo una manera de traer la paz entre los Romanov y los Ivanov y zanjarlo todo. Se acabó el esconderse. Se acabaron las traiciones. Afrontemos esto como hombres.

Mi padre asiente, pero creo que ahora mismo le daría a Markov —o a quienquiera que sea— cualquier cosa.

—Suéltela, Markov, y nuestras familias podrán formar una alianza.

Markov le mira fijamente y parece sopesarlo. —Estamos de acuerdo, entonces. Honraremos una tradición ancestral que une a las familias. Deme a su hija, Ivanov.

Mi padre nos lanza una mirada cómplice a Markov y a mí. Sus ojos se detienen en mi rostro surcado por las lágrimas. El silencio envuelve la habitación, y la tensión carga el ambiente de viejos agravios.

—¿Mi hija?

—Démela. Deme a Vera y pondremos fin a la enemistad entre nuestras familias.

Le miro, incrédula.

—Llévatela —dice, con voz resuelta. La sangre se me hiela en las venas—. Si esto es lo que hace falta para acabar con la enemistad de nuestras familias, para evitar más pérdidas, que así sea.

Los murmullos del rincón de los Ivanov crecen como una tormenta inminente. La incredulidad y la ira se extienden entre ellos, pero su líder levanta una mano, ordenando silencio.

—¡No! —Irina se debate en el firme agarre de Markov—. ¡Petr, me lo prometió!

—Me has traicionado —brama mi padre, avanzando hacia ella. Extiende la mano y se la arranca a Markov de los brazos. Me estremezco cuando levanta la mano para golpearla, pero ella aprovecha su oportunidad. Con un rápido rodillazo en la entrepierna de mi padre, se libera y mete la mano en el vestido para sacar una pistola oculta.

—¡No me detendrás! —grita, con la voz cargada de furia y desesperación—. Después de todo lo que he hecho por ti. ¡Después de todo lo que me has prometido! —Apunta el arma y aprieta el gatillo—. ¡Eres un mentiroso y un tramposo! ¡Cómo te atreves!

Los guardias de mi padre reaccionan al instante, armas en mano, pero es demasiado tarde. Suena un disparo.

—¡Padre! —grito—. ¡No!

Pero es demasiado tarde. Su cuerpo se desploma en el suelo y la sangre brota de él. La bala ha dado en el blanco: directo entre sus ojos.

Mientras Irina se gira, apuntándome ahora a mí, Markov actúa. Sin dudarlo, salta delante de mí, interceptando la bala que iba destinada a mí. Su cuerpo choca contra el mío y caemos juntos al suelo.

—¡Nooooo! —grito horrorizada.

Demasiado tarde, uno de los guardias dispara, alcanzando a Irina. Cae, y su amenaza termina con un golpe seco contra el suelo.

En medio del caos, mi formación médica se activa. Una oleada de autoridad me recorre mientras me pongo en pie, enfrentándome a los guardias.

—¡Usted! —ordeno, señalando bruscamente. No voy a correr ningún riesgo—. ¡Asegúrese de que esté inmovilizada inmediatamente! Mi padre está herido y yo soy su hija. ¡Haga lo que le digo!

Mi padre está más que herido. Hasta yo lo sé.

Pero puedo salvar a Markov. *Tengo que hacerlo.*

Este es mi momento. Esto es lo que sé hacer. Estoy entrenada para manejar situaciones médicas intensas y de alto riesgo bajo presión.

Los guardias se ponen firmes y, tras un instante de vacilación, se apresuran a cumplir mis órdenes. Observan rápidamente el cuerpo inmóvil de Irina, asegurándose de que ya no supone una amenaza, mientras otros corren al lado de mi padre, buscando señales de vida que ya temo que no existan.

Me arrodillo junto a Markov, con las manos temblorosas mientras evalúo su herida. Contengo las lágrimas y aparto cualquier otro pensamiento. Tengo que concentrarme en salvarle.

Puedo hacerlo.

La sangre florece en su camisa, un rojo intenso contra la tela blanca. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de dolor, pero revelando una fuerza inmensa. —Está bien, Vera —susurra, con voz queda—. Estaré bien. Eres tú la que tiene que estar a salvo. Ahora que Irina y tu padre ya no suponen una amenaza, tendré que confiar en sus guardias...

—Chisss —susurro. Una de mis lágrimas cae sobre su camisa, un círculo oscuro que se extiende junto a la sangre.

Ignoro las lágrimas que me nublan la vista y presiono con firmeza la mano sobre su herida, intentando contener la hemorragia. A nuestro alrededor, la habitación es un torbellino de actividad: guardias

gritando, el sonido lejano de sirenas que se acercan, los pasos apresurados del personal médico que llega. Alguien del hotel ha hecho algunas llamadas.

—Quédate conmigo —susurro—. Déjame ver cómo de herido estás.

Le rasgo la camisa y examino la herida con el ceño fruncido. Tengo que evaluar la herida: *localización, tamaño y tipo. Impedir la pérdida de sangre.*

Que sea solo un roce..., por favor, que sea solo un roce...

—Parece una herida superficial —susurro, frunciendo el ceño al ver su sangre en mis manos. Estoy temblando, pero mantengo la calma —. Posible lesión muscular superficial, pero solo lo sabremos con más pruebas. No ha tocado ninguna arteria importante y has perdido mucha sangre, pero eres un tío grande...

—Vera. —Markov me coge la mano; la sangre hace que nuestro agarre sea resbaladizo—. Vete con tu padre. El resto de sus hombres me pondrán bajo custodia. Aunque mi herida sea leve, mi vida está sentenciada por traición.

Me entra un sudor frío. Markov no es... Markov. ¿Qué significa eso para nosotros? ¿Qué significa para *él*?

Su vida está sentenciada, y sin embargo... me ha salvado la vida.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estamos rodeados por los hombres de mi padre, mientras los sanitarios colocan a mi padre y a Irina en camillas. Observo horrorizada cómo tapan el cuerpo de ella con una sábana.

Miro a los hombres que están de pie junto a Markov. —Me mantuvo a salvo. Esa bala era para *mí*.

—Tenemos nuestras reglas, señorita Ivanov.

Intento contener las lágrimas parpadeando.

—¡No podéis llevároslo! ¡No podéis!

Unas manos fuertes me apartan de Markov y todo pasa como un borrón. Forcejeo, grito y me revuelvo contra ellos, pero me superan en fuerza. No puedo detenerlos. Observo con una agonía impotente cómo el equipo de emergencias se lleva a mi padre, pero los hombres de Ivanov se llevan a Markov.

Un sollozo se me ahoga en la garganta cuando veo que se llevan a mi padre.

A pesar de todo, sigue siendo mi padre. Nunca me permití creer que su final sería tan repentino, tan violento.

Mientras se llevan a mi padre en la camilla, me quedo en el umbral de la habitación, ahora inquietantemente silenciosa. El peso del liderazgo tras la tragedia recae sobre mis hombros.

Un agente uniformado me habla en ruso. Ni siquiera sabía que habían llegado. Cuando se da cuenta de que no lo entiendo, hace que una agente más joven traduzca.

—Su padre era un amigo. Como hija de Petr Ivanov, ha sido usted exonerada del interrogatorio —dice ella. Conocía a gente, seguro. Trago saliva—. ¿Hay alguien a quien pueda llamar?

Hago lo único que hace una mujer fuerte e independiente cuyo mundo se ha hecho añicos.

Llamo a mi madre.



CAPÍTULO 24

VERA

Mi madre ha cogido un vuelo nocturno a Moscú y llegará a última hora de esta mañana. Los agentes se apiadan de mí y me buscan otra habitación en otro hotel. Insisto en recibir la información de primera mano de los hombres de mi padre.

Le escribo a Sophia para decirle que ha surgido un imprevisto: que su vestido se ha estropeado, pero que yo se lo pagaré, y para preguntarle si, por favor, puede hacer que me traigan mi ropa al hotel. Hay que reconocer que no pregunta nada y me deja la ropa. Habrá rumores… y espero que podamos aclararlos todos.

Markov no es Markov.

¿Pero es que no lo sabía una parte de mí, en el fondo de mi ser?

Quiero contactar con él de alguna manera. Quiero saber si está bien.

Quiero zarandearlo y gritarle por haberme mentido y preguntarle qué parte de nuestra relación fue *real.* Qué parte le importó.

Pero no lo hago.

Me bebo una de las botellitas de vino de la nevera del hotel y finalmente me acuesto. Tengo más preguntas que respuestas, así que no es de extrañar que tenga un sueño agitado.

Me despierto con el timbre de mi teléfono y respondo somnolienta y confusa:

—¿Diga?

—Vera. Soy el profesor Morozov. ¿Puedo ir a verla?

—Por supuesto —digo, incorporándome en la cama—. ¿Qué pensará de mí? ¿De lo que ha pasado? ¿Sabe lo de Irina?

—Estaré allí en quince minutos.

—Nos vemos entonces —le digo y le doy mi ubicación.

Abro una botella de agua y me la bebo de un trago antes de asearme un poco. Anoche estaba demasiado cansada para ducharme, pero ahora que estoy aquí, el agua caliente hace aflorar mis emociones reprimidas. Me apoyo en la pared de la ducha y lloro desconsoladamente.

Sin embargo, no me puedo permitir el lujo de llorar a moco tendido y tengo que obligarme a prepararme. Me pongo unos pantalones de yoga y una camiseta de tirantes minutos antes de recibir una llamada de recepción.

—Déjele subir, por favor.

Llaman a la puerta.

Miro por la mirilla y casi puedo oír a Markov diciéndome que no deje entrar a nadie y que tenga cuidado. No debería sorprenderme, pero aun así me pilla por sorpresa ver a dos hombres apostados a cada lado de mi puerta, flanqueando al profesor Morozov.

Abro la puerta, temblando. No sé qué esperar. Ya no me fío de nadie.

El profesor parece cansado y más viejo de lo normal.

—Pase —digo. Mis guardias me miran interrogantes—. Es un amigo.

Morozov les dice algo en ruso, y uno de ellos asiente.

Cierro la puerta detrás de nosotros.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta. Una parte de mí quiere desmoronarse y contarle todo lo que ha pasado. Anhelo tener a alguien en quien confiar ahora mismo.

Él era alguien en quien confiaba. Pero también lo era Markov. E Irina también. Trago saliva y mantengo la compostura.

—Estoy bien —digo con voz ronca—. ¿Cuánto sabe de lo que ha sucedido?

Señalo una de las sillas junto al escritorio. Él se sienta y entrelaza las manos.

—Algo. Las autoridades de la universidad me dijeron que Irina había sido asesinada. Investigamos el asunto y hablé con la policía anoche. Quería darle algo de tiempo para descansar, pero también necesitaba hablar con usted. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy triste. Un poco… desconcertada. Nunca me esperé nada de esto. Creía que podía fiarme… de los dos. De Markov y de Irina.

—Vera, siento que le debo una disculpa. Fui yo quien contrató a Irina por la fuerte recomendación de uno de mis colegas, que ahora sé que fue sobornado. No la conocía de antes, pero sus credenciales eran correctas. Debería haberle hecho caso a mi instinto. Mi intuición me decía que algo no iba bien y que no era de fiar cuando nunca había oído su nombre. Y —niega con la cabeza—, aunque no puedo nombrar a todos los expertos en la materia, normalmente conozco a los de su supuesto rango. Así que cuando vi que no la conocía…

Niega con la cabeza.

—Pero eso ya no importa. Ya no está, y siento mucho lo que le han hecho pasar.

Niego con la cabeza.

—Creía que me habían aceptado en este programa por mis propios méritos, y me duele saber que…

—Vera Ivanova —me interrumpe Morozov—. Fui yo quien la aceptó en este programa, y no solo me ha demostrado que tomé la decisión correcta, sino que ha probado que es capaz de mucho más de lo que podría haber imaginado. Después del fiasco con Irina, vamos a tener que disolver el programa.

Trago saliva.

—Por supuesto.

—¿Me haría el honor de contarme su versión de la historia? Quiero asegurarme de que entiendo toda la situación.

Tomo aire y prometo hacerlo lo mejor que pueda, aunque hay partes que todavía me confunden. Partes que no estoy segura de querer repetir.

—Sí, señor. Por supuesto. Me dijeron que había sido aceptada en este programa. Vera Ivanova es mi nombre real, y soy la hija de Petr Ivanov, el jefe de la Bratva rusa aquí en Moscú y en Estados Unidos. En mi casa de Nueva York, me mantuvieron al margen de todo esto. No sabía nada de lo que pasaba, excepto que mi padre era un cargo de alto rango. Mi madre me mantuvo alejada de todo. Por eso ni siquiera sé ruso —digo con una sonrisa triste.

—¿Y han informado a su madre de la situación? —pregunta Morozov en voz baja.

Asiento.

—Sí, señor. Está de camino.

Lo sabe.

—Excelente. Tengo ganas de conocerla. Con su permiso, por supuesto.

—Me gustaría.

—Por favor, continúe —dice con su tono amable—. La he interrumpido.

—El día que me iba a marchar, mi madre me dijo que me acompañaría un guardaespaldas. Yo no sabía nada de eso, y me horrorizaba la idea de que alguien aquí supiera que tenía un guardaespaldas. Que yo era alguien importante. Solo quería ser… yo —se me quiebra la voz—. Quería saber que encajaba aquí y quería demostrar mi valía basándome en mi propia diligencia en mis estudios.

Él asiente con aire sabio y luego niega con la cabeza. —Y pensar que bromeé con que era un guardaespaldas. Es que…, lo parece. Lo siento. ¿Así que fingió que era su marido?

Asiento. —Lo que probablemente no fue lo más sensato. Seguramente habría sido más inteligente ser sincera, porque mire lo que ha provocado la deshonestidad…

—Que usted fingiera estar casada con Markov era la menor de nuestras preocupaciones, Vera. Entiendo por qué hizo lo que hizo y no la culpo. Ahora, ¿qué más puede contarme?

Llegados a este punto, mejor le cuento toda la verdad. —Me enamoré de Markov. O al menos de quien yo creía que era. Aunque sabía que nuestras familias nunca nos permitirían estar juntos. Aunque sabía que él nunca sería alguien con quien yo podría estar. —Mis emociones afloran a pesar de mis esfuerzos por reprimirlas—. Él, de verdad, me protegió.

—Lo sé. Estaba sincera y verdaderamente orgulloso de usted y lo hacía saber. ¿Y entonces qué pasó?

—Irina intentaba llegar hasta mi padre y necesitaba quitarme de en medio. Al menos eso es lo que he deducido... Pero parece que se anduvo con rodeos. Dijo que había contratado a un asesino, y cuando vio que Markov no era el hombre al que había contratado, supuso que él estaba aquí por el mismo motivo y quiso ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. No quería perder su puesto fijo en la universidad, supongo, ni enseñarle sus cartas a nadie innecesariamente. Pero sí sé que ayer le dispararon con una bala que iba dirigida a mí. —Trago saliva con dificultad—. Ella le disparó a mi padre. Y mi padre no sobrevivió. —Se me quiebra la voz. No tenía una buena relación con mi padre, pero seguía siendo mi padre.

—Siento mucho por lo que ha pasado y entiendo por qué ha tomado las decisiones que ha tomado.

—Gracias.

—¿Puedo ofrecerle algún tipo de apoyo? Parece que se ha visto atrapada en el fuego cruzado de una guerra.

Niego con la cabeza. —Gracias, pero no. Cuando llegue mi madre, decidiremos cómo proceder a partir de ahora. —Habrá una misa funeraria. Un cambio de liderazgo. Y yo tendré que decidir a dónde voy y qué hago.

Morozov parece apenado. —Vera, no voy a presionarla para que tome otra decisión ahora, pero me gustaría que pensara en una cosa. Como he dicho, no me responda ahora. Pero, después de que todo esto se calme, si decide volver a Estados Unidos, lo entenderé. Sin embargo, me gustaría invitarla a ser mi socia en nuestra próxima aventura. Vamos a tener que disolver el programa de estudios aquí en la universidad, pero si los dos aunamos nuestros recursos, estoy seguro de que podríamos hacer avances increíbles.

¿Me está pidiendo que me asocie con Morozov? Aunque tengo el corazón apesadumbrado, aun así, tengo que reprimir un gritito de emoción. —Me lo pensaré —digo tan educadamente como puedo.

Ojalá Markov estuviera aquí. Ojalá Markov fuera… Markov. Ojalá pudiera contárselo.

Tengo que ver si está bien.



CAPÍTULO 25

NIKKO

Los Ivanov me retienen en una celda de detención. No es la situación más cómoda en la que he estado, pero me esperaba algo peor después de mi confesión. Me despierto y me encuentro al capitán de los Ivanov sentado frente a mí.

—Aunque está siendo juzgado por traición, tenemos nuestras razones para lo que hemos hecho. Solo ha sufrido heridas superficiales y daré instrucciones para que le den analgésicos. Es hora de ir a su juicio.

La cabeza me martillea al incorporarme, pero estoy vivo.

Estoy vivo.

—¿Vera está bien? —es todo lo que pregunto.

Él asiente. —Ha pasado la noche a salvo en la habitación de un hotel, protegida por mis mejores hombres. Su madre llega hoy.

Suelto el aire.

Me conducen a lo que parece un gran despacho. Es un entorno íntimo para un juicio, pero parece apropiado. Cuando llego, veo a Vera y a su madre. Le sostengo la mirada. Quiero decirle que la quiero. Quiero preguntarle si está bien. Quiero decirle que estoy orgulloso de ella y de lo bien que lo ha gestionado todo.

—Nikko Romanov, se le juzga por traición contra la familia Ivanov. Su caso es complicado y le daremos la oportunidad de hablar —comienza el capitán de los Ivanov—. Primero, los crímenes que se le imputan.

Leen todo en ruso. Cuando miro a Vera, espero ver una expresión de traición en sus ojos, pero parece aterrorizada. Paralizada. Quiero decirle que todo irá bien.

Pero cuando le piden que hable, se muestra inteligente y elegante, la mujer de la que me he enamorado perdidamente.

Se pone en pie. —¿Como una de las herederas al trono de los Ivanov, agradezco la oportunidad de hablar? Hablaré en inglés. ¿Necesitan un traductor?

El capitán niega con la cabeza.

—Excelente. Entonces, de ahora en adelante, procederemos en inglés.

Mi corazón se hincha de orgullo.

—Agradezco que le den un juicio a Nikko Romanov. Antes de dar mi versión de la historia, quiero que nos diga a todos cuáles eran sus intenciones. —Me sostiene la mirada a través del despacho, con la voz firme—. Quiero oír la verdad directamente de él.

Asiento y dejo a un lado cualquier molestia que siento en el cuerpo y en el corazón. Quiero a esta mujer y deseo salvarla más de lo que deseo salvar mi propia vida.

—Como ya saben, mi nombre es Nikko Romanov. Fingí ser el guardaespaldas de Vera Ivanova. Nunca le hice daño. Ni una sola

vez. —La miro a los ojos. Algo parpadea en ellos. Puede que sea lo único que diga hoy que no es la pura verdad. Sé que mis mentiras le hicieron daño y la hicieron sentirse traicionada, aunque la mantuviera físicamente a salvo.

—La mantuve a salvo durante varias situaciones de tensión. Probablemente sabemos que los ataques fueron orquestados por la propia Irina, que quería quitar a Vera de en medio. Yo no sabía nada de Irina. No sabía que fue ella quien ordenó los ataques a mi familia. Todo lo que sabía era que mantendría la promesa que le hice a los míos.

La miro fijamente desde el otro lado de la sala. Me sostiene la mirada sin pestañear. —Durante mi tiempo con Vera, me enamoré. Quiero a Vera Ivanova con todo mi corazón, y sé que eso puede ser un crimen para ustedes, pero en mi defensa, daría mi vida por ella sin dudarlo.

La mandíbula de su madre se descuelga y me mira fijamente. A Vera se le aguan los ojos.

—Eso es todo lo que tengo que decir. Nada más que la verdad.

Vera no habla mientras los hombres conversan entre ellos, hasta que finalmente los interrumpe. —He dicho *en inglés*.

Se irguieron en sus asientos y uno de ellos asintió. —Solo decíamos que lo que nos ha contado corrobora lo que hemos averiguado sobre usted.

Vera se aclara la garganta. —Mi madre llegó hace una hora y apenas hemos podido hablar. Me ha recordado algo que quiero señalarles. Aquí tienen una versión más clara:

Nuestra familia cree que honrar los deseos de un líder moribundo es un deber sagrado que trae buena fortuna. Aunque las supersticiones no lo son todo, cumplir este deber sigue siendo primordial. —El líder asiente, escuchándola. Contengo la respiración.

—La muerte de mi padre crea un vacío en el liderazgo de la Bratva Ivanov que solo se llenará con una conexión sólida con otro grupo poderoso. Con su líder desaparecido y una posible inestabilidad en ciernes, las habilidades y conexiones de los Romanov pueden ser un recurso demasiado valioso como para perderlo. En mi opinión, lo que más le conviene a nuestra familia es aliarse con ellos. —Traga saliva —. A través de mi matrimonio con Nikko Romanov.

Podrían llevárseme ahora mismo y ejecutarme, y moriría feliz. En el poco tiempo que he llegado a conocerla, mi mundo se ha vuelto más brillante. Más vivo. Ella es mi todo.

Zofia Ivanov se pone en pie. —Y a ese respecto, tengo algo que decir. —Todos los ojos se posan en la madre de Vera. Se yergue con elegancia y la cabeza alta, muy parecida a mi propia madre en casa.

Mi corazón anhela volver a casa. Reunirme con mi familia.

Zofia se aclara la garganta. —Esta familia se rige por la jerarquía. Siempre ha sido así y siempre lo será. Matar a Nikko Romanov asegurará la guerra entre nuestra familia y la suya. En lugar de más derramamiento de sangre, les insto a que tomen la decisión que asegure que nuestra familia se vea *fortalecida*. —Inclina la cabeza—. Eso es todo lo que tengo que decir.

Vuelve a sentarse. Vera se inclina y la abraza.

Permanezco sentado, estoico, mientras los miembros de alto rango de la Bratva Ivanov discuten mi futuro. Me preparo mentalmente para la posibilidad de la ejecución y me recuerdo las palabras de Marco Aurelio que Kolya, mi mentor familiar, nos inculcó desde pequeños. *«Podrías abandonar la vida ahora mismo. Deja que eso determine lo que haces, dices y piensas».*

Kolya nos decía que debíamos despertarnos cada día sabiendo que podría ser el último.

Tomo aire y me pregunto… ¿podría vivir con las decisiones que he tomado si este fuera mi último día en la tierra?

Sí. Sí, podría. Todo lo que he hecho ha sido por amor y lealtad a mi familia, y en el proceso, me he enamorado de una mujer por la que estoy dispuesto a morir. No suplicaré por mi vida. No rogaré clemencia. No me disculparé por ser quien soy.

Tras unos minutos de deliberación, los líderes de los Ivanov vuelven a reunirse.

—Consideraremos perdonarle la vida, Romanov, pero nuestra clemencia tiene un precio muy alto. Supervisará personalmente las negociaciones para esta alianza entre nuestras familias. Si no consigue un tratado que beneficie tanto a la familia Ivanov como a la Romanov, no solo su vida estará en juego. Tomaremos represalias contra todos sus seres queridos.

Contengo la respiración; la gravedad de la amenaza me pesa enormemente. Se me ha concedido una oportunidad que no me tomaré a la ligera. Aprieto los puños. —Acepto —respondo—. No les fallaré.

Él asiente. —No hablaré mal de mi difunto líder, pero diré lo siguiente. Usted tiene el potencial para llevar a nuestra familia a una posición mucho más fuerte aquí en Moscú. Nunca desafiaríamos los deseos de un líder moribundo. Hacerlo atraería maldiciones sobre nuestra familia. Le absolvemos de todos los cargos con la certeza de que traerá a nuestra familia la fortaleza y la consolidación de aliados y recursos que harán que valga la pena unirse a usted. ¿Estamos de acuerdo?

Nos estrechamos la mano.

—De acuerdo.

El líder asiente hacia Vera. —Con su permiso, nos gustaría agilizar esto lo antes posible.



CAPÍTULO 26

VERA

Las siguientes veinticuatro horas pasan como un torbellino.

Estoy tan agradecida de que mi madre esté conmigo.

Quiero estar a solas con Nikko, ya que tenemos mucho de lo que hablar y mucho que compartir.

Quiero decirle que lo perdono. Quiero decirle que lo amo.

Su testimonio en ese juicio... Y los resultados.

No sé cómo una mujer como yo, con un nivel de educación superior, no es capaz de entender las cosas más sencillas. Pero no acabo de asimilar el hecho de que vamos a *casarnos*. Nunca imaginé que acabaría en un matrimonio concertado. Pero también... prometida con el hombre que amo.

¿Es de verdad el hombre que amo? *Sí*. Sí, Dios mío, amo a Markov... No. A *Nikko*. Me da igual cómo se llame o quién sea su familia; amo a este hombre fiero, fuerte y abnegado que daría su vida por mí.

—¿Estás bien? —me pregunta mi madre al oído. La madre de Nikko, Ekaterina Romanov, nos ha instalado en una preciosa habitación de invitados en su finca. Acabamos de llegar hace solo una hora y, aunque estoy cansada del viaje, me siento llena de energía por lo que va a pasar en los próximos días. Estoy deseando dejar todo esto atrás. Deseando unirme a Nikko sin falsas apariencias.

La insistencia de los líderes en que nos casáramos pronto me ha venido muy bien, porque significaba que podía irme de Moscú. El profesor Morozov y yo reanudaremos nuestros estudios juntos, lejos de la universidad, que está plagada de recuerdos. Pero no empezaremos hasta dentro de un mes, lo que significa que podré pasar un tiempo en Estados Unidos.

—Me alegro mucho de que estés conmigo —le digo a mi madre—. Mamá, han pasado tantas cosas... —Se me quiebra la voz. No voy a llorar. No ahora que tengo que ser la hija fuerte de los Ivanov. Ahora solo quedamos las mujeres.

—La familia te cuidará muy bien —dice mi madre, apretándome la mano. Tiene razón. Por ahora, solo hemos conocido a dos de los Romanov: a Ekaterina, la matriarca de los Romanov, y a su preciosa hija rubia, Polina, la hermana de Nikko. Fue ella la que se quedó atrapada en el árbol, lo sé. Esas historias que compartimos por la noche eran reales. Ahora también lo sé.

No tengo forma de contactar con él, pero sé que vendrá pronto.

Mi madre y yo estamos terminando de arreglarnos cuando llaman a la puerta. —Adelante —dice ella.

Una mujer aparece en la puerta. Es preciosa, con el pelo castaño claro, que le cae por la espalda en suaves ondas playeras, unos ojos marrones brillantes y unas pocas pecas sobre su nariz respingona.

—Me llamo Harper —dice con alegría—. Estoy casada con Aleksandr Romanov, el hermano mayor de Nikko. ¿Podría hablar con usted?

Me levanto y le estrecho la mano.

—Soy Vera.

—Encantada de conocerla. Pronto conocerá a todo el mundo. Tenemos una familia grande y, ahora que algunos de nosotros empezamos a tener hijos, no hace más que crecer —dice con una risita—. Mi matrimonio con Aleksandr también fue concertado. Sé que nuestras circunstancias son muy diferentes, pero quería que supiera que sé lo que es estar en esta situación. Y conozco bien a Nikko. La cuidará muy bien.

Asiento. Aunque agradezco el gesto, no necesito que me lo diga.

—Estoy aquí para ofrecerle mi ayuda con los preparativos de la boda, ¿si le parece bien? Se me da bien peinar, maquillar y cosas así.

Asiento. —Sí, por favor. Me encantaría. No soy una persona muy extravagante. ¿Solo quiero algo sencillo? Ni siquiera sé si tenemos tiempo...

Hace un gesto con la mano. —Tenemos contactos. Somos amigos de la familia Rossi, y sus hermanas tienen una boutique. Podemos conseguirle lo que quiera, y hay tiempo de sobra. Quiero decir, usted tiene mucho más tiempo del que tuve yo.

Recuerdo que Nikko hablaba de las mujeres de su familia. Creo que mucho de lo que me contó se basaba en su familia.

—Espere, he oído hablar de ustedes. Aria es la jáquer informática, su cuñada es enfermera, y eso significa que usted debe de ser... ¿muy buena con las armas?

Sonríe. —Esa soy yo.

—Vaya —musito—. ¿Y resulta que también sabe de maquillaje y parece recién salida de una revista?

—¡Bueno, ya está! ¡La adoro y acabamos de conocernos! —dice—. ¡Ahora echemos un vistazo a este catálogo que he traído y elijamos un vestido bien caro!

Ahora todas nos reímos. Vuelven a llamar a la puerta y entra Polina. Es alta y esbelta, con un precioso pelo rubio casi blanco y unos ojos azules brillantes que relucen como estrellas en el cielo nocturno. Me resulta curioso que los Romanov no se parezcan mucho entre ellos, pero son una piña. Se nota. Tengo curiosidad por ver cómo es Nikko con ellos.

—Polina, tengo una pregunta para usted —digo, mordiéndome el labio.

—¿Sí? —pregunta, sonriendo—. ¡Oh! ¿Es un catálogo de novia? ¡Me encantan! —Se entusiasma como una niña pequeña al coger las páginas satinadas.

—¿Hubo una vez, cuando era pequeña, en la que se subió a un árbol y Nikko la encontró?

—¡Dios mío, no me puedo creer que le haya contado esa historia! —exclama—. Aunque su reacción a aquello lo consolidó como mi hermano favorito. ¿Le habló de mí?

Sonrío. —No mucho. Pero fue una historia divertida.

Hojeamos la revista de novias y elijo el vestido más sencillo y a la vez más bonito. Es sin mangas y de encaje, pero sigue siendo recatado. No quiero algo demasiado sexi. La última vez que me puse algo así, las cosas acabaron de forma desastrosa.

Elijo un velo sencillo, ya que sospecho que lo necesitaré para las tradiciones ortodoxas rusas, que incluyen llevar una corona de oro en algún momento.

Después de ultimar los detalles de la boda, bajamos y nos reunimos con el resto de la familia. Miro a mi alrededor y Nikko sigue sin aparecer. Se me encoge el corazón.

—Su casa es preciosa —le dice mi madre a Ekaterina. Como mi madre, Ekaterina Romanov tiene el pelo plateado y se comporta con majestuosidad, como una reina, con arrugas de la risa alrededor de

los ojos y una sonrisa cálida y hermosa. Me abraza afectuosamente y me dice al oído: —Siento mucho las circunstancias que la han traído aquí, pero no podría estar más emocionada de tener otra hija. Bienvenida, Vera. He oído hablar mucho de usted y estoy deseando conocerla mejor. —Me da dos besos en las mejillas y parpadeo para contener las lágrimas. Siento que mis emociones han estado a flor de piel durante las últimas cuarenta y ocho horas y apenas puedo contenerme. Todo parece magnificado por mil.

—Gracias —le digo—. Aunque yo no habría elegido esto, voy a sacarle el máximo partido. Y debo decir que su hijo me ha cuidado muy, muy bien, incluso aunque fingiera ser otra persona.

—No esperaría menos de él —dice—. Es leal hasta la médula. —Luego, con un brillo en la mirada, añade—: Hablando de mi hijo, he oído que está a punto de llegar. Mis hijos han decidido representar algunas de nuestras antiguas tradiciones rusas por los viejos tiempos. Verá, es la primera vez en nuestra familia que un ruso se casa con otra rusa.

Ah, es verdad. Aria es estadounidense y Harper es italoamericana, por lo que he oído. Es la primera vez que tenemos dos familias rusas, lo que significa que tenemos que echar mano de todas las tradiciones rusas por superstición. —¿Y ahora, qué tal unas breves presentaciones? —Miro a toda la gente que me rodea. Estoy muy abrumada, pero intento recordar lo que dijo Harper.

—Mamá, no tenemos tiempo —dice Polina—. Nikko está en la puerta y estamos a punto de exigir su rescate. Se ha quedado fuera.

Mi madre me aprieta la mano y sonríe. —Dios mío, eso me trae tantos recuerdos divertidos —dice.

Está aquí.

Justo al otro lado de la puerta.

El corazón me late más deprisa. Me trago el nudo que tengo en la garganta y mantengo la cabeza alta.

La tradición rusa dice que el novio tiene que pagar un rescate, pero en muchos casos, el rescate es completamente diferente de lo que cabría esperar. Algo que no es dinero ni un pago para poder acceder a su esposa. Y todo esto tiene lugar antes de la boda.

¿Qué le exigirán?

Vuelve a sonar un golpe en la puerta, más fuerte que el primero.

Si he de creer lo que dicen... ese es mi futuro marido.

El corazón me da un vuelco en la garganta, mi pulso es errático y acelerado. Lo he echado tanto de menos. Siento que apenas puedo respirar por la necesidad de sentir sus fuertes brazos a mi alrededor otra vez. De sentir sus manos en las mías. De oír su voz profunda y tranquilizadora una vez más. Hemos pasado por tantas cosas…

Miro a mi alrededor rápidamente para ver quién está aquí.

La única mujer que aún no conozco es Aria. Lleva unas gafas sobre la punta de la nariz y el pelo alborotado recogido en un moño en la nuca, pero algunos mechones se han escapado y se le rizan alrededor de la cara. Me guiña un ojo y se queda de pie junto a un hombre de piel dorada que se comporta con autoridad. Supongo que es su marido, Mikhail, el cabeza de familia.

—¿Es Nikko Romanov quien está al otro lado de la puerta? — pregunta Polina en voz alta para que se la oiga a través del umbral.

—Lo es —gruñe él. Polina suelta una risita.

—Es la primera vez en nuestra generación que un ruso se casa con una rusa, Nikko Romanov. Por lo tanto, debes cumplir con todas las tradiciones rusas.

—Joder —le oímos maldecir al otro lado de la puerta. Las risas recorren la habitación.

—Primero, exigimos un rescate. Has pasado tiempo con tu futura esposa, un lujo que muchos de nosotros no hemos tenido. Para

ganarte la entrada, debes responder a nuestras preguntas.

—¿Y bien? —responde él.

Polina se cruza de brazos y me guiña un ojo. —¿Cómo se toma el café?

—Dos de nata, dos de azúcar, sin sabores. Caliente y cargado —responde él.

—Caliente, solo y dulce, como a ella le gustan los hombres —me susurra mi madre al oído.

—¡Mamá! —digo, con las mejillas arreboladas por la vergüenza.

Polina me mira en busca de confirmación. Levanto los dos pulgares, sintiendo el calor en la cara. —¡Ding, ding, ding! —dice ella—. Primer rescate pagado. Ahora, la segunda pregunta. ¿Qué puede decirme de sus esperanzas y sueños? Sea específico, señor Romanov.

—Sueña con trabajar junto al profesor Morozov en Moscú. Quiere llevar una sanidad asequible a las masas, centrándose en la ciencia médica. Le gustaría tener cuatro hijos, dos perros y una casa lo bastante cerca de la ciudad como para ir de compras con facilidad, pero lo bastante lejos como para evitar el ruido del tráfico. Quiere un porche delantero con vistas a la puesta de sol.

Aunque no nos conocemos desde hace mucho, ha estado muy atento. En este breve periodo, hemos compartido momentos de profunda intimidad y desvelado nuestros secretos más íntimos. Me vi obligada a confiar en él, empujada a una situación en la que no tenía otra opción, y él estuvo a la altura con un apoyo y una comprensión inquebrantables.

Mientras habla, la vista se me nubla por las lágrimas contenidas, un testimonio de las emociones que se arremolinan en mi interior. La habitación a nuestro alrededor parece haberse sumido en un profundo silencio, con todos los ojos fijos en este momento, amplificando el peso de sus palabras. Trago saliva, intentando

deshacer el nudo que se me aprieta en la garganta, pero el esfuerzo resulta inútil ante la abrumadora oleada de sentimientos.

Respiro hondo, esperando calmarme, mientras él sigue hablando, con su voz como un ancla firme en la tormenta emocional que se gesta a nuestro alrededor.

—Es una lectora veloz; lee al menos cinco veces más rápido que yo, pero teclea muy despacio porque solo usa los dedos índices. Tiene que dictar sus pensamientos porque su mente va a toda velocidad. Devora novelas románticas entre lecturas de literatura académica como forma de aliviar el estrés. El año pasado leyó más de doscientos libros románticos y este año va camino de batir ese récord.

Murmullos de aprobación y sorpresa se extienden por la sala. Me encojo de hombros. —Correcto —digo—. Muy correcto.

—Sus lenguajes del amor son los actos de servicio y las palabras de afirmación. Le encanta que la gente haga cosas por ella, pero necesita un poco de alabanza de vez en cuando. Le gusta la Coca-Cola light, pero odia la cebolla. Su comida reconfortante es el sándwich de queso a la plancha. En Rusia se apañaba bien, pero daría cualquier cosa por pan de masa madre y queso americano.

Asiento. —También es correcto.

—Está muy unida a su madre, que es su mejor amiga —continúa él —. Se levanta pronto, pero se acuesta demasiado tarde porque siempre está leyendo y no duerme lo suficiente. No aguanta el alcohol y se pierde en sus estudios. Necesita a alguien que le recuerde que descanse, coma y se cuide.

Polina me mira con los ojos brillantes. —¿Qué tal lo ha hecho?

Me seco los ojos, esperando que no se den cuenta de que me ha hecho llorar. Nikko Romanov me quiere. Y me conoce. Va a darme todas esas cosas: los lenguajes del amor, el sándwich de queso, la casa con niños, perros y puestas de sol.

—Creo que ha pagado su rescate con creces —digo con una sonrisa —. ¿Puedes dejarle entrar?

Abren la puerta y él está ahí, de pie, recortado contra una puesta de sol. Mi hombre alto y serio.

Me mira como si fuera la única persona del planeta, con esa mirada intensa que hace que todo lo demás se desvanezca.

Cruza la habitación hacia mí, apoya la mano en el lado de mi cara, se inclina y me besa delante de todo el mundo.

La sal de mis lágrimas se mezcla con nuestro beso. La opresión del pecho se alivia y siento que puedo volver a respirar.

La vida es compleja. Tomamos decisiones que no siempre tenemos que justificar. Y, a veces, tomamos decisiones que parecen del todo equivocadas. Pero esto..., esto es el amor. El perdón ante el fracaso. La voluntad de recoger los pedazos. La comprensión mutua. El esfuerzo por volver a estar juntos.

—Bien hecho, hijo —dice Ekaterina. Y no estoy segura de si lo elogia por haber respondido correctamente a todas las preguntas, por hacer bien su trabajo o, quizá, por todo ello. Él me suelta y se gira hacia ella—. ¿Has conocido a mi futura esposa?

Ella asiente.

Me estrecha contra él y me besa en la frente. —Entonces has conocido mi mundo.



CAPÍTULO 27

NIKKO

Estamos sentados el uno junto al otro en el gran salón de baile que mi madre ha decorado. No ha reparado en gastos, pero no le quedaba otra. El escenario debe reflejar el poder y la riqueza de la familia Romanov ahora que nos unimos a los Ivanov. La cena de ensayo es una tradición estadounidense, pero estamos en Estados Unidos, y esta es la oportunidad de que las familias se conozcan, la noche antes de la boda.

—¿Has conocido ya a todo el mundo? —le pregunto a Vera. Mi futura esposa. No me he separado de ella desde que nos hemos reencontrado.

Vera niega con la cabeza. —He conocido a Polina, a Katerina y a Harper —dice sonriendo—. Supongo que esa es Aria, porque es la única mujer que me falta por conocer y he oído hablar mucho de ella —añade con una sonrisa, señalando precisamente a Aria—. El hombre que está a su lado debe de ser Mikhail, y a ver… Has mencionado a tus hermanos, pero tienes que presentármelos.

—Ollie es el de los ojos verdes y la chupa de cuero, sentado apartado de todos. Trabajaré con él como enlace entre los Ivanov y los Romanov. Se especializa en relaciones internacionales. Mis otros hermanos… —ladeo la cabeza hacia el otro lado de la mesa, donde están sentados mis otros hermanos.

—Ese es Viktor —Viktor, un hombretón musculoso con la cabeza rapada y una cicatriz que le recorre una mejilla, levanta una mano. Le dedica a Vera una de sus escasas sonrisas.

—El marido de Harper es Aleksandr —señalo a Aleks, un hombre alto y fornido de ojos azules y brillantes.

—Y Mikhail, nuestro intrépido líder —digo, haciendo un gesto hacia el hombre de piel dorada y un decidido aire de autoridad—. El *pakhan* de la hermandad Romanov.

—Por último, nuestro hermano menor, Lev —Lev, el que resultó herido y casi muere a manos de los Ivanov. Tiene una constitución atlética y bien definida, pelo corto y oscuro y ojos de un azul profundo. Lev se mantiene al margen, probablemente no tan dispuesto a unir fuerzas con los hombres que le hicieron daño. No puedo culparlo.

—Pronto conocerás a mi mentor, Kolya. No ha podido acompañarnos hoy. Y los niños andan por aquí en alguna parte —termino. Los he echado de menos.

El vino fluye y la comida se sirve, pero hay una tensión sutil en la sala. Mi madre y Zofia se llevan bien, pero Mikhail está sentado meditabundo, observándolo todo, ya que su trabajo como patriarca de la familia es mantenerlo todo en orden. Finalmente, al final de la comida, toma la palabra.

—Me gustaría decir unas palabras, por favor —dice—. Hay algunos que no me conocen. Hablo con franqueza, y todo lo que voy a decir es en beneficio de ambas familias. No podemos fingir que ciertos

acontecimientos no han tenido lugar, pero debemos asegurarnos de que todos estamos en la misma sintonía.

La madre de Vera asiente.

—Si lo desea, puede grabar esto o ponerlos en conferencia.

—Es demasiado tarde para eso —responde su madre—, pero gracias. ¿Puedo grabarle a usted?

Mikhail asiente.

Todo el mundo se comporta de la mejor manera posible, pero aun así tenemos que abordar la tensión subyacente.

Mikhail comienza: —Todos sabemos que Nikko estaba en una misión. Fui yo quien le ordenó ir. Le hice fingir ser Markov por una buena razón. Nos enteramos de que el difunto Petr Ivanov había ordenado la ejecución de Harper Bianchi —Harper Romanov— y casi mata a mi mujer embarazada en el proceso.

Mi madre palidece.

—Además, bajo más órdenes suyas, mi hermano pequeño Lev fue atacado y casi asesinado.

Todos permanecen en silencio mientras Mikhail habla.

—Debemos abordar la alianza que estamos forjando mañana, la necesidad de cerrar filas y la realidad de que nuestras fuerzas combinadas serán poderosas. Pero debe hacerse justicia. Sabemos que Nikko estaba dispuesto a dar su vida. Y aunque nos gustaría pensar que hemos superado la mentalidad del ojo por ojo, no siempre es así.

Intervengo: —Aclaramos con Petr Ivanov antes de su prematura muerte que los ataques contra nosotros no fueron órdenes suyas.

—Entiendo —dice la madre de Vera—. Pero fue nuestra familia quien os atacó. Y ya he pensado en ello —Vera la mira sorprendida, no tan al tanto de la política como su madre—. Estamos dispuestos a

discutir cómo nuestras familias repararán el daño por todo lo que ha sucedido.

Mikhail hace una pausa por un momento, sentándose más erguido. —Entonces, Nikko, contaré con usted para que me informe. Es esencial tener una relación de trabajo con la jerarquía de los Ivanov. ¿Queda claro?

—Sí, señor. Por supuesto.

—Excelente —Mikhail se sienta—. Comamos.

Ni Vera ni yo tenemos mucha hambre. Hemos estado separados y necesitamos tiempo a solas. Aunque la tradición rusa es que los novios pasen la noche separados, voy a insistir en ver a mi futura esposa a solas.

—¿Das un paseo conmigo, Vera?



CAPÍTULO 28

VERA

Caminamos de la mano fuera de la casa familiar, con el horizonte arrojando un tenue resplandor rosado sobre el anochecer que nos envuelve. Nikko camina a mi lado, de modo que queda entre la calle y yo. Igual que hizo en Moscú.

—Vera —empieza él al mismo tiempo que yo digo—: ¿Nikko?

Se me hace extraño decir su verdadero nombre, pero una parte de mí se regocija. Necesitamos empezar de cero. Volver a empezar. ¿Qué mejor manera que con un nombre nuevo, un lugar nuevo, una familia nueva?

Siento un nudo en la garganta cuando se vuelve hacia mí y veo las secuelas que todo esto le ha dejado. Las arrugas alrededor de su boca y sus ojos y el peso sobre sus hombros le dan un aspecto cansado y agobiado. Quiero borrarle esas arrugas. Sentarme en su regazo y decirle que todavía lo quiero. Que lo entiendo. Se vio dividido entre la lealtad y el honor, y eligió lo que creía mejor. Pero no le digo nada de eso.

Cuando abro la boca para hablar..., me besa.

Mis ojos se cierran al sentir sus labios sobre los míos. Suspiro, permitiéndome por fin *respirar* de verdad.

Se me corta la respiración cuando enreda los dedos en mi pelo. Suspiro y me derrito en él, en la calidez de su abrazo y en sus labios posesivos sobre los míos. Gimo cuando su lengua lame la mía. Me acerco más. Y, de repente, sus manos están bajo mi culo, mis piernas, enroscadas a su alrededor, y me lleva en brazos hasta un banco de hierro forjado junto a un arbusto frondoso.

Se sienta, me coloca a horcajadas sobre su regazo y se aparta ligeramente. Nuestras frentes se tocan. Se le quiebra la voz cuando me ruega perdón. —Vera, por favor. Quiero decirte que lo siento. Siento muchísimo haberte mentido.

—Creías que mi familia era la responsable de atacar a la tuya y, hasta cierto punto, tenías razón. Tienes un deber de lealtad jurada a tu familia. Y, aunque tenías un plan..., no lo llevaste a cabo, Mar... — No es Markov. Me costará acostumbrarme.

—Nunca pensé que sería capaz de perdonar a alguien por mentirme, pero..., recibiste una bala por mí. Y supongo que, para la mayoría de la gente, eso se consideraría... Yo... —Se me ahoga la voz. Por alguna razón, el simple hecho de estar tan cerca de él y ver la expresión sincera de sus ojos lo saca todo a la superficie. Todo. Mi padre ha muerto. Irina nos ha traicionado. Markov no es Markov. Mañana nos vamos a casar. Abro la boca para hablar, pero no puedo. Me ahogo en mis emociones de una manera que no me pasó ni con mi madre ni con mi mejor amiga.

—Nikko... —susurro—. Nikko Romanov. —Se siente bien decir su verdadero nombre. Cuando parpadeo, una lágrima gruesa me rueda por la mejilla. Necesito liberar estos sentimientos reprimidos antes de explotar.

Observo cómo su nuez sube y baja al tragar, ahogado por sus propias emociones. —Sí. Y te lo prometo, Vera. Cada palabra que dije sobre cuánto te quiero era verdad. Cada palabra que dije sobre querer protegerte era verdad. Y ahora que vamos a casarnos, esas circunstancias han quedado atrás. Amor mío, nunca más volverá a haber ni el más mínimo atisbo de una mentira entre nosotros.

Cuando me acuna el rostro entre las manos de esa forma suya, familiar y posesiva, captura mi mirada. En ese momento, el mundo se disuelve a nuestro alrededor, sin dejar nada más que el espacio que ocupamos. Solo estamos nosotros y, en este instante fugaz, es lo único que importa.

Nosotros.

—Te quiero, Vera —dice con la voz cargada de emoción, que resuena con la profundidad de sus sentimientos—. Te quiero más que a nadie en el mundo. Y mañana será un honor para mí pronunciar mis votos ante ti.

Las lágrimas me queman en los ojos, calientes e implacables, mientras respondo: —Y yo te quiero a ti infinitamente. —Se me quiebra la voz—. Mañana empezamos de nuevo. No solo retomaremos las cosas donde las dejamos, sino que forjaremos nuestro propio camino. Lo haremos porque se lo debemos a nuestras familias. Y nos lo debemos a *nosotros.*

Me besa de nuevo, con una pasión tan feroz que me roba el aliento. Cada caricia reaviva el fuego dentro de mí, un fuego que solo él tiene el poder de encender.

—Joder —masculla, negando con la cabeza cuando por fin rompemos el beso—. No voy a hacerte el amor la noche antes de nuestra boda. Tenemos que reservarnos para el gran día. —Su voz se convierte en un gruñido—. Pero no me lo estás poniendo nada fácil.

Lo beso de nuevo, en broma, y esta vez sonrío cuando me pellizca el culo para castigarme por ser tan atrevida.

—Supongo que me lo he merecido —gruñe, acomodándose debajo de mí.

Apoyo la cabeza en su pecho y siento sus fuertes brazos a mi alrededor.

—Fingiste que solo hablabas ruso para mantener las distancias, ¿verdad?

—Mmm.

—Y no funcionó. Así que luego fingiste ser mi guardaespaldas, pero ni siquiera eso fue una buena artimaña, porque, de hecho, sí que actuaste como mi guardaespaldas.

—Sí.

—Y *luego* fingiste ser mi marido...

—Lo que tampoco funcionó, porque no podía fingir ser algo de tantísima importancia sin asumir de verdad el papel.

Por supuesto que no podía. Contradeciría su propia naturaleza.

Nos quedamos sentados en silencio durante un buen rato, medio ocultos por los arbustos que flanquean el sendero con un verde vibrante, mientras el cielo vespertino se oscurece con cada segundo que pasa. Las nubes pasan por encima, jirones grises apenas visibles en el azul oscuro del cielo del atardecer. El aroma de las rosas en plena floración, la despedida del final del verano, persiste en el aire, y una suave brisa agita los pétalos a nuestro alrededor. En medio del sol poniente y el canto de los grillos, le concedo mi perdón. Parece idóneo estar en un jardín, un lugar que promete vida nueva.

—No quería que dijeras que me querías, aunque yo ya sabía que te quería. Temía que salieras aún más herida de lo que ya sabía que

ibas a salir. No podía soportar la idea de que nada te hiciera más daño.

Asiento contra su pecho. —Ahora lo sé. Lo sé. Al principio dolió, pero no podíamos declararnos nuestro amor cuando aún estábamos tan atados a esas mentiras.

—Sí. Pero no quiero que dudes nunca de mi amor por ti.

—Si alguna vez lo hago —digo con una sonrisa—, recordaré cómo te lanzaste delante de mí con todo tu cuerpo. Instintivamente. Como si fuera la única opción.

Él sonríe con tristeza.

—Me encantan las rosas —susurro mientras nuestros dedos se entrelazan—. Son tan elegantes y robustas. Tienen una belleza atemporal y están llenas de significado. Me encanta que estén por toda la finca de tu familia.

—Unos amigos nuestros las plantaron hace años. A mi madre le encantaban por razones parecidas.

—A tu madre también la quiero —susurro, lo que me vale un beso fervoroso en la frente.

—Aún no te conoce, pero, cuando lo haga, también te querrá.

Miro nuestras manos unidas: la suya, más grande y áspera y grabada con tinta; la mía, más pálida, más pequeña, con algunas manchas de tinta de un reciente encontronazo con un bolígrafo rebelde durante una práctica de laboratorio.

—Da mala suerte que hagamos el amor antes de nuestra noche de bodas —repite él con seriedad—. Parece que es más fiel a las tradiciones rusas que yo, pero, al mismo tiempo, quiero respetarlo.
—Te quedarás con tu madre, como manda la tradición, y yo me quedaré con mis hermanos. Y mañana, ¿mi amor? Mañana, Vera, nos casamos.



CAPÍTULO 29

VERA

—Vale —dice Polina. Está de pie frente a mí con un vestido rosa pálido que, de alguna manera, resalta el azul brillante de sus ojos—. A ver qué tal lo he hecho.

Me doy la vuelta para mirar el espejo y a mi madre. Mamá se tapa la boca con la mano y se queda mirando.

—Vera —musita—. Parece que podrías haber posado tú misma para una de esas revistas.

Me sonrojo y contemplo mi reflejo. Harper, mientras me coloca las flores en el pelo, sonríe radiante. —No hay duda de que he entendido la misión —dice con alegría y voz cantarina—. ¿A que sí? Gracias, muchas gracias. Sabe hacer algo más que disparar un arma bonita, ¿eh?

Polina sonríe. —Yo he ayudado, tía. No ha sido todo mérito tuyo.

Harper pone los ojos en blanco. —¡Yo la he peinado y maquillado! Pero bueno, sí, tú has conseguido el vestido, así que podemos repartirnos el mérito.

—Por supuesto —digo con una sonrisa juguetona—. Os merecéis una medalla las dos.

Polina me guiña un ojo. —Yo prefiero una bonificación en metálico.

Harper se ríe entre dientes. —Trato hecho. Pero que conste que fui yo quien se pasó horas perfeccionando esas ondas.

Me giro de lado, como si otro ángulo pudiera ayudarme de algún modo a comprender que la mujer preciosa que hay frente al espejo... soy yo. Atrás ha quedado ese pelo salvaje e indomable que me recojo en un moño raro el noventa por ciento de las veces porque no me apetece complicarme. Atrás han quedado la cara pálida que nunca ve suficiente el sol y los ojos cansados por la falta de sueño. Mi pelo está liso y ondulado, mi rostro, radiante y luminoso. Estoy resplandeciente... aunque no todo es por el maquillaje.

—Sí, chicas —digo en un susurro atónito—. Lo habéis hecho genial. Este vestido es exactamente lo que quería. —Sencillo. Sofisticado. Elegante.

Harper asiente con satisfacción. —Y hasta puedo andar con estos tacones —digo, bajando la vista hacia los bonitos zapatos de raso que asoman bajo el vaporoso bajo de seda de mi vestido, unos taconcitos de gatita que Harper me prometió que me gustarían.

—Tu prometido te ha enviado un ramo —dice Aria desde la puerta. Sonríe y me entrega un gran ramo de rosas rojas.

—Ahora —dice Polina mientras me da las flores—, un breve repaso a las tradiciones de las bodas rusas.

Mi madre se ríe tontamente, pero yo gimo. —¿No volveréis a tomarlo como rehén, verdad?

—No, no, esa parte ya la ha superado. Pero tenemos algunas supersticiones, y son importantes. Muy importantes. ¿Vale?

—Vale —digo con una sonrisa—. Soy toda oídos.

—Cuando salgas de casa para la boda, que se celebrará fuera, no puedes mirar atrás. Da mala suerte.

Asiento. —Bastante fácil.

—¡Está lloviendo! —dice mi madre emocionada. Incluso da una palmada.

—¡Oh, no! —Corro hacia la ventana, pero ella niega con la cabeza.

—No, no, Vera, da buena suerte, te lo prometo.

Miro por la ventana y veo que está nublado y llovizna, así que no es para tanto. —Durante la ceremonia, ataremos un nudo en un pañuelo que simbolizará vuestro lazo matrimonial. También hacemos algunas cosas durante el banquete para atraer la buena suerte.

—¿Como romper platos? —Definitivamente he oído hablar de eso en alguna parte. Creo que vi un vídeo en algún sitio de una novia rompiendo platos alegremente.

—Mmm, sí. No te preocupes, te lo enseñaremos —me tranquiliza mamá.

—Perfecto. —Mantengo la cabeza alta mientras salimos. Cuando llegué, la única cara conocida era la de mi madre, pero ahora conozco a las demás, al menos un poco. La sonrisa pícara de Aria me inspira. La encantadora sonrisa de Harper me hace sentir bienvenida. La presencia firme y tranquilizadora de Polina me hace sentir como si fuera una de ellas.

Fuera, la tarde de finales de verano es cálida y acogedora. El corazón me late tan deprisa que me siento un poco mareada. Ya estoy de los nervios, así que la presencia de todos esos guardias, que ni siquiera se molestan en ocultar sus armas, me inquieta.

Mi madre está delante, junto a Ekaterina. Las matriarcas de nuestras familias. Se las ve regias y elegantes como siempre, su sola presencia me resulta inspiradora. Trago saliva y miro al frente, aferrando el ramo de rosas rojo carmesí. Nos rodean árboles altos y

flores, creando un ambiente romántico y pintoresco. La imponente casa a nuestras espaldas denota una sofisticación majestuosa que, sinceramente, resulta apropiada. Con un telón de fondo de exuberantes jardines verdes con un toque del tono dorado de finales del otoño, esperan nuestros invitados.

Con tan poco tiempo de antelación, mi hermana no ha podido venir, así que apenas conozco a nadie. En realidad, no me importa quién esté aquí. Lo único que me importa es Nikko, que me espera en el altar, vestido con un traje gris marengo que le sienta a la perfección. Incluso desde aquí, puedo ver la gran envergadura de sus hombros y los duros relieves de sus músculos, apenas contenidos por la ropa de vestir. Me humedezco los labios.

Camino hacia el lugar donde se celebrará la ceremonia, en una zona ajardinada designada, donde hileras e hileras de sillas blancas están adornadas con flores blancas. Los Romanov han echado el resto para nuestra boda rusa, incluso con tan poco tiempo. El arco que me espera me deja sin aliento, rebosante de flores en cascada en tonos marfil y rubor. La suave brisa transporta el aroma de las rosas del jardín.

Es un día perfecto. Un escenario perfecto. Y mientras un cuarteto de cuerda toca música instrumental de fondo, no puedo evitar notar la tensión palpable en el aire.

Nikko y yo somos los afortunados. Encontramos el amor en medio del odio y la verdad en medio del caos.

Camino hacia mi futuro marido, que espera bajo el arco floral, rodeado de sus hermanos. Es solo la primera de las dos bodas entre nuestras familias, pero, en muchos sentidos, nuestra unión nos forja juntos. Hacia adelante.

No puedo evitar preguntarme qué habría pensado mi padre.

Mi madre está delante de mí y yo estoy preparada, incluso orgullosa, de caminar sola hacia el altar. En realidad, me parece apropiado. Soy

yo quien toma esta decisión. Soy yo quien consolida el vínculo entre su familia y la mía.

Fuera, los chaparrones de última hora de la tarde han cesado y un sol cálido nos ilumina. Nuestros invitados están de pie cuando llego junto a Nikko. Me coge de las manos y, no sé si a propósito o por instinto, coloca su cuerpo delante del mío para protegerme de la multitud. —Estás preciosa —dice, inclinándose para besarme en la mejilla.

—Gracias —susurro.

Nuestros votos pasan en un suspiro. Le sostengo la mirada y hablo con sinceridad y convicción. Oigo cada palabra que pronuncia cuando repite los suyos. El cura oficia la ceremonia y los hermanos de Nikko están en alerta constante, escudriñando a la multitud en busca de cualquier problema. A medida que avanza la ceremonia, me percato de algunos detalles sutiles: susurros entre los invitados y algunas miradas de soslayo. Indicios de tensión en el ambiente. Quizá no todo el mundo esté contento con esta unión, pero hemos tomado nuestra decisión. He oído hablar de algunos altercados en ceremonias anteriores, pero la nuestra transcurre sin contratiempos.

Nikko está de pie junto a Viktor, el intimidante, que luce algunas cicatrices y parece tan fuerte como un buey. Su padrino. Lev y Ollie también están cerca: Lev, el más joven, serio y un poco distante, y Ollie, con sus penetrantes ojos verdes y su enigmática presencia.

Me pregunto cuál de ellos se casará con mi hermana. Sonrío cuando uno de sus hermanos le coloca una corona de oro en la cabeza. Yo cojo la mía también y, aunque nos reímos, siento el peso de ese simbolismo.

Reina. Rey. Soberanos.

Nikko levanta mi mano en el aire como un campeón de boxeo, y antes de darme cuenta, me levanta en brazos. —¡Os presento a los recién casados, el señor y la señora Romanov! —chillo de risa, y él

prácticamente corre conmigo hasta la zona de la recepción justo cuando las nubes se abren de nuevo y nuestra lluvia de la buena suerte cae a cántaros. Está completamente empapado, pero se las arregla para protegerme del aguacero, de modo que llego casi seca a la casa principal.

Junto a la barra, espera el personal uniformado, y las grandes mesas redondas están repletas de flores a juego. —Así que ya está —digo, sonriéndole a Nikko mientras él me mira fijamente. Tiene el pelo empapado y grandes manchas de agua por toda la chaqueta del traje. Se la quita encogiéndose de hombros y la tira sobre una silla. Dejo que mis ojos se deleiten con su cuerpo escultural, que parece haber sido vertido en una camisa de vestir hecha a medida.

—Mmm... —digo en un susurro grave. Le agarro la corbata con el puño y tiro de él hacia mí—. Dime que podemos saltarnos la celebración, ¿marido?

Me resulta natural llamarlo así después de haberlo fingido durante todo este tiempo. Cuesta creer que, en efecto, ahora sea mi marido. Supongo que tardaré un tiempo en asimilarlo del todo.

Pronto nos vemos arrastrados a los festejos y les dejamos seguir todas sus tradiciones. Rompemos los platos, una tradición extraña, pero que seguimos igualmente. No es hasta que estamos recogiendo los trozos juntos, también parte de la tradición, que el simbolismo de nuestros actos me golpea de verdad.

Recogiendo los pedazos rotos, limpiamos el desastre... juntos.

Empezamos de nuevo... juntos.

Atamos el nudo, literalmente, en un pañuelo para fortalecer el vínculo matrimonial, y Mikhail nos ofrece una hogaza de pan y sal, supuestamente un símbolo de hospitalidad y prosperidad. Le damos un bocado juntos para significar nuestra voluntad de compartir el pan.Para cuando llegamos a lanzar el ramo y la liga a la multitud, una de las pocas tradiciones que me resultan familiares, siento que

podría quedarme dormida de pie. Al igual que en las bodas americanas tradicionales, quien lo coge es el siguiente en casarse. Aunque las solteras casi se empujan para cogerlo, el ramo aterriza de lleno en las grandes y rudas manos de Viktor.

Él y Nikko intercambian una mirada. Los ojos de Ekaterina se abren como platos. Mikhail se limita a asentir.

Ya veremos qué pasa con eso, entonces.

La celebración continúa con música, baile y una cena fastuosa con platos gurmé tradicionales rusos, así como opíparas exquisiteces americanas. Incluso la tarta parece sacada de las páginas de un catálogo de lujo: alta, inmaculadamente blanca y decorada con virutas de chocolate.

Bailamos nuestro primer baile en el centro de la sala, bajo un dosel de lucecitas parpadeantes. Es... mágico.

A medida que la tarde da paso a la noche, el jardín se ilumina con una luz tenue, creando un ambiente cálido y acogedor. Aunque no es en absoluto una boda típica, se siente... hogareña. Familiar. Cómoda. Los invitados empiezan a marcharse y pronto solo quedamos la familia y los amigos íntimos.

—Es la hora —dice Nikko finalmente.

—¿La hora?

Oigo sonar una bocina al otro lado del gran ventanal. Me giro y me río a carcajadas al ver el coche, extravagantemente decorado con lazos y flores; incluso un osito de peluche atado a la antena y dos grandes anillos dorados colgando de lazos en la luna trasera.

—Mis hermanos se han lucido de verdad —dice con un gruñido—. Y sí. Es hora de que nos vayamos de luna de miel. Necesitamos algo de tiempo para nosotros. —Me tiende la mano—. Tendremos que volver pronto, pero por ahora quiero llevarte a un sitio donde los dos solos podamos descansar por fin.

Le sonrío y le susurro al oído: —Nunca has dicho nada más sexi.

Mi madre se nos acerca. —¿Vendrás a visitarme?

—Claro que sí —le digo—. De todas formas, lo más probable es que solo pasemos la mitad del tiempo en Rusia.

Ella sonríe. —¡Me conformo!

—Además, alguien tiene que ayudarte a prepararte para la boda de Lydia.

Ella suspira. —Desde luego.

Ekaterina besa a Nikko y luego a mí. —Gracias —me susurra al oído —. Os quiere tanto.

Polina, Aria y Harper me dan grandes abrazos y sus números de móvil, y Harper me entrega una bolsa que ha preparado con «todo lo imprescindible».

—Quiero que me cuentes todo sobre esa investigación que estás haciendo cuando vuelvas —me dice Polina—. Me muero de ganas de oírlo.

—Cuenta con ello.

Sus hermanos no son tan cariñosos, pero probablemente se deba al agarre posesivo con que me sujeta Nikko. Irradia una especie de «tócala y juro que te mato» hacia todo el mundo, así que tiene sentido que Mikhail y los demás se limiten a saludar desde la distancia. Al fin y al cabo, Nikko ha pasado por un infierno para llegar a donde está ahora.

Finalmente, nos giramos y encaramos la oscuridad de la noche, apenas iluminada por el titilar de las estrellas en lo alto y las luces del jardín. Cogidos de la mano..., nuestro viaje no ha hecho más que empezar.



EPÍLOGO

VERA

Pasa una semana volando desde la boda —siete días como la mujer de Nikko— y apenas puedo creer dónde estamos, quiénes somos.

Vera Romanov... su mujer. Aunque casi me sentía su esposa cuando fingíamos, y a menudo incluso parecía real, nada podría haberme preparado para lo que es de verdad.

Cada mañana me despierto con la suave luz que se filtra a través de las cortinas, proyectando un cálido resplandor que parece resaltar el nuevo anillo en mi dedo. El simple hecho de despertarme junto a Nikko, sentir el ritmo constante de su respiración y ver la calma en su rostro mientras duerme es un recordatorio diario del profundo cambio en nuestras vidas. Es a la vez surrealista y profundamente reconfortante.

Me gusta llamarlo por su verdadero nombre. Aporta una capa de autenticidad a todo, una frescura que me hincha el corazón. Aquí, en el encanto rústico de The Cove, nuestros días están llenos de risas, historias compartidas y la comodidad informal de lo familiar. Yo crecí no muy lejos de aquí. Esta es una faceta de la vida que Nikko no ha

experimentado a menudo y, sin embargo, encaja a la perfección; su habitual actitud reservada se suaviza con la camaradería natural y los corazones abiertos de mi familia.

Me ha traído a su casa. Me encanta este lugar. Es grande y espacioso, limpio y sencillo, cálido y reconfortante... como él.

Es el tipo de lugar que honra los viejos recuerdos y evoca otros nuevos. Mientras nos mezclamos con su familia, la mano de Nikko encuentra la mía y la aprieta.

—No sé si alguna vez pensé que esto podría ser real. No me permitía creerlo.

Me inclino y le beso la mejilla. —Créetelo.

Sin embargo, a pesar de la alegría y la celebración, hay un trasfondo de algo más, algo que se refleja en los ojos de Viktor, que ha llevado sus deberes de padrino de la boda a una especie de solemne tutela incluso aquí. Nos visita a menudo y, por alguna razón, no deja de preguntarme por mi familia, por mi casa y, en su tercera visita, por mi hermana Lydia. Su corpulenta y pesada figura se apoya en la áspera madera del umbral, sus ojos exploran de vez en cuando el perímetro antes de volver a observar los festejos con reservado distanciamiento.

Me acerco a él.

—Viktor, ¿se encuentra bien? —le pregunto al llegar a su lado, observando cómo su postura se tensa ligeramente, listo para volver a su papel si fuera necesario.

Asiente levemente, su mirada parpadea para encontrarse con la mía antes de desviarla. —Sí, bien.

Nikko se acerca a nosotros con una copa en la mano, su presencia es un consuelo inmediato. —¿Qué pasa?

—Quiero preguntarle por su hermana Lydia. ¿Qué sabe de su compromiso?

—¿Lydia? Ah… No sé mucho sobre eso, salvo que fue concertado por mi padre. Es reciente y no conoce muy bien a su prometido… Cuando se fue al internado, nos distanciamos.

—¿Te preocupan los planes que tiene Mikhail? —pregunta Nikko.

—Sí —confirma Viktor, tensando la mandíbula—. Su compromiso plantea problemas con nuestra alianza. —Los hombres intercambian una mirada que no acabo de comprender.

—Tendremos que hablar de esto —dice Nikko en un tono firme pero compasivo.

Viktor asiente y una breve sonrisa se abre paso a través de su habitual seriedad. —Lo sé, y te lo agradezco. Un movimiento en falso y podríamos desestabilizar algo más que la dinámica familiar.

La gravedad de sus palabras queda suspendida entre nosotros.

Más tarde, cuando la noche llega a su fin y los últimos invitados se van, me encuentro junto a Nikko, contemplando el cielo estrellado. La fresca brisa del océano es refrescante, pero mis pensamientos son cálidos por el amor y el apoyo de la gente que nos rodea. A pesar de los retos que se avecinan, siento una profunda sensación de pertenencia y propósito, teñida de un aire de tristeza por lo que lloro. Vera Ivanova ya no existe. Vera Romanova ocupa su lugar.

¿Quién es ella?

Cogidos de la mano, empezamos a caminar por un sendero apenas iluminado que rodea el perímetro de nuestra casa. Nikko me aprieta la mano con suavidad, una afirmación tácita de la conexión que vibra entre nosotros.

—¿Crees que es realmente posible? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Todo lo que hablamos… nuestro futuro, los niños, incluso los perros?

Nikko se detiene y se gira para mirarme, sus ojos reflejan la luz de la luna. —Los niños no son una opción. Tengo que alcanzar a mis

hermanos.

Me río a carcajadas. —¿Alcanzarlos? ¿Como si fuera una especie de competición?

La mirada que me dirige es mitad seria, mitad burlona. —Todavía no conoces de verdad a mis hermanos. Y sí, Vera, todo es posible. Si algo he aprendido es que contigo todo es posible. —Su tono es sincero, lleno de esa profunda y resonante certeza que siempre parece calmar mis pensamientos más tumultuosos.

Sonrío, apoyándome en él. —Lo quiero todo, Nikko. Los días ajetreados llenos de propósito y las noches tranquilas como esta, solo nosotros y el mundo detenido.

Me aparta un mechón de pelo de la cara. —Y lo tendremos todo. Lo construiremos juntos.

—¿Y el porche? —bromeo ligeramente, atrapada en la belleza de nuestros sueños compartidos.

—El porche estará ahí, con vistas a las mejores puestas de sol, con espacio para dos mecedoras, la tuya y la mía —promete, con un brillo juguetón en los ojos—. Y un montón de pequeños.

—¿Un *montón*?

Se encoge de hombros. —¿Cuatro, no?

—Suena bien. —Sonrío de oreja a oreja.

Reanudamos la marcha, nuestros pasos lentos y medidos. —Quiero que nuestros hijos crezcan sabiendo que pueden ser quienes quieran ser y que los queremos incondicionalmente.

—Y con una madre que les lee más cuentos de los que puedan asimilar —añade Nikko, riendo entre dientes.

—*Todos* los cuentos de hadas. Y a lo mejor les enseño a teclear con algo más que los dedos índices.

Él sonríe y el corazón me da un vuelco en el pecho.

—¿De qué hablaba Viktor con Lydia?

Nikko se pone serio. —Tu matrimonio conmigo supone un problema para su afiliación con la *Ledyanoye Bratstvo*. Puede que sea algo que tengamos que disolver. Pero eso es para otro día.

—Ah.

—Te quiero, Vera Romanova —dice Nikko, con la voz grave y cargada de emoción mientras volvemos a casa.

—Y yo te quiero a ti, Nikko Romanov —respondo, con el corazón rebosante de una alegría indescriptible.

De la mano, permanecemos de pie, ansiosos y preparados para lo que sea que venga, con la firme convicción de que, mientras estemos juntos, podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

FIN

PREESTRENO

ABRASAR: UN ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO CONCERTADO DE LA BRATVA

CAPÍTULO 1

Actualidad

VIKTOR

—Ponle un precio —dice Mikhail—. Te debo una, Viktor. Ha llegado la hora.

Mi hermano mayor y *pakhan*, Mikhail, me mira por encima de la cabecita cubierta de pelusa de su hijo dormido y dice:

—Estoy en deuda contigo por todo.

Niego ligeramente con la cabeza, restándole importancia al peso de su gratitud.

—No me debes nada. Hice lo que tenía que hacer. Hice lo que necesitabas que hiciera. Era crucial que me encargara de lo tuyo porque somos familia, y eso lo sabes. —Abro una cerveza y me bebo la mitad en unos cuantos tragos.

Miro hacia la bruma azul negruzca de un atardecer de finales de septiembre, las luces de la ciudad titilando en la distancia desde nuestra privilegiada posición en The Cove. Hemos tenido unos meses turbulentos, con una breve pausa para la boda de nuestro hermano Nikko, pero ahora es el momento de seguir moviendo ficha. Hemos hecho grandes progresos aquí, y es hora de que pasemos al siguiente nivel.

Desde la muerte de nuestro padre, hemos estado haciendo todo lo posible para fortalecer nuestros lazos y echar raíces como la familia más poderosa de The Cove, enclavada entre Coney Island y Manhattan.

Cada día que pasa cuenta. Cada movimiento estratégico es una demostración de poder.

La voz de Mikhail se suaviza, se vuelve más sincera.

—Le salvaste la vida a mi mujer, Viktor. —Mikhail ama a su esposa Aria con todo su corazón y, en más de una ocasión, ella ha estado en grave peligro. No soy el único que la ha protegido. Todos lo hemos hecho. Es lo que hacemos.

Me remuevo en el asiento, sintiendo cómo la inquietud se apodera de mí.

—La familia es la familia. Tú habrías hecho lo mismo por mí —respondo, mis ojos se encuentran brevemente con los suyos antes de posarse en el bebé—. Solo asegúrate de mantenerlos a salvo. Es todo lo que pido.

La habitación se queda en silencio, con la magnitud de mi petición flotando en el aire. Mikhail asiente con expresión solemne.

—Lo haré. Y cualquier cosa que necesites, Viktor, es tuya. Pide lo que quieras.

Los otros hermanos presentes —Lev, nuestro hermano pequeño, y Aleksandr, el segundo al mando de Mikhail— escuchan atentamente

nuestra conversación. Siento cómo Lev se inquieta a mi lado, dando golpecitos con el pie como si se contuviera para no interrumpir.

—Vosotros no lo entendéis. —La voz de Lev irrumpe desde el fondo del despacho, cortando la cháchara anterior. Sinceramente, estoy orgulloso de que haya hablado. Durante años fue el más callado, bajo el yugo de nuestro padre y eclipsado por el resto de nosotros, sus hermanos mayores. Nuestro hermano pequeño suele ser reservado, pero no se le escapa nada. Él y yo nos hemos unido más en los últimos meses, mientras mi hermano Nikko estaba destinado en Moscú.

—Déjalo, Lev. —Niego con la cabeza. *Joder.*

—¿De qué estás hablando? —pregunta Aleks, con la curiosidad picada. Como jefe de ciberseguridad, se enorgullece de no perderse detalle de nada, pero ha estado hasta el cuello investigando un nuevo acontecimiento en la Costa Oeste y no ha levantado la vista de su portátil.

Lev continúa, con voz firme y clara:

—No quiere dinero. No quiere *cosas*. Viktor no quiere nada de eso. Ya tiene su propia casa; tiene todo lo que necesita..., bueno, casi todo lo que necesita.

La habitación se sume en un breve silencio mientras todos asimilan las palabras de Lev, esperando a que revele qué es lo que todavía necesito. Aparto la mirada, tensando la mandíbula. Me ha leído la puta mente. Cuando Mikhail me ofreció la proverbial lámpara del genio, supe de inmediato qué desearía al frotar sus dorados costados.

Solo necesitaría un deseo.

—Joder —mascullo entre dientes. Mis hermanos no se ocultan nada entre ellos. No voy a ocultar esto.

—Lydia Ivanova —dice Mikhail en voz baja, casi con reverencia.

El silencio reina durante unos largos instantes antes de que Aleksandr hable.

—¿Está disponible? ¿Ha cambiado algo?

Lev niega con la cabeza.

—No.

Mikhail gruñe.

—¿Desde cuándo coño importa eso? Ya conoces nuestro lema.

Los labios de Aleks se tuercen en una sonrisa sombría, y su mirada se endurece.

—Nadie ni nada se interpone en nuestro camino.

Me levanto bruscamente, con voz grave y resuelta.

—No necesito nada. No necesito a nadi*e*. Es demasiado arriesgado.

Las repercusiones de la *Ledyanoye Bratstvo*, el grupo al que Lydia Ivanova ha sido prometida, son más poderosas que nosotros, y son conocidos por su crueldad. La represalia si interviniéramos sería rápida y severa.

Pero antes de que pueda continuar, Lev me interrumpe. Es más bajo que yo, pero es una fuerza a tener en cuenta. Sus ojos brillan con intensidad, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Has perdido de vista el objetivo, hermano. No has visto lo que los demás sí. —Se inclina hacia delante—. ¿Tienes idea de lo que Timur Yudin planea hacer con ella cuando se casen? ¿Lo que planea hacerles a los Ivanov?

Inspiro bruscamente, tratando de que mi pulso acelerado se calme, como mi mentor Kolya me enseñó a hacer cuando solo era un niño que no conocía su propia fuerza.

No sirve de nada.

—Lo entiendo —insiste Lev, su mirada feroz clavada en la mía. Ya no es el crío que conocí, sino un hombre fuerte y poderoso en más de un sentido—. Te mataría ver a una mujer como ella tratada como una propiedad. Y si mataras a Yudin como querías, las consecuencias para el resto de nosotros serían brutales.

Clavo las uñas en las palmas de mis manos. Él continúa.

—Yudin planea compartirla con sus hombres. Es un sucio y enfermo hijo de puta. Ya la ha grabado y lo ha compartido. Tiene a uno de sus hombres que se la casca cada puta noche viendo fotos de ella en su móvil.

—¿Dónde? —gruño—. ¿Quién?

—Siéntate, Viktor.

Niego con la cabeza y Aleks pone una mano en el brazo de Mikhail.

—Déjalo. Se va a convertir en el puto Hulk aquí mismo delante de ti si no lo haces.

Camino de un lado a otro, tratando de que la rabia se disipe.

—Planea diezmar a los Ivanov. Es una jodida serpiente traicionera y ya ha hecho movimientos estratégicos infiltrándose en sus filas y difundiendo desinformación para sembrar la desconfianza entre sus líderes. Al casarse y entrar en la familia Ivanov, consigue acceso a sus secretos y vulnerabilidades. Y a diferencia de nosotros —dice, haciendo una pausa para dar énfasis—, no planea fortalecerse mediante la colaboración. Planea diezmarlo todo para su propio beneficio. Con el tiempo, los destruirá. Saboteará tratos comerciales, asesinará a las figuras clave de los Ivanov. —Niega con la cabeza y baja la voz.

—Has visto a Mikhail, a Aleks y ahora a Nikko casarse. —Mikhail se casó con Aria, una hacker extraordinaria. Luego, Aleks se casó con Harper Bianchi en un matrimonio concertado. Nikko se casó con

Vera, la hermana pequeña de Lydia. Uno por uno, pareja por pareja, hemos solidificado nuestra familia.

—Hemos aumentado nuestra fuerza aquí, en The Cove, y todos sabemos que unir fuerzas con los Ivanov es complicado. —Niega con la cabeza y mira a Mikhail—. La boda de Lydia Ivanova con ese gilipollas egocéntrico fragmentaría nuestro control también. Sería utilizada y desechada. —Me mira a mí—. *Tenemos* que intervenir y acabar con esta mierda antes de su boda.

Aleks y Mikhail cruzan otra mirada, un entendimiento tácito entre ellos mientras sopesan las palabras de Lev y las implicaciones que conllevan.

No quiero ni pensar en… *tenerla*. Si me permito tener esperanza… y no sucede… Se me seca la boca.

Doy vueltas por el despacho y niego con la cabeza. —Joder.

—Su matrimonio con él traerá graves consecuencias —replica Lev—. Si nos aseguramos la mano de las dos mujeres Ivanov, ya sabéis lo que eso significa para nosotros.

Lo sé. Significa crear unos cimientos que décadas de influencia y legado no podrían igualar. Significa permitir una devastación brutal para nuestros amigos y familiares si fracasamos.

Pero es complicado. Jodidamente complicado.

Mikhail me sostiene la mirada. —¿Qué sabes de Yudin?

Aparto la vista, con la mandíbula tensa. —Me he mantenido al margen.

Tenía que hacerlo.

Verla acercarse a él hace que me hierva la sangre y se me nuble la vista. Tengo que centrarme en proteger a mi familia y no puedo arriesgarme a perder los estribos con un hombre que no significa

nada para mí. No puedo gastar energías en una situación que está fuera de mi control.

He observado. He observado con mucho cuidado, pero desde la distancia. —No le ha hecho daño, y eso es lo único que importa.

Timur Yudin le compra cosas bonitas, se asegura de que tenga un guardaespaldas, aunque más débil del que yo le pondría, y nunca le ha puesto una mano encima. Lo sabría. Si lo hiciera, le arrancaría la polla y se la metería por el gaznate para que se ahogara con ella mientras le rajo el cuello.

—Aún —dice Aleks, negando con la cabeza—. Aria tiene un expediente sobre él. Investigamos a fondo después de la boda de Nikko con Vera.

Se me eriza la piel y clavo la mirada en Aleks.

Aria, la mujer de Mikhail, es nuestra jefa de ciberseguridad y es excelente en lo suyo. Cuando nuestro hermano Nikko se casó con la hermana de Lydia, Vera Ivanova, se hizo necesario centrarse en cualquiera que pudiera suponer una amenaza para nosotros.

Aparto la mirada, sin querer escuchar los detalles.

¿De qué servirá? Solo conseguirán que quiera torturar cada puta célula de su cuerpo antes de asesinarlo con mis propias manos. Le odio por estar cerca de ella. Le desprecio por no ser digno de ella. Si me entero de un maldito detalle más sobre él…

—Es un maestro orquestando estas catástrofes mortales —dice Aleks con voz gélida—. Se asegura de que la gente de su redil tenga accidentes fatales y luego aparece él para cobrar pólizas de seguro ocultas.

Niego con la cabeza. Menuda cabronada, pero no es nada fuera de lo común para…

Aleks continúa, implacable: —Organiza el tráfico de personas. Vende a mujeres y niños como si fueran ganado. Es uno de los mayores

traficantes del mercado negro.

Aprieto la mandíbula y miro al frente. El puto capullo. No soy un santo, pero cualquiera que esté involucrado en la trata de personas merece que se le dé su merecido. Se arrepentirá de cada una de las viles acciones que ha cometido. Nadie hace daño a los inocentes si puedo evitarlo.

Y la quiero a ella. La deseo tanto que consume todos y cada uno de mis pensamientos. Si no puedo tenerla… si acaba con ese gilipollas sádico y egoísta…

Lev interviene. —Hay más. No te cierres en banda, Viktor, y escucha de una puta vez. —Mi mirada se clava en la suya—. Hace tres meses, su abogado consiguió que lo absolvieran de las acusaciones de posesión de pornografía infantil, pero es culpable hasta la médula. Simplemente, es intocable. Demasiado dinero y demasiado poder.

—Joder —gruño.

Aleksandr asesta el golpe final. —Aria descubrió unas acusaciones que estaban muy bien enterradas. Agredió brutalmente a su última novia. Ella fingió su propia muerte para escapar, pero él la encontró. Cuando lo hizo, le rompió la mandíbula antes de que ella se arrojara al tráfico.

La bilis me sube por la garganta con el esfuerzo de contenerme.

—La cuestión no es *si* le hará daño, Viktor, sino *cuándo*.

—¿Le habéis estado siguiendo? —gruño—. ¿Dónde está?

Aleks frunce el ceño, tecleando algo en su ordenador. —A dos horas al norte de aquí. Cerca del puente Mid-Hudson. —Coge el teléfono sin apartar la vista de Mikhail, señalando la gravedad de la decisión. Marca rápidamente y la habitación se queda en silencio, esperando a que respondan a la llamada.

—Nikko —empieza Aleksandr cuando descuelgan—, tenemos que hablar de la situación de los Ivanov.

Nikko, siempre rápido de reflejos, responde: —Estaba esperando esta llamada. Disparad.

Mikhail toma el relevo con voz firme. —Es por Lydia. Tenemos que asegurarla para Viktor. —Lo pone al día.

Por lo que he visto y oído, Lydia y Vera no están muy unidas, pero eso probablemente fue culpa de sus padres. Siguen siendo hermanas.

Nikko hace una pausa, los engranajes de su mente girando mientras sopesa las implicaciones, especialmente dados sus lazos con la hermana de Lydia. —Vale, entiendo por dónde vais. Pondré las cosas en marcha. Pero recordad, esto no es solo una cuestión de que nos deban una; se trata de alinear a nuestras familias a largo plazo. —Necesita el beneplácito de los Ivanov. Tras la muerte de su *pakhan*, un nuevo liderazgo ha tomado el poder, y Nikko es el único que tiene una relación fluida con la Bratva Ivanov. Él sabrá cómo jugar esta carta.

Siguen discutiendo los detalles y cómo lo llevarán a cabo mientras mi mente se dispara con las posibilidades. Hay un leve zumbido en el fondo de mi cabeza, una combinación de incredulidad por lo que estamos a punto de hacer y la necesidad de encontrar a Timur Yudin y destruirlo.

Cuando la llamada termina, la atmósfera de la sala pasa de la tensión a una concentración más calculada. Mikhail mira a su alrededor, asegurándose de que todos estamos en la misma onda. —Nikko se encargará de los preparativos. Tenemos que ser estratégicos y cuidadosos. No se trata solo de conseguir lo que Viktor quiere, sino de posicionarnos favorablemente dentro de la comunidad y asegurar alianzas a largo plazo.

—Y lidiar con las putas repercusiones de Yudin —mascullo.

Aleksandr asiente, su mente ya barajando posibles escenarios. —Tenemos que considerar cada movimiento como parte de un juego más amplio. Lydia es la pieza clave. No solo Viktor consigue lo que desea, sino que su conexión a través del matrimonio nos une a una familia poderosa, fortaleciendo nuestra influencia.

Lev, que suele ser el más callado, parece impulsado por su necesidad de que esto ocurra y añade: —Y tenemos que hacerlo de forma limpia. Sin cabos sueltos que puedan volver para atormentarnos.

Más fácil decirlo que hacerlo.

He estado escuchando en silencio, pero finalmente tengo que intervenir, con voz baja y pensativa. —Aseguraos de que Lydia sea tratada con respeto en este proceso.

La cuidaré muy bien. La cuidaré tan bien.

Mis hermanos asienten, comprendiendo el delicado equilibrio entre el miedo y el favor que deben mantener. Esto no es una simple adquisición; es algo personal, y tiene que manejarse con precisión.

La expresión de Mikhail se ensombrece mientras se inclina hacia delante, desaparecida la ligereza de nuestras consideraciones anteriores. —Aunque nuestro objetivo es gestionar esto sin contratiempos, comprended que es probable que Lydia no venga por voluntad propia. Tendremos que obligarla.

Por supuesto que no lo haría. Puede que nos vea, o a mí en particular, como una amenaza. Es ferozmente independiente y se resiste a ser controlada o utilizada en cualquiera de las maniobras o maquinaciones políticas de su familia. Ser forzada a casarse conmigo después de su compromiso con Yudin probablemente la cabreará. ¿Quién sabe lo que piensa de mí? Por lo que sé de ella, no confía con facilidad y casi nunca baja la guardia.

No va a ser fácil.

Mikhail sonríe. —¿Sabes? Podemos alinear esta necesidad con una antigua profecía rusa conocida por nuestras dos familias, que podemos utilizar a nuestro favor.

Aleksandr, intrigado, levanta una ceja. —¿Una profecía? Explica.

Mikhail asiente, una sonrisa sombría asomando a sus labios. —Sí, la profecía conocida por las familias oriundas de Moscú habla de un «Azote», una gran agitación que una familia soportará, para ser salvada únicamente por una alianza a través del matrimonio. Es lo suficientemente vaga como para infundir miedo y aceptación. Se cree que rechazar la unión profetizada traerá el desastre, y aceptarla restaurará el equilibrio y la prosperidad.

Niego con la cabeza. —Eso es ridículo. Todos somos demasiado pragmáticos para creer en viejas profecías. No. Si voy a tener a Lydia… —Hago una pausa y me recompongo antes de continuar—. Lo quiero a las claras. Quiero consolidar nuestra alianza con la familia Ivanov como hizo Nikko y por la misma razón. —Niego con la cabeza—. Ella no puede ir con ese monstruo.

Le haré mucho más que joderlo.

No me gusta la manipulación y suelo preferir la fuerza bruta, pero esta situación requiere mano izquierda. —Quiero que los Ivanov crean que aliarse con nosotros no solo es inevitable, sino beneficioso.

Niego con la cabeza, todavía incrédulo de que esto pueda funcionar, de que Lydia… pueda ser mía.

—¿Y si no funciona? —Intento mantener un tono ligero, fingiendo que lo que está en juego no podría encumbrarme o, literalmente, hundirme en la puta miseria. Fracaso. Mi voz se quiebra.

—Funcionará —dice Mikhail—. Te lo prometo.

Cuando finalmente salgo del despacho de Mikhail, estoy agotado pero lleno de energía.

Lydia Ivanova.

Conduzco hasta mi casa en la linde de Manhattan. Subo los escalones de ladrillo en piloto automático, apenas dándome cuenta de a dónde voy o de lo que hago.

Nikita, mi mastín tibetano, grande y musculoso, me recibe en la puerta, y le rasco las orejas. —Dame cinco minutos —le digo. Necesito un momento antes de que salgamos a pasear. Subo las escaleras hacia mi dormitorio de dos en dos y voy directo al armario escondido en el fondo de la habitación.

Introduzco la llave en la cerradura y la puerta chirría al abrirse sobre sus goznes. Me permito un momento para apoyarme en la madera gastada y respirar hondo antes de dejar que mi mirada recorra cada maldito objeto que he coleccionado.

Un frasco casi vacío de *Opulence* que le quité de su taquilla en el gimnasio hace un año. Una servilleta manchada de carmín que confisqué en una cafetería donde se reunió con su madre hace unos meses. Una página arrancada de un cuaderno que lleva consigo con la más simple de las listas de la compra. Un vaso de café desechable y vacío con su nombre garabateado en el lateral con un rotulador permanente. Una entrada de un concierto al que se coló cuando aún era una adolescente aquí, en América. Su fotografía de su último año de instituto y una más reciente que encontré en internet y de la que hice una copia impresa. Su ejemplar de *Cumbres Borrascosas* que dejó atrás hace tantos años y que he leído tantas veces que las páginas se están deshaciendo.

El santuario de Lydia.

Levanto el frasco. La fragancia embriagadora e intensa es su perfume característico. Lo alzo y me concedo el lujo de inhalarlo profundamente. Solo olerlo evoca la imagen mental que tengo de ella.

Me permito recrearme en el santuario. Toco la servilleta y la presiono contra mis labios. Leo su lista de la compra y la recito de memoria.

Chocolate
Café
Naranjas
Algo para cenar

Paso el pulgar por el borde del vaso de café, donde imagino que sus labios se posaron. Lo coloco todo de nuevo con reverencia y me quedo mirando la foto de ella de adolescente y la comparo con su aspecto actual.

Con el tiempo solo se ha vuelto más hermosa, más exquisita, más sensual. Con curvas y exuberante, es imponente y a la vez grácil. Su largo pelo oscuro cae sobre sus hombros en ondas, sus ojos son expresivos e intensos. Prefiere las blusas y los vestidos vaporosos que acentúan sus curvas.

Lydia.

Con un suspiro, vuelvo a colocarlo todo en su sitio con precisión, cierro la puerta y echo la llave. Ahogo un grito cuando por poco piso a Nikita.

—Joder —mascullo, con el corazón martilleándome en el pecho—. Podrías avisar de que estás ahí. *Dios.*

Miro la puerta cerrada con el ceño fruncido, después me giro y observo el dormitorio. Cuesta creerlo, pero si esto funciona..., si Mikhail lo consigue de verdad y Lydia llega a ser mía..., voy a tener que darle un toque femenino a esta habitación.

Y poner unas putas medidas de seguridad.

Le engancho la correa a Nikita y salgo a pasearla.

El móvil me suena con una llamada de mi hermano Nikko justo cuando salgo por la puerta de mi casa, a pocos kilómetros del cuartel general de la familia Romanov.

—¿Dime?

—Hemos hablado con Zofia. —Zofia Ivanova, la madre de mi cuñada Vera y de Lydia, es la matriarca de la familia Ivanov desde la muerte de su marido. Ella y mi hermano Nikko son quienes toman todas las decisiones importantes.

—¿Y? —El corazón se me estrella contra las costillas y la boca se me seca al instante.

—Su madre es receptiva a la idea, pero necesito más tiempo. Estoy en ello. Demos por hecho que esto sigue adelante y actuemos en consecuencia.

Trago saliva con dificultad.

—De acuerdo. Gracias.

—Pero ya sabes que tenemos que destruir a Yudin, Viktor. Sabes lo que hará en represalia. No podemos dejar ni rastro de él.

Asiento. —Considéralo hecho.



CAPÍTULO 2

LYDIA

Jugueteo con mi anillo de compromiso, haciéndolo girar en mi dedo, y me quedo mirándolo. Diamantes engastados en oro amarillo que brillan bajo las luces del techo. Sé que ha debido de costar una

fortuna. Timur Yudin, un hombre de gustos refinados y un capitán de alto rango de la *Ledyanoye Bratstvo*, no se anda con chiquitas.

Se me revuelve el estómago por los nervios mientras lo espero. El guarda que ha apostado a mi lado está de pie, mirando el móvil mientras yo estoy sentada sola en una mesa apartada. Timur dijo que llegaría en cualquier momento y me indicó que entrara a esperarlo. Parecía un poco reservado, pero no es raro en él después de un día ajetreado de trabajo.

Cojo el móvil, finjo que hago una llamada y pongo la cámara disimuladamente para poder examinarme y asegurarme de que estoy impecable. A Timur no le gusta nada que no sea la perfección.

Llevo un vestido verde suave que resalta mis curvas y acentúa el verde de mis ojos. Mi maquillaje está impecable, no tengo ni un pelo fuera de su sitio.

Termino de revisarme y, satisfecha, vuelvo a dejar el móvil sobre la mesa. Cuando llegue, no le gustará que esté con el móvil. Se espera de mí que le preste atención.

El parpadeo de la vela sobre la mesa capta mi atención. Me siento atraída por la llama anaranjada tras el cristal esmerilado. Alargo la mano y paso la punta de mi uña pintada por la base de la vela. Me detengo y observo una gota de cera.

Se me acelera el corazón.

No es una de esas velas eléctricas falsas, sino fuego de verdad. Si cogiera el borde de este mantel y lo acercara a la llama, sé exactamente lo que pasaría. Primero, echaría humo…

Cierro los ojos y retiro la mano como si el propio cristal me hubiera quemado. Odio que mi mente se vaya por esos derroteros cuando estoy estresada o bajo presión.

No.

He trabajado demasiado y durante mucho tiempo para volver a caer en eso ahora. No puedo.

No lo haré.

Aún puedo oír la súplica entre lágrimas de mi madre mientras mi padre metía de un portazo mis maletas en el maletero del coche que me llevó al internado. *«¿Por qué, Lydia? ¿Por qué lo hiciste?».*

Oí las preguntas que no formuló con la misma claridad que las que sí hizo.

¿En qué me equivoqué?

Tomo otro sorbo de vino, consciente de que probablemente solo he cambiado un vicio por otro, pero me importa una mierda.

Me tomo unos minutos para mirar alrededor, recorriendo con la vista el lujoso restaurante. Es difícil conseguir mesa en *Le Jardin de Lumière*, pero estoy emocionada porque el nombre me recuerda a *La Bella y la Bestia*, mi película favorita de la infancia. ¿A quién quiero engañar? Sigue siendo mi favorita, incluso ahora de adulta. Aquí hay lista de espera de seis meses, pero a Timur le gustan las cosas caras y difíciles de conseguir, así que tiene sentido que quisiera venir. No esperaría menos de él.

Una suave música instrumental suena de fondo. Las mesas están puestas con porcelana fina y copas de cristal, la viva imagen de la sofisticación. La cesta de pan caliente y aromático viene acompañada de trozos de mantequilla casera coronada con sal de trufa cristalizada. *Delicioso*.

El móvil me vibra con un mensaje. Me da un vuelco el corazón, pensando que podría ser Timur, pero cuando miro la pantalla, suspiro.

Vera
Lydia, ¿puedes hablar ahora?

Vera se enfrasca tanto en sus estudios que a veces se pasa semanas sin hablarme, ¿y ahora que tiene un descanso quiere charlar? Le envío una respuesta rápida.

> Ahora no puedo, he quedado con Timur para cenar, pero te llamo cuando terminemos.

Aún tengo el móvil en la mano cuando oigo su voz familiar a mi espalda. Lo guardo rápidamente en el bolso.

—Lydia. Gracias por esperar con tanta paciencia. —Se yergue, alto e imponente, detrás de mí, con un aire de fuerza inaccesible. Me vuelvo para mirar a mi apuesto prometido, apreciando una vez más sus facciones, afiladas y definidas, con pómulos altos y una mandíbula fuerte y bien afeitada. Impecablemente vestido con un traje a medida, irradia confianza y sofisticación, con un comportamiento sereno pero con un distanciamiento gélido que puede resultar intimidante para quienes no lo conocen. Pero yo sí lo conozco. Lo conozco bien.

Me levanto y le dedico todo el efecto de mi sonrisa.

—Hola. ¿Qué tal el día?

Con una sonrisa, se inclina y me besa en la mejilla. El corazón me aletea por su cercanía. Timur Yudin es todo elegancia y refinamiento, un caballero en todo el sentido de la palabra. Su mano descansa en la parte baja de mi espalda un breve segundo antes de tomar asiento. Siempre me acerca la silla, así que me quedo de pie un poco torpemente antes de darme cuenta de que ha debido de olvidarse.

Me siento con torpeza frente a él.

—Está usted muy apuesto esta noche, señor Yudin —digo coquetamente. Él sonríe con frialdad cuando se acerca el camarero.

Normalmente atento y caballeroso, su comportamiento me pilla desprevenida. Timur se dirige al camarero. —*Bonjour, je voudrais*

une sortie, s'il vous plaît.

Me encojo cuando el camarero lo mira confundido. A Timur no le vendría mal mejorar su francés. Acaba de pedir una *salida* en lugar de un aperitivo. No quiero corregirlo en público, pero ha cometido un error.

Lo enmiendo rápidamente. —*Je voudrais commander un apéritif, s'il vous plaît.* —El camarero hace una reverencia y se retira. Timur clava su mirada en mí con una frialdad tan aguda que me estremezco.

—No vuelva a hacer eso nunca más —espeta.

—¿Hacer qué? —lo miro sorprendida.

—Corregirme en público.

Me río. —Timur, ha pedido usted una salida en lugar de un entrante. Apenas lo he corregido, solo me aseguraba de que…

Su mano se alarga y me agarra la muñeca. —¿Ahora también me replica?

Parpadeo, sorprendida. —No.

A veces me recuerda a mi padre, y eso lo *odio*. Aunque Timur es apuesto, refinado y me trata bien, de vez en cuando, cuando está estresado, tiene una vena un poco fría.

—¿Qué ocurre, Timur? Parece preocupado —digo con delicadeza. Pongo mi mano sobre la suya—. ¿Qué pasa?

Él niega con la cabeza. —Supongo que no ha hablado usted con su madre.

Parpadeo. —¿No. Por qué?

Aparta la mirada, con la mandíbula tensa. —Oh, ya lo verá. ¿Ha pedido ya?

¿Por qué se me encoge el estómago?

—Timur, ¿qué ocurre? ¿Qué necesita decirme?

Su mirada se endurece. —¿Le he preguntado si ya ha pedido?

Niego con la cabeza. —No, lo estaba esperando.

Resopla. —Claro que sí.

Lo miro sorprendida. El móvil no para de vibrar en mi bolso. Cuando Timur me fulmina con la mirada, lo silencio.

—¿Qué le pasa? —pregunto, y noto que el enfado empieza a crecer en mi interior. No me gusta no saber lo que ocurre, y me da la impresión de que me está mintiendo.

Se limita a negar con la cabeza. —No tiene importancia. Pida algo. Algo ligero, Lydia.

Se me suben los colores a las mejillas y, de repente, se me quita el apetito. Solo hace unos meses que nos conocemos. Poco antes de la repentina y trágica muerte de mi padre, él concertó nuestra boda. Timur ha sido un perfecto caballero: atento, generoso…, aunque a veces un poco frío. Pero nunca se había portado así. Y, desde luego, jamás había hecho comentarios sobre lo que pido para comer.

Me miro el cuerpo voluptuoso, con el pecho a punto de salirse del vestido que me he puesto para acentuar mis curvas.

Pensaba que le gustaban mis curvas.

—¿Quiere que pida algo ligero?

Sonríe, pero sus ojos permanecen fríos. —Estoy bromeando. Pida lo que quiera. Ya lo sabe. —Masculla algo por lo bajo.

¿Pero qué demonios…?

—Timur —digo con un hilo de voz—. ¿Quién es este hombre y qué ha sido del hombre al que me había acostumbrado y con el que

estaba deseando casarme?

El camarero regresa con la carta de vinos.

—Me preocupo por usted, ¿sabe? —dice Timur mientras unta un panecillo con mantequilla y coloca la mitad en mi plato. Es mucha menos mantequilla de la que yo usaría y solo medio panecillo, pero el gesto parece casi tierno.

—¿Ah, sí? —Le doy un bocado, aunque se me encoge el estómago. La comida me sabe a ceniza en la boca—. ¿Por qué?

—Nos casaremos pronto, y el peso de la responsabilidad de gestionar nuestro hogar, nuestros compromisos sociales y, con el tiempo, nuestros hijos recaerá sobre usted. Y esas pequeñas aficiones que tiene no son propias de la esposa que sé que podría ser.

¿Mis *pequeñas aficiones?*

Dejo caer el pan, ya sin apetito. —No sé de qué coño está hablando —suelto.

—Ya estamos otra vez —dice, con la mirada encendida—. Perdiendo los estribos. —Se inclina hacia delante y apoya la barbilla en la mano —. Voy a ser su marido. Solo estoy expresando mi preocupación por usted, Lydia. No hay necesidad de que pierda los estribos. —Se encoge de hombros con indiferencia, pero su tono es de todo menos indiferente—. Odiaría tener que perder los míos.

¿Eso ha sido una amenaza?

Me lo quedo mirando, con la boca abierta.

La vela parpadea entre nosotros. Tentadora.

—Mire —digo en voz baja para no llamar la atención de la gente que nos rodea—. No sé qué le ha pasado para que se comporte así, pero he bebido un poco y necesito ir al servicio. Voy a tomarme un

pequeño descanso y, cuando vuelva, tengamos una conversación civilizada, ¿le parece?

Es difícil darle un ultimátum a un hombre que tiene más poder en el pulgar izquierdo que yo en toda mi vida, pero estoy harta de esto.

Me levanto, pero me agarra la muñeca de nuevo, incluso con más fuerza que antes.

—Siéntese, Lydia. —Como no lo hago, suaviza la voz—. Lo siento. He tenido un mal día en el trabajo. Siéntese y cuénteme qué tal le ha ido el día.

Casi me convence. Hay algo en esa voz suave y persuasiva suya que casi me convence de que solo ha sido un desliz y que mi verdadero prometido va a volver. Pero necesito un respiro.

Me safo de su agarre con un tirón, llamando la atención de varias personas cercanas.

—Solo voy al servicio —digo—. Por favor, déjeme ir.

Intenta alcanzarme, pero pasa un camarero, así que, para guardar las apariencias, esboza una sonrisa. Por una vez, me alegro de que siempre le preocupe más el qué dirán que cualquier otra cosa. —Vaya. Vuelva enseguida.

Un grupo de mujeres pasa por delante de mí. Aprovecho la oportunidad para meterme en medio de ellas y dirigirme al baño antes de que pueda detenerme.

¿Qué ha pasado y por qué se comporta así?

Tengo el estómago revuelto y desearía, y no es la primera vez, tener a alguien en quien confiar. Ojalá mi hermana y yo siguiéramos tan unidas como cuando éramos niñas, pero ahora que está casada con un Romanov, es imposible. Timur lo ha prohibido.

Me contemplo en el espejo y respiro hondo.

Es evidente que está de mal humor, pero nunca se había portado así.

Me retoco los labios con brillo, intentando calmar mis nervios crecientes.

Cojo el móvil, deseando de nuevo poder llamar a Vera. No tengo amigas, y mi madre y yo nunca hemos estado unidas.

No importa. Así que ha estado… ¿qué?, ¿impaciente? ¿Borde? Un hombre tiene derecho a un mal día de vez en cuando, ¿no? Yo tampoco soy un sol a todas horas.

Hasta ahora, siempre me ha tratado bien.

Quizá es que tengo unas expectativas poco realistas. Es solo algo pasajero, una mala noche.

Todo irá bien. Volveré ahí fuera, mi encantador prometido pedirá la cena por mí y olvidaremos que esto ha sucedido. Me muero de hambre. Quizá estoy exagerando las cosas.

Toco la pantalla y veo cinco llamadas perdidas y otros tantos mensajes.

¿Pero qué demonios?

Se me hiela la sangre.

> **Vera**
> Lydia, estás en peligro. Vuelve a casa. Te envío un coche ahora mismo. Tienes que irte. Por favor. Te lo explicaré todo.

¿Volver a casa? Estoy a dos horas de casa.

¿Que estoy en peligro? Miro a mi alrededor el espacioso y lujoso baño. Está bien iluminado con un suelo de mármol que reluce bajo una suave luz ambiental. Las paredes están adornadas con grandes espejos ovalados con marcos dorados. Sobre las pulidas encimeras

hay ramos de flores frescas. Parece demasiado elegante, demasiado refinado, para que yo esté aquí y en… peligro.

Aun así, camino hasta el cubículo, lo abro y echo el cerrojo tras de mí. Abro el bolso y miro el mechero y el espray de pimienta que siempre llevo conmigo. Al menos, tengo cierta protección.

Compruebo el resto de mis mensajes.

Vera
Lydia, por favor, llámame. Es urgente.

Y entonces, otro mensaje de un número que no reconozco.

Nikko
Lydia, soy Nikko Romanov, su cuñado. Es imperativo que aseguremos su ubicación y la pongamos a salvo.

¿Qué demonios está pasando?

Doy un respingo cuando la puerta del baño se abre y oigo el taconeo en el suelo de baldosas. Contengo la respiración mientras los pasos se acercan. Meto la mano en el bolso y saco el espray de pimienta, con el dedo temblando en el gatillo. Pero solo oigo cerrarse la puerta de un cubículo.

Me estoy volviendo loca.

Vuelvo a guardar el espray de pimienta.

He magnificado esto mucho más de lo que es en realidad. Estoy en un restaurante elegante. Con el hombre con el que me voy a casar. Vera está siendo una dramática o está influenciada por su nuevo marido.

Con los dedos temblorosos, le respondo a Vera.

Vale, ¿qué está pasando?

Vera
Es demasiado para contarlo por mensaje y algo que no quiero comunicar de esta manera. No sé si tienes el teléfono intervenido. Es importante que vengas a casa para que podamos hablar. ¿Estás bien? ¿Estás a salvo?

Parpadeo. ¿Mi teléfono… intervenido?

Estoy escondida en el cubículo de un baño. Mi prometido se comporta de forma extraña y mi móvil echa humo con mensajes crípticos sobre mi seguridad. No, claro que no estoy bien.

Estoy bien, no te preocupes. Te llamo después de cenar, ¿vale?

Guardo el móvil en el bolso y salgo del cubículo. La puerta se abre de nuevo, dejando entrar a otra mujer ataviada con un sedoso vestido de cóctel color marfil, pero apenas me fijo en ella. Timur está de pie fuera, apoyado despreocupadamente en la pared con las manos en los bolsillos.

Voy hacia él.

—Tengo que llamar a mi hermana pronto. Ha dicho que necesita hablar conmigo —le digo al salir. La expresión tensa de su rostro ha desaparecido y, en su lugar, parece el hombre refinado y civilizado que le pidió matrimonio bañado por los tonos del atardecer en una playa de Maui. Dejo escapar un suspiro de alivio.

—¿Ah, sí? Ha llegado nuestro primer plato. ¿Puede esperar? Dijo usted que se moría de hambre. Aceleraré la entrega del resto de nuestra comida y nos iremos pronto para que pueda llamarla.

Me acompaña de vuelta a nuestra mesa, igualando mis zancadas mientras caminamos de la mano. Me pregunto si he imaginado el mal humor de antes. Este es el Timur con el que estoy deseando estar.

—Gracias. Me di cuenta de que preferiría hablar conmigo en persona.

Timur se inclina y me coge la mano. —Lo siento, Lydia. No debería haber sido tan grosero antes. He tenido un día infernal. —Me sonríe, y las arrugas enmarcan sus cálidos ojos marrones. Un pequeño hoyuelo le aparece en la mejilla. No estoy segura de por qué algo hace que se me encoja el estómago de los nervios y un escalofrío de miedo me recorre la nuca.

Este es Timur. Mi futuro marido. Nunca me ha hecho daño. Quizá he bebido demasiado.

—¿Me perdona?

—Por supuesto.

Mi móvil vuelve a vibrar y Timur frunce el ceño. Odia los teléfonos móviles y especialmente que lo interrumpan.

—Lo siento. Está muy preocupada.

—¿Por qué? —pregunta mientras coge un champiñón relleno y desliza uno en mi plato. Preferiría comerme dos, pero él está distraído.

—Ni idea. —Cojo otro panecillo para acompañar el champiñón, pero él frunce el ceño con desaprobación.

—¿Qué?

—La boda se acerca y usted dijo que estaba controlando los carbohidratos —dice encogiéndose de hombros.

Mis mejillas se sonrojan. —Comer bajo en carbohidratos me hacía sentir como si tuviera la gripe. Lo odiaba.

¿Por qué le estoy explicando esto? ¿No debería aceptarme tal como soy?

Cuando mi móvil vuelve a vibrar, Timur parece a punto de sufrir un ataque. Sus ojos me abrasan, con las mejillas sonrojadas.

—¿Qué coño es…?

—No pasa nada, no pasa nada —le digo, negando con la cabeza—. Lo apagaré.

Apuro el vino de mi copa para calmar mis crecientes nervios. En una situación normal, su comportamiento me parecería una clara señal de alarma, pero no somos una pareja corriente en una situación ordinaria, y eso lo sé bien.

—Es solo que está preocupada y ha dicho algo sobre que no estoy a salvo.

Él asiente, pero no parece muy preocupado. —Está a salvo cuando está conmigo. He apostado un guardia aquí para usted antes de venir. Debería dejar de ver las noticias.

—Ella no ve las noticias.

Los labios de Timur se afinan. No le gusta que le contradigan.

La comida se me hace una bola en la boca. Trago con esfuerzo.

Un escalofrío me recorre la espalda y no entiendo por qué. Aparto mi copa de vino. No quiero que nada interfiera con mi capacidad para pensar con claridad. Es una noche extraña, muy extraña.

No estoy en peligro. Estoy con mi prometido y mis guardaespaldas. —¿Me mantendrá a salvo, verdad?

Timur se inclina hacia delante y me coge la mano. —Por supuesto que lo haré, Lydia. Siempre.

CAPÍTULO 3

VIKTOR

Compruebo en el móvil las grabaciones de las cámaras de vigilancia de Lydia. Cuando me enteré de su compromiso, hice todo lo posible por sacármela de la cabeza, pero habría sido como arrancarme el corazón del pecho y tratar de seguir viviendo.

Pero ahora que Mikhail me ha dado luz verde y mi matrimonio con Lydia Ivanova sigue adelante, ha vuelto a ocupar todos y cada uno de mis pensamientos. La familiaridad de mi jodida obsesión con ella me permite respirar tranquilo de nuevo.

Reviso los monitores de mi despacho para ver dónde está: sigue cenando con ese gilipollas despreciable. Quiero atravesar la cámara y atraerla hacia mí. Traerla a casa.

Si su padre no estuviera ya muerto, lo enterraría yo mismo en una puta tumba poco profunda por permitir que su hija estuviera a menos de tres metros de ese puto gilipollas. Consulto el móvil, deseando tener en la carretera la misma precisión de vigilancia que en casa, pero hemos tenido que movernos.

Estábamos a una hora de distancia cuando recibimos la llamada de Nikko.

—Moveos. Lo sabe. La tiene en un restaurante ahora mismo y ella no sospecha nada, pero no está a salvo. Tenemos imágenes de él metiendo una bolsa de lona grande, cuerda, cinta americana y guantes en el coche. Mala cosa, Viktor.

Nunca en mi vida he conducido tan rápido.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Lev, sentado en el asiento del copiloto mientras yo zigzagueo entre el tráfico, conduciendo a más de ciento sesenta kilómetros por hora con una facilidad pasmosa. Aleks está en el asiento de atrás, impidiendo que cualquier

interferencia policial detecte nuestra velocidad. Estamos a diez minutos.

—Sacarla de allí de una puta vez.

—Vera le ha enviado un mensaje antes de que Nikko se diera cuenta de lo que pasaba.

—Mierda.

—¿Qué le ha dicho?

—Algo críptico sobre que estaba en peligro y que saliera de allí.

Mierda. Si Yudin se entera, está jodida. Niego con la cabeza.

—Dile que pare. Podría tenerle el teléfono pinchado.

—Por supuesto que le tiene el puto teléfono pinchado —masculla Aleks.

Joder.

Necesito que se mantenga a salvo para poder traerla a casa conmigo. No será la solución que necesitamos para todo, pero aquí es el mejor lugar para ella. Nos ocuparemos de cualquier mierda que nos echen los hombres de la *Ledyanoye Bratstvo después* de que esté aquí conmigo.

—Está tensa. Vulnerable —dice Lev, mirando las imágenes en mi móvil—. Sabe que pasa algo, ¿verdad?

—A saber qué coño le está diciendo.

—Yo sí lo sé —dice Aleks con una sonrisa. Toca algo en su teléfono y la hermosa y sensual voz de Lydia suena por los altavoces.

—*Me mantendrás a salvo, ¿verdad?*

—*Siempre, Lydia.*

Una tercera voz se une a la conversación. —*¿Les ofrezco la carta de postres?*

—*No, no queremos postre* —dice el gilipollas—. *Nos vamos.*

Joder.

Mientras me quede aliento en los pulmones, Yudin nunca la tocará. Protegeré a Lydia con cada gramo de mi ser. No permitiré que nadie le haga daño. Lo que le pasó a mi hermana no le volverá a pasar a otra alma inocente y frágil. No mientras yo viva.

Nunca más.

Hago un repaso mental de las armas que llevo: una pistola elegante y una hoja oculta.

Estoy listo.

Todavía puedo ver la cara de mi hermana surcada de lágrimas. Todavía puedo ver su cuerpo destrozado en mis brazos. Todavía puedo sentir cómo se aferraba a mí como si se aferrara a la vida misma, y yo era el único que podía salvarla antes de que exhalara su último aliento. Cada día me recuerdo la promesa que hice por ella.

—Cuando lleguemos, tened el coche preparado. Puede que necesitemos movernos rápido. No sé qué clase de refuerzos pueda tener.

Lev asiente mientras Aleks teclea algo en su móvil tan rápido como se lo permiten los dedos.

Seguro que está asustada. Más le vale a ese cabrón no haberle dicho nada que la hiriera. Si lo ha hecho, le romperé la puta mandíbula por eso. A ver si entonces le resulta tan fácil insultarla.

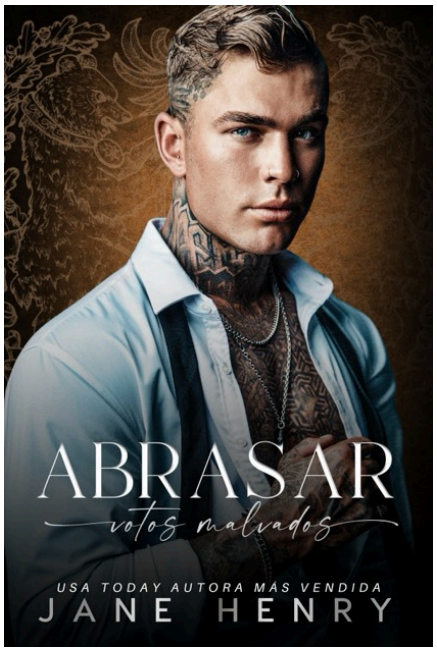
—Se están preparando para irse. Les han traído el coche.

Joder.

—Tenemos el coche en nuestro radar. Nos estamos acercando.

Piso el acelerador.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE "ABRASAR: UN ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO CONCERTADO DE LA BRATVA" HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO. ¡DISPONIBLE EL 24 DE OCTUBRE DE 2025:





Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane